
Florencia no estaba en los planes
Verónica Espinosa

Copyright © 2026 Verónica Espinosa
Safe Creative: 2603094814737

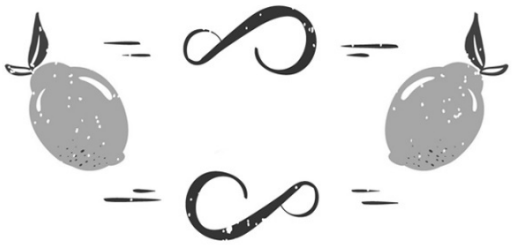
PERFILES SOCIALES:
instagram.com/ veronicaespinosa.autora
twitter.com/AutoraVeronica

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:
Diseño de cubierta: Verónica Espinosa
Maquetación: Verónica Espinosa

Todos los derechos reservados. Queda prohibido, sin la autorización de los titulares del copyright y bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción de esta obra por cualquier medio o procedimiento. No obstante, sí está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

Este relato ha sido publicado de forma autónoma por el titular del copyright, sin el apoyo de una editorial y/o terceros. Por este motivo, es posible que el contenido pueda tener algunas erratas y/o errores ortográficos.

Para aquellos a los que el amor, les ha roto alguna vez el corazón.



CAPÍTULO 1

Dos trenes, una ciudad (1)

Clara

1 de mayo · Florencia

He llegado a Florencia con el cuerpo exhausto y la mente abarrotada de pensamientos entremezclados. El taxi avanza con lentitud por calles que parecen estrecharse a mi alrededor, como si la ciudad misma pretendiera obligarme a prestar atención en cada pequeño detalle. Me recuesto mejor contra el respaldo del asiento y miro a través de la ventanilla, dejando que todo se filtre en mi conciencia. Los edificios, las persianas de madera, la ropa colgada en algunos balcones que ondea suavemente con la brisa... Todo se mantiene en un equilibrio perfecto, como si el tiempo se hubiese detenido en ese punto exacto. Sigo sin entender muy bien qué es lo que hago aquí y por qué tuve que aceptar esta idea loca de mi hermana. Lo único que sé es que cargo con un nudo persistente en el pecho, una opresión que me recuerda que he olvidado como respirar por mí misma desde que ella no está.

Cinco años de relación no desaparecen de un plumazo por mucho que me esfuerce en convencerme de lo contrario. Ni siquiera después de todo lo que Gema me hizo y lo mal que lo pasé. El vacío que dejó tras de sí aún me persigue, incluso a esta ciudad que visito por primera vez y que Isabel, mi hermana, me aseguró que me ayudaría a «reordenar mis prioridades». Como si fuese tan fácil como ordenar el armario por colores, y no tan complejo como recomponer un alma hecha pedazos.

El taxi se para en una calle mágica, frente a un edificio modesto, con una fachada luminosa en color ocre y un cartel discreto que reza:

Apartahotel LemonS. Pago el viaje, bajo del vehículo y cuando el taxista me ofrece la maleta, la arrastro hasta la puerta principal. Huele a limón, escucho el trinar de algunos pájaros y una brisa suave me invita a tomar una bocanada de aire antes de cruzar el umbral.

—Vamos, Clara, eres capaz de afrontar todo esto y mucho más. Además, es un mes, ¿qué puede pasar en un mes? —hablo conmigo misma.

«Nada. Sobre todo cuando tienes planeado hasta el último detalle», pienso.

Me he pasado los últimos días recopilando información sobre los museos, las iglesias, las plazas emblemáticas, los jardines, esos rincones especiales que otras personas —viajeras— han anotado como indispensables. Sé que quizá debería dejarme llevar, que es importante vivir el día a día, pero ahora mismo es lo único que controlo en mi vida y no me siento segura ante tanta incertidumbre.

En el interior, el aroma a cítricos crea una atmósfera reconfortante. El vestíbulo está repleto de plantas que trepan por las paredes enyesadas, mezclándose con detalles decorativos en azul. Desde donde me encuentro puedo observar un jardín interior, una zona de descanso junto a unos ventanales gigantes y lo que parece un comedor. Apenas avanzo un par de pasos cuando una mujer de unos cincuenta y pico años se presenta ante mí con una sonrisa que ilumina todo a mi alrededor.

—Tú debes ser Clara, ¿verdad? —proclama como si fuéramos amigas de toda la vida y estuviera esperándome con impaciencia—. Bienvenida seas, de corazón, bienvenida a este rincón tan especial de Florencia.

Parpadeo algo desconcertada e incómoda por su calidez. Lo último que esperaba a mi llegada era toparme con una copia de mi hermana.

—Sí... soy yo —contesto algo nerviosa, ajustándome la correa del bolso sobre el hombro—. Imagino que tú eres Giulia, la dueña de este lugar.

—Exacto, la misma en persona —afirma ella, posando una mano sobre su pecho—. Aunque aquí todo el mundo me llama Lia. Considera este lugar como tu propio hogar a partir de este momento, un refugio donde puedas sentirte cómoda y a salvo.

Lia habla con prisa, gesticula con efusividad y se acerca más de lo que estoy acostumbrada a tolerar. En cuestión de minutos, me detalla el funcionamiento del apartahotel con entusiasmo, describiendo el patio central —que da justo al jardín— como un pequeño oasis urbano; los horarios de comida, la filosofía que sigue en el LemonS y que fomenta las conexiones entre los huéspedes. Yo asiento con cortesía, le regalo alguna que otra sonrisa y tomo apuntes mentales, aunque en el fondo, sé que es muy probable que ignore la mayoría de sus sugerencias.

—Si necesitas cualquier cosa, por mínima que sea, solo tienes que subir las escaleras hasta el ático o bajar al vestíbulo —agrega con un guiño cómplice—. Recuerda que en este sitio no estás sola, siempre hay alguien dispuesto a echar una mano o a charlar un rato.

No comprendo del todo por qué esa afirmación final me hace sentir tan incómoda. La verdad es que estos últimos meses he preferido encerrarme en mí misma y vivir este duelo por mi cuenta, sin conversaciones y charlas nuevas —y no creo que eso vaya a cambiar—. Le agradezco cuando me da la llave de mi apartamento, arrastro la maleta hacia el ascensor y, una vez que las puertas se cierran, mis hombros se relajan. En el interior, me percato del gesto cansado que cargo conmigo; las ojeras nacientes tras noches y noches de insomnio, esas arruguillas marcadas en mi frente que me hacen ver como un ogro. No soy mala persona, tampoco vengo a crear problemas, pero no me siento completa y a gusto conmigo misma.

Mi apartamento se ubica en el cuarto piso, un nivel que promete vistas increíbles. Al abrir la puerta, me recibe un espacio inundado de luz natural, decorado con muebles en tonos claros, y dos ventanales que dan al patio central y al exterior del edificio. Dejo la maleta junto al sofá y exploro el lugar con parsimonia, como si necesitara absorber cada detalle para apropiarme de él temporalmente, para convertirlo en un ancla durante mi estancia en la ciudad. La cocina, aunque reducida en dimensiones, es práctica y bien equipada, con todo lo necesario para preparar una comida sencilla; el dormitorio cuenta con una cama espaciosa y sábanas inmaculadas que desprenden un aroma fresco a limón. Cada elemento parece diseñado con el propósito de invitar a bajar las defensas, a permitirte disfrutar de todo sin temor.

Me aproximo al ventanal interior. Justo delante, dos mujeres del servicio se afanan en preparar el apartamento contiguo, conversando

animadamente mientras cambian las sábanas, acomodan los cojines en el sofá y abren las ventanas para que el aire circule libremente. Hay algo profundamente apaciguador en esa escena, en la meticulosidad con que transforman un espacio vacío en uno acogedor, listo para recibir a un nuevo ocupante con los brazos abiertos. Me pregunto quién será esa persona, cuál será su historia, qué espera de esta ciudad. Pero inmediatamente después me reprendo a mí misma. Yo ya tengo bastante con centrarme en mí misma y mis propios problemas.

Saco el móvil del bolso y marco el número de mi hermana, que responde al segundo tono.

—¿Ya has llegado? —indaga algo ansiosa.

—Sí, acabo de instalarme en el apartahotel —confirmo, apoyándome contra el cristal fresco del ventanal mientras observo el cielo despejado de Florencia, teñido de un azul intenso que me da ganas de fotografiar—. Es... bastante diferente de lo que había imaginado en un principio. Tiene encanto y parece que esté en mitad de un campo de limoneros. Es delicioso.

—Te dije que Florencia es precioso.

—Sí que lo es —respondo pasándome una mano por el cuello—. Aunque aún no la he visitado. Espero poder recorrerla palmo a palmo y no dejarme nada.

—Seguro que lo harás. ¿Tú cómo estás?

Dejo que las vistas de la ciudad me distraigan momentáneamente de mis turbulencias internas.

—Ahora mismo estoy cansada —confieso con honestidad—. Y un tanto desubicada. Tengo la sensación de que no voy a encajar en este lugar.

—Clara —interviene con ternura—, estás ahí precisamente por eso. Porque está fuera de tu espacio de control y necesitas fluir con lo que surja. Deja atrás todas esas cargas que arrastras y permítete respirar. Llevas demasiado tiempo encerrada en tu burbuja.

Exhalo un suspiro porque tiene razón, aunque aplicar su consejo me resulte un desafío titánico.

—Ya sabes que lo estoy intentando —murmuro bajando el tono de mi voz—. Antes de venir me hice una lista con todos esos lugares que quiero visitar, pero intentaré dejarme llevar y no ser tan estricta.

«Ni tú te lo crees», me responde una vocecilla interior.

—No me esperaba menos de ti —comenta con retintín—. Pero dame tu palabra de que, si algo se desvía del plan, no te angustiarás y lo aceptarás como parte de la experiencia.

Camino por el salón y pongo la mirada en el apartamento de enfrente, donde las limpiadoras concluyen su labor con eficiencia, y las cortinas se mecen con gracia ante la brisa.

—No te garantizo que lo vaya a hacer al cien por cien —respondo con una nota de humor—, pero haré el esfuerzo por intentarlo.

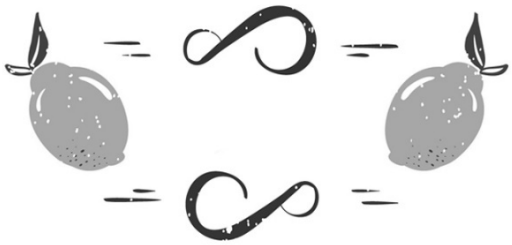
—Eso ya es un avance para alguien como tú —concluye ella, infundiendo optimismo en su voz—. Ahora descansa, recupera energías. Y no dudes en llamarme cuando sientas necesidad de desahogarte o compartir alguna anécdota, ¿vale?

—Lo haré…

Finalizo la llamada y dejo el móvil sobre la mesa. El silencio del apartamento me rodea y por un instante, me permito disfrutar de él. Me siento en el sofá sin molestarme en deshacer la maleta, recogiendo las piernas y dejo que el agotamiento acumulado aflore. Inevitablemente, mis pensamientos derivan hacia Gema, reviviendo aquellos viajes que compartimos en el pasado, cómo yo me encargaba de la planificación mientras ella aportaba la espontaneidad, y cómo esas discrepancias menores fueron escalando hasta convertirse en abismos insalvables que lo consumieron todo entre nosotras. Cierro los ojos y durante un ratito, inhalo profundamente para centrarme en el presente.

Al abrirlos de nuevo, el sol irrumpe con fuerza, bañando el salón de luz. Pienso en todo lo que dejé en Madrid, en la tristeza que ha bañado mis días y en lo mucho que extraño sentirme feliz de nuevo.

No sé si este viaje me ayudará a conseguirlo, pero me conformo con aprender a liberar un poco el control al que me aferro y permitir que la vida me sorprenda. Aunque ahora, sea lo último que quiera.



CAPÍTULO 2

Dos trenes, una ciudad (2)

MARA

1 de mayo · Florencia

Tengo la mala costumbre de no avisar a nadie cuando viajo. Tan solo lleno una mochila con cuatro mudas, me cuelgo la cámara al cuello y me dejo llevar por el corazón hacia el primer destino que se presente frente a mis ojos. Cuando llegué a Roma y tuve que elegir a dónde ir, Florencia no estaba en mis planes iniciales. Aunque ahora que desciendo del tren y el aire me acaricia la piel con calidez, me alegra ser esa clase de personas que se mueve a través de corazonadas.

Avanzo sin rumbo fijo desde la estación, sin consultar ningún mapa y sin tener una reserva de hotel previamente concertada. Sé que es una locura; no es la primera vez que debo dormir en la calle por haberme pasado de aventurera, pero prefiero que sea la ciudad la que me atrape primero con su magia y me lleve hasta aquello que tiene preparado para mí y qué quiere que capture a través de mi lente.

He perdido la cuenta de los años que llevo disfrutando de esto, de la fotografía. A menudo siento que llevo la cámara pegada a los dedos, que no puedo vivir si no la llevo conmigo. Otras, siento que debería soltarla y permitirme ver más allá de la lente. Aunque eso no será ahora.

Ajusto el enfoque de la cámara con cuidado y comienzo a capturar, de manera instintiva, todo lo que aparece frente a mí: una mujer que se apoya con gracia en una bicicleta de color rojo intenso, un anciano que lee el periódico con atención en un banco tallado en piedra, un grupo de

turistas que debate frente a un escaparate repleto de artículos artesanales. Capturo sombras alargadas que se proyectan en las aceras, reflejos distorsionados en los charcos residuales que han dejado los servicios de limpieza tras acicalar las calles, manos que gesticulan con pasión durante alguna que otra charla. Siempre me han fascinado más las personas en su cotidianidad que los monumentos, las grietas imperfectas en las fachadas antes que las vistas perfectas de postal que todos buscan inmortalizar.

No me lleva mucho comprender que Florencia se deja explorar con elegancia. No es una urbe que se esfuerce en complacer a los visitantes, sino que permanece ahí, plenamente consciente de su valor. Por alguna razón extraña, me resulta tranquilizador en medio de mi propia inestabilidad.

Recorro las calles durante horas enteras, atravieso puentes que se arquean sobre el río Arno, me pierdo deliberadamente en callejuelas que aparentan no conducir a ningún destino concreto y que, no obstante, desembocan en algo hermoso e inesperado, como una plaza oculta o una fuente renacentista. Evito pensar en lo que me espera en Madrid, lo esquivo como quien sortea una piedra en mitad del sendero, porque Madrid representa para mí un futuro rígido, un contrato estable, cosas que en teoría deberían proporcionarme seguridad, pero que en mi caso me generan una presión en el pecho que me impide respirar con libertad.

Me detengo ante un escaparate abarrotado de objetos antiguos y polvorientos, y me reconozco solo a medias en el reflejo del cristal. Tengo treinta y seis años recién cumplidos, algunas arrugas nuevas que se marcan alrededor de mis ojos, la misma expresión irónica que me ha caracterizado siempre, aunque ahora se ve algo atenuada por el paso del tiempo y las dudas acumuladas. Ya no soy aquella chiquilla que se colgó una mochila al hombro con la convicción de que el mundo era un territorio infinito y ella indestructible ante cualquier adversidad. En aquella época, salir corriendo me parecía emocionante y liberador, pero de unos años hasta aquí se ha convertido más en un patrón que define mi personalidad.

Continúo mi recorrido, y fotografía tras fotografía, trato de persuadirme a mí misma de que este viaje no es diferente de los anteriores, que se trata simplemente de un punto más en el mapa de

mis andanzas erráticas. Pero no puedo mentir, no cuando al observar a mi alrededor busco escenas que evoquen permanencia y arraigo.

El teléfono vibra insistentemente en el bolsillo de mi pantalón, y no necesito siquiera sacarlo para identificar al remitente; Leo posee esa capacidad innata de materializarse precisamente cuando empiezo a creer que nadie conoce mi ubicación exacta en el mundo. Respondo la llamada mientras atravieso una plaza inundada por la luz tibia y dorada de la tarde que se desvanece lentamente ante mis ojos.

—Dime —replico, al tiempo que protejo la cámara contra mí.

—Por favor, dime que no estás a punto de embarcarte en otro viajecito de los tuyos.

—Has llegado tarde —contesto con una sonrisa que se me escapa —. Hace unas horas que he llegado a mi destino, me has pillado dando un paseo.

—El día que te pille durmiendo, me da un infarto, Mara —se ríe—. ¿Dónde te has metido ahora, nómada empedernida?

—En Florencia —respondo sin entrar en detalles.

Se produce un breve silencio, seguido de una carcajada abierta y genuina que resuena en mi oído y me obliga a apartar el teléfono de la oreja un par de segundos.

—Por supuesto, faltaba más: Italia —afirma entre risas—. ¿No te podías quedar en Madrid un poco más? Ah, no, espera, que la idea de quedarte aquí por mucho tiempo te provoca urticaria.

Sonrío y me apoyo contra una columna de piedra, mientras observo cómo una pareja discute a pocos metros de distancia, gesticulando con discreción para no atraer miradas ajenas.

—No exageres, que tampoco es eso —explico, aunque no estoy del todo segura de a quién intento convencer con mis palabras, si a él o a mí misma—. Solo… sentía la necesidad imperiosa de venir aquí, de alejarme un poco para recargar las pilas.

—Siempre sientes la necesidad de marcharte a algún sitio cuando tienes que decidir algo importante —replica Leo, algo burlón, pero siempre preocupado por mi bienestar—. ¿Cuánto tiempo planeas quedarte esta vez, o es otro de esos viajes indefinidos?

—No lo tengo claro todavía —admito con honestidad, sin rodeos —. Tal vez solo unas semanas. O quizás unos meses. No lo sé con seguridad.

—Madrid no va a desaparecer del mapa por mucho que te alejes —me recuerda—. Y el contrato para la revista tampoco.

Aprieto los labios con fuerza, conteniendo un suspiro. Madrid evoca en mí imágenes de un piso permanente, un empleo estable y una rutina previsible. Una existencia que suena madura, responsable y estructurada, pero que al mismo tiempo me resulta completamente extraña e impersonal.

—Lo tengo presente —murmuro en voz baja, casi para mí misma —. Pero todavía no estoy preparada para eso.

Leo exhala un suspiro cargado de frustración.

—Vamos Mara, ya no eres la misma que hace unos años —comenta, en un intento por convencerme—. No está mal querer algo estable, y tampoco representa algo negativo. Puede que incluso sea positivo. Además, puede que una vez que te establezcas aquí, encuentres todo lo que siempre has buscado.

—No seas tan idealista —replico, recuperando el sarcasmo y usándolo como un escudo protector—. Ahora mismo, solo necesito pasear y recorrer esta bonita ciudad. Lo demás, ya llegará.

—Lo demás no te va a esperar toda la vida, recuérdalo. La revista es mía, sí, pero necesito un buen fotógrafo y aunque tú eres la personal ideal, tarde o temprano tendré que encontrar a alguien —responde él con resignación—. En fin, cuídate mucho. Y, por una vez en la vida, mándame un mensaje cuando cojas el siguiente avión. Sea donde sea que vayas, ¿vale?

—Lo haré —miento.

Cuelgo la llamada, me guardo el móvil de nuevo en el bolsillo y permanezco inmóvil durante unos segundos, permitiéndome reflexionar un poco sobre la situación. Cuento con amigos diseminados por todo el mundo, decenas de ellos quizás, personas con las que he compartido momentos inolvidables, confidencias profundas bajo la luz de la luna en noches eternas, despedidas apresuradas en estaciones o aeropuertos. Pero carezco de un hogar verdadero al que regresar cuando todo se desordena en mi interior; no existe una puerta que pueda abrir, una habitación que conserve mi esencia y todos mis recuerdos.

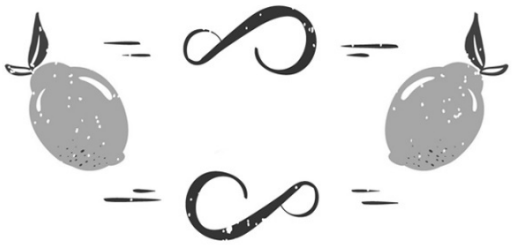
Prosigo mi camino, esta vez con más tranquilidad, entro en una cafetería modesta y acogedora, pido un café descafeinado y me siento

cerca de la ventana para observar el flujo constante de la vida exterior. Dejo la cámara sobre la mesa y contemplo a la gente que transita por la calle, preguntándome, cómo sería instalarme en un sitio definitivo, elegir un lugar e integrarme en él. Parte de mí lo siente como un sueño hecho realidad, pero la otra… bueno, la otra cree que representa un salto al vacío sin red de seguridad.

Pago la cuenta y salgo nuevamente a la calle, donde el sol inicia su descenso gradual, tiñendo las fachadas de los edificios con un tono dorado cálido que parece concebido expresamente para ser inmortalizado en fotografías. Disparo varias tomas consecutivas, plenamente consciente de que estas imágenes terminarán integrando una colección que aún no sé cómo titular.

Sin un plan preconcebido, acabo en una zona más tranquila y menos frecuentada por los turistas, me detengo frente a un edificio discreto que cuenta con un patio interior visible desde la calle: el apartahotel LemonS. Me atrae la calma serena que emana de él, esa sensación hogareña de refugio y calidez. Elevo la cámara y capturo el contraste marcado entre la luz brillante del exterior y la sombra acogedora y misteriosa del interior.

Aunque no se lo haya contado a Leo, este viaje no es un punto más en mi ruta de viaje, sino un examen de conciencia, una forma de descubrir por mí misma si seré capaz o no de dejar a un lado esta clase de vida que llevo disfrutando desde que me independicé. Tal vez, la respuesta no esté aquí, tampoco en Madrid o el siguiente destino, sino en aprender a no huir cuando las vivencias me alcancen el corazón y me nazca el impulso de salir corriendo.



CAPÍTULO 3

No he venido a hacer amigos

Clara

2 de mayo · Florencia

Nunca he sido esa clase de personas que son capaces de permanecer dormidas cuando se desata el caos a su alrededor, y hoy no va a ser menos.

No sé la hora que es cuando una canción irrumpe de manera repentina y con descaro mi sueño, perforando las paredes de mi apartamento hasta anclarse en mi mente aún adormecida y confusa. Si fuese una melodía tranquila, no me molestaría tanto, pero es la típica música que yo escuchaba a los dieciocho; una canción pop que de seguro todos conocen, pero que a mí me resulta estridente y obliga a abrir los ojos de golpe mientras me invade la desorientación total. Me lleva varios segundos volver en mí, calmar los latidos frenéticos de mi corazón y ubicarme en el lugar en el que estoy: Florencia.

Suspiro casi para mí misma y me giro en la cama, hundiendo el rostro en la almohada en un vano intento de aislarme del ruido, como si pudiera apagar el mundo entero y devolverme al vacío absoluto del mundo de los sueños. Por supuesto, no surte efecto; la música persiste y cambia de registro a uno que, en lo personal, me resulta hasta empalagoso. Me incorporo con lentitud, con el pelo desordenado y estufado cayendo sobre mi rostro, y una pegajosa fatiga que evidencia una noche de sueño insuficiente. Echo un vistazo al reloj en el móvil: las siete y media de la mañana, una hora indecentemente temprana para semejante derroche de entusiasmo.

Me froto la cara con las manos tratando de disipar el agotamiento que llevo acumulado, y me pongo en pie impulsada por la necesidad de ubicar la procedencia de la dichosa música. Llevo puesto el pijama estampado con cerezas que me regaló mi hermana hará unos meses, un conjunto de cama que incluí en la maleta y que jamás expondría en público. Pero, en este momento, mi preocupación principal no radica en preservar mi apariencia, sino en localizar el foco de ese asalto acústico que me ha sacado de la cama.

Abro la puerta del apartamento, miro hacia un lado y otro, y salgo al pasillo. El volumen del sonido se amplifica conforme me aproximo al ascensor, convirtiéndose en un eco cada vez más insistente. Desciendo tal como estoy, sin preocuparme siquiera por el estado de mi pelo o las legañas aun presentes en mis ojos. Con cada planta que bajo, me despierto un poco más, y no precisamente de manera positiva o alegre, no.

Al abrirse las puertas en la planta baja, la escena que se despliega ante mí me deja tan desconcertada que me detengo en seco. La música emana desde el interior de una de las salas que apenas tuve la oportunidad de visitar ayer; de un altavoz posicionado sobre una amplia mesa, rodeada por un grupo de personas que charlan animadamente, ríen con espontaneidad y se mueven como si fuese de lo más normal a estas horas del día. Giulia ocupa el centro de la actividad; mantiene una conversación animada y yo busco a mi alrededor algún cartel que diga que este follón es natural en el LemonS.

—Buenos días. No esperaba verte tan temprano, pero así aprovecho… —proclama Giulia al percatarse de mi presencia, exhibiendo una sonrisa tan expansiva y genuina que me tienta a girarme sobre mis talones y regresar por donde he venido—. Prestadme atención, por favor. Ella es Clara. Se hospeda en el apartamento A de la cuarta planta.

Todas las miradas convergen en mí de golpe, y me vuelvo agudamente consciente de mi aspecto desaliñado: el pijama, el pelo enmarañado como un nido de pájaros, y ese gesto de enfado que de seguro se denota en el fruncido de mi frente. Trago saliva con dificultad, intentando recomponerme.

—Disculpad —murmuro, apuntando con el dedo hacia el altavoz —. Es que el volumen de la música se escucha con mucha intensidad en

los pisos superiores, y me ha despertado.

Giulia se presiona el pecho con una mano, adoptando un gesto dramático y exagerado que parece sacado de una representación teatral.

—Vaya… —responde ella con un tono comprensivo, aunque teñido de diversión—. Nos hemos excedido un poquito, lo reconozco. Es que Francesco siempre selecciona canciones que infunden energía a las mañanas. Ya sabes, para motivarnos a todos. Y esta nos encantaba.

«Pues menudo gusto…», pienso para mí misma mientras que un hombre con barba bien recortada y una sonrisa serena y apacible alza la mano en un gesto de disculpa sincera, reconociendo su parte en el incidente.

—Lo lamento de veras. No tenía idea de que pudiera molestar a alguien.

—No pasa nada —respondo, aunque me quedo en silencio durante varios segundos sin saber muy bien cómo seguir. En realidad, no es muy considerado poner la música tan alta en un lugar donde se hospedan personas—. Olvídalo, no tiene importancia.

—Claro que la tiene —interviene una mujer de pelo corto y ojos vivaces—. Deberíamos tener un poquito más de cuidado con estas cosas, así que bajaremos el volumen y lo tendremos en cuenta para la próxima vez.

En ese instante, ella se levanta, se aproxima a la radio y manipula los controles hasta que la música deja de molestar y se transforma en una melodía meramente ambiental.

—Clara. —Giulia, que se ha levantado y acercado a mí, me toma del brazo con una confianza que me deja sin defensas—, permíteme presentarte a todos los que están hospedados en LemonS.

—A falta de su vecina, que tiene el sueño más profundo que ella —menciona Francesco con gracia.

—Ella es Eva, vivía en Nueva York hasta hace un par de años. Decidió quedarse a vivir aquí de manera permanente; en el piso tercero A.

Eva me dirige una sonrisa cálida y acogedora.

—Encantada de conocerte —expresa ella—. Bienvenida a este remolino de actividad que nos define; espero que no te abrume demasiado.

—Este es Tomaso —prosigue Giulia, señalando a un joven de ojos inquisitivos y llenos de curiosidad, que parece absorber todo lo que ocurre a su alrededor—. Y ya has oído hablar de Francesco, nuestro DJ improvisado.

Asiento con la cabeza, sintiéndome fuera de lugar en este grupo tan cohesionado y, al mismo tiempo, inesperadamente integrada en una dinámica que no anticipé. Giulia me comentó que aquí todos eran como una familia, pero no esperaba tanta calidez. Todos me saludan y pasan por alto mi pijama como si fuese de lo más cotidiano y natural del mundo.

—Estábamos a punto de desayunar —comenta Giulia y señala la mesa—. ¿Te animas a quedarte y compartirlo con nosotros? Sería un placer tenerte en la mesa.

Abro la boca con la intención de negarme, pero no entraba en mis cálculos unirme a ellos; tengo un plan detallado para esta mañana, y cualquier cambio podría desbaratar mis planes.

—Muchas gracias, pero no puedo —contesto con cortesía—. Solo he bajado por el tema de la música, y ahora que está resuelto, prefiero volver arriba.

—Nada de eso —replica Giulia, sacudiendo la cabeza con determinación y una chispa de picardía en los ojos—. Quédate y comparte con nosotros un momento. El café está delicioso y así nos conocemos un poco. Además, no te puedes perder estos bollos.

—De verdad, no es necesario que os molestéis por mí —insisto, notando cómo se activa mi mecanismo de defensa por preservar mi espacio—. Tengo planeado hacer algunas visitas y no quiero cambiarlas para otro día.

—Florencia se ve en pocos días —interviene Tomaso, buscando desmontar mis argumentos—. Pero un desayuno en nuestra compañía, es irrepetible y el mejor comienzo para un día productivo y lleno de sorpresas.

Arrugo el entrecejo. No me gusta sentirme acorralada por muy amable que sean las personas y muy lógicos que sean sus argumentos.

—Lo siento. No estoy en Florencia para hacer amigos o integrarme en cualquier grupo —declaro con aspereza y frustración—. Tengo unas semanas para disfrutar de mi tiempo y de todo lo que se esconde aquí, y me encantaría regresar a mi casa sabiendo que no me he dejado nada.

Muchos abren la boca, y se produce un silencio cargado en el que Giulia me mira con curiosidad.

—No es imprescindible que lo hagas —responde ella con una dulzura maternal que rompe toda esa dureza tras la que me escondo—. La familia de verdad no es esa que te toca aguantar cuando naces, surge de forma natural, en los momentos menos esperados y con las personas que menos imaginas. Y eso somos nosotros, una familia. Pero si no quieres o no te apetece, no pasa nada.

Me quedo sin palabras, desconcertada y aunque la incomodidad se hace aún más presente en mí, al final me rindo.

—Vale, acepto. Pero solo me tomaré un café rápido, nada más.

—Eso ya lo veremos sobre la marcha —contesta Giulia, dándome la espalda con un guiño cómplice mientras se aleja y corre una silla para mí—. Por ahora, toma asiento y relájate un poco.

***

A pesar de rendirme a la sugerencia de Giulia, no termino de sentirme a gusto con la situación y se nota en la forma en la que mantengo mis brazos cruzados a la altura de mi pecho. El aroma tentador del pan tostado, junto con el del café recién preparado, impregna el espacio y crea una atmósfera acogedora que poco a poco disipa mi tensión inicial. Francesco se mueve como si llevase toda una vida en este lugar, unta mermelada en su pan y habla con naturalidad. Eva se sirve un tazón de leche que llena de cereales, y Tomaso se encarga de trocear algo de fruta fresca que poco a poco se lleva a la boca. Todo fluye como si fuese un ritual compartido que se repite con naturalidad día tras día.

—¿Es la primera vez que visitas Florencia? —indaga Eva, que está sentada justo delante de mí, con curiosidad.

—Sí —confirmo, manteniendo un tono neutro mientras observo sus gestos—. La verdad es que es la primera vez que visito Italia.

—Pues cualquiera que te escuchase hablar, diría que eres de aquí.

—Es que soy traductora —le cuento con una sonrisa cargada de orgullo—. No es el único idioma que conozco.

—Ahora comprendo tu fluidez —menciona Giulia, sentada justo a mi lado.

—Pero hace mucho que no viajas, ¿verdad? —vuelve a curiosear Eva—, ¿o me equivoco?

—Hacía años que no lo hacía, la verdad. Es más… creo que nunca lo he hecho sola.

—Se nota —observa ella, curvando los labios en una sonrisa comprensiva—. Te mueves y actúas como si tuvieses miedo de algo.

Parpadeo sorprendida, descolocada por su comentario.

—Supongo que tienes razón —murmuro—. Es que no me llevo muy bien con los imprevistos. Prefiero tenerlo todo organizado, así puedo relajarme un poco y respirar.

Giulia deposita un bollo en el platillo de mi taza del café, y me dedica una sonrisa.

—Pues espero que después de este delicioso desayuno, puedas enfrentar el día con más brío.

No puedo reprimir la sonrisa que se escapa pese a mis esfuerzos por mantener la seriedad. Doy un trago al café y el calor del líquido se extiende por todo mi cuerpo, disolviendo parte de la rigidez acumulada en mis músculos y en mi mente. Me asombra lo sencillo que resulta estar aquí, sentada en esa mesa compartida, sin la obligación de justificar mi presencia o relatar mi historia personal.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte en la ciudad? —pregunta Tomaso, uniéndose a la charla con curiosidad.

—Un mes más o menos —respondo, calculando mentalmente los días que me restan—. Tengo un itinerario bastante completito para no perderme nada esencial.

Giulia me pega un pequeño empujoncito.

—Habrá que examinar ese itinerario y sugerirte algunos ajustes —comenta ella, insinuando una intervención que no le he pedido ni de lejos—. Algún viajecito extra, no sé.

—No, gracias —rechazo con rapidez—. Prefiero mantenerlo todo organizado y bajo control, tal como lo he planeado desde el principio.

—Está bien —concede Giulia, sin insistir demasiado, pero con un brillo especial en los ojos—. A la mayoría de la gente le atrae más la idea de tener todo planeado... hasta que se dan cuenta de que lo especial de los viajes, está en lo imprevisible.

Bajo la vista hacia mi taza, permitiendo que mis pensamientos divaguen hacia Gema, recordando cómo ella solía advertirme que no todo en la vida podía someterse a un esquema rígido, y cómo yo me

aferraba con tenacidad a mis listas y agendas cuando percibía que todo se me escapaba de las manos.

—Aquí, en este rincón —prosigue Giulia, captando de nuevo mi atención—, dejamos que las cosas pasen por que sí y nos brinden con su belleza.

Eva asiente con convicción, respaldando las palabras de Giulia.

—Y en ocasiones —agrega ella, mientras me alienta—, esas cosas aparecen cuando más lo necesitamos, aunque no lo reconozcamos en el momento.

Me quedo sin saber qué decir, notando que un nudo se forma en mi pecho ante la mera posibilidad de abrirme a lo espontáneo y dejar que la vida fluya sin más. Me termino el café, me animo a comer un bollo y me sorprendo a mí misma riendo y disfrutando de una anécdota que narra Francesco sobre un percance que sufrió en el centro. Cuando por fin me levanto para retirarme, la urgencia inicial que sentía de huir ha desaparecido para ser reemplazada por una calma inesperada.

—Gracias por el desayuno y por la compañía —expreso con gratitud.

Giulia se acerca y me planta un beso en la mejilla con afecto, antes de que pueda anticiparlo o esquivarlo.

—Bienvenida a esta pequeña familia, Clara —susurra ella, sellando el momento con calidez—. Aquí las horas del desayuno, la comida y la cena, las pasamos juntos. Así que, si te animas, ya sabes.

—Lo tendré en cuenta.

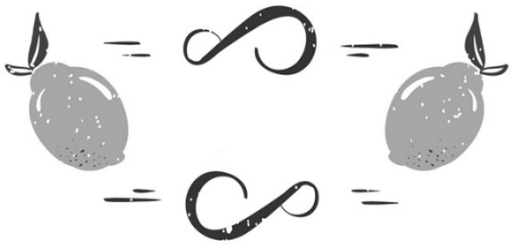
Regreso al ascensor, cargada con una ligereza que no había previsto y me ha tomado por sorpresa. Inspiro profundamente, permitiendo que el aire fresco limpie mis pensamientos y cuando se abren las puertas, alguien choca bruscamente conmigo.

—Oye, podrías mirar por dónde vas, ¿no? —me quejo.

—Perdón, no esperaba que fuese a salir nadie —dice la mujer que tengo frente a mí, con una cámara en las manos y una expresión de apuro que después, pasa a ser divertida—. Buenos días, por cierto, y… —añade llevando su cabeza hacia uno de sus hombros— ,…bonito pijama.

No sé por qué me sonrojo, por qué siento tanta vergüenza, pero agradezco que las puertas del ascensor se cierren y que ella se quede dentro.

Tal vez Florencia alberga planes que se escapen de mi itinerario, sorpresas que me desvíen del camino. Pero quizá, no resulte tan catastrófico disfrutar un poquito de esas pequeñas cosas.



CAPÍTULO 4

La ciudad no espera

MARA

3 de mayo · Florencia

No soy de ponerme despertador, solo dejo que me invada esa lucidez repentina que asalta cuando tu cuerpo ha descansado lo suficiente y decide regresar a la realidad. Abro los ojos antes de que el sol se manifieste y, por unos instantes, permanezco quieta, atenta a los sonidos que me rodean. Florencia duerme, se mueve con lentitud arrancándole algunos minutos al reloj, disfrutando de esos pequeños tramos de tiempo que se dan antes de que el día comience. Desde la ventana se filtra una claridad tenue, teñida de un tono azul oscuro que poco a poco vibra y cambia a otros más anaranjados. Estos momentos me fascinan. Me encantan los amaneceres y los atardeceres intensos, ese lapso de tiempo que se desliza justo antes de que todo comience a agitarse y transformarse.

Me levanto con suavidad e intento no perturbar la serenidad que reina a mi alrededor. La noche de ayer, me reuní con todas las personas que forman parte de este peculiar hotel; disfrutamos de una gran cena en torno a una mesa que parecía insuficiente para albergar tantos relatos y anécdotas entrecruzadas. Tomamos un vino delicioso, intercambiamos carcajadas. Yo les conté mis vivencias en Marruecos, en Islandia, y aquella velada en Lisboa donde capturé con la lente a una mujer que bailaba en mitad de la calle bajo el resplandor de una farola —una de mis fotografías más famosas—. Fue fantástico sentirse

acogida, como si de pronto no estuviese de visita y formase parte de esta gran casa.

Me visto a oscuras, guiada por el tacto de mis manos. Opto por pantalones cortos, una camiseta holgada y unas zapatillas —mis favoritas, las más usadas— que llevo conmigo a todas partes. La cámara reposa sobre la mesa, con la batería llena y en espera. Me la cuelgo al cuello y antes de abandonar el cuarto, contemplo el apartamento. Apenas he tocado nada; lo único que hay de mí es la mochila y algunas prendas por ahí esparcidas. Siempre ha sido así, en todos y cada uno de mis viajes. Sin embargo, en esta ocasión, esa falta de rastro y personalidad me genera una ligera incomodidad.

Abandono el edificio justo cuando el cielo se pinta de azul intenso. Florencia al despuntar el alba se revela ante mis ojos de manera distinta a como lo hizo a mi llegada. Las vías públicas están casi desiertas y el sonido de mis pisadas se funde con el rumor distante de algún que otro vehículo. El ambiente se siente fresco y puro, lo que me impulsa a respirar con profundidad varias veces. Ajusto los parámetros de la cámara y emprendo la marcha sin un destino predeterminado, dejándome llevar por el instinto.

Llego a una plazoleta modesta y recogida, con una fuente central que emite un goteo constante e hipnotizante. La piedra se muestra húmeda y capta la luz naciente como un espejo que distorsiona levemente la realidad. Me detengo, compongo el encuadre y aguardo un par de segundos. Siempre espero; la fotografía no se reduce a presionar el obturador y ya está, implica dominar el arte de permanecer inmóvil el tiempo justo para captar la esencia de la escena en un instante en especial.

Un señor atraviesa la plaza impulsando una bicicleta, vestido con una camisa de cuadros rojos que le queda excesivamente grande. Activo el disparo en el preciso instante en que alza la mirada hacia el firmamento, como si evaluara si el día que se avecina va a estar lleno de sorpresas o no.

Continúo el recorrido hasta alcanzar el río. El Arno fluye con placidez, duplicando los edificios en su superficie como si pretendiera retenerlos. Me apoyo en la balaustrada y contemplo cómo el sol inicia su labor de teñir el panorama con tonos cálidos. Fotografío el agua, los reflejos ondulantes y una pareja que avanza en silencio por el puente

sin apenas rozarse. Me cautiva esa separación controlada, ese vacío existente entre ambos.

Entre fotografía y fotografía, pienso en lo fácil que me resulta llegar a un lugar, observar todo lo que me rodea, inmortalizarla y marcharme sin mirar atrás. Viajar siempre ha sido mi método predilecto para adquirir conocimiento, para comprender mi entorno y mi propio ser. Cada ciudad me ha regalado lecciones únicas: templanza, modestia, afán por lo desconocido. He atesorado vivencias que no encajan en el currículo, instantes que perduran en el tiempo. Pero desde hace varios meses, esa plenitud me resulta insuficiente, como si me faltara algo que no echaba en falta antes.

Bajo la cámara y me quedo absorta ante el río. Me sorprendo anhelando la compañía de alguien a pesar de que he defendido mi autonomía durante años. No para conversar, sino para compartir todas esas sensaciones que me acogen mientras viajo y disfruto de conocer una nueva ciudad; alguien con quien crear recuerdos conjuntos, con quien edificar una vida.

Leo —y su oferta de trabajo— atraviesa mi mente. Sí, sé que con él tendría la oportunidad de tener todo lo que en el fondo deseo: compañía, hogar, amor, estabilidad.

«¿Para qué? ¿Para salir huyendo de ello?», me responde una vocecilla interna.

Suelto un suspiro, reanudo la marcha hasta alejarme del río y me meto por una callejuela angosta hasta dar con una panadería acaba de empezar su jornada. El aroma a pan horneado me envuelve y me dejo arrastrar por esa necesidad imperiosa de llevarme algo de comer a la boca. Ingreso al local, me decido por una barra de pan crujiente y un bollo dulce, y me mantengo erguida junto al mostrador, observando desde mi posición cómo la ciudad inicia su despertar gradual y perezoso.

Cuando regreso a la calle, me acomodo en un peldaño y degusto mi desayuno allí mismo. Me concedo ese capricho y mientras saboreo cada bocado, repaso las fotografías que he tomado minutos atrás. Son perfectas. No desde el punto técnico, que también, sino que poseen esa dulce melancolía presente en todas mis creaciones. Además, mi estilo fotográfico ha cambiado con los años; antaño siempre buscaba

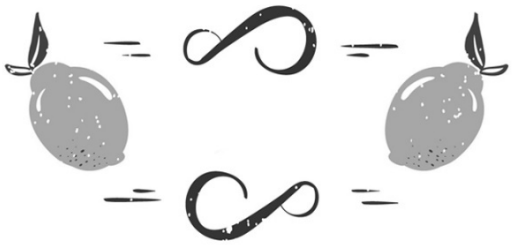
impactar, pero ahora me seducen las escenas estáticas, los espacios, las sombras, la naturaleza viva…

Me termino el desayuno y me pongo en pie sacudiéndome las manos. Tomo el camino de regreso, dilatando el camino de manera intencional. El sol ya se eleva con autoridad en el cielo, y la ciudad se inunda progresivamente de vitalidad. Al llegar al hotel, el vestíbulo me recibe en calma y me dejo llevar por ella hasta el ascensor.

Cuando abro la puerta de mi apartamento, lo primero que busco es mi portátil y mientras transfiero las fotografías, me preparo un café y me siento en el sofá. Una vez que se han pasado todas, abro la carpeta y las examino una por una con detenimiento. Algunas las elimino. Otras se ganan mi atención. Existe una en particular, la del hombre con la bicicleta, en la que me detengo un poquito más de tiempo; la amplío y descubro en su mirada algo que identifico al instante: fatiga, curiosidad, ilusión y esperanza. Tres de esas cosas son las que cargo conmigo en este momento.

Cierro el portátil de manera abrupta y me recuesto de espaldas clavando la vista en el techo. No me gusta sentirme vulnerable, ni siquiera ante mí misma. Siempre he dominado el arte de ocultarme, de emplear la fotografía como una barrera protectora, como pretexto para no permitir que nada ni nadie me conozca por completo. Pero en los últimos años, ese escondite es cada vez más diáfano y permeable, y todo comienza a afectarme más de lo que quisiera.

Pienso en la cena de ayer, en las risas que compartimos, esa sensación de formar parte de algo, aunque durara solo unas horas. Yo ansío replicarla; deseo que alguien me pregunte cómo me ha ido el día y que esa curiosidad sea genuina y profunda. La soledad no inflige dolor, pero una vez que se posa en un corazón, crece y se expande como el moho… hasta pudrirlo del todo.



CAPÍTULO 5

La chica de las cerezas

Clara

3 de mayo · Florencia

Abro los ojos de golpe. Tengo el corazón acelerado y la sensación de que algo va mal, aunque no sepa exactamente el qué. La luz se filtra con intensidad por las cortinas, y ese mero detalle ya actúa como una alerta; hay demasiada luz para la hora que se supone que es.

Palpo a ciegas la mesita de noche y busco el teléfono, y al consultar la pantalla, se me escapa un chillido lleno de irritación y desánimo, que me obliga salir de la cama corriendo. El despertador ha sonado, pero yo no lo he escuchado, o lo que resulta aún más frustrante: lo he silenciado en un estado de semisueño y he continuado descansando como si no tuviera nada que hacer.

—Estupendo, Clara —susurro para mí misma con la voz teñida de sarcasmo—. Has empezado el día de la mejor manera posible.

Tengo el cuerpo acartonado, como si hubiera librado una batalla contra el colchón. Descansar lejos de casa me deja agotada, por mucho que intente convencerme de lo contrario y fingir que me adapto sin problemas. La almohada carece de la pomposidad que necesito, el colchón no se amolda a mi cuerpo, y hasta los ruidos son distintos. Todos estos elementos han confabulado para desequilibrarme.

Empiezo a caminar con gestos abruptos, molesta conmigo misma, con toda la ciudad, con esta cama traicionera y con esa versión ingenua de mí que creyó que podría conciliar el sueño con la misma placidez en cualquier otro lugar del mundo.

Mientras avanzo hacia el baño, repaso en mi mente el itinerario que organicé ayer al detalle: la Galería de los Uffizi a primera hora de la mañana para evitar las multitudes, un paseo relajado alrededor del Duomoa, un almuerzo sencillo en las proximidades del mercado central, y por la tarde una visita pausada a la basílica de Santa Croce. Todo lo había planificado con detalle, y los horarios no admitían un solo fallo. Pero ahora eso ya no sirve de nada y la frustración se apodera de mí con una tormenta implacable.

Me desnudo, me meto bajo la ducha y abro el grifo con energía; el chorro de agua caliente impacta contra mi espalda, ofreciéndome un breve respiro en el que cierro los ojos y trato de serenarme. Intento inhalar profundamente, repetirme que no tiene importancia, que me encuentro de vacaciones en una ciudad maravillosa, que nadie me vigila ni evalúa mis pasos. No obstante, haberme dormido y echado por el suelo mis propios planes, me impide disfrutar del momento.

No se trata de tener que cambiar todas las visitas; lo que me atormenta es haber perdido el dominio de la situación, esa sensación de que el control se me escapa de las manos como arena fina entre los dedos. Y para alguien como yo, que valora el orden por encima de muchas otras cosas, eso representa un revés significativo.

Me aplico el champú en el pelo de manera brusca, mientras mis pensamientos derivan involuntariamente hacia Gema, hacia esas mañanas que disfrutábamos hasta tarde, y en cómo me aconsejaba que debía ser un poquito más flexible, que la improvisación formaba parte esencial de la vida y que la enriquecía de mil maneras maravillosas. Recuerdo cómo me molestaban sus reflexiones, porque cuestionaban mi manera de ser, mis necesidades, y también ocultaban esa ansiedad que corría por mis venas cuando era incapaz de sujetar las cosas con mis propias manos.

Me aclaro el pelo con rapidez, me enjabono el cuerpo y una vez que la espuma desaparece bajo el torrente de agua, abandono la ducha y me seco el pelo a toda prisa con la toalla. El espejo refleja una versión de mí misma crispada, con las cejas arqueadas en un gesto de preocupación, la mandíbula apretada y la mirada con menos luz.

—Tranquilízate un poco —me animo a mí misma, intentando convencerme de que el día será maravilloso—. Al fin y al cabo, se trata

solo de un día más en el calendario, y puedes ajustarlo sobre la marcha sin que sea el fin del mundo.

Pero en el fondo, no logro creerme ni mis propios consejos.

Me visto con apremio, seleccionando las prendas sin prestar atención real a cómo me sientan. Meto en el bolso todo lo que necesito, verifico un par de veces que no me dejo nada y me marcho.

Al abandonar el apartamento, cierro la puerta con un portazo brusco que resuena por todo el pasillo y me dirijo al ascensor mientras recalculo en mi cabeza cómo reestructurar la agenda del día, qué actividades sacrificar para salvar las más importantes, qué concesiones hacer para no perderlo todo. Pasando por alto que pasaré aquí un mes y que tendré tiempo suficiente para volver a visitarlas en algún momento.

Justo en el instante en el que alargo la mano para presionar el botón del ascensor, la puerta del apartamento contiguo se abre y me topo cara a cara con la misma mujer con la que choqué y señaló mi pijama estampado de cerezas con ese tonito de burla que no me gustó nada.

Compartimos una ráfaga de miradas que dura algunos segundos, congeladas en el umbral, como si estuviéramos analizando si somos o no de fiar. Ella parece tranquila, espabilada, como si llevara despierta desde hace horas. Lleva una cámara fotográfica colgando del cuello, y su expresión denota curiosidad, como si el día se presentara ante ella como un regalo.

Esboza una sonrisa cálida y espontánea al verme. A mí me cuesta hasta pestañear.

—Vaya —comenta con un tono ligero y amigable—. Tú eres la chica de las cerezas, la que llevaba ese pijama.

Algo en mi interior se activa de golpe. El agotamiento acumulado, la vergüenza, el retraso, la impresión de haber perdido el mando de la situación... todo ello asciende de repente hasta mi garganta, clamando por una salida.

—Tengo un nombre, ¿sabes? —replico con aspereza, mientras intento contener el torrente de emociones—. Las cerezas no van mucho conmigo, ese pijama fue un regalo y creo que deberías mostrar un poco más de cortesía y evitar mofarte de la gente por la ropa que elige ponerse.

La observo pestañear desconcertada y al ser consciente de lo brusca que he sido, siento cómo el rubor me invade las mejillas. Me preparo mentalmente para una réplica por su parte, para una expresión de ofensa, para cualquier reacción. Pero ella no responde. En su lugar, emite una risa suave y genuina, como si mis palabras no la hubieran herido, sino que hubieran avivado en ella una diversión curiosa e inofensiva.

Inclina ligeramente la cabeza hacia un lado y me examina con interés, como si hubiera descubierto algo fascinante en mi actitud.

—Entendido —responde con calma, aceptando mis palabras sin resentimiento—. Lo tendré en cuenta para futuras ocasiones, y disculpa si te he molestado. No estoy muy acostumbrada a ver gente en pijama por los hoteles, es mi primera vez.

Aprieto los labios con fuerza, porque esa respuesta me pilla desprevenida. Tiene razón, no es muy común que las personas caminen a sus anchas en pijama por un hotel. Sin embargo, no me gusta que no se defienda, que no se muestre indignada, que no me devuelva el golpe con la misma intensidad. Su actitud me desconcierta y me deja sin argumentos sólidos para continuar.

Al final se encoge de hombros con naturalidad, como si lo que pasó no tuviera mayor trascendencia.

—Florencia brilla y es una lástima que te levantes con el ceño fruncido y el ánimo alterado —añade con un matiz filosófico y alentador, extendiendo la idea para suavizar el momento—. Espero que disfrutes del día, vecina, y que permitas que la ciudad te sorprenda con su encanto.

Y sin agregar nada más, me cede el paso hacia el ascensor y ella baja por las escaleras, como si el intercambio de palabras hubiera sido una mera anécdota.

Me quedo inmóvil por un instante, asimilando lo que acaba de suceder y al final, entro en el ascensor y presiono el botón con fuerza, como si quisiera descargar en él toda mi frustración.

—Mira que eres idiota… —murmuro en voz baja para desahogarme, dirigiéndome a mí misma en el vacío—. Completamente idiota

Me cruzo de brazos y me apoyo contra la pared metálica del ascensor, mientras mi reflejo en el espejo me muestra una imagen

rígida, tensa y a la defensiva de mí misma, como si estuviera en guerra constante con el entorno.

El ascensor desciende con parsimonia, demasiado para mi gusto, y a lo largo de esos segundos, intento persuadirme de que mi contestación fue razonable y justificada. Isabel dice que soy un demonio cuando quiero, pero mi vecina es una impertinente y no lo he soportado. Por mucho que ella se lo haya tomado a chiste.

Salgo a la planta baja y cruzo el vestíbulo a zancadas, esquivando cualquier mirada curiosa y rechazando de antemano cualquier saludo que me ofrecen. Francesco y Eva me miran, noto la intensidad de sus miradas clavadas en mí, pero carezco de paciencia y ganas para entablar una conversación con ellos en este preciso momento. Abro la puerta principal de un tirón, y el aire cálido de Florencia me acaricia el rostro con delicadeza, devolviéndome un poquito a la realidad y también a mí misma.

Decido avanzar a toda prisa, de manera frenética, como si pudiera forzar al tiempo a retroceder y ajustarse a los itinerarios que yo misma había acomodado. No obstante, las calles ya se han llenado de gente y el bullicio de las voces se intensifica irritándome un poco más.

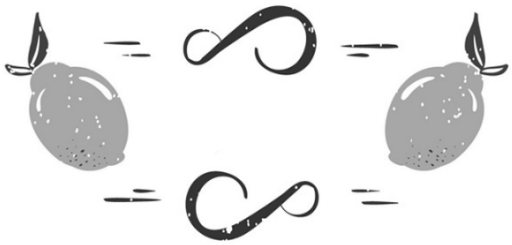
Mientras avanzo, no puedo evitar rescatar mi conversación con la vecina. Sé que carece de importancia, que se trata de algo irrelevante. Pero mi mente, caprichosa y traicionera, regresa una y otra vez a ese encuentro fugaz, analizándolo desde diferentes ángulos. Tal vez porque me ha rozado la fibra sensible, o tal vez porque, sin proponérselo, se ha fijado en algo que llevo demasiado tiempo haciendo: transitar por el mundo con el entrecejo arrugado y una actitud defensiva que me aísla de todo.

Me detengo ante un semáforo en rojo y tomo una bocanada profunda de aire, obligándome a relajar los hombros y a destensar la mandíbula que he mantenido apretada sin darme cuenta. No puedo consentir que mi despertar empañe el resto del día ni que mis reacciones impulsivas conviertan cada interacción en un campo de batalla. No puedo persistir en la idea de que el universo entero conspira en mi contra cuando, en realidad, soy yo quien impone barreras.

El semáforo pasa a verde, y cruzo la calle. Florencia aparece frente a mis ojos radiante y rebosante de vida, indiferente a mis problemas de control y a mis desengaños amorosos, invitándome a sumergirme en su

magia sin límites. Por primera vez me planteo si el verdadero problema lo tengo yo con mi empeño por dominar cosas que, por su naturaleza, se resisten al control y fluyen con libertad. Quizá mi hermana tiene razón y debo empezar a soltar un poco, pero no sé si estoy preparada para hacerlo.

Pero mientras camino y disfruto del ambiente que se respira a mi alrededor, creo que es la ciudad misma la que me insta a reconsiderar mis rigideces, a dejar atrás el control y disfrutar de la verdadera libertad. Porque si algo tiene Florencia, es la capacidad de suavizar cualquier tensión y empujarte a respirar.



CAPÍTULO 6

La estirada del tercero

Mara

4 de mayo · Florencia

El ronroneo de las conversaciones del comedor me envuelve mucho antes de que atraviese la puerta principal. Huele a café recién hecho, a pan tostado, y a un toque dulce que no identifico al instante pero que me atrae y empuja a seguir caminando.

Cuando accedo al salón comedor del LemonS, se me escapa una sonrisa al verlos a todos allí, tan animados como cada mañana. Giulia me localiza antes de que yo la divise a ella y agita la mano con un movimiento amplio y efusivo, como si fuéramos amigas de toda la vida en lugar de conocernos de apenas tres días.

—¡Mara, cielo! —grita con entusiasmo—. Acércate y únete a nosotros en esta mesa, que hay sitio de sobra.

Ese «nosotros» reúne a Tomaso, que lleva ropa deportiva y carga un sofoco monumental en las mejillas; a Eva, que parece vivir en su propia burbuja de serenidad; y Francesco, cuya presencia ruidosa y expansiva ocupa el espacio, impregnándolo todo con su energía desbordante.

Me acomodo en una silla libre y acepto la taza de café que Giulia me tiende no sin antes echarle tres de azúcar y un pequeño chorrito de leche, un detalle que me hace sonreír y me hacen sentir en casa.

—¿Has descansado bien esta noche? —inquiere Eva, ladeando la cabeza con interés.

—Como un bebé —contesto, aunque la verdad dista un poco de esa afirmación, ya que el sueño ha sido intermitente—. Este hotel es muy diferente a los que suelo frecuentar. Aquí apenas se escucha el jaleo de la ciudad y eso hace que me meta en mi propia burbuja. Como si el ruido se quedase fuera.

—Otros dirían que hasta la música de la radio molesta —menciona Eva, provocando que Francesco le dé un codazo y que Giulia le lance una mirada inquisitiva.

—Es lo que me atrajo del LemonS —interviene Tomaso, removiendo con la cucharilla su café, desviando mi atención de los demás—. Que nos aísla tanto como nos protege y simula una pausa en el tiempo.

Esbozo una sonrisa por la explicación y por unos instantes, me centro solo en disfrutar del desayuno.

La conversación fluye sin que nadie imponga temas ni indague en exceso en lo personal. Francesco inicia un relato animado sobre cómo aterrizó en esta urbe «por un capricho del destino», persiguiendo a una joven que desapareció al cabo de tres días, abandonándolo a su suerte. Narra la anécdota con diversión, aunque percibo como la nostalgia tiñe su voz, como si el recuerdo aún le escociera un poco a pesar del tiempo que ha pasado.

—Y a pesar de todo, decidiste quedarte aquí —apunto, señalando lo obvio para animarlo a seguir hablando.

—Por supuesto —replica encogiéndose de hombros con despreocupación—. Alguien tenía que sucumbir al hechizo de este lugar y hacer de él su nuevo hogar, ¿no crees? La chica se fue, pero Florencia me conquistó con esos atardeceres dorados sobre el Arno.

Eva toma el relevo en la conversación y explica que llegó por motivos laborales, con la intención de pasar solo unas semanas, pero que han transcurrido dos años y aún sigue sin estar convencida de regresar. Tomaso prefiere escuchar en silencio la mayor parte del tiempo, pero cuando interviene, relata cómo una beca académica lo atrajo inicialmente y cómo, con el paso de los meses, abandonó la idea de regresar a su casa.

Mientras me quedo con sus historias, me doy cuenta de lo mucho que los envidio. Ellos han conseguido encajar plenamente en esta ciudad… yo aún sigo moviéndome por el mundo como una nómada que

se detiene lo justo para recargar fuerzas antes de seguir su camino. He repetido ese patrón durante años, ya sea con un lugar o con una persona; cualquier cosa que exija de mí un compromiso más profundo me hace correr y huir. Y no es que lo haga de forma consciente. Cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo, ya me he marchado muy lejos.

—Imagino que todos anhelamos encontrar un lugar al que llamar hogar, un sitio donde asentarnos y echar raíces —musito en voz baja, dirigiéndome más a mis propios pensamientos que al grupo en sí.

Giulia me mira con una sonrisa ladeada, como si hubiera captado no solo el significado de mis palabras sino lo que se oculta bajo de ellas, intuyendo todo eso que guardo dentro.

—O al menos, aferrarnos a la ilusión de ese lugar existe en algún punto del horizonte, esperándonos —contesta con suavidad, ampliando la idea para que resuene con mayor profundidad en el grupo.

Se instaura un breve silencio a continuación, un silencio que permite a cada uno procesas las palabras a su propio ritmo. Hasta que Giulia retoma la palabra con un cambio de tema que aligera el ambiente.

—A propósito —comenta, echando un vistazo alrededor del salón con curiosidad—, todavía queda por presentarse a alguien más. No suele aparecer mucho por aquí, pero quizá se una a alguna de nuestras tertulias matutinas.

—No creo que lo haga. Ya la viste la otra mañana —responde Eva levantando una ceja—. No me mal entendáis, no es mala chica, pero es un poco rarita.

Alzo la mirada con interés.

—¿En serio? —pregunto, deseando saber más sobre esa mujer.

—Así es —confirma ella—. Es una joven bastante...

—¿No será mi vecina de planta, verdad? —pregunto, impulsada por la intuición—. La remilgada del tercero.

La frase brota de mi boca de manera imprudente, y en el instante en que la digo, una punzada de remordimiento me atraviesa.

—¿Ya te has cruzado con ella?

—Se podría decir que un par de veces —le digo, llevándome un par de migas de pan a la boca—. Me la encontré ayer en el ascensor, y no es que sea muy… social. Me dijo que era una maleducada por mofarme de su ropa. Ya ves. Y eso que solo hice un apunte sobre ese

pijama de cerezas que llevaba —relato como si fuese una niña pequeña, contando sus proezas—. Pero bueno…

Francesco estalla a reír, y segundos después, interrumpe su carcajada y gira la cabeza con discreción, señalando hacia la puerta con un movimiento sutil de la barbilla.

—Acaba de llegar… —señala con tacto, cubriéndose los labios, para no elevar la voz innecesariamente.

Me vuelvo con lentitud y me encuentro con ella. Avanza sin mirar a nadie en concreto, con el entrecejo ligeramente contraído, el pelo sujeto sobre su cabeza con una pinza, y un gesto cansado que ha intentado ocultar bajo capas de maquillaje.

—Se llama, Clara —me susurra Giulia al oído.

«Clara…»

Pongo atención en como camina entre las mesas, se sirve una taza de café solo sin endulzante alguno, toma un par de cantucci del bufé, y regresa por donde ha venido, concentrada. Hasta que nuestras miradas se cruzan y choque me impacta como un latigazo seco en el tórax, como si me hubiesen dado una descarga eléctrica de golpe.

Ella no sonríe, tampoco emite saludo alguno. No desvía los ojos, pero el contacto visual es intenso. «¿Me habrá escuchado?». Sus pupilas se dilatan y cuando tensa su mandíbula, recibo la respuesta a mi pregunta.

Cuando finalmente se gira para abandonar el salón, soy incapaz de frenar a mi lengua y estallo:

—¿No piensas que es de mala educación no saludar a las personas que te rodean? —lanzo en voz alta, elevando el tono para que me escuche con claridad.

El salón completo retiene el aliento, creándose un silencio expectante. Clara se vuelve, y al hacerlo, suelta un suspiro y tensa más la mandíbula.

—También es impropio hablar sobre una persona en su ausencia —replica con firmeza, sin necesidad de alzar la voz—. Y aún lo es más, insultarla.

Siento el impacto como un dardo directo a mi orgullo, pero antes de que pueda formular una contestación, Francesco se atraganta con un sorbo de café y comienza a toser con fuerza, rompiendo el momento.

—Tiene toda la razón —logra articular, mientras recupera el aliento.

Giulia le da varias palmadas suaves en la espalda para ayudarlo a recomponerse, al tiempo que me dirige una mirada, como si me instara a disculparme.

Clara simplemente se da media vuelta y prosigue su camino, abandonando el salón, dejándome con una presión incómoda en el pecho, fruto de la estupidez que he cometido al juzgarla sin apenas conocerla.

—Mara, creo que es mejor que vayas a disculparte... —inicia Giulia con un tono conciliador.

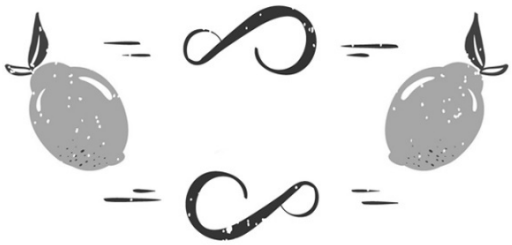
—La he cagado, lo sé —admito sin dejar que concluya la frase, reconociendo mi error—. Ahora vuelvo.

Me pongo en pie de forma instintiva y abandono el comedor con prisa. La diviso al final del pasillo, dirigiéndose hacia el ascensor y acelero la marcha para alcanzarla antes de que entra y se pierda en su apartamento.

—Espera un momento, por favor —le pido, elevando la voz lo suficiente para que me escuche.

Ella no aminora el ritmo ni se detiene. Doy una última carrera y, la sujeto del brazo para retenerla. Su piel se siente fresca bajo el contacto cálido de mis dedos, un contraste que me sorprende y me hace consciente de la cercanía, así que la suelto.

Clara me mira y cuando atino a ver mi reflejo en sus ojos verdes, pierdo la cabeza y ya no sé qué era lo que iba a decir. Solo sé que nos quedamos ahí unos segundos, en silencio, y que al final, ella desaparece dejándome atrás.



CAPÍTULO 7

Coincidencias incómodas

Clara

6 de mayo · Florencia

Son las seis de la tarde cuando decido que ya he abusado mucho de mi cuerpo y que necesito un pequeño descanso. Me detengo en plena acera, justo antes de cruzar el Ponte Santa Trinita, para inhalar profundamente y recobrar algo de energía. El sol cae lentamente y la luz se entreteje con el aroma húmedo del Arno y el delicioso perfume de las flores que impregna Florencia al atardecer. Esta ciudad tiene una magia que te envuelve y te hace olvidar que el tiempo sigue adelante y no es infinito.

La mañana ha sido larga, repleta de actividad y, en cierto modo, lo agradezco porque un viaje no es un viaje si no te pasas el día dando vueltas, conociendo rincones inolvidables. Hoy, por ejemplo, me desperté cuando el día aún no había amanecido; deambule por la Piazza della Signoria en un momento en que las estatuas parecían más humanas que los pocos turistas que caminaban por la calle a esa hora; he accedido al Palazzo Vecchio permitiendo que las salas dictaran el compás de mis; he visitado el Duomo, disfrutando de su arquitectura hasta captar el más pequeño de los detalles. Y me he perdido en la Galleria dell'Accademia, donde he invertido más tiempo del inicialmente tenía pensado.

Ahora llevo la galería del teléfono plagada de fotografías que me llevaré a Madrid junto con cada uno de los recuerdos que ya forman

parte de mí, y que mi mente mantendrá a buen recaudo. Como todos los que llevo conmigo, en mi corazón.

Aunque me gustaría seguir adelante y visitar los Giardino delle Rose, he decidido que los visitaré a otro día, cuando mis rodillas no me tiemblen del agotamiento. Necesito darme un respiro y desconectar de la vorágine turística que me ha absorbido, sentarme, respirar y comer algo. Así que opto por una cafetería modesta que aparece a la vuelta de una esquina, donde me instalo en una mesa junto a la pared y disfruto del silencio que reina en el local, interrumpido únicamente por el murmullo de las conversaciones que me rodean.

Pido una limonada con una bola de helado de limón y lima, y me dedico a mirar todo lo que me rodea, dejando que los minutos pasen sin prisa.

Cuando el camarero la deja sobre la mesa, la degusto con parsimonia, saboreando a la misma vez la cremosidad del helado. Siempre he creído que los helados italianos son especiales, únicos, perfectos. Aunque mi hermana siempre me recrimina que los mejores, son los de turrón con miel.

Mientras disfruto del sabor, y del frescor que me proporciona la bebida, me centro en el itinerario que tengo previsto para mañana. Saco un bolígrafo y comienzo a tachar las cosas que ya he visto, y ordeno algunas para mañana. Me prometí a mí misma que regresaría a casa habiéndome aprendido cada rincón de esta ciudad y pienso cumplirlo.

Esta mañana, escuché a unas chicas decir que cerca de donde me encuentro, hay un restaurante que ofrecen la mejor comida italiana de la zona, así que busco mi teléfono y abro la aplicación de Google Maps para localizarlo. Las reseñas parecen positivas, y las fotografías provocan que se me haga la boca agua.

«Siempre te guías por el estómago.»

No sé cómo ocurre, pero la voz de Gema atraviesa mi mente. Cuando levanto la vista del teléfono, me topo con mi vecina; está junto al mostrador, charlando animadamente con el camarero que atiende el local. Viste una camiseta amarillo mango que le confiere un aire desenfadado, y su pelo oscuro cae suelto a ondas naturales por sus hombros. Emite una risa ante un comentario que desde aquí no escucho, y me quedo observándola hasta sentir envidia por su capacidad de sentirse cómoda en un lugar desconocido.

«Quizá no sea así. Tampoco es que la conozcas mucho», me recuerda esa vocecilla que siempre aparece cuando se la necesita.

Experimento una punzada molesta en el estómago y aparto la mirada en un intento por pasar desapercibida. Han pasado dos días desde que la escuché hablar sobre mí en el comedor, desde esa confrontación que tuvimos. He pensado mucho en ella, reviviendo una y otra vez el instante en el que me sujetó del brazo. «Quizá tenga razón al decir que soy una remilgada, no es la única persona que me lo ha dicho, pero… ¿quién es ella para juzgarme? Y lo más importante, ¿por qué me molesta tanto?»

Mara se voltea en ese instante y me localiza entre las mesas. Por un segundo eterno, ninguna de las dos se mueve y el tiempo se dilata hasta volverse pegajoso y opresivo. Podría pagar la cuenta y salir corriendo, perderme entre el gentío, pero opto por quedarme donde estoy. Con un calor intenso atacando mis mejillas, la respiración algo agitada y la necesidad de que me trague la tierra.

Ella se aproxima con una sonrisa ladeada y decido centrarme en mi limonada.

—Vaya por Dios —expresa al detenerse ante mi mesa, con un tono irónico que no me gusta nada—. Parece que el destino tiene un sentido del humor bastante retorcido y caprichoso, ¿no te parece?

—Florencia es compacta en sus dimensiones, así que es natural que nos tropecemos en lugares como estos —contesto con indiferencia —. Aunque cualquiera diría que me estás siguiendo. Ahí donde voy, apareces.

No sé por qué le dedico una sonrisa irónica, pero sus labios se arquean un poco más ampliando esa expresión enigmática que me deja congelada.

—Me complace descubrir que no soy la única que tiene la misma sensación.

Señala la silla opuesta a la mía, como si solicitara permiso.

—¿Te molesta si me siento contigo?

Miro la silla vacía, luego mi helado que se licua lentamente sobre la limonada, y finalmente regreso la vista a su rostro expectante.

—Sí, me molesta bastante —afirmo con rotundidad, sin disimular mi reticencia.

Se produce un silencio cargado de tensión, que se extiende como una niebla espesa entre nosotras. Acto seguido, Mara libera una risa tenue y genuina.

—Lo suponía, pero… —Toma asiento, ignorando mi objeción.

No comprendo por qué soy incapaz de oponerme ni exigir que me deje tranquila; tal vez porque parte de mí siente curiosidad por saber por qué me resulta tan incómoda su presencia.

—Sigues molesta conmigo —apunta, analizándome con tanta intensidad que me hace sentir expuesta—. Está claro por tu rigidez. Estás a la defensiva.

—No estoy molesta y tampoco a la defensiva —replico, intentando mantener la calma—. Simplemente actúo en coherencia con lo que pasó.

—¿Por qué no lo olvidamos? —comenta, cruzando una pierna sobre la otra, apoyando su cámara sobre la mesa.

Aprieto la cucharilla desechable entre los dedos con tanta fuerza que la rompo.

—¿Qué pretendes exactamente? —indago, deseando cortar de raíz cualquier intención extraña que tenga—. ¿Que después de escuchar cómo me prejuzgabas, actúe como si fueras mi amiga de toda la vida?

Se inclina ligeramente hacia adelante, acortando la distancia que nos separa sin invadir del todo mi espacio personal.

—Sé que fue un error, y lo lamento. Solo quiero que no haya malos rollos.

—Pues has llegado un poquito tarde, ¿no te parece? —pregunto, dejando de lado mi bebida.

—Vale. Está claro que lo último que quieres es hacer amigos.

—La verdad es que lo último que quiero, es tener que aguantarte —declaro, manteniendo mi posición con firmeza—. Has conseguido que un día fascinante, acabe siento terrible.

—¿Por qué eres tan…esquiva?

—No tengo por qué darte explicaciones de nada —respondo con frialdad.

—No, claro que no —concede con humildad—. Pero una persona normal no me condenaría a morir en la hoguera por un comentario fuera de lugar.

—No fue el comentario en sí lo que me molestó. Tú no me conoces de nada, ¿eres de las que hace suposiciones sobre las personas? Porque eso dice mucho de ti —le explico.

—¿Y qué dice, a ver?

Vacilo por un instante, y esa hesitación me irrita profundamente.

—Burlarte de mí, ridiculizar mi forma de ser ante los demás —expongo, aunque en el fondo dudo de si mis propias palabras capturan la realidad de cómo me hizo sentir—. Me hace pensar que, para ti, lo que capturas con tu camarita, es lo único que existe en el mundo.

Mara, sorprendida, contrae el entrecejo.

—Por suerte, la vida se compone de cosas que no se pueden percibir con los ojos —añado poniéndome en pie—. Pero qué te voy a contar a ti. Seguro que esa cámara y lo que haya en ella, confirma lo que te digo.

—A veces, las personas prejuzgamos por lo que vemos, pero luego, la realidad nos da de frente —corrige, defendiendo su perspectiva—. Y yo ya me he disculpado, eres tú la que sigue anclada a ese momento.

—Ahora resulta que yo soy la culpable —ironizo.

—De lo único que eres culpable, es de ser incapaz de dejar atrás el pasado y mirar hacia adelante —responde ella, y sus palabras están tan llenas de verdad que siento que el corazón se me estruja—. El presente pasa de largo mientras tú te revuelcas una y otra vez en la misma mierda.

Nos sostenemos la mirada en silencio y la tensión, en vez de desaparecer, crece y se intensifica como lo hace una tormenta inminente.

—No seas tan rígida —me aconseja—. O te quedarás sola toda la vida.

—Y tú no seas tan imprudente y temeraria, o las consecuencias de las cosas que dices acabarán haciéndote tropezar —contraataco, devolviendo el golpe con precisión.

—Posiblemente —acepta sin defensas—. Pero si tropiezo, al menos tendré la posibilidad de recurrir a esas personas que he conocido y hacen de este viaje, uno increíble.

Esa declaración me atraviesa como una flecha en el centro del pecho. Pienso en Giulia, en Tomaso, en Eva y Francesco, y algo hierve

dentro de mí.

—No tienes ni idea de cómo soy ni qué me impulsa a ser así —replico, intentando recuperar el control de la conversación.

—No, efectivamente no tengo ni idea —concede con una suavidad inesperada que me desestabiliza—. Pero empiezo a sentir curiosidad por saber por qué eres así de odiosa.

—Pierdes el tiempo —murmuro, desviando la vista hacia el teléfono como refugio—. Tengo otras cosas más importantes que hacer que acercarme a ti.

—¿Alguna vez te has dejado llevar?

Su pregunta permanece suspendida en el aire, obligándome a confrontar una verdad incómoda que prefiero ignorar.

—No deberías de haberte acercado a mí.

Mara se levanta.

—No me arrepiento en lo más mínimo —expresa con convicción —. Me he dado cuenta que me gusta discutir contigo, sacas a relucir facetas mías que no siempre exploro.

—Estás loca… —replico, sin ceder terreno.

—Es posible, dependiendo de la perspectiva —contrapone ella, dejando la idea abierta para la interpretación.

Liquido la cuenta en la barra sin volver la vista hacia ella, y al salir al exterior, el aire vespertino me acaricia las mejillas con una frescura revitalizante. Avanzo con zancadas rápidas, como si pudiera distanciarme no sólo físicamente, sino también de esa quemazón persistente que se ha instalado en mi pecho.

Evito mirar hacia atrás por temor a confirmar que me persigue. Pero la realidad es que la llevo conmigo, incrustada en mis pensamientos como un interrogante irresuelto.

Marco el teléfono de mi hermana, impulsada por la necesidad de desahogarme con alguien de confianza y cuando la llamada se descuelga, suspiro.

—¿Clara? —contesta al otro lado, preocupada.

—Me pregunto si habrá un lugar en toda Florencia donde no tenga que encontrármela —comento sin saludarla, saltándose todo para ir al grano.

—¿A quién te refieres exactamente?

—A Mara, la vecina del apartamento de al lado —especifico, ampliando los detalles para que me comprenda—. No la soporto, de verdad. ¡Es tan intransigente que… of!

—Pero… ¿qué ha pasado?

—¡Que no la soporto! —confieso en un grito, aunque en el fondo sé que mis sentimientos son mucho más complejos y ambiguos—. No encaja para nada conmigo, es imprudente y provocadora hasta el punto de desestabilizarme.

—¿Y qué hay de malo en eso?

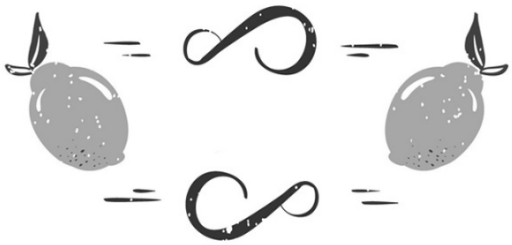
—Que no debería afectarme en lo más mínimo nada que tenga que ver con ella —concluyo, intentando convencerme a mí misma tanto como a ella.

Mi hermana exhala un suspiro profundo que atraviesa el auricular y se me contagia.

—Creo que lo que te molesta, es verte afectada así por alguien nuevo —comenta—. Eso y que no esperabas que fueses a encontrarte con una mujer como ella en este viaje.

—No digas tonterías.

Y sin más, cuelgo la llamada. No necesito que nadie me recuerde que Mara ha aparecido en mitad de mi camino para desestabilizarme, para ponerlo todo patas arriba y convertir mis barreras, en gelatina.



CAPÍTULO 8

Demasiado interesante para odiarla

MARA

6 de mayo · Florencia

Abandono la cafetería con una sensación extraña —y poco común— clavada en el pecho. Me cuesta respirar. Es como si el aire se hubiese espesado en el instante justo en que Clara pagó la cuenta y se marchó. Me detengo un momento en la acera, sosteniendo un café helado entre las manos, mientras llevo la mirada hacia la calle por la que desapareció como si la persiguiera el mismo demonio.

«O como si tu propia presencia le fuera insoportable», incide mi vocecilla interior.

No sé por qué me importa tanto la imagen que tenga de mí, pero me cuesta mucho no pensar en ello.

Le pego un sorbo al café y cierro los ojos con fuerza a causa del contraste de temperatura. Existen encuentros que pasan de largo y no son importantes, pero este no es uno de esos. Me cuelgo la cámara al cuello y decido deambular por la ciudad sin un destino concreto, permitiendo que la luz que ya se inclina sobre Florencia y baña cada rincón con un tono dorado delicado, me guíe.

Siempre me ha fascinado esta franja horaria del día —aunque mis favoritos, siempre serán los amaneceres—, ese momento en que la ciudad se relaja, en que las sombras se estiran y las fachadas dejan de ser meros monumentos para albergar en su interior, vida. Me dirijo hacia el río y me planto ante el Arno, donde el reflejo del cielo en la superficie acuosa resulta imperfecto pero lleno de vitalidad. Alzo la

cámara y aprieto el disparador sin meditarlo demasiado: una vez, dos veces, tres veces.

Fotografiar representa para mí una manera de capturar instantes que, una vez lejos, me permiten recuperar una magia que dejo atrás cuando me marcho.

A medida que sigo mi paseo, no logro evitar que el encuentro con Clara se repita en mi mente una y otra vez. Recuerdo su mirada, su incomodidad, la severidad con la que moduló cada palabra, como si todas ellas hubiesen alzado una muralla tras la que protegerse, pero… ¿de qué? No es una mujer fácil, eso me ha quedado claro; inflexible, estricta y protocolaria… le gusta dominar todo lo que sucede a su alrededor y aunque eso tendría que repelerme —porque es contrario a lo que yo soy— despierta en mi interior mucha atracción y curiosidad.

Me paro en una callejuela angosta, donde la luz se filtra en diagonal entre los edificios. Un balcón adornado con flores marchitas, una persiana a medio bajar; todo ello capta mi atención, así que enfoco y capturo la imagen centrándome en la composición, en el ritmo que marca mi corazón, en el chasquido nítido del obturador. Procuro excluir a Clara de este encuadre mental, pero no lo consigo porque su presencia se cuela inevitablemente en mis pensamientos.

Continúo mi andadura y atravieso una placita modesta donde un artista ambulante interpreta con su violín una melodía teñida de melancolía que se mete bajo mi piel. Me recuesto contra una pared y contemplo el flujo de personas que circula a mi alrededor; parejas con las manos enlazadas, visitantes absortos en sus mapas, residentes que regresan a sus hogares con la rutina marcada en el rostro. Todos ellos aparentan conocer con exactitud su posición en el mundo y el rumbo que han de seguir. Todos menos yo, claro, que sigo a la deriva sin un ancla que me fije a ningún sitio en concreto.

«No mientas, tienes Madrid.»

—Sí, Madrid…

Sin poderlo evitar, evoco ese instante preciso en que mi expresión —tan ligera como imprudente—, desbarató lo que en un principio fue un choque casual entre dos personas en un hotel. Jamás pensé que mi comentario fuese a causar tanto malestar en una persona, pero así fue. Hablar de más siempre fue una de mis costumbres más arraigadas y

aunque nunca me dio mucho problema, ahora me encantaría poder caminar hacia atrás en el tiempo.

Clara es muy diferente a las personas con las que me tropiezo en mi día a día: no es risueña ni animada, tampoco responde con evasivas sino con una sinceridad implacable; te observa directamente a los ojos y te devuelve lo mismo que le has ofrecido a ella sin embellecer o maquillar sus emociones. Y quizá sea por eso que no puedo dejar de pensar en ella, porque dejó al descubierto una de mis debilidades.

Levanto de nuevo la cámara y sonrío al percibir que el cielo ha comenzado a oscurecerse de manera gradual, como si Florencia ansiara descansar de una vez. Capturo varias tomas adicionales, desplazándome con lentitud, atenta a cada pisada que doy y a todo lo que me rodea.

Mi teléfono móvil vibra y cuando lo saco del bolsillo de mi pantalón y le echo un vistazo, una sonrisa se dibuja en mis labios antes de pulsar el botón verde para responder.

—Hola —saludo a Leo, mientras me ajusto la correa de la cámara alrededor del cuello para mayor comodidad.

—Si no te llamo yo, no sé nada de ti, perdida —replica desde el otro lado de la línea—. ¿Tan bonita es Florencia que no has podido mandarme un solo mensaje?

—No seas exagerado. Apenas han pasado unos días desde que hablamos por última vez —bromeo con ligereza—. ¿Cómo van las cosas por Madrid?

—¿Y las cosas por Florencia? —indaga, con curiosidad.

Contemplo todo lo que me rodea antes de formular mi respuesta.

—Florencia es abrumadora —explico sin mucho detalle—. Es de esas ciudades que no se contentan solo con exhibirse ante ti. Tengo la sensación de que cada vez que pongo un pie en la calle, me atrapa un poco más.

—Uy, lleva cuidado, no vaya a ser que te quedes allí para toda la vida….

—No digas tonterías —exclamo rápidamente, antes de darme la oportunidad de pensar un poco más en la situación—. Ya sabes que me gustan esas ciudades donde uno puede centrarse en sí mismo y hacer a un lado todas las distracciones.

Leo suelta una risa espontánea, que resuena a través de la línea y me roba una sonrisa.

—Ahora me dirás, que no te gustan esas ciudades cargadas de actividad —menciona con ironía—. Porque, que yo recuerde, te lo pasaste muy bien la última vez que pasaste por España.

—España tiene un color especial…

Ambos reímos a la vez durante varios segundos y después, recuperamos la conversación por donde lo hemos dejado.

—Hablando en serio. Envidio tu capacidad para evadirte de todo.

Sigo mi recorrido con él al otro extremo de la línea. Le describo lo que veo con sumo detalle; los matices cromáticos que transforman el paisaje urbano; cómo la ciudad adquiere un carácter íntimo y romántico según avanza el reloj. También le hablo de lo bien que me han acogido en el LemonS, de Giulia y su habilidad para hacerte sentir como en tu casa, de Tomaso y Francesco, de Eva.

—Me da la impresión de que podrías quedarte a vivir allí y ni lo sufrirías —comenta Leo, con un deje irónico en la voz.

La verdad es que tiene razón, y ser consciente de ello, me sacude por dentro.

—No lo descarto —admito con sinceridad—. Como tampoco descarto aceptar tu oferta de trabajo y vivir en Madrid. Ya sabes que en los últimos meses no he dejado de darle vueltas a la posibilidad de echar raíces en alguna parte y abandonar esta vida nómada.

—Lo tienes todo a tu favor. No lo haces porque no quieres.

—No es que no quiera, es que no quiero verme obligada a ello —le explico con franqueza—. Quiero sentir que ha llegado mi momento. Hasta que no llegue, no lo haré.

Se instaura un silencio confortable entre ambos.

—¿Y ya has conocido a alguien interesante? —pregunta con esa curiosidad que identifico al instante.

Una sonrisa involuntaria se forma en mis labios al evocar la imagen de Clara sentada en la cafetería esta tarde.

—Sí —respondo sin mucho detalle—. Cuando llegué a Florencia me topé de frente con un apartahotel lleno de gente. Aunque, con la que más he chocado, es con mi vecina: Clara.

—Ah, ¿ya os conocéis? —señala él, con un matiz juguetón en la voz.

—En el LemonS todo el mundo se conoce, Leo —respondo como si nada—. Y ella… bueno, ella es la rarita del grupo. Apenas baja a desayunar… y según Giulia, tampoco es que se sienta muy cómoda. No sé, he conocido a toda clase de personas, pero Clara tiene un carácter que no es normal.

Decido contarle con detalle lo que sucedió hace unos días mientras desayunábamos y yo hice ese comentario tan fuera de lugar, cómo ella apareció de la nada y cómo me confrontó hasta el punto de llamarme maleducada. También le detallo el encuentro de esta misma tarde en la cafetería, la tensión, su terquedad… cómo se marchó dejándome con la palabra en la boca.

—Mara… —interviene Leo tras una breve pausa—. No puedes ir por la vida etiquetando a la gente de estirada sin medir las consecuencias.

—Lo sé —respondo—. Y por eso mismo le pedí disculpas. Pero al parecer, no hay manera de que las acepte.

—A ver, es comprensible que le haya dolido —insiste—. A ti tampoco te gustaría llegar a un sitio y escuchar de alguien que… yo que sé, eres un culo inquieto que no se casa con nadie ni con nada.

—Tampoco será tanto… —murmuro—. Pero sí, me pasé un poco —repito, esta vez con un volumen más bajo, como si el tema pesara en mi conciencia.

Sigo avanzando por las calles mientras mantenemos la conversación, y la ciudad comienza a iluminarse progresivamente: las farolas se activan una a una y los escaparates con ellas.

—Si no quiere perdonarte, al final el problema lo tiene ella. No sé por qué razón continúas dándole tantas vueltas —cuestiona Leo, yendo directo al grano.

Su reflexión me coge por sorpresa, obligándome a buscar una respuesta honesta en mi interior.

—Porque yo siempre me llevo bien con todo el mundo y no estoy acostumbrada a chocar tanto con alguien —expongo al cabo de un momento—. Además, me llama la atención su actitud. Otra persona en su lugar estaría disfrutando a lo grande Florencia, pero no lo hace. Y eso provoca que me pregunte qué la ha llevado hasta aquí.

—Te atraen los desafíos… —afirma él, interpretando mis palabras con astucia.

—No exactamente —niego con convicción—. Me cautivan las personas que no son comunes. Aquellas que son impredecibles; como la vida.

Leo permanece en silencio durante unos segundos, procesando lo que acabo de revelar.

—Procura llevar cuidado —me advierte finalmente—. A veces cometemos el error de insistir en conocer personas que no quieren que se las conozca. Y no te digo que no lo hagas, quizás esa chica es maravillosa, pero si está encerrada en sí misma es por alguna razón.

Me detengo abruptamente en mitad del camino y vuelvo a contemplar el río, donde las luces se rompen en la corriente como pedazos de un rompecabezas.

—Tampoco voy a encontrarme un monstruo en su interior, Leo —declaro con firmeza—. Solo tengo curiosidad por saber por qué es así.

—Ajá —responde él, con un escepticismo evidente en su entonación.

—Lo digo en serio —insisto, defendiendo mi posición—. Me fascinan las personas que pueden vivir de una manera tan estructurada y hermética. Como si salirse de un plan fuera a provocar que el mundo entero desapareciera.

Leo exhala un suspiro largo, cargado de preocupación.

—Te estás involucrando más de lo que convendría —anota con franqueza—. Mara, tú estás de paso y en cosa de unas semanas, vete a saber dónde acabarás. ¿De qué te sirve a ti averiguarlo?

«De nada», respondo mentalmente. Pero eso no implica que no sienta curiosidad.

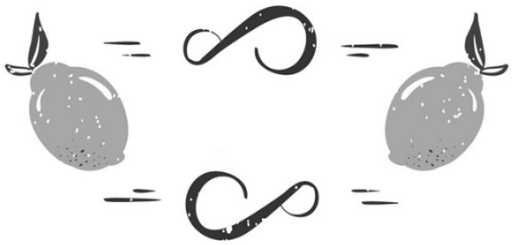
—Bueno, ya veré qué hago —respondo, esquivando el tema—. Yo voy a ver si regreso al apartamento y ceno algo. Te voy contando, ¿vale?

—Sí. Pasa buena noche. Y no te metas en líos.

Guardo el móvil en el bolsillo y me quedo inmóvil, recostada contra la barandilla del puente, inhalando profundamente el aire fresco de la noche. La oscuridad se asienta con delicadeza sobre la ciudad, y Florencia permanece así, vasta e impasible a todo lo que me recorre por dentro.

Vuelvo a pensar en Clara y sujeto mi cámara para capturar con ella el destello de las luces danzando sobre el agua. Las luces brillan como lo hace la intensidad en sus ojos.

No estoy segura de si es Florencia la que me está transformando. Pero lo que sí es cierto, es que ella me llama la atención y que no tenía previsto que fuese a ser una persona la que ocupase mi mente y todas mis preguntas en este viaje.



CAPÍTULO 9

Me resulta insoportable

Clara

7 de mayo · Florencia

No sé ni la hora que es, y para una persona como yo, que todos los días comienzan con la misma exactitud, es toda una proeza. Abro los ojos y lo primero que percibo es una sensación extraña y molesta corriendo por mi interior. Afuera, más allá de las ventanas, Florencia se despereza a mi ritmo y el sonido del tráfico se transforma en un murmullo lento y suave. Sobre mi cabeza, el techo blanco, engalanado con un plafón decorado con limones y figuras florales azules me recuerda que sigo en Italia, en uno de los países más cálidos y familiares de Europa. Por mucho que los españoles nos colguemos la medalla de ser los mejores en este tema.

Exhalo un suspiro profundo, cargado de una fatiga residual fruto de mis largas caminatas de ayer y me incorporo un poco, para apoyar la espalda contra el cabecero. Ayer recorrí media ciudad en un intento vano por mantener mi mente ocupada. Pero el esfuerzo físico lo único que me ha regalado es un dolor profundo en las piernas, y una mente agitada e inquieta.

A pesar de tener planificadas cosas para hoy, he decidido —por primera vez desde que llegué— prescindir de todas las actividades y quedarme en el apartamento a descansar. Además, eso evitará que pueda encontrarme con Mara y con el resto de personas que parecen haber sido abducidas por el LemonS.

Me pongo en pie con parsimonia, me preparo un café en la modesta cocina del apartamento y lo traslado al salón, donde abro de par en par el ventanal que da acceso al patio interior. Una corriente de aire templado irrumpe, trayendo consigo un ligero aroma a cítricos, evocando esa serenidad que contrasta con mi estado anímico tan descontrolado. Me apoyo en el marco de la ventana y cierro los ojos por un momento, permitiendo que la brisa me envuelva, reconforte y desconecte de todas mis preocupaciones.

Anoche, después del baño, intenté sumergirme un rato en la lectura; me traje conmigo una novela breve de esas que devoras cuando te atrapan los personajes, pero he sido incapaz de avanzar más allá del primer capítulo y la verdad, es que empiezo a preocuparme. Sé que tengo la cabeza en otra parte, más concretamente en lo que pasó en la cafetería, en la mirada penetrante de Mara y en esa manera invadir cada centímetro de espacio como si el mundo le perteneciera por derecho.

Me incomoda reconocer que la tengo incrustada en la mente, que se ha metido en la intimidad de mis pensamientos como si fuesen suyos. No logro comprender por qué me perturba de esta manera tan intensa y persistente; no es la primera persona insolente que se cruza en mi camino, he afrontado situaciones más hirientes, actitudes mucho más agresivas y dañinas. Sin embargo, con ella todo es muy distinto, excesivo e insoportable.

Dejo la taza de café sobre la mesa y me froto la frente con una mano. Estoy frustrada y cuanto más me fuerzo a sentir lo contrario, más me frustro. No puedo hacer a un lado que me llamase remilgada, como si mi manera de existir y vivir fuese un fallo, una excentricidad merecedora de ser señalada y comentada con sorna. Quizá sea una tontería, quizá debería olvidarme, pero no es tan fácil porque ella me recuerda a Gema, y ese paralelismo me resulta muy incómodo.

Gema también era impulsiva, sarcástica en sus comentarios… una mujer rebosante de vitalidad, experta en abandonarse al flujo de los acontecimientos sin prever absolutamente nada. Siempre disponía de una anécdota nueva que relatar; improvisaba, así como si nada; reía de manera contagiosa y se hacía con todo el mundo. Yo, en cambio, era la amargada… la que velaba por los horarios, las obligaciones y ese futuro que poco a poco se llenó de turbulencias.

Durante años, nos convencimos mutuamente de que nos complementábamos a la perfección, que esa disparidad nos fortalecía como pareja. Durante esos mismos años, me persuadí a mí misma de que las diferencias nos ayudaban a estar en equilibrio, pero no era así y lo supe ver justo cuando más la necesité.

Me levanto del sofá y deambulo por el salón con los pies descalzos, notando como el frescor del suelo me ancla al presente y me impide perderme por completo en mis propios pensamientos. Me detengo ante el ventanal y escudriño el patio con atención, fijando mi atención en las ventanas que forman parte del apartamento que ocupa Mara.

Gema solía insistir en que necesitaba aprender a liberarme de las ataduras, a soltar las riendas del control, a aceptar que no todo podía planificarse. Yo le replicaba que alguien debía asumir el rol de timonel, de guardiana de la estabilidad, para evitar que el barco derivara hacia el caos. Jamás logramos entendernos del todo.

Mara surca de nuevo mi mente y suelto un suspiro. El teléfono móvil vibra sobre la mesa con insistencia y me trae de regreso a la realidad, provocándome un sobresalto que acelera mi pulso por un instante. Lo observo, y sonrío al ver el nombre de mi hermana brillando en la pantalla.

—Hola —contesto, esforzándome por infundir a mi voz una paz que en realidad no siento.

—Buenos días, perezosa —replica ella con un tono juguetón—. ¿Te he pillado remoloneando aún en la cama?

—No, llevo ya un ratito despierta —le digo con naturalidad, para no preocuparla innecesariamente—. Estaba tomándome un café, pensando en lo que haré hoy.

Isabel suelta una carcajada que resuena a través de la línea.

—¿Cómo va todo?

La pregunta parece ser simple, pero en mi estado no lo es tanto.

—Bien, supongo —respondo por mero automatismo, por esa costumbre arraigada de no revelar como me siento a la primera de cambio. Luego exhalo un suspiro que delata mi verdadera disposición —. Bueno, en realidad voy tirando. Un día estoy bien, otro mal...

—Sería extraño que no fuera así —comenta ella con delicadeza—. Después de lo que te ha pasado, no puedes pretender estar bien al cien por cien. Pero lo conseguirás y el tiempo te ayudará.

Me acomodo en el sofá, aferrándome la taza de café que ya se ha enfriado entre mis manos.

—Ayer me pasé el día entero recorriendo la ciudad —le narro con detalle, trayendo a mi cabeza todas las rutas preciosas que recorrí—. Así que he decidido que hoy me merezco un descanso para recargar energías.

—¿Lo ves? Perder el tiempo también es beneficioso. Además, tampoco puedes estar exigiéndole a tu cuerpo que haga una maratón.

—No exageres tanto —replico entre risas—. Aun me queda mucho por ver. Pero es que tengo las piernas destrozadas.

—Ya tendrás tiempo de hacerlo. Tienes días de sobra.

La conversación deriva a otras cosas en cuestión de segundos. Hablamos de la ciudad, de esa belleza que adquiere cuando la luz de la tarde se desliza por las fachadas, de la comida y sobretodo, de lo deliciosos que están los helados. Sin embargo, mi hermana siempre ha dominado el arte de conducir las conversaciones hacia donde ella quiere sin que apenas me dé cuenta. Y en este momento, no iba a ser menos.

—Te noto algo extraña, como si algo te rondara la cabeza —señala al cabo de un rato, con esa intuición suya que rara vez le falla.

—Sigo molesta con Mara —confieso finalmente, liberando parte de la carga que llevo encima—. Y no, no me lo estoy tomando a la tremenda.

—Ya veo… —Escucho cómo suspira—. ¿Quieres contármelo o prefieres guardártelo?

Vacilo unos segundos y decido contárselo.

—Es todo lo opuesto a mí —explico sin mucho detalle—. Y bueno, ya te lo dije…, me irrita muchísimo. Es como si su sola presencia me tocase la fibra sensible.

—¿No será que te recuerda a Gema? —cuestiona de pronto, yendo al meollo de la cuestión.

—Sí. La verdad es que desde el primer día que choque con ella, es como si todos los recuerdos que tengo de Gema se me hubiesen revuelto dentro.

Isabel permanece en silencio durante unos instantes.

—Clara, cariño —interviene con esa ternura que siempre ha tenido conmigo—. No puedes pasarte el resto de tu vida molestándote

con las personas que se asemejen a ella; eso solo te hace daño y no creo que saques nada bueno.

Aprieto los labios con fuerza, resistiéndome a aceptar su visión tan fácilmente.

—No es tan simple…

—¿Estás segura? —insiste, invitándome a seguir.

—Es que... —balbuceo, buscando cómo expresar el torbellino interno de emociones que cargo—. Es como si su mera presencia me empujase a enfrentar cosas para las que aún no estoy preparada.

—Seguramente sea tu percepción. No creo que esa persona te conozca tan bien como para empujarte a nada —explica con una sabiduría que me hace sentir por lo pronto… como una verdadera idiota.

—Ya sabes cómo soy…

—Lo sé, pero no culpes a las personas por intentar comprenderte o conocerte —comenta, y por un instante, la imagino sonreír—. Además, yo no te regalé ese viaje para tachar cosas en una lista, sino para concederte la oportunidad de experimentar otras nuevas de manera inesperada.

Llevo mi mirada hacia el ventanal, donde la luz juega sobre el suelo formando patrones efímeros que capturan mi atención.

—Ya sabes que a mí no se me da bien eso —confieso con honestidad, revelando esa una vulnerabilidad que rara vez muestro ante la gente.

Aunque con ella, me sale con facilidad.

—Hacer cosas nuevas siempre da miedo —explica Isabel con paciencia—. Pero una vez que lo intentas y das el primer paso, todo cambia.

Me quedo en silencio, absorbiendo sus consejos como un bálsamo que se filtra lentamente en mis heridas.

—¿Piensas mucho en Gema? —indaga poco después.

El nombre de mi ex se abre paso entre mis costillas, despertando un dolor menos agudo que semanas atrás y que permanece escondido en mi corazón.

—La verdad es que sí —respondo con sinceridad—. Pero no con tanta intensidad; los recuerdos que comparto con ella no me hacen llorar. Aunque, ya sabes...

—Eso ya es un progreso —afirma ella, alentándome con optimismo.

Asiento en silencio, aunque ella no pueda percibir el gesto.

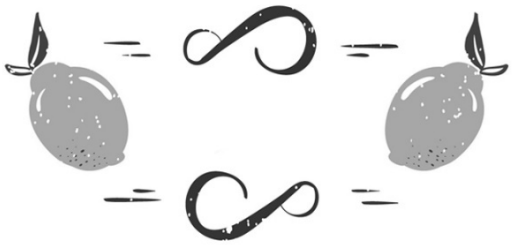
—No te cierres en banda, Clara —añade—. No transformes el temor en una regla que rija tu vida; a veces, aquello que nos desestabiliza es precisamente lo que llega para impartirnos una lección valiosa, para expandir nuestros horizontes.

—Está bien… prometo que lo intentaré.

Concluyo la llamada poco después, con el corazón algo más aliviado, como si hablar de todo esto con mi hermana hubiera disipado parte de la opresión que llevaba acumulada en el pecho. Me quedo sentada unos minutos más, permitiendo que sus consejos se asienten dentro de mí. Isabel no es de las que ofrece soluciones mágicas, pero me ha hecho pensar en el beneficio que me ofrece esas barreras que yo misma levanté para protegerme.

Sé que no puedo vivir así, que no puedo permitirme a mí misma encerrarme en una cúpula e impedir que nada me alcance, pero no sé cómo hacerlo sin sentirme perdida, sin sentir que sea lo que sea que llegue a mi vida podrá volver a romperme como ya lo hizo Gema.

—Pero tendré que intentarlo…



CAPÍTULO 10

Un almuerzo lleno de sorpresas

Clara

9 de mayo · Florencia

Al final, le he hecho caso a mi hermana y he decidido desafiarme a mí misma y hacerme ver que la vida no se desmorona si no lo planeo todo. Solo será hoy, mañana volveré a echarle un vistazo a la agenda y veré todo eso que aún me queda por visitar. Hoy quiero averiguar si lo que dice es cierto; si una vez que me anime a cambiar mi rutina, esta sensación extraña que cargo en el pecho cambiará conmigo.

Lo primero que hago nada más poner los pies en el suelo, es vestirme para bajar a desayunar. Desde que llegué a Florencia solo lo he hecho una vez, y prácticamente no lo elegí yo; Giulia me obligó y yo, por cortesía, acepté. Ese cambio debería proporcionarme algo de alivio, pero no es así, me genera un cosquilleo persistente en el estómago fruto de los nervios.

Tras mirarme tres veces en el espejo, salgo del apartamento y me monto en el ascensor para descender hasta el salón con una sensación extraña —y en alerta— latiendo en mi corazón, como si mi cuerpo intuyera que la mañana va a estar llena de imprevistos que no he tenido en cuenta.

En cuanto llego, el salón rebosa de luz. No me había percatado de las cristaleras, tampoco de las flores que adornan el jardín interior y que desprenden un delicioso aroma que se mezcla con el del café, el pan tostado y el queso fundido. Es mi hambre la que me empuja a seguir

caminando a sabiendas de que, en cualquier momento, me cruzaré con ella.

No me lleva mucho localizarla. Tampoco al resto. Mara ocupa un asiento en la mesa principal, tiene la espalda recostada contra el respaldo de la silla y una taza humeante de café entre sus dedos. Su pelo oscuro cae y se desliza por sus hombros, brillando en tonos caoba gracias a la luz del sol que la acaricia. No sé de qué está hablando, pero está enfrascada en una charla con Francesco, sonriendo. Sonrisa que se interrumpe en cuanto alza la mirada y nuestros ojos se encuentran. Su reacción es sutil, apenas un pestañeo, pero percibo su sorpresa y también la tensión que adquiere su postura. No sé si es mi sensación, pero todo a nuestro alrededor se silencia de manera abrupta.

Giulia es quien reacciona primero al percatarse de mi llegada.

—¡Clara! —exclama con entusiasmo, extendiendo los brazos en un gesto amplio y acogedor, como si hubiera estado aguardando mi aparición durante días—. Acércate, cariño. Y únete a nosotros en la mesa, por favor. Es una maravilla tenerte aquí.

Eva le dedica una mirada a Mara y por alguna extraña razón, me siento expuesta.

Giulia se acerca a mí, y a pesar de mi incomodidad, me sujeta del brazo y me arrastra consigo hasta obligarme a sentarme. Eva me dedica una sonrisa pequeña, Tomaso me saluda con un leve movimiento de cabeza, y Francesco incluso se incorpora de su asiento para retirarme la silla con cortesía. La facilidad con la que me incorporan al grupo me toma por sorpresa. Sobre todo, porque apenas he intercambiado unas pocas palabras con ellos y no he sido precisamente amigable con ninguno.

Mara, al contrario que el resto, permanece en silencio absoluto, con la vista clavada en el contenido de su taza, evitando cualquier contacto visual conmigo. No sé qué estará pensando, pero tengo la sensación de haber interrumpido algo que nadie se anima a reanudar por temor a lo que pueda surgir.

—¿Has descansado bien? —indaga Eva con interés, inclinándose ligeramente hacia mí para escuchar mi respuesta.

—Sí, gracias —contesto con una sonrisa, intentando sonar relajada—. Después de unos días mi cuerpo se está acomodando al colchón —confieso y ella deja escapar una pequeña risa—. Y la verdad

es que lo necesitaba —añado soltando una risilla—. Sobre todo hoy, que he decidido tomarme la mañana con tranquilidad y sin muchas pretensiones.

—Deberías hacer eso mismo cada día de tu vida. Pero en los viajes, mucho más. Aunque aquí en Florencia, eso es casi una norma generalizada —explica Giulia mientras vierte más café en las tazas de todos, asegurándose de que nadie se quede sin probarlo—. Todos los que estamos sentados aquí, sabemos que el tiempo y la vida corren de manera diferente cuando los dejamos ser.

Esbozo una sonrisa a medias y asiento. Aunque esa parte de mí, la que le gusta controlarlo todo, se niega a aceptar su explicación.

El desayuno avanza y lo hace entre charlas entrelazadas y animadas que saltan de un tema a otro con fluidez. Francesco menciona con pasión una modesta librería oculta en las proximidades de Santo Spirito, un rincón lleno de tesoros literarios que pocos turistas descubren porque está tan escondida que apenas puedes verla. Tomaso, por su parte, pone atención en una sección menos concurrida del río Arno —una sección que nadie conocía—, apartada de los puentes emblemáticos que atraen multitudes con sus cámaras. Yo me limito a escuchar con atención, participando solo cuando surge una oportunidad. Poco a poco, la rigidez que flotaba en el aire al principio se va atenuando, aunque una sutil corriente de tensión permanece latente, recordándome que Mara sigue a mi lado y que apenas hemos cruzado palabra desde que llegué. Sé que lo hace para mantenerse al margen y evitar otra confrontación como la de la última vez, pero me encantaría que hablara.

«Para acabar discutiendo como te sucedía con Gema», me recuerda esa parte de mí que aún no atiende a razones.

—Para esta mañana —anuncia Giulia de repente, captando la atención de todos—, he pensado que podríamos hacer algo todos juntos. Los que lleváis aquí un tiempo, sabéis que siempre organizamos actividades para acercarnos y conocernos un poco más. Así que, he pensado que sería buena idea dividirnos en parejas y visitar algunas zonas menos exploradas de Florencia. ¿Qué os parece?

—¿En parejas? —pregunto con curiosidad.

—Si, en parejas —afirma ella con convicción—. Tomaso acompañará a Eva por los alrededores de San Niccolò, una zona llena de

encanto histórico. Francesco se encargará de un par de nuevos huéspedes que se incorporan hoy al hotel y en cuanto a ti...

Hace una pausa dramática que me genera incomodidad y nervios, porque sé exactamente qué es lo que va a decir.

—Tú irás con Mara. Es una experta en viajes y, además, una fotógrafa excelente, ¿qué mejor que su visión del mundo como acompañante?

Mara levanta la cabeza de golpe. Parece que estuviera en otro mundo.

—¿Conmigo? —pregunta, y por primera vez detecto la inseguridad en su voz.

—Sí, ¿algún problema? —replica Giulia, como si la idea fuera la más lógica y evidente del mundo—. Dominas a la perfección los pequeños detalles y estoy segura que tendrás fichados varios rincones inolvidables de esta ciudad a pesar de llevar aquí pocos días. Clara, como clara también es recién llegada, seguro que está ansiosa por descubrir la ciudad de una manera auténtica; de esta forma, podréis compartir experiencias enriquecedoras juntas.

—Giulia, tal vez Tomaso podría... —intervengo yo en un intento por aliviar la tensión.

—Imposible —me interrumpe Tomaso—. Hace un tiempo que le prometí a Eva que la llevaría por esa zona, y no lo he podido cumplir por culpa de mis clases en la Universidad.

Mara me mira directamente y puedo ver en sus ojos cómo busca una excusa que le permita escapar de la obligación inesperada de tener que pasar la mañana conmigo.

—Es que... —titubea—. No estoy segura de si...

—No te causaré ningún problema si es lo que te preocupa —intervengo con rapidez antes de que complete su frase—. Me ajustaré a lo que propongas.

Mara parpadea un par de veces, sorprendida por mi respuesta. Y no es para menos, parte de mí querría tomar el control de la situación, pero debo relajarme y adaptarme, ver qué surge de esta experiencia y dejarme llevar. Sin embargo, ella vacila durante unos segundos, hasta que finalmente, exhala un suspiro resignado.

—De acuerdo —concede con reticencia—. Iremos juntas. Pero a la mínima discusión, cada una por su lado.

—¡Perfecto! —interviene Giulia complacida—. Va a ser una mañana maravillosa, ¡ya lo veréis!

La palabra «maravillosa» resuena entre nosotras, cargada de un significado que invita a reflexionar sobre todas las discusiones y los encontronazos previos que hemos protagonizado. No es que nos llevemos a las mil maravillas, pero es natural teniendo en cuenta que ella se pasó prejuzgándome desde el primer minuto.

El desayuno sigue y me sorprende sentirme tan a gusto. Por un momento me siento como en casa, rodeada de personas que conozco de toda una vida, compartiendo detalles y experiencias que nos han llevado a todos a este punto y a este lugar. Incluso Mara parece relajarse y contar alguna que otra anécdota de estos días en Florencia. Yo la escucho sin apenas mirarla, captando la pasión que siente por su trabajo, invitándome a cambiar esa percepción negativa que tenía de ella.

«Al parecer no es tan impulsiva o impredecible como pensaba; es sensible, meticulosa…», pienso. «Además de hipnótica», añado justo en el momento en que todos se ponen en pie prácticamente al unísono y comienzan a recoger sus cosas para dar comienzo a esta visita turística tan extraña y poco elaborada.

—Bueno, ¿preparada?

Quiero decirle que no, pero solo asiento. Ella me mira y en su postura denoto esa incomodidad palpable fruto de mis malas formas anteriores y de mi constante incapacidad de poner freno a mis palabras cuando algo me afecta de lleno.

—Si en cualquier punto decides separarte y continuar por tu cuenta... —sugiere con cautela, ofreciéndome una vía de escape.

—No, tranquila —la detengo—. No te preocupes por nada. Será una mañana apacible y compartida. Irá bien.

Ella asiente a pesar de tener cara de no creérselo, y abandonamos el hotel juntas, adentrándonos en la ciudad, dejando que el sol de mayo caiga sobre nosotras y nos guíe con suavidad.

Avanzamos en silencio, la una al lado de la otra, disfrutando de lo que nos rodea, evitando mirarnos en todo momento. Parecemos dos extrañas separadas por un muro infranqueable; caminamos en paralelo, sumergidas en nuestros propios pensamientos.

—Giulia lleva razón en lo que ha dicho antes —comenta Mara al cabo de un rato, rompiendo el hielo—. Florencia es una ciudad que se saborea de verdad cuando te permites prescindir de los mapas y las planificaciones.

—Eso es lo que parece… —respondo casi en un suspiro—. Pero a mí me resulta muy difícil no planificarlo todo.

—Créeme, lo he notado —comenta con un poquito de sarcasmo en la voz—. Al principio pensaba que eras una maniática del control. Pero soy consciente de que no todas las personas están preparadas para existir en un constante estado de improvisación, y es aceptable, aunque no lo comparta. Pero puede resultar liberador y deberías probarlo.

—Algún día quizá…

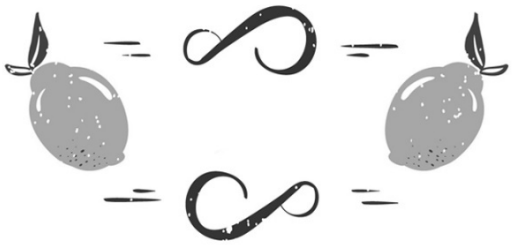
Continuamos nuestro paseo, y ella me describe con detalle una zona poco frecuentada en las cercanías de Oltrarno, repleta de ateliers y vías empedradas donde se puede disfrutar de la verdadera vida florentina lejos del bullicio turístico. Yo le presto atención en todo momento, esforzándome por no dar lugar a un conflicto que, contra todo pronóstico, no se materializa en ningún momento.

No obstante, una parte de mí permanece en alerta y vigilante. Mara no es solo mi guía turística por un día, es también el reflejo de mis propias limitaciones, una representación de todas las decisiones que soy incapaz de tomar, de los miedos que me han impedido liberarme y la sombra de una mujer que me rompió el corazón.

«Y que nada tiene que ver con ella», me recuerda mi vocecilla interior.

Mientras caminamos por una calle que, por algún motivo extraño, no había frecuentado a pesar de haber pasado muchas veces por la zona, pienso en la fragilidad de esta tregua que he establecido. Bastaría una expresión mal dicha o un malentendido para que todo se desmoronase, para que volviésemos a esa dinámica que nos ha caracterizado desde que nos conocimos.

Pero hoy, hoy lo único que deseo es cambiar y disfrutar de la vida sin que sea un mapa el que dibuje mi camino.



CAPÍTULO 11

Risas que descolocan

MARA

9 de mayo · Florencia

No recuerdo cuando acabé accediendo a ser la guía de Clara, pero lo que tengo claro es que esta salida improvisada no está siendo tan catastrófica como esperaba. En este momento caminamos juntas por una callejuela angosta y adoquinada, apartada del tumulto de turistas que llena la ciudad y del ruido constante.

Florencia brilla bajo unos rayos de luz que se filtran entre los edificios y se proyectan contra los escaparates de los comercios que nos rodean. El ambiente vibra una vez más, y si aprendes a ausentarse del ruido y prestar atención a los pequeños detalles, puedes llegar a descubrir secretos que sólo se desvelan ante los ojos más curiosos.

Hoy, por extraño que esto parezca, me he sorprendido a mí misma deseando que esta mañana no termine, que Clara descubra conmigo esos lugares con los que me topé hace días y que guardan algo especial.

—¿Y dónde dices que está? —pregunta con curiosidad, llamando mi atención.

—Unos callejones más abajo —le cuento—. Tenemos que pasar unos arcos de piedra, pero ya la verás cuando lleguemos. Te va a encantar.

—Qué raro que no me haya dado cuenta…

La miro durante unos segundos, y en ese tramo de tiempo, capto detalles que hasta ahora habían pasado desapercibidos: su pelo, de un castaño cobrizo ondulado en bucles brilla como si fuera fuego, y su

sonrisa es aún más bonita gracias al pintalabios color coral que usa. La mujer que me acompaña no tiene nada que ver con la rígida y reservada de días atrás, es más tranquila, curiosa… incluso algo divertida.

«Y eso te gusta», menciona una parte de mí que hasta el momento permanecía durmiendo.

—A veces pasamos de largo y no nos damos cuenta de esos pequeños detalles. Pero no te apures… —respondo restándole importancia al hecho—. Además, en los mapas rara vez se destacan esos rincones. Es por eso que vale la pena levantar la mirada y observar tu alrededor.

Sus ojos se quedan clavados en los míos y de pronto, esboza una sonrisa que me desestabiliza e ilumina su rostro revelando una calidez que no esperaba encontrar en ella. Me percato en ese instante del cosquilleo que siento en los dedos y de las ganas que tengo de capturarla con mi cámara.

«Algo que rara vez pasa.»

Seguimos nuestro recorrido a través de pasadizos que se arquean, reacios a seguir las líneas rectas por mero capricho arquitectónico. Señalo una diminuta hornacina que alberga una imagen erosionada de la Virgen, una puerta de madera deteriorada por el tiempo y una ventana de la que penden tiestos repletos de flores. Y Clara se para a mirar cada cosa como si quisiera guardarlas en un pequeño compartimento privilegiado de su mente.

—Giulia tenía razón al decir que tienes un don para fijarte en los detalles. —Me mira de pronto—. Yo habría continuado sin reparar en ellos, distraída por lo que hay en mi mapa y no por toda esta belleza.

—Es algo que he aprendido a disfrutar gracias a mi trabajo —contesto con modestia—. Aunque mi mejor amigo te diría que es una de mis obsesiones particulares.

Ella suelta una carcajada, un sonido que provoca un sutil revuelo en mi interior, similar a un aleteo de mil mariposas que me impide seguir caminando. No es ruidosa ni escandalosa, sino armónica y cautivadora. Demasiado cautivadora para una persona con la que me he pasado discutiendo desde que nos conocemos y que ahora, ha conseguido que mis impresiones sobre ella se desmoronen ante mis ojos como un castillo de naipes ante el viento.

Continuamos nuestro paseo durante un rato en el que el tiempo se dilata hasta adaptarse a nuestro ritmo. Conversamos sobre arte, sobre libros, y sobre cafeterías ocultas en las que uno puede disfrutar de la soledad. Descubro que Clara atiende a cada pequeño detalle que le cuento, que evita interrumpirme, y que formula preguntas movida por la curiosidad, lo que enriquece nuestra interacción de manera inesperada.

—Creía que eras más… —inicia ella, y se interrumpe a mitad de frase, como si evaluara las consecuencias de sus palabras.

—¿Más qué exactamente?

—Más… —murmura y frunce el ceño—. Siempre he creído que los fotógrafos tenéis una metodología muy marcada, pero tú… tú no la tienes. Eres más, no sé… más caótica.

No sé por qué, pero ese comentario me roba una carcajada.

—Pues que sepas que la tengo —le aseguro con tranquilidad—. Todos tenemos una metodología que hace que nuestras fotografías sean únicas. Al final, también ponemos nuestra esencia en lo que hacemos, aunque aparentemente seamos caóticos como tú dices.

—Disculpa…

—No te inquietes por eso —sonrío—. Yo misma pensé que eras una remilgada y una estirada incapaz de ver el mundo más allá de un plano, y ahora… mírate… —señalo—. Me has demostrado que eres todo lo contrario.

Ella abre los ojos como platos, y acto seguido suelta una risa espontánea, presionando una mano contra su pecho como para contenerse.

—Vaya, has ido directa al grano y sin rodeos…

—Perdón si ha sonado brusco —comento, aunque en realidad no me arrepiento—. Supongo que las primeras impresiones pocas veces captan la verdadera esencia de las personas.

Nos sostenemos la mirada durante un instante y en ese intervalo tiempo algo se alinea entre las dos.

Al final, alcanzamos esa plazoleta en cuyo centro hay una fuente que se mueve con discreción mientras dos caballeros de edad avanzada disputan una partida de naipes sobre un banco desgastado. Es la misma plaza donde choqué con aquel hombre en bicicleta, con el mismo que llevó la mirada al cielo azul preguntándose qué le depararía el día.

Nos acomodamos en el reborde de piedra, permitiendo que el rumor del agua nos envuelva. Clara cierra los ojos por un breve momento, inspirando profundamente como si absorbiera la esencia del lugar.

—Te agradezco este paseo… —murmura con gratitud—. Necesitaba un respiro que me desconectara de todo… y lo has conseguido…

Me pregunto sobre el significado que esconde sus palabras, pero me animo a no preguntar. Solo nos quedamos así unos minutos antes de seguir caminando hasta atravesar el Arno por un viaducto, distanciado del ajetreo constante que existe en el centro de la ciudad. El caudal discurre plácido, replicando el cielo y las fachadas ribereñas como un espejo envejecido por el paso de las eras. Nos reclinamos sobre la balaustrada, una al lado de la otra, sin tocarnos apenas, pero conscientes de la tensión que nos rodea.

—Desde el primer día que visité este puente, me cautivó… —comparto con ella—. No es tan bonito como los demás, pero es especial.

—Hay cosas que no necesitan esforzarse por deslumbrar porque ya lo hacen por sí mismas… ¿verdad?

Asiento, asombrada una vez más por esta nueva coincidencia. El silencio se aposenta entre nosotras. El fluir del agua bajo nuestros pies marca un compás que me empuja a relajarme, a permitir que nuestras barreras emocionales se disuelvan gradualmente.

—Este viaje… —inicia Clara con vacilación, como si sopesara cada palabra antes de liberarla—. En verdad fue un regalo de mi hermana, insistió mucho en que debía viajar y salir de esa burbuja en la que me había metido.

La miro con atención, animándola a seguir.

—Según ella, estaba siendo muy dura conmigo misma después de mi ruptura, y la verdad, es que no le faltaba razón —confiesa sin mirarme a los ojos—. Mi pareja desestabilizó toda mi vida y me hizo sentir muy vulnerable, sola… perdida incluso.

De repente, deja de ser la mujer que conocí aquella mañana vestida con un pijama de cerezas y se transforma en una persona que arrastra consigo un agotamiento emocional profundo.

—A veces, cuando perdemos a la persona que nos entregaba estabilidad… también nos perdemos por el camino —reflexiono,

usando mis propias experiencias para seguir con la conversación—. Y usamos lo que tenemos a mano para ocupar el espacio. Ya sea nuestro trabajo, nuestras rutinas o incluso el control. La cuestión es… que nunca nos damos cuenta de cuando nos metemos en ese bucle autodestructivo.

Clara me mira y de pronto, su mirada se llena de preguntas.

—Tengo la impresión de que me he impuesto la obligación de sobrevivir con las migajas en vez de concédeme la oportunidad de vivir plenamente y saborear la vida sin miedo.

La conservación ha despertado en mí recuerdos que creía olvidados, cosas que pensaba que ya había superado. Me apoyo con mayor firmeza en la balaustrada, percibiendo el frescor metálico bajo las palmas de mis manos.

—No estás obligada demostrarle nada a nadie —agrego con convicción—. Ni siquiera ante ti misma. A veces es suficiente con detenerse y respirar, permitir que el equilibrio se restablezca por sí solo con el paso del tiempo.

Ella inclina la cabeza y sus ojos centellean con un brillo cristalino fruto de unas lágrimas que no derrama. Hay algo que flota en el aire, una electricidad que nos une y nos mantiene tan cerca que podemos ver nuestro reflejo en los ojos de la otra. No hay prisa, tampoco interferencias. Sólo la sensación esclarecedora de que algo ha cambiado y lo ha removido todo.

Clara se muerde el labio y en ese gesto, algo nace dentro de mí. Ese impulso que me lleva a levantar la mano y acariciar su mejilla con una intensidad que la obliga a separarse de golpe. Como si el tacto de mis dedos ardiera en contraste con su piel.

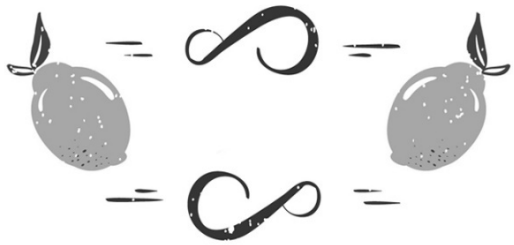
—Creo que es hora de volver —propone, delineando una sonrisa que aspira a ser despreocupada y ligera—. Me muero de hambre después de tanto caminar.

Parpadeo desconcertada por el cambio abrupto, y luego accedo con un gesto afirmativo.

—Sí, creo que será lo mejor…

Nos apartamos de la balaustrada y reanudamos la marcha. Apenas hablamos, solo nos dedicamos a caminar la una al lado de la otra, atentas a nuestros pasos, a cada roce fortuito que no se materializa pero que mi mente imagina casi con urgencia.

Florencia permanece inalterada, espléndida e impasible ante nosotras, pero algo ha cambiado y aunque todavía ignoro qué es, me gustaría saber cómo se van a dar las cosas de aquí en adelante.



CAPÍTULO 12

No debería pensar en ella

Clara

9 de mayo · Florencia

La jornada sigue su curso y la luz del sol cae desde lo más alto sobre la ciudad. El paseo con Mara —y su caricia en mi mejilla— han conseguido que la sensación que tenía cuando abandonamos el hotel desaparezca.

Cierro la puerta con una sonrisa en los labios y suelto el bolso en una silla. El silencio que reina en el apartamento me acompaña mientras me quito los zapatos y disfruto del frescor en las plantas de los pies. Abro la ventana del salón de par en par y permito que el aire templado lo invada todo. Inspiro llenando mis pulmones y me percato de lo relajada que me siento a pesar de lo que ha sucedido mientras disfrutaba con Mara de las vistas sobre el Arno. Juro que no me esperaba su caricia, tampoco que fuese a ser capaz de liberarme de la tensión que acumulaba desde que llegué a Florencia. No sé qué pensar, tampoco sé qué hacer.

Isabel estaba en lo cierto, solo debía cambiar para mejorar. Aunque no esperaba que esa mejora fuese a darse de la mano de Mara, de sus gestos, la cercanía, la comprensión, la complicidad; todo ha hecho que la Clara más auténtica aflore, esa que sonreía como una boba tal como lo hago ahora.

El hambre no ha disminuido por mucho que mi mente esté ocupada. Así que rebusco en el frigorífico y opto por cocinar algo sencillo con lo poco que compré en el supermercado hará unos días. Troceo las verduras, y pongo atención en los movimientos del cuchillo

deslizándose sobre la tabla de madera, centrándome. El perfume del ajo al dorarse en la sartén me rodea, trayendo recuerdos de momentos pasados en los que me sentía feliz, completa y segura. Me sirvo una copa de vino tinto y le doy un sorbo lento, permitiendo que el sabor se extienda por mi paladar con lentitud, saboreando sus matices frutales y terrosos. Cocinar me ayuda a soltar cosas que no me sirven. Como, por ejemplo, todas esas barreras que levanté a mi alrededor después de que Gema me dejara y que hoy, al bajarlas, me ha permitido conocer un poco más a una mujer que creí insoportable y que por lo pronto, ha llamado mi atención.

La crispación que se había acumulado después de nuestros primeros choques se ha disipado hasta verse sustituida por una curiosidad que me empuja a conocerla mucho más. Me ha asombrado su visión de la vida, esa ironía que emplea para matizar sus observaciones, su habilidad para prestar atención a todo lo que ocurre a su alrededor, aunque parezca perdida en sus propios pensamientos. Y, por encima de todo, lo que he sentido a su lado y que me ha encantado.

Remuevo la salsa con una cuchara de madera y reduzco la intensidad de la llama para que cueza a fuego lento. Apoyo la cadera contra la encimera y cierro los ojos por un momento fugaz, permitiendo que las imágenes de la mañana despierten en mi mente. Inevitablemente, el recuerdo de Gema emerge, como ocurre cada vez que algo se me antoja excesivamente llamativo. Su recuerdo ya no me duele con la misma intensidad que antes, pero se ha convertido en un escudo tras el que me protejo.

—Deja de darle vueltas, anda —me susurro en voz baja.

Con el fin de espantar cualquier nubarrón mental, busco mi teléfono y me pongo algo de música. Selecciono pop italiano casi por instinto, como si la esencia misma de Florencia me lo pidiera. En cuanto resuenan los primeros acordes de *Brividi*, interpretada por Mahmood y Blanco, dejo que la melodía me envuelva y me desplazo por la cocina al compás de la canción, entonándola a media voz mientras degusto la salsa y rectifico el punto de sal con un pellizco adicional. Mi sonrisa se asienta de nuevo en mis labios sin que pueda reprimirla. Existen canciones que actúan como llaves maestras, y esta es sin duda una de ellas.

No soy consciente de que la música está a un volumen alto hasta que una voz se eleva por encima del sonido llamando mi atención.

—¿Es *Brividi*? —inquiere la voz, con un matiz juguetón.

Me vuelvo bruscamente y me aproximo a la ventana que da al patio con rapidez. Mara se asoma desde su propio apartamento, recostada contra el dintel, exhibiendo una expresión cargada de curiosidad. La luz del sol le entrega a su pelo oscuro tonalidades oro y sus ojos, ya no son tan castaños.

—Sí, ¿no te gusta? —replico, mientras apoyo las manos en el marco de la ventana y la miro con curiosidad—. Si te molesta la música puedo bajarle el volumen.

—Al contrario —contesta ella, negando con la cabeza mientras una sonrisa se dibuja en sus labios—. Es una de mis canciones favoritas, una que me hace recordar cosas cada vez que la escucho.

—¿Cosas?

La miro con más intensidad y me fijo en su pelo cayendo con naturalidad sobre sus ojos, en ese conjunto deportivo y esa camiseta de tirantes blanca que se ajusta a su cuerpo y lo realza, la tensión que se desliza por mi piel y me calienta.

—Vaya… —exclamo, y dejo escapar una risa que aligera el ambiente y evita que ella note que la estoy mirando con demasiada intensidad—. No sabía que te gustaba tanto…

—Solo hemos hablado unas horas sin mordernos… —agrega ella, y una sonrisa surca sus labios—. Son muchas las cosas que no conoces de mí…

«¿Acaso está coqueteando conmigo?».

Me muevo y me paso una mano por el pelo, sujetándolo detrás de mi oreja.

—No te lo dije esta mañana, pero… he disfrutado mucho de nuestro paseo.

Mara me mira unos segundos, y por extraño que parezca siento que algo tira de mí hacia ella.

—Ambas lo hemos hecho… —me dice al cabo del rato—. Me alegra haber sido yo la que te haya acompañado y mostrado una Florencia algo alternativa.

La música sigue y se desliza entre nosotras, tejiendo una red que atraviesa el espacio y nos une. El instante resulta simple en apariencia,

pero tiembla con una electricidad que me provoca un cosquilleo en la piel.

—¿Estás preparando la comida? —indaga ella, ladeando ligeramente la cabeza con un gesto de interés—. Pensaba que irías a comer a algún restaurante…

—Sí, me gusta cocinar y me apetecía… —confirmo, ocultando que lo que necesitaba era dejar de pensar en ella—. No es nada muy elaborado, pero…

—Huele delicioso —observa, y su sonrisa se amplía con un toque juguetón—. Debería considerarse un delito tentar así a tus vecinos.

Suelto una carcajada sonora, liberando la tensión acumulada en el pecho.

—No creo que los demás inquilinos vayan a protestar por ello —replico con humor, extendiendo la broma—. O al menos, eso es lo que espero. No quiero tener que mudarme a otro apartahotel por culpa de mi afición por la cocina.

Se da un silencio breve entre nosotras y percibo que algo se remueve en mi interior, una corazonada que me impulsa a dar el paso antes de que la razón intervenga y me frene de nuevo.

—Si te apetece... —hago una pausa momentánea para ordenar mis ideas—. Siempre y cuando no tengas otra cosa que hacer... podrías venir a comer.

Las palabras salen de mis labios sin pensarlas demasiado, y por un segundo, temo haber cruzado una línea que no debería haber cruzado nunca. Mara parpadea sorprendida, y su mutismo se extiende lo suficiente como para que se me acelere el pulso.

—¿Estás segura? —pregunta, adoptando un tono más suave—. No quiero incomodarte ni nada.

—Segurísima. Ven a comer —le aseguro, notando cómo el corazón me late con mayor intensidad—. Además, así podemos disfrutar de unas horas más juntas.

Ella me mira con detenimiento. Al final, asiente.

—Está bien, en ese caso... concédeme diez minutos para arreglarme un poco —propone, con un brillo especial en los ojos—. Y te garantizo, sin probar la comida, que no me meteré con tu habilidad en la cocina, aunque sea tentador bromear al respecto.

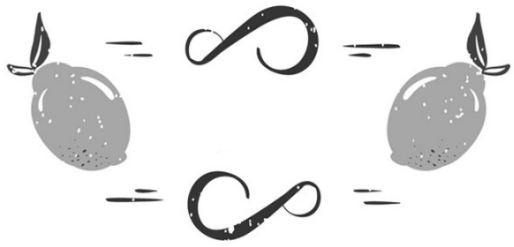
—No te lo perdonaría nunca —bromeo.

Mara se aparta del marco de la ventana, y yo permanezco allí unos segundos más, absorbiendo la música que aún resuena, permitiendo que lo que acabo de hacer se asiente en mi conciencia. Invitarla a comer no formaba parte de ningún plan, no encaja en mi manera de hacer las cosas, pero estoy entusiasmada, alterada y me gusta haber sido capaz de organizar algo sin pensar.

Vuelvo a la cocina y comienzo a preparar un poco de pasta para acompañar la verdura. Dispongo la mesa con mimo, y abro las cortinas para que la brisa se cuele al interior del apartamento. La canción que sonaba termina y dejo que la lista de reproducción prosiga, preservando esa atmósfera íntima que ha surgido casi por arte de magia.

Mientras aguardo la llegada de Mara, me apoyo contra la encimera y libero mi mente. Ignoro de dónde nace esta tonta necesidad por querer alargar su compañía —aunque por mucho que lo niegue, sí lo sé —, pero tengo claro que, por primera vez, me siento bien.

El sonido del timbre resuena a la misma vez que los nervios me cogen desprevenida y se enroscan en mi estómago. Inspiro antes de dirigirme a la puerta y abrirla, plenamente consciente de que, en ocasiones, las elecciones más modestas y aparentemente intrascendentes son las que acaban por alterar el curso de las cosas de manera irrevocable.



CAPÍTULO 13

Una comida improvisada

MARA

9 de mayo · Florencia

El pasillo del hotel está en silencio cuando salgo de mi apartamento para ir hacia el de Clara con una botella de vino —que compré en mi primer día aquí— firmemente sujeta entre las manos y una sonrisa anclada a los labios.

La invitación me ha sorprendido, pero también ha despertado en mí una curiosidad vibrante, casi chispeante, que me recorre el cuerpo. Sé que esta cita improvisada no sólo se reduce a compartir una comida y ya está; detrás de la invitación hay algo más, algo que yo misma he generado después de haberla acariciado y haber tenido el impulso de besarla. «Algo que por suerte ella no ha notado». Siento una leve aceleración en el corazón, una expectación que convierte todo esto en algo mucho más importante. Llamo con suavidad, dos golpes sobre la madera, y espero, notando cómo los segundos pasan lentos, dilatando el tiempo.

La puerta se abre y Clara aparece enmarcada en el umbral, con una sonrisa dibujada en sus labios, vestida tal como lo hacía antes: con una camiseta de algodón y unos pantalones cómodos. El aroma de lo que sea que haya cocinado me llega de inmediato y cuando nuestra mirada choca, sus ojos se iluminan tal como lo hacían en el Arno.

—No deberías haber traído nada, yo había descorchado una botella.

—Bueno, es de mala educación no llevar nada a la casa del anfitrión —respondo con teatralidad—. Este vino está delicioso, así que… lo aprovecharemos.

—Está bien, como tú mandes. No voy a discutir.

Su risa brota entonces, clara y espontánea, y el sonido me resulta inesperadamente perfecto, embobándome durante escasos segundos. Me invita a pasar con un gesto amplio de la mano y, al cruzar el umbral, experimento una sensación extraña y fascinante: la distribución del apartamento es idéntica al del mío, la luz que entra por las ventanas, incluso el color de las paredes coincide casi al milímetro. Sin embargo, los detalles lo transforman todo. Hay una chaqueta doblada con descuido sobre el respaldo de una silla, varios cuadernos abiertos sobre la mesa baja del salón con anotaciones en diferentes colores, folletos de museos, mapas de Florencia desplegados y marcados con rotuladores.

—Ponte cómoda donde quieras —me indica mientras cierra la puerta con suavidad—. Perdona el caos; lo dejé todo revuelto. Estaba preparando unos itinerarios para ir a visitar Pisa en unos días.

—No te preocupes —contesto, y dejo la botella sobre la encimera de la cocina con cuidado—. ¿No has ido nunca a Pisa?

—La verdad es que no. He estado en Roma, Venecia, Milán…

—Seguro que te encantará —le digo, con una sonrisa suave en los labios—. Tiene su magia.

Y no miento. Toda Italia la tiene.

«Aunque ella y su mirada mucho más», pienso de pronto y necesito apartar los ojos de ella.

—He preparado pasta —anuncia mientras se acerca a la cocina y remueve la olla con una cuchara de madera—. Te advierto que no es precisamente algo típico italiano, solo… un popurrí de cosas que a mí me gustan mucho.

—Si huele tal como lo percibo, seguro que está delicioso —replico con una media sonrisa, apoyándome en el marco de la puerta que separa el salón de la cocina.

Clara me lanza una mirada de reojo, mientras sigue concentrada en el movimiento circular de su mano. Hay una calma en sus gestos que me resulta atractiva, una serenidad que contrasta con la energía que desprende cuando habla. Me tiende una copa de vino ya servida y la

acepto con un gesto de agradecimiento; doy un sorbo lento que me caldea el estómago y me ayuda a relajar los hombros.

—Gracias por haber venido —dice de repente, sin apartar la vista de la olla—. No suelo invitar a nadie así, de improviso y sin tenerlo todo planeado.

—Y yo no suelo tener citas tan íntimas con alguien a quien apenas conozco —respondo con absoluta franqueza, mordiéndome el labio inferior—. Pero parece que hoy las dos estamos rompiendo algunas de nuestras reglas habituales.

—¿Hablas en serio? Lo de no tener citas íntimas con alguien…

—Tengo citas, más sexuales, pero no tan personales —le digo con absoluta franqueza.

Esa observación hace que su sonrisa se relaje y durante un momento, tengo la sensación de haber estropeado algo con el comentario.

Nos sentamos a la mesa poco después, con los platos humeantes colocados frente a nosotras. La pasta resulta ser un plato combinado de sabores que encajan entre sí de una forma tan armónica que me deja momentáneamente sin palabras.

—Está realmente deliciosa —declaro después del primer bocado, y lo digo con total sinceridad—. De verdad, impresionante.

—¿Lo dices en serio? —pregunta, y detecto un destello de inseguridad en su mirada, un leve parpadeo que revela cuánto le importa la respuesta.

—Completamente en serio. Cocinas muy bien.

Clara exhala despacio, como si esas palabras hubieran aliviado una presión que ni siquiera sabía que llevaba encima, y su postura se suaviza visiblemente. Comemos con calma, conversando al principio de temas ligeros y cotidianos: el paseo de hace unas horas, los rincones de Florencia que todavía desea descubrir, las fotografías que he ido tomando durante estos días. Le relato algunas anécdotas de viajes anteriores, y ella escucha, haciendo preguntas concretas que demuestran que realmente está prestando atención a cada detalle que sale de mi boca.

—¿Siempre has vivido de la fotografía? —me pregunta en un momento, con genuina curiosidad.

—Casi desde el principio —respondo, y me encojo ligeramente de hombros—. Empezó como algo provisional, una forma de pagarme las cosas que necesitaba mientras decidía qué quería hacer con mi vida, y terminó convirtiéndose en la manera en que veo el mundo y en la que me gano la vida.

—Tiene mucho sentido —comenta ella—. Por eso tienes esa capacidad para percibir tantos detalles.

—Algo así. ¿Y tú? —pregunto a mi vez, inclinándome un poco hacia delante—. ¿A qué te dedicas?

Clara deposita los cubiertos con delicadeza a un lado del plato y toma un sorbo de vino antes de contestar.

—Soy intérprete —explica—. Trabajo con idiomas. Traducción simultánea en conferencias, reuniones internacionales, negociaciones… lo que surja y para lo que necesites.

—¿Cuántos idiomas dominas? —inquiero, impresionada.

—Depende de cómo definamos «dominar» —responde con una sonrisa irónica—. Además del nuestro, claro —bromea—. Con fluidez absoluta, cuatro: inglés, francés, italiano y alemán. Y otros dos a un nivel muy profesional, que son el portugués y el holandés.

—Impresionante —murmuro—. Eso aclara muchas cosas.

—¿El qué, exactamente?

—Tu forma de escuchar. La manera en que eliges las palabras antes de formular una respuesta… —respondo—. Es como si calculases a la perfección todo lo que sale de tus labios.

Clara baja la mirada un instante, y percibo que mi comentario la ha afectado.

—Los idiomas te obligan a ser precisa —señala poco después—. Te enseñan que una palabra mal colocada puede cambiarlo todo, que no puedes dar nada por sentado.

Asiento despacio, comprendiendo la profundidad de lo que acaba de decir. La conversación fluye entonces sin tropiezos, saltando con naturalidad de un tema a otro: viajes que nos han dejado huella, ciudades que aún llevamos dentro. En algún momento, casi sin que me dé cuenta, el diálogo deriva hacia terrenos más personales, hacia las relaciones.

—¿Sueles viajar siempre sola? —me pregunta con un tono cauteloso.

—Casi siempre —confirmo—. Es más sencillo de esa forma. Menos negociaciones, menos compromisos.

—¿Nunca has tenido una pareja estable? —insiste, aunque noto que no intenta invadir mi espacio.

Niego con la cabeza, sin esconderme.

—No —admito—. He tenido relaciones, por supuesto, pero ninguna que se prolongaran demasiado en el tiempo. Me cuesta quedarme quieta en un lugar durante mucho tiempo; siento que, si me detengo, pierdo algo esencial de mí misma.

Clara asiente pensativa, como si estuviera procesando cada palabra.

—Supongo que eso tiene sus ventajas —comenta con suavidad.

—Las tiene —reconozco—. Libertad absoluta, flexibilidad total. Pero también te condena a no echar raíces profundas en ningún sitio.

Ella juega un instante con el tallo de la copa entre los dedos antes de hablar de nuevo.

—Yo estuve con alguien durante varios años, mi última relación, ya sabes… —confiesa en voz baja—. Se llamaba Gema. Me dejó después de cinco años de relación y de que todo se estropeara por cosas que… bueno, que me hicieron mucho daño y que lo cambiaron todo.

El nombre y la explicación cae entre nosotras con una frialdad que reconozco al instante. Gema no es algo pasajero; es una herida que todavía no ha cicatrizado, un recuerdo que resuena en el silencio y que aún la persigue.

—Lo siento —murmuro, porque no se me ocurre nada más adecuado que decir.

—No hace falta que lo sientas —responde ella con calma—. Fue importante. Muy importante. Terminó y no se pudo hacer nada para evitarlo. Supongo.

Se produce un breve silencio y comprendo, aunque Clara no lo exprese en voz alta, que Gema sigue ocupando un espacio considerable en su vida, un lugar que no ha sido ocupado por nadie más.

—¿Y tú? —me pregunta entonces, devolviéndome la mirada—. ¿Nunca has sentido la necesidad real de quedarte en algún sitio, de construir algo duradero?

La pregunta me atraviesa y se abre paso en mi corazón. Pienso en la oferta de Madrid, en lo que supondría vivir allí, en esa necesidad que

ha nacido en mí y que me aterra enfrentar.

—A veces —confieso—. Pero no sé cómo hacerlo sin sentir que me diluyo, que pierdo esa parte de mí que fluye sin límites, que necesita moverse y ver el mundo que la rodea.

Clara me observa con atención, como si intentara descifrar lo que se esconde más allá de mis ojos.

—Yo he necesitado siempre controlar todos mis pasos. Saber a dónde voy o cómo tengo que regresar —dice con serenidad—. Me mantiene segura, estable. Aunque, desde que las cosas se complicaron con Gema, creo que me he vuelto un poquito obsesiva con el tema.

—Lo he comprobado —respondo, y una sonrisa pequeña se me escapa—. Y supongo que justo ahí es donde nuestra forma de vivir choca.

Ella sonríe también, pero su sonrisa tiene un matiz dulce.

—O donde podemos a aprender la una de la otra —corrige.

Esa idea queda suspendida entre nosotras mientras acabamos de cenar.

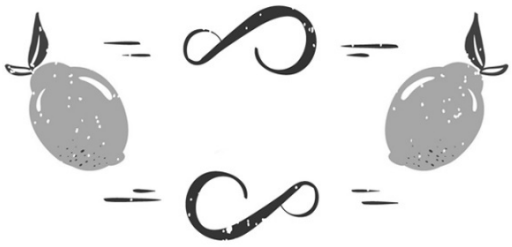
Recogemos la mesa juntas, moviéndonos por la cocina con una sincronía natural. Hasta que nuestras manos se rozan por accidente y una corriente suave me recorre el brazo hasta instalarse en mi pecho.

—Gracias por haber accedido a comer conmigo —dice Clara mientras deja los platos en el fregadero y se vuelve hacia mí—. Después de tanto encontronazo, es curioso darse cuenta que nos llevamos mejor de lo que esperábamos…

—Sí —respondo, y siento que la palabra lleva más peso del que parece—. Es… sorprendente.

Nos miramos durante unos segundos, conscientes de que este instante sencillo marca un antes y un después entre nosotras. Algo que ninguna de las dos esperaba.

Y de pronto, vuelvo a sentirlo: el tirón, las ganas de tocarla, las ganas de besarla, las ganas de cometer una deliciosa locura.



CAPÍTULO 14

Sueños que arden

MARA

9 de mayo · Florencia

La puerta de mi apartamento se cierra detrás de mí, y el silencio del pasillo se desvanece por completo ante mis ojos. El aire en el interior huele al jazmín de la vela que dejé encendida antes de salir, un aroma dulce que se mezcla con el rastro de vino en mi aliento y el sutil perfume de Clara que parece haberse adherido a mi piel. Me quito las zapatillas con un movimiento lento, sintiendo el suelo fresco bajo los pies, y me dirijo al salón, donde la luz del atardecer se filtra a través de las cortinas entreabiertas, pintando sombras danzantes sobre el suelo de madera.

Tengo la sensación de seguir en el apartamento de Clara; como si de pronto me hubiese sumergido en una burbuja. Me pregunto si todos los apartamentos del LemonS son iguales, con sus paredes en tonos crema y las ventanas dando a la misma calle empedrada de Florencia. Lo único que grita que este lugar forma parte de mí, es mi cámara situada en la mesa baja del sofá, rodeada de tarjetas de memoria y un cuaderno de notas garabateadas a mano.

Me dejo caer en el sofá, con el cuerpo aún vibrando a causa de la comida, de esas conversaciones, de las risas, de las sonrisas que nos dedicamos.

No sé por qué no la besé, y el pensamiento me atraviesa como una chispa de fuego en mitad de un bosque. La tensión ha estado ahí toda la mañana, flotando en el ambiente, presente en el roce accidental de nuestras manos al recoger los platos, en cada movimiento. Y no tengo

idea de cómo he podido resistirme a desnudarla ahí mismo. Clara me ha dejado inquieta, nerviosa e incluso ansiosa y no puedo creer que haya sido ella, con su control obsesivo, la que me tenga así. Hoy han cambiado las cosas. Me he rendido a lo que siento y reconozco que esa fricción que describió nuestra relación inicial podría ser el preludio de algo mucho más ardiente.

Me levanto y me dirijo al baño, despojándome de la ropa con gestos mecánicos. El agua tibia de la ducha me envuelve y se lleva consigo el cansando del día, pero no los recuerdos. Pienso en sus ojos verdes iluminados, en cómo su risa me embobó, en cómo me habló de su ex a pesar de tenerla muy presente. Y en mí, admitiendo que no sé vivir una vida estable.

«¿Es eso lo que me atrae de ella? ¿Nuestras diferencias?»

Salgo de la ducha, envuelta en una toalla, y me acuesto en la cama, con las sábanas frescas contra mi piel desnuda. El reloj marca las seis de la tarde y a pesar del cansancio, el sueño no llega de inmediato. Mi mente divaga hacia Clara, imaginándola en su apartamento. «¿Estará pensando en mí? ¿Sentirá el mismo tirón en el pecho?». Cierro los ojos, y el cansancio me arrastra al fin, sumergiéndome en un sueño que se tiñe de deseo.

En el sueño, regreso de nuevo en su apartamento, pero la luz es diferente: más tenue, como si el atardecer se hubiera colado por las ventanas y tiñera todo de un naranja suave. Clara está allí, de pie en la cocina, removiendo algo en la olla, pero cuando me ve, su sonrisa se vuelve más intensa, cargada de esa tensión que hemos acumulado en encuentros previos. Sus ojos se clavan en los míos, desafiantes, como en aquellas primeras miradas que nos dedicamos, cuando todo era confrontación.

—No deberías haber venido —dice, pero esta vez su voz es ronca, profunda, y da un paso hacia mí.

—¿Por qué no? —respondo con esa franqueza que siempre me sale en momentos así—. Tú me invitaste.

Ella niega con la cabeza, pero no retrocede. Al contrario, se acerca más, y el espacio entre nosotras se reduce a nada. Siento el calor de su cuerpo, el aroma de su piel mezclado con el de la pasta que ya no humea. Nuestras respiraciones se sincronizan, aceleradas, y recuerdo esa vez en el Arno cuando acaricié su mejilla.

Sus manos se posan en mis hombros, firmes pero suaves, y me empuja contra la encimera de la cocina. El contacto es eléctrico, una corriente que me recorre la espalda. «Esto es lo que hemos estado evitando», pienso, y no opongo resistencia. En cambio, mis dedos se enredan en su camiseta de algodón, tirando de ella hacia arriba, exponiendo la piel suave de su abdomen. Ella jadea, un sonido bajo que me enciende por dentro.

—Siempre tan impulsiva… —murmura Clara, pero hay un matiz juguetón en su voz, mezclado con el control que tanto le gusta ejercer. Sus labios rozan mi cuello, un beso ligero que se convierte en una mordida, enviando ondas de placer por todo mi cuerpo. Mis manos bajan a sus caderas, atrayéndola más cerca, sintiendo la curva de su cuerpo contra el mío. La tensión de antes, ese conflicto que nos hacía chocar, ahora se libera a través de caricias urgentes.

La levanto con facilidad sobre la encimera, y ella rodea mi cintura con sus piernas, tirando de mí. Nuestros labios se encuentran al fin, en un beso que está lleno de todo lo que ha circulado entre nosotras durante la comida; un beso profundo, exigente, que permite que nuestras lenguas se entrelacen en una danza que refleja nuestras diferencias. Ella es precisa, calculada incluso en la pasión; yo soy fluida, dejándome llevar. Sus manos recorren mi espalda, arañando ligeramente, recordándome esa fricción inicial, esa casi enemistad, ahora se ha transformado en fuego.

—Te he deseado desde el principio —confiesa contra mi boca, y sus palabras me hacen temblar. La beso con más fuerza, mis manos exploran su cuerpo bajo su camiseta, encontrando la suavidad de sus pechos. Los acaricio con delicadeza al principio, círculos lentos con los pulgares que la hacen acercarse más a mí. Ella responde bajando una mano entre nosotras, desabrochando mis pantalones con habilidad, intérpretes como ella misma.

El sueño se acelera, los detalles se vuelven más vívidos. Nos movemos al salón, tropezando con la mesa baja donde sus cuadernos están a punto de tocar suelo. Caemos en el sofá, con ella encima de mí ahora, invirtiendo el control. Sus labios bajan por mi cuello, mi clavícula, hasta llegar a mis pechos. Los besa con una lentitud que contrasta con la urgencia de sus manos, que me despojan de la ropa restante. Siento su aliento cálido sobre mi piel, y un gemido escapa de

mis labios cuando su boca se cierra alrededor de un pezón, succionando suavemente, enviando pulsos de placer directo a mi entrepierna.

Mis manos se pierden en su pelo, guiándola, pero ella toma el mando, bajando más, besando mi abdomen, mis caderas… La tensión sexual, esa que nació de nuestros choques, se manifiesta en cada toque: un poco rudo, un poco tierno, como si estuviéramos resolviendo una discusión con el cuerpo. Ella separa mis piernas y su mirada se encuentra con la mía, iluminada por ese fuego que vi en el Arno.

—Dime que lo quieres —susurra, y su voz es un desafío, recordándome nuestras primeras palabras afiladas.

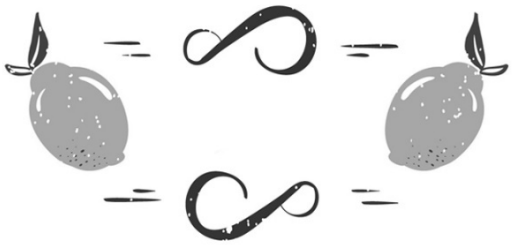
—Lo deseo —respondo, sin dudar, y ella sonríe, victoriosa. Sus dedos me exploran primero, suaves al principio, trazando patrones que me hacen arquear la espalda. Encuentra mi centro, húmedo y listo, y presiona con precisión, como si tradujera mis gemidos en un idioma que solo ella entiende. Luego, su boca se une, lamiendo con movimientos lentos que construyen una ola dentro de mí.

Siento la acumulación, el tirón en mi vientre, el calor que se expande. Mis caderas se mueven contra ella, buscando más, y ella responde aumentando el ritmo, con sus manos sujetando mis muslos para mantenerme en el lugar. La fricción de antes se transforma en éxtasis: cada lamida, cada succión, es una liberación de esa energía contenida. Gimo su nombre, «Clara», y ella murmura algo ininteligible contra mí.

El placer crece, incontrolable, como una marea que me arrastra. Mis dedos se clavan en el sofá, mi cuerpo se tensa, y entonces llega: una explosión de sensaciones que me recorre entera, un orgasmo que me deja temblando, jadeante, con estrellas detrás de los ojos cerrados.

Los abro de golpe, y el sueño se disipa como si fuera niebla. Estoy en mi cama, sola, con las sábanas enredadas alrededor de mis piernas y un calor persistente entre ellas. El apartamento está en silencio, el sol de la tarde aún se filtra por la ventana. Mi corazón late con fuerza, y toco mi piel, confirmando la realidad. Ha sido un sueño, nada más. Pero el deseo, ese tirón hacia Clara, se siente más real que nunca.

«¿Qué significa esto?», pienso, y me giro hacia la pared que nos separa preguntándome si ella también estará pensando en mí.



CAPÍTULO 15

Las casualidades no existen

Clara

11 de mayo · Pisa

El despertador suena a las seis y media de la mañana, y por primera vez en varios días lo percibo insoportable. Nunca me ha costado seguir el ritmo pactado por el reloj, pero algo está cambiando, porque me pesa seguir las rutinas más de lo que habría imaginado. Abro los ojos con lentitud, aún envuelta en ese estado nebuloso que separa el sueño de la vigilia, y durante unos instantes no logro recordar exactamente dónde me encuentro. Pero con el paso de los minutos me ubico y recuerdo que hoy me espera esa visita a Pisa que logré organizar a toda prisa.

Me incorporo en la cama y me desperezo con cuidado, notando cómo el cuerpo responde con una ligera rigidez que evoca las largas caminatas que me he pegado estos días. Se trata de una molestia tolerable, como un recordatorio sutil de lo bonito y tranquilo que es para mí disfrutar de esta ciudad. Me pongo en pie, me visto, preparo un café rápido en la pequeña cocina y lo saboreo apoyada contra la encimera, con la mirada fija en la ventana, pero sin ver realmente nada.

No he dejado de pensar en cómo Mara se ha metido hasta en mis sueños y me pregunto si a ella le estará pasando lo mismo.

—Mejor ni pienses en eso… hoy hay mucho que hacer.

Recojo la mochila con todo lo que necesito, y verifico —por si acaso— todo dos veces. Me coloco una sudadera fina sobre los hombros y abandono el apartamento cerrando la puerta con delicadeza, evitando hacer demasiado ruido.

En el vestíbulo del hotel reina un silencio moderado, pero una vez que salgo a la calle y me dirijo hacia la parada del autobús que me llevará a Pisa, el ruido de las conversaciones aumenta; un grupo de personas conversa y distingo idiomas que se entrecruzan sin fusionarse. Me mantengo apartada, como costumbre, limitándome a observar con discreción, disfrutando de algo de música en mis auriculares y de esta soledad que tan bien me sienta.

Han pasado ya dos días desde aquella comida improvisada en mi apartamento, dos días desde que reí y disfruté de la compañía de Mara hasta descubrir en ella algo más que a mi vecina. Dos días en los que apenas hemos coincidido salvo por algún saludo a través de las ventanas que dan directas al patio y en los que la he tenido demasiado presente en mis pensamientos. Tan presente como para que me arda la piel cada vez que evoco su nombre. Tan presente como para que aparezca en mis sueños de manera recurrente.

Subo al autobús, y mientras camino por el centro del pasillo, busco un lugar que llame mi atención. Se trata de un vehículo amplio y confortable, con asientos tapizados en tela azul y grandes ventanales que permiten una vista panorámica perfecta. Al final, elijo un lugar junto a la ventana, casi en la parte trasera, porque me agrada contemplar el trayecto en su totalidad, sentir el avance progresivo y la sensación que causa el cambio de paisaje. Apoyo la frente contra el cristal fresco mientras el motor se pone en marcha y Florencia se desvanece gradualmente en la distancia.

El paisaje se transforma con una sutileza cautivadora: los edificios de baja altura dan paso a campos extensos, con tonos verdes que se funden armoniosamente con el gris del asfalto bajo un cielo azulado irreal. Me dejo mecer por el ritmo constante del autobús, y sin pretenderlo, mi mente regresa inevitablemente a ella, a Mara.

Pienso en cómo mueve las manos, en esa costumbre suya de captar cada pequeño detalle que pasa a su alrededor, en esa confianza que ha crecido entre nosotras y la fluidez con la que charlamos sobre nuestros trabajos, nuestros viajes —aunque yo no lo haya hecho mucho — o últimas relaciones.

Me inquieta todo esto porque desde hace muchísimo —desde Gema, precisamente— estar junto a otra mujer, permitirme conocerla y no levantar mis barreras era algo impensable. Pero con Mara…

«Con Mara parece ser que no tengo control de nada.»

Aprieto los labios con firmeza y me remuevo en el asiento, buscando recuperar el control. Esta excursión a Pisa se dio por eso mismo, como una huida repentina que me permita volver a recuperar ese equilibrio que perdí en aquel puente sobre el río Arno, cuando me quedé anclada a la mirada de Mara, cuando me acarició la mejilla y me sujeté a la excusa del hambre para salir corriendo de una situación que bien podría haber terminado en un beso.

«O mucho peor.»

—Qué bonita se ve la campiña a estas alturas del año… —La voz de la mujer que está sentada justo delante de mí, llama mi atención.

Levanto la vista y me esfuerzo por concentrarme en el panorama que se despliega ante mis ojos: campos interminables que se extienden hasta el horizonte, casas aisladas salpicadas aquí y allá, cipreses esbeltos que se levantan hacia el cielo azul de la mañana. Resulta tan hermoso que, al inspirar, noto cómo todas mis emociones se vuelven a recolocar en su lugar.

El autobús se detiene en un aparcamiento espacioso, y el murmullo colectivo se intensifica entre los pasajeros. Descendemos uno tras otro, formando un pequeño rebaño algo desorganizado que se reúne entorno al guía que nos espera. Tardamos un poco en organizarnos; él da las indicaciones pertinentes y cuando todo está listo, emprende la marcha con nosotros siguiendo sus pasos. El aire aquí se percibe diferente, más húmedo y cargado con un aroma sutil a naturaleza. Ajusto la mochila sobre los hombros y avanzo, enfocada en no perder de vista al líder del grupo que nos conduce con seguridad.

Recorremos calles angostas y cruzamos plazas modestas hasta que, de manera repentina, el espacio se amplía y surge ante nosotros la imponente estructura de la Torre de Pisa.

La he contemplado innumerables veces en fotografías, postales y documentales, pero verla en persona genera un impacto peculiar e inesperado. La sorpresa que me llevo no solo se limita a la inclinación, sino abarca al conjunto completo: el césped cuidado que se extiende como una alfombra verde, el mármol claro que brilla bajo la luz del sol, y esa impresión abrumadora de estar frente a algo que resiste al paso inexorable del tiempo y a las leyes de la física con una audacia eterna.

Me detengo durante unos segundos para observarla con detenimiento, absorbiendo cada detalle con fascinación. Saco el teléfono, busco el icono de la cámara y encuadro la escena, en busca de un ángulo que escape a la imagen estereotipada y capture su esencia. Me sumerjo tanto en esta tarea que pierdo conciencia de lo que sucede a mi alrededor, hasta que alzo la vista por casualidad y me encuentro con Mara. Está a escasos metros de distancia, con la cámara colgando del cuello y el pelo suelto ondeando suavemente con la brisa ligera que corre a nuestro alrededor. Nuestras miradas se cruzan en el preciso instante en que la descubro, y durante una fracción de segundo ninguna de las dos reacciona, como si el tiempo se hubiera congelado con intensidad.

Es ella quien rompe el momento; se encoge de hombros con una sonrisa torcida y me guiña un ojo con complicidad.

«Vaya, qué coincidencia». Siento un vuelco en el estómago y una sensación que me sacude por dentro, despertando dentro de mí un cosquilleo suave e incesante, recordándome lo mucho que estoy empezando a disfrutar de su compañía y lo mucho que me gusta que estemos aquí las dos. «Estupendo, Clara. Precisamente lo que te hacía falta en este momento», pienso y me muerdo el labio con insistencia. Porque sí, no lo esperaba, pero me gusta.

Desvío la mirada con rapidez antes de que mis emociones se reflejen en mis ojos, y me convenzo a mí misma de que es algo normal, que Pisa atrae a multitudes y que estas casualidades forman parte de la vida. Me impongo recuperar la compostura y regreso mi atención al guía, quien comienza a relatar la historia fascinante del sitio con detalle.

A pesar de ello, noto su presencia, como si algo tirase de mí hacia ella.

Avanzamos alrededor de la plaza, y el grupo se dispersa ligeramente: algunos se adelantan con entusiasmo, mientras que otros se rezagan para capturar fotos adicionales. Intento mantener la distancia, pero resulta complicado cuando vas en grupo. Además, Mara no tarda en tomar la iniciativa y acercarse a mí.

—No tenía idea de que ibas a venir a Pisa hoy —comenta con un tono desenfadado, como si no hubiera transcurrido el tiempo desde nuestro último encuentro—. Me comentaste que tenías pensado visitar la ciudad, pero… menuda casualidad.

Mara parpadea y aunque hace el amago de añadir algo más, termina por no hacerlo.

—Pisa es un lugar bonito —añado antes de que ella diga nada— y si estamos aquí, debe ser por algo más que una tonta casualidad, ¿no?

—Quizá sí, quizá no —responde ella, añadiendo un matiz filosófico a mis palabras.

La observo de soslayo y mi mente me juega la mala pasada de imaginarla gimiendo mi nombre mientras le hago el amor. Es el sofocón lo que me obliga a llevar la mirada a otra parte y buscar la manera de que no se me note todo esto que ha empezado a nacer y que no sé cómo esconder.

Caminamos juntas durante unos metros en un silencio compartido que no resulta incómodo, pero tampoco sencillo. Noto la tensión, eso que tira de mí hacia ella y que nos mantiene en alerta a cada gesto o palabra de la otra, preguntándome si a Mara le estará pasando lo mismo.

—¿Te incomoda que esté aquí?

La pregunta me desestabiliza, así que me detengo y la miro directamente a los ojos, buscando claridad en mis propias emociones.

—No… —afirmo con una sonrisa, siendo incapaz de mantener la mirada en sus ojos por mucho tiempo—. Es solo que no esperaba compartir esta visita contigo.

Y es la verdad más pura: no me molesta en lo más mínimo, pero lo que siento es algo más complejo y emocional que eso.

—Estupendo —exclama ella con una sonrisa amplia y reconfortante—. Porque en realidad me apetecía mucho verte y pasar tiempo contigo.

El comentario me atraviesa con una ferocidad que me obliga a tragar saliva y desviar de nuevo la mirada hacia la torre imponente en busca de algo que me ancle al suelo y me ayude a recomponerme.

—La verdad es que... —comienzo a hablar, buscando las palabras exactas para lo que quiero decirle—. No creo que encuentre una mejor compañera de viaje que tú.

Mara sonríe y desearía que no lo hiciera.

—Prometo no ser un incordio.

—Iba a decir que nunca lo has sido, pero… —Me encojo de hombros—. Sería una mentira.

Ambas reímos y continuamos con el itinerario establecido: ingresamos en la catedral, atendemos a las explicaciones sobre la historia que esconde, los estilos arquitectónicos y los procesos de restauración. Yo anoto mentalmente los datos más relevantes, capturo alguna fotografía ocasional con mi teléfono, pero mi concentración fluctúa inevitablemente hacia Mara. Hay instantes en los que logro abstraerme y sumergirme en la belleza sobrecogedora del sitio, dejándome cautivar por su grandeza atemporal. Sin embargo, en otros momentos su risa, un comentario susurrado al oído con complicidad o simplemente su proximidad remueve algo profundo en mi interior, despertando emociones que preferiría mantener a raya, emociones que…

«En realidad ya no controlo.»

En cierto punto, el grupo hace una pausa para descansar: algunos se acomodan en el césped verde y mullido, mientras que otros buscan refugio en la sombra de los edificios. Yo me aparto un poco del grupo, apoyándome contra una barandilla de piedra fría, sacando el móvil para simular que reviso mis mensajes, aunque en realidad no presto atención a la pantalla.

De un momento a otro, me siento observada y el sonido del obturador de una cámara llama mi atención. Al levantar la mirada, Mara tiene sujeta la misma entre las manos.

—Siempre pones esa expresión cuando te sumerges en tus pensamientos —observa, aproximándose a mí, rompiendo mi aislamiento fingido.

—¿Qué expresión exactamente? —pregunto con curiosidad, alzando una ceja.

—Esta misma —replica ella mostrándome la fotografía que ha capturado de mí—. Como si estuvieras esforzándote por encajar una pieza de un rompecabezas que se resiste a ajustarse perfectamente en su lugar.

Contemplo la imagen en silencio durante un instante, reconociendo lo acertada que está en su observación; no logro acostumbrarme a ser tan legible como un libro abierto ante sus ojos. Es desconcertante.

—No todo en la vida necesita encajar de manera perfecta.

—Lo sé —admite ella—. Pero a veces vale la pena perseverar, explorar todas las posibilidades y ver qué surge... ¿no?

No respondo porque soy incapaz de hacerlo. Una parte de mí anhela contradecirla, mientras que la otra, la más vulnerable y peligrosa, desea darle la razón y abrirse a lo desconocido.

El guía convoca al grupo para reanudar la marcha, y nuestra conversación se queda inconclusa. Avanzamos de nuevo. Esta vez manteniendo esa cercanía que ya disfrutamos durante nuestra salida por Florencia, durante la comida que disfrutamos juntas… la misma que tiró de mí, que me envolvió y estuvo a punto de provocar que hiciera alguna locura más.

Cuando la visita concluye, nos despedimos del guía y grupo entero regresa al autobús. Desearía que esta visita se hubiese alargado mucho más, aunque los deseos no siempre se cumplen y una se tiene que aguantar.

Me instalo en el mismo asiento que ocupé junto a la ventana y apoyo la cabeza contra el cristal, cerrando los ojos por un momento para procesar las emociones que cargo en el corazón. Mara también lo hace, avanza por el pasillo central y, antes de tomar asiento, se inclina ligeramente hacia mí para susurrarme:

—Me alegra haber podido disfrutar contigo de esta visita…

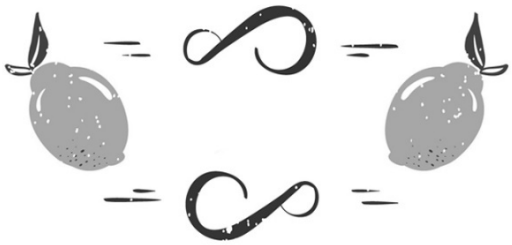
—Yo... —comienzo a balbucear, pero soy incapaz de decirle nada antes de que el pasajero que camina tras ella la empuje para seguir.

—¿Sigue avanzando o piensa quedarse en pie mucho rato?

Mara suelta un bufido desesperado y avanza dando por finalizada la conversación.

El autobús se pone en movimiento y Pisa se aleja.

Mientras el paisaje desfila ante mis ojos una vez más, tomo conciencia de que este viaje ya no solo estará lleno de mis propios recuerdos, sino que… ahora, está repleto de instantes compartidos con ella. Y aunque eso debería generarme inquietud, la verdad es que una parte de mí —la que empieza a sentirse demasiado bien a su lado— comienza a cuestionarse qué podría suceder si decido dejar de resistirme y permito que las cosas fluyan de manera natural.



CAPÍTULO 16

No puedo dejar de mirarla

Mara

11 de mayo · Pisa

El autobús avanza con una suavidad —casi hipnótica— por la carretera, permitiéndome descansar contra el respaldo del asiento con la cámara reposando sobre mi regazo y los auriculares colgando inertes del cuello. El murmullo discreto de los pasajeros que conversan en voz baja, el zumbido persistente del motor que vibra a través de la estructura del vehículo y el traqueteo sutil de las ruedas contra el asfalto conforman una especie de burbuja en el que me siento inesperadamente resguardada de las turbulencias internas que me asaltan.

Abro la galería de imágenes en la cámara y Pisa se despliega ante mis ojos en una sucesión de capturas que evocan la esencia del lugar.

La torre inclinada capturada desde un ángulo lateral algo reservado y discreto, que evita la perspectiva convencional y resalta su peculiaridad arquitectónica. El mármol blanco inmaculado de la catedral atrapando una luz suave y difusa que se filtra a través de las nubes dispersas, creando un juego de sombras y brillos que añade profundidad a la estampa. Detalles que suelen escapar a la atención de los visitantes apresurados: una grieta diminuta y apenas perceptible en la piedra centenaria y por la que asoma una pequeña planta, una paloma audaz posada en un borde que desafía el equilibrio, o la sombra alargada de una pareja proyectándose sobre el césped meticulosamente

recortado que se extiende como un tapiz verde impecable bajo el sol toscano.

Deslizo las fotografías una tras otra, evaluando los encuadres elegidos, las luces naturales que inciden en cada escena y los contrastes de colores que realzan los elementos compositivos, hasta que, de manera gradual e inevitable, las imágenes de Pisa son reemplazadas por una composición fotográfica de ella: de Clara. Un pequeño reportaje que he elaborado sin que ella se diera cuenta.

Clara caminando unos pasos por delante del grupo, absorta en la explicación detallada del guía, con el ceño ligeramente fruncido en un gesto de concentración que me arrancó una sonrisa. Clara acomodada en el borde de una fuente antigua, con la mochila colocada entre las piernas para mayor comodidad y las manos envolviendo una botella de agua fresca cuya escarcha se deslizada por sus dedos. Clara volteando la cabeza hacia la Torre, perdida en cada una de sus formas. Clara ajena por completo a que yo la estaba capturando en ese instante fugaz.

Trago saliva y presiono el pulgar sobre la pantalla táctil para ampliar una de las imágenes con mayor detalle —esa que tomé cuando decidí llamar su atención— notando que el encuadre no es el perfecto desde un punto de vista técnico, pero que contiene algo indefinible que me cautiva y me impide apartar la vista. La manera en que la luz del atardecer roza su perfil con delicadeza, cómo el pelo le cae desordenado sobre la frente con rebeldía, o cómo su expresión denota lo absorta y fuera de sí que estaba.

No debería haber tomado tantas fotografías de ella, lo reconozco, pero no pude contenerme. Solo sé que la cámara se eleva entre mis dedos como si tuviese vida propia y que soy incapaz de prohibir que mi dedo pulse el disparador de manera automática.

Avanzo a la siguiente imagen, y luego a la que va detrás, permitiendo que las emociones se acumulen en mi interior.

Siento un cosquilleo peculiar e inusual que me atraviesa el pecho y desciende hasta el estómago, una sensación que clasifico como deseo puro en su forma más elemental, como una curiosidad insaciable, una atracción magnética y algo más profundo que me genera incomodidad porque me obliga a confrontar cosas que prefiero mantener ocultas.

Levanto la vista de la pantalla con brusquedad, buscando distraerme del torbellino emocional que cargo en mi interior y mi

mirada avanza hasta ella. Clara ocupa un asiento unas filas más adelante, junto a la ventana. Solo distingo la parte posterior de su cabeza, su pelo rojizo cayendo suelto, rozándole el cuello. Tiene la cabeza ligeramente ladeada, como si estuviera inmersa en sus pensamientos o simplemente se permitiera fluir el paisaje que se muestra al otro lado de la ventana.

El mero hecho de poner mi atención en ella provoca una respuesta inmediata e involuntaria en mi cuerpo. Me invade una oleada de calor que se instala entre mis piernas. Me resulta tan ridículo y exagerado sentir todo esto que me obligo a mí misma a virar la atención hacia la cámara de nuevo, como si pudiera refugiarme en sus imágenes y ocultarme de mis propias confesiones internas que amenazan con desbordarse.

No es la primera ocasión que alguien despierta mi interés de esta manera, ni tampoco la primera vez que experimento una conexión inesperada y profunda con otra persona. Pero esto que siento difiere radicalmente de mis experiencias pasadas, porque sí, me encantaría poder hacer realidad ese sueño que tuve con ella. Sin embargo, también existe la necesidad de conocerla mucho más.

Mi móvil vibra con insistencia sobre el asiento contiguo, sacándome de mi ensimismamiento. Lo tomo y leo el mensaje entrante en la pantalla iluminada con una sonrisa en los labios.

Leo*: ¿Qué hace mi viajera favorita en este momento del día?*

Resoplo en voz baja y tecleo una respuesta con rapidez.

Mara*: Regreso a Florencia tras una jornada intensa. He visitado Pisa y... me ha sucedido algo realmente extraño que me tiene desconcertada.*

No transcurren ni diez segundos antes de que llegue la réplica, parpadeando en la pantalla.

Leo*: ¿Extraño? Venga, suelta prenda. Estoy en mi pausa para el almuerzo y tengo tiempo para escuchar.*

Vacilo por un instante, sopesando si debo profundizar en el tema. Echo un vistazo disimulado hacia adelante, verificando que nadie me preste atención, y constato que Clara permanece absorta, completamente ajena a mí y a este torbellino emocional que me consume por dentro. Vuelvo la atención al móvil, consciente de que

podría limitarme a escribir un resumen escueto en un par de frases mal hilvanadas y fingir que todo sigue su curso normal, sin alteraciones.

Pero las palabras no fluyen con facilidad, así que presiono el icono de llamada antes de arrepentirme y dejo que suenen los tonos.

—¿Tan bueno es el cotilleo que no lo puedes escribir? —contesta Leo casi de inmediato, con ese matiz burlón y juguetón.

—Cállate un momento —le interrumpo entre susurros, encogiéndome en el asiento para mayor privacidad—. Estoy en un autobús repleto de pasajeros que podrían oírnos.

—Ah, eso lo hace todo mucho más intrigante y emocionante —comenta él con entusiasmo—. Vamos, suelta lo que te ronda la cabeza. ¿Qué te ha pasado?

Me muerdo el labio inferior con nerviosismo, buscando en mi mente las palabras más adecuadas para explicar lo que bulle en mi interior; siempre me ha resultado más sencillo no tener relaciones estables, cambiar de ciudad o de entorno, disfrutar del sexo, que detenerme a diseccionar mis sentimientos.

—He coincidido con Clara en Pisa de manera totalmente fortuita —inicio la narración en un tono bajo y confidencial.

—¿La vecina esa tan reservada? —indaga él, con un deje de diversión evidente en la voz.

—No es tan reservada como parecía —replico con una rapidez que me delata, dándome cuenta al instante—. Bueno, tal vez un poco, pero no demasiado.

Leo mantiene el silencio durante unos segundos, y lo conozco lo bastante como para imaginarlo sonriendo con picardía al otro lado de la línea.

—Ajá, ya veo por dónde va la cosa —musita con complicidad.

—No empieces con tus suposiciones precipitadas —le advierto, intentando contener el rumbo de la conversación—. Presta atención a lo que te cuento.

—Soy todo oídos.

—Sabía que ella planeaba visitar Pisa, lo mencionó casualmente el otro día que comimos juntas en su apartamento —prosigo con el relato, manteniendo la voz baja para no atraer miradas curiosas—. Pero ignoraba el momento exacto. Ha sido una coincidencia absoluta que eligiéramos el mismo día. Y... —hago una pausa para inspirar

profundamente, buscando oxígeno para continuar—. Creo que me estoy obsesionando con ella.

—Vaya, eso es peligroso… —Leo alarga la última palabra—. Sobre todo, viniendo de ti.

—Lo es, sin duda —admito con honestidad, dejando que las palabras fluyan—. Es que es totalmente opuesta a mí, Leo. Somos como el agua y el aceite, incompatibles. Ella lo planifica todo, y yo… yo ya sabes como soy: un alma errante sin ataduras.

—Una nómada emocional por excelencia —apunta él, utilizando una descripción que ya ha empleado antes para describirme.

—Exactamente —suspiro con resignación, reconociendo la verdad en sus palabras—. Pero a pesar de esas diferencias abismales... encajamos de manera inexplicable. Coincidimos en muchos temas, nos comprendemos mutuamente sin esfuerzo. Pero hay algo que tira de mí y… joder, no he podido dejar de mirarla durante todo el día. Hasta la he fotografiado como si no hubiese nada interesante frente a mí salvo ella.

Me percato de que estoy hablando en exceso, de que cada frase me expone un poco más, así que bajo aún más el volumen de la voz para mayor intimidad.

—Hace nada revisaba las fotografías que le he hecho, y… —Me llevo dos dedos al pecho con un gesto instintivo, presionando ligeramente—. Siento que mi cuerpo responde a ella de forma automática.

Leo dice nada, pero cuando lo hace, su voz adopta un matiz más suave y menos jocoso, revelando una preocupación genuina hacia lo que me está pasando.

—Mara, ¿no será que...?

—No, por favor —lo interrumpo rápido, anticipándome—. No saques conclusiones apresuradas.

—Vale, pero me parece que te estás enamorando de ella.

La afirmación impacta contra mi corazón dejándome sin aliento momentáneamente.

—No digas sandeces —contesto con brusquedad, sintiendo un calor subir por mis mejillas.

—Eh, cálmate un poco —me tranquiliza él con paciencia—. Tampoco es algo tan catastrófico.

—Sí que lo es —insisto, negándolo para protegerme—. Ya sabes que a mí no me van esas cosas.

—Eso es lo que dices siempre —replica él con calma—. Pero tú y yo sabemos que cuando te interesas por alguien, en vez de seguir adelante, optas por marcharte antes de verificar si podría ser diferente y merecer la pena. No es que no te vayan, es que huyes de ello. Son dos cosas diferentes.

Aprieto el móvil con fuerza entre los dedos, notando un nudo apretado en la garganta y que me dificulta tragar.

—No me conoces tan bien como piensas —murmuro con un hilo de voz, aunque en el fondo sé que tiene razón.

—Te conozco lo suficiente para detectar patrones —responde con afecto—. Y sé que cuando algo te importa de verdad en el plano emocional, te aterrorizas y lo boicoteas.

Vuelvo a mirar hacia adelante con disimulo: Clara se remueve en su asiento, se ajusta el pelo para apoyar la cabeza contra el cristal frío de la ventana de nuevo. El gesto resulta tan cotidiano e íntimo que me provoca un dolor absurdo e irracional en el pecho, como si presenciara algo prohibido.

—No quiero seguir hablando de este tema —declaro, buscando una salida.

—Está bien, lo respeto —acepta Leo sin presionar—. Pero... no salgas corriendo antes de tiempo, dale una oportunidad a lo que sientes.

No respondo de inmediato, no porque no quiera hacerlo, sino porque un remolino de emociones se agita en mi interior y no logro ordenarlas.

—Te tengo que dejar —anuncio de pronto, notando que el autobús aminora la marcha—. Ya casi hemos llegado.

—Mándame una fotografía de Pisa para compensar —sugiere él, intentando aligerar el ambiente con humor—. O mejor aún, una de la chica en cuestión para que pueda juzgar por mí mismo.

—Idiota —murmuro con una sonrisa forzada, y finalizo la llamada sin una despedida formal.

Apago la pantalla del móvil y lo guardo en la mochila, como si al encerrarlo pudiera confinar también todo lo que acaba de desatarse en mí. Me llevo una mano a la nuca y masajeo la zona con lentitud,

intentando aliviar la tensión acumulada que se ha instalado en mis músculos.

«Enamorada». La palabra resuena en mi mente con incomodidad. Enamorarse implica quedarse en un lugar, con una persona; implica proyectarse hacia un futuro compartido en un lugar concreto; implica aceptar que algo —o alguien— puede transformarse en un punto de referencia fijo. Estabilidad, un hogar… «Todo lo que, en parte extraño», pienso.

Nunca he sabido cómo manejar esa estabilidad y por eso he preferido siempre mantenerme en movimiento y a salvo de ataduras emocionales. Y es mejor seguir así.

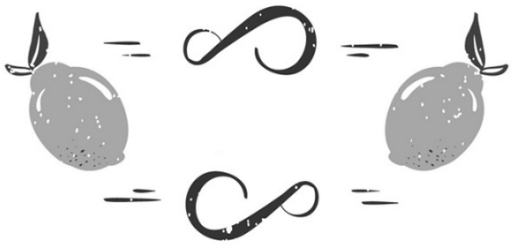
El autobús disminuye la velocidad progresivamente, anunciando el final del trayecto. El paisaje recupera su familiaridad: las afueras de Florencia con sus edificios apiñados, el tráfico más denso que congestiona las vías y el bullicio urbano filtrándose a través de las ventanillas. El murmullo entre los pasajeros se intensifica, la gente comienza a revolverse en sus asientos, a recoger pertenencias dispersas y a prepararse para el descenso.

Clara se incorpora de su asiento con gracia y toma la mochila. Durante un segundo efímero, se gira hacia atrás y nuestras miradas se encuentran a través del pasillo. No esboza una sonrisa, pero sus ojos se iluminan con un brillo sutil al reconocerme, un gesto mínimo y casi imperceptible que basta para desmontar mis defensas internas.

Siento el impulso irrefrenable de elevar la cámara y capturar ese instante exacto, eternizando su expresión en una imagen que pueda revisar después. Pero no lo hago y me esfuerzo por contenerme.

Me limito a observarla en silencio, memorizando la forma en que se mueve y ocupa el espacio. Y por primera vez en mucho tiempo, no contemplo la posibilidad de huir; en su lugar, me pregunto qué podría suceder si decido quedarme y explorar esta conexión que se ha forjado de manera inesperada entre las dos.

Una posibilidad que no me puedo conceder, sobre todo con ella.



CAPÍTULO 17

Huyendo de madrugada
MARA

11 de mayo · Florencia

La noche se ha transformado en un laberinto interminable de pensamientos que giran y giran sin salida, como un río que se desborda y arrastra todo a su paso. El reloj de la mesita marca las 3:47 de la mañana, pero podría ser cualquier hora; el tiempo se ha diluido en esta vigilia forzada, en esta batalla interna que no me deja cerrar los ojos más de unos minutos antes de que la imagen de Clara irrumpa de nuevo, vívida y perturbadora. Me revuelvo entre las sábanas, que se han enredado alrededor de mis piernas como si intentaran retenerme, pero el calor asfixiante de mi propia piel me obliga a incorporarme, jadeante, con el corazón latiendo como un tambor descontrolado.

El apartamento está sumido en un silencio opresivo, roto solo por el tic-tac distante de algún reloj en la cocina y el rumor ocasional de un coche pasando calle abajo. La luz de la luna se filtra a través de las cortinas entreabiertas, proyectando sombras sobre el suelo de madera que suena bajo mis pies descalzos cuando me levanto. Me dirijo a la ventana, aparto la tela fina y miro hacia fuera: Florencia duerme plácidamente, ajena a mi tormenta interior. Las luces de las farolas tiñen de ámbar las fachadas, y frente a mí, continúa el apartamento de Clara, con sus paredes crema y su aroma a jazmín que parece haberse incrustado en mi memoria.

«¿Por qué no puedo sacármela de la cabeza?»

El viaje a Pisa ha sido el detonante, lo sé. El tiempo compartido en el autobús, las miradas robadas, las fotos que tomé a hurtadillas... Todo culminó en esa conversación con Leo, en esa palabra que pronunció y que ahora resuena dentro de mí como un eco maldito: enamorada. «No, no puedo estarlo». No yo, que siempre he sido un alma errante, sin raíces, sin ataduras. Clara representa todo lo contrario: estabilidad, control, planes, rutinas. Nuestras diferencias me aterrorizan porque siento que seríamos capaces de hacerlas encajar y dar lugar a algo más profundo, algo que no estoy preparada para enfrentar. Recuerdo el sueño de hace unos días, ese en el que nos entregábamos en su cocina, en su sofá, con una pasión que transformaba nuestra fricción inicial en fuego puro. Pero eso fue solo un sueño, una fantasía que mi mente traicionera conjuró para torturarme. En la realidad, no puedo concederme esa oportunidad; no puedo acercarme tanto, porque si lo hago, me perderé en ella y olvidaré cómo vivir.

Me siento en el borde de la cama, con las manos temblando ligeramente mientras me froto la cara, intentando borrar las imágenes que se superponen unas con otras: sus ojos verdes iluminados por el sol en Pisa, su risa suave durante el tour, la forma en que se giró en el autobús y nuestras miradas se cruzaron, enviando una oleada de calor directo a mi vientre. Ese tirón, ese deseo que se mezcla con algo más tierno, más vulnerable... «Es peligroso». Siempre he huido de esto, de las emociones que atan, que exigen quedarse. Mi vida ha sido una sucesión de ciudades, de encuentros fugaces, de fotografías que capturan momentos efímeros sin compromisos. Clara amenaza con romper ese patrón, y no puedo permitírmelo.

Decido marcharme de golpe, como siempre lo he hecho. No para siempre, solo unos días, lo suficiente para arrancarme estas sensaciones locas que me corren por las venas como un veneno. «Siena». Sí, Siena será el refugio temporal perfecto. Ya he estado allí antes, en mis andanzas por la Toscana, y su arquitectura medieval junto a sus colinas ondulantes, son perfectas para lo que necesito. No es un capricho impulsivo; es premeditado, un plan improvisado pero firme para resetear mi mente, para poner kilómetros entre Clara y yo antes de que el pánico por estar enamorándome de ella me consuma por completo. Me levanto, ignorando el cansancio que pesa en mis huesos, y

enciendo la luz tenue de la lámpara de noche. El apartamento cobra vida en tonos suaves, revelando mi desorden habitual.

Abro el armario y saco mi mochila, la que siempre me acompaña en estas escapadas. La lleno con lo esencial: un par de pantalones, camisetas de algodón, una chaqueta ligera para noche, ropa interior, y algunos artículos de aseo. No necesito mucho; nunca lo he necesitado. Meto las tarjetas de memoria, los objetivos y, por último, coloco la cámara. Es mi ancla, mi herramienta para capturar el mundo sin involucrarme demasiado en él. Mientras empaco, mi mente divaga de nuevo hacia Clara. Me pregunto si estará durmiendo plácidamente y si soñará conmigo. El pensamiento me pincha como una espina, y aprieto los labios para contener un suspiro.

—Basta. Tienes que hacerlo.

Son las 4:23 cuando termino. El cielo fuera de la ventana comienza a teñirse de un azul profundo, preludio del amanecer, pero aún es de madrugada, esa hora donde las decisiones se toman con claridad. No avisaré a nadie, excepto a Giulia. Ella es la única que merece saberlo, la anfitriona que me abrió las puertas de este lugar y que ha sido testigo de mis cambios respecto a Clara. Me pongo unas zapatillas cómodas, una sudadera sobre la camiseta, y salgo del apartamento con la mochila al hombro. El pasillo está desierto, el edificio envuelto en un silencio que amplifica el sonido de la puerta al cerrarse detrás de mí. Subo las escaleras hasta el ático sintiendo el frescor del aire nocturno que se filtra por las ventanas entreabiertas.

El apartamento de Giulia está al final del pasillo. Llamo a la puerta con suavidad, pero con insistencia, no queriendo despertar a todo el mundo. Pasan unos segundos eternos antes de que oiga pasos al otro lado. La puerta se abre con un chirrido, y allí está Giulia, con el pelo revuelto, la cara somnolienta marcada por la almohada, envuelta en un pijama holgado. Parpadea contra la luz del pasillo, confusa.

—¿Qué ocurre, Mara? —murmura, frotándose un ojo con el dorso de la mano.

Me invade una punzada de culpa por despertarla así, pero la ignoro.

—Me marcho unos días —digo, manteniendo la voz baja—. Solo quería avisarte por si ves que no aparezco o no hay movimiento en el apartamento. Regresaré pronto.

Ella asiente lentamente, aun procesando las palabras en su estado de semi-sueño. No pregunta por qué; solo esboza una sonrisa adormilada.

—Diviértete —responde, y cierra la puerta con un bostezo.

Me quedo allí un momento, mirando la madera cerrada, sintiendo un vacío extraño en el pecho. Es tan simple para ella. Ojalá pudiera ser así para mí. Bajo las escaleras para evitar hacer ruido con el ascensor y salgo a la calle, donde el aire fresco de la madrugada me golpea como una bofetada revitalizante. Las calles de Florencia están vacías, salvo por algún transeúnte ocasional o un gato callejero husmeando en las sombras. Llamo a un taxi desde mi móvil; no hay trenes a esta hora, y no quiero esperar. El vehículo llega en minutos, un Fiat blanco con el motor ronroneando suavemente. Subo al asiento trasero, mochila a mis pies, cámara en el regazo como un talismán.

—A Siena, por favor —digo al conductor, un hombre de mediana edad con bigote espeso que asiente sin preguntas.

Será un viaje de más de una hora, pero no me importa.

El taxi arranca, y Florencia comienza a desfilar por la ventanilla: los puentes sobre el Arno, las fachadas renacentistas, las plazas desiertas. Mi mente, en cambio, está colapsada por Clara. Cada giro de rueda parece avivar el pánico que me corre por las venas, un torrente de emociones que no puedo contener. Recuerdo su perfil en el autobús de regreso de Pisa, cómo su pelo rojizo caía sobre su cuello, cómo se giró y me miró con ese brillo sutil en los ojos. Ese momento fue el clavo en el ataúd; sentí que algo se rompía dentro de mí, que el deseo se transformaba en algo más, en un anhelo por conocerla más allá del cuerpo, por compartir silencios y rutinas. Pero enamorarme significaría anclarme, renunciar a mi libertad. He visto lo que le hace a la gente: les quita alas, les impone compromisos que te llegan a afixiar. Con Clara, sería peor; sus diferencias me atraen, pero también me recuerdan lo incompatible que soy con la estabilidad.

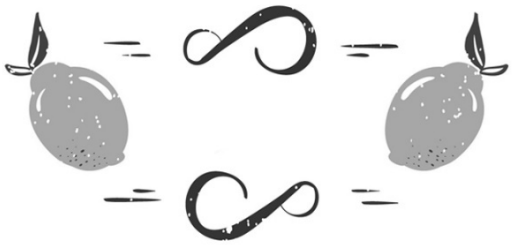
Aprieto la cámara contra mi regazo, sintiendo el frío bajo mis dedos. ¿Cuántas veces he hecho esto? Marcharme en la noche, dejar atrás ciudades y personas que empezaban a importarme demasiado. En Roma, fue una pintora con ojos como el mar; en Venecia, una guía turística que reía y tenía una sonrisa maravillosa. Siempre huía antes de que el sentimiento se afianzara, antes de que el pánico se convirtiera en

parálisis. Ahora, con Clara, es lo mismo, pero intensificado. Ese sueño... Dios, ese sueño donde la besaba, la tocaba, la sentía temblar bajo mis manos. Fue tan real, tan ardiente, que desperté con el cuerpo en llamas. Pero sé que no puedo permitírmelo. Acercarme tanto sería entregarme, y yo no entrego nada; solo capturo momentos y me voy.

El taxi sale de la ciudad, adentrándose en la autopista que serpentea hacia el sur. El paisaje cambia. El conductor pone la radio en voz baja, una emisora de jazz que llena el habitáculo con notas suaves de saxofón. Intento concentrarme en eso, en el ritmo, pero mi mente regresa a Clara una y otra vez. ¿Se dará cuenta de mi ausencia? El pensamiento me duele, un pinchazo agudo en el pecho. Pánico puro. Estoy enamorándome, y eso me aterra. Enamorarse es perder el control, es depender de alguien que podría irse rompiendo todo. Ya lo sufrí una vez, y no pude con ello. Siena me espera con sus murallas medievales, su Piazza del Campo vacía a esta hora, sus calles empinadas donde puedo perderme en fotografías anónimas, sin rostros que me persigan.

Miro por la ventanilla, viendo cómo el amanecer tiñe el horizonte de rosas y naranjas suaves. El taxi acelera, y con cada kilómetro, siento que el nudo en mi estómago se afloja un poco, aunque el pánico persiste. Clara queda atrás, en Florencia, en ese apartamento que huele a jazmín y a posibilidades no exploradas. Regresaré pronto, o eso me digo, pero ¿lo haré? ¿O extenderé la huida hasta que el sentimiento se disipe? La cámara en mi regazo me recuerda que siempre puedo capturar el mundo desde lejos, sin tocarlo, sin dejar que me toque. Es mi forma de vida, y no la cambiaré por nadie. Tampoco por ella.

El viaje continúa, y yo, en el asiento trasero, me dejo llevar por el movimiento, intentando convencerme de que esta huida es la salvación. Pero en el fondo, sé que Clara ya ha dejado una marca, una que no se borra con kilómetros y que no me va a ser tan fácil arrancarla de mí.



CAPÍTULO 18

Una molestia inexplicable

Clara

12 de mayo · Florencia

Cuando abro los ojos, lo hago con una sensación cálida y reconfortante en el pecho, similar a la que deja un sueño placentero que todavía no se ha evaporado del todo. Permanezco quieta durante varios minutos, observando el techo inmaculado del dormitorio mientras escucho cómo la ciudad se despereza al otro lado de las ventanas. Sigo cansada, con una sensación tensa recorriéndome las piernas, y la mente cargada de pensamientos que giran todo el tiempo entorno a Mara.

Desde que llegamos de Pisa y regresamos cada una a su apartamento, la tengo presente todo el tiempo. Si cierro los ojos, la recuerdo paseando a mi lado, con esa actitud desenfadada con la que capta cada pequeño detalle que la rodea, como si el mundo entero fuera un escenario plagado de cosas que descubrir con calma y sin prisas. Tengo muy presente su risa, y esa mirada con la que provoca que todo se ponga en pausa; incluso los latidos de mi corazón.

Me incorporo poco a poco, recuesto la espalda contra el cabecero de la cama y disfruto de cómo la luz, tamizada por las cortinas, baña cada rincón de la habitación. Me encanta el silencio que reina a estas horas del día; la soledad absoluta que me rodea y me brinda con una tranquilidad en la que me he acostumbrado a vivir desde hace un tiempo.

Me froto la cara con ambas manos y suelto un bostezo con el que logro despertar cada músculo de mi cuerpo. Me apoyo en mis rodillas y

llevo la mirada hacia la ventana como si pudiera encontrar a Mara al otro lado. Sé que no tendría que pensar demasiado en ella, pero por más que lo intente… sigue ahí. Me pongo en pie, me dirijo al baño, me refresco la cara con agua fría y me miro en el espejo. Mis ojos brillan un poco más que hace semanas atrás y soy muy consciente de que se debe a ella.

La salida por Florencia logró que la viese con otros ojos, pero el resto de conversaciones y la excursión a Pisa… lo transformó todo. Ella ha dejado de ser una mera desconocida para mí, y su presencia a mi alrededor se ha vuelto peligrosamente indispensable. Me gusta y mucho, y admitirlo me envuelve en una sensación dulce cargada de ilusión, pero también me pone los pies en el suelo. Porque no estoy preparada para lidiar con una nueva relación, mucho menos con una persona que lo único estable que ha tenido en su vida es su pasión por la fotografía y su trabajo.

Yo viajé a Florencia con el propósito de curar mis heridas, de reorganizar esas piezas que quedaron descolocadas dentro de mí tras la ruptura con Gema, de aprender a convivir conmigo misma sin que el vacío o el silencio me duela tanto. No lo hice para poner mi corazón en peligro de nuevo, aunque a la vista está de que ya no hay forma de ponerle freno.

Me visto con parsimonia, seleccionando un vestido rojo burdeos sin mayor intención que la de sentirme cómoda y a gusto. Me arreglo el pelo ante el espejo dejándolo caer y, por un instante fugaz, me pregunto si a ella le gustará.

Sacudo la cabeza y esbozo una sonrisa tonta antes de salir de mi apartamento y poner rumbo al comedor del LemonS. Intento ocultar, bajo una capa de indiferencia, las ganas que tengo de verla y cuando me monto en el ascensor, no puedo evitar imaginarla: sentada en la mesa con una taza de café entre las manos, charlando con todos de manera animada, posando su atención en mí cuando aparezca.

El comedor desprende un aroma tentador a pan tostado y a café recién preparado. Se oyen conversaciones en voz baja, carcajadas esporádicas y el repiqueteo suave de las cucharillas contra las tazas de cerámica. Identifico de inmediato a Giulia, sentada junto a Tomaso, Francesco y Eva en una mesa situada al fondo de la sala. Me aproximo con una sonrisa instintiva en los labios, mientras mis ojos escudriñan el

lugar de forma involuntaria en busca de una cabellera oscura que no logro localizar.

—Buenos días, Clara —me recibe Giulia con entusiasmo, indicándome un asiento libre a su lado para que me una al grupo.

—Buenos días a todos —replico, acomodándome en la silla con naturalidad—. ¿Cómo os va esta mañana?

Las palabras brotan con facilidad, pero mi mirada recorre el espacio de manera traicionera, atenta a cualquier señal.

—Pues aquí estamos, pensando en lo que haremos el día de hoy —comenta Eva mientras se sirve un vaso de zumo recién hecho—. ¿Tú has descansado bien?

—La verdad es que sí. Al parecer mi cuerpo ya se ha hecho del todo con el colchón —respondo con una sonrisa—. Además, también estaba cansada después de la visita a Pisa. Estaba agotada.

—Viajar siempre es agotador.

Francesco comienza a hablarnos sobre un museo que planea visitar, Tomaso intercala algunas anécdotas, y yo asiento con interés, interviniendo lo mínimo, aunque en mi fuero interno, no ver a Mara por aquí me inquieta. Consulto el reloj de mi móvil con discreción. Aún no es muy tarde, podría presentarse en cualquier instante, pero me gana la impaciencia.

—¿Y Mara? ¿Todavía no ha bajado a desayunar? —pregunto, esforzándome por parecer despreocupada.

El silencio que se produce a continuación basta para ponerme en tensión, como si un presentimiento negativo se cerniera sobre mí.

Giulia inclina ligeramente la cabeza, y se apoya en su mano de forma discreta.

—Mara se marchó temprano esta mañana.

—¿Cómo que se ha marchado? —repito, y percibo que una opresión extraña se instala en mi interior.

—Sí. Al parecer se ha marchado unos días. No me dio muchos detalles, solo mencionó que regresaría, pero no añadió nada más.

Asiento con lentitud, experimentando una sensación extraña en el pecho.

—Vaya… —musito—. Lo comprendo. Supongo que será por trabajo.

En realidad, no comprendo nada en absoluto, y esa confusión me desestabiliza y me enfurece a la misma vez. Sé que mi reacción es absurda. No tengo ningún derecho a experimentar esto. No tenemos una relación como para que ella tenga que contarme cada paso que da, pero…

«Pero ella es especial, y por eso te molesta», comenta esa parte de mí que no se muerde la lengua.

—Seguro que regresa en unos días, no te preocupes —agrega Giulia con ligereza, sin darle demasiada importancia al asunto—. Ya sabes cómo es. Siempre tan imprevisible y tan aventurera.

No, en verdad no la conozco tanto como me gustaría, y precisamente es eso lo que forma el nudo en mi interior, complicando aún más mis emociones.

Esbozo una sonrisa forzada, me sirvo una taza de café negro, unto una fina capa de mantequilla en una rebanada de pan tostado y me limito a mordisquearla por compromiso. Hago un esfuerzo monumental por aparentar normalidad, por no revelar las emociones que se me agitan por dentro. Pero en mi mente todo se ha desorganizado de forma irremediable.

Me invade una irritación difusa, y no logro identificar con precisión hacia quién va dirigida exactamente. Quizá hacia ella, por no haberme comentado que se iría. Quizá hacia mí misma, por haberme hecho ilusiones tontas.

«No debería importarme tanto», me repito mientras atiendo a Francesco, que describe con entusiasmo un restaurante al que quiere invitarnos a todos a cenar. La ciudad permanece inalterada, radiante y llena de vida al otro lado de las ventanas, brindándome innumerables motivos para perderme en ella. Pero, por primera vez desde que llegué, no tengo ganas de nada.

Me termino el desayuno con un regusto amargo que no guarda relación alguna con el café, sino con la decepción que se ha instalado en mí. Me despido del grupo alegando que tengo algunas cosas importantes que hacer, y salgo al exterior, permitiendo que la brisa fresca de la mañana me envuelva y me despeje un poco.

Avanzo sin un destino concreto en mente. La imagen de Mara se infiltra en mis pensamientos y junto a ella, la sensación de equilibrio, la

comodidad, la comprensión que sentí mientras descubríamos Pisa juntas.

No sé el tiempo que pasa hasta que me detengo en ese puente que visitamos y contemplo el río por un rato prolongado, observando cómo el agua sigue su curso. Pienso en lo disparatado que es todo esto, en que llegué aquí con la intención de reconstruirme y no forjar nuevas ataduras sentimentales que me compliquen el proceso. Pero una parte de mí ha empezado a asumir que no todo en la vida puede controlarse; a veces, las emociones surgen de manera inesperada y automática.

«Y está claro que es un error».

Mara representa lo opuesto a mí. Es impulsiva, caprichosa, desatada en su libertad. Yo, en cambio, anhelo solidez, estabilidad y seguridad. Ella se desenvuelve con soltura en el desorden. Y, aun así, cuando compartimos tiempo y espacio, el desorden deja de intimidarme y se transforma en algo manejable y hasta atractivo.

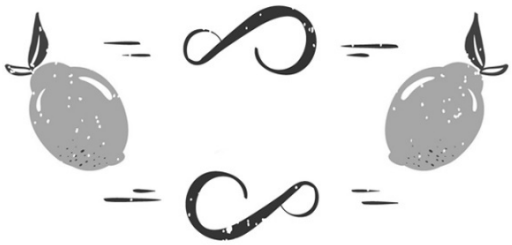
Inspiro profundamente y reanudo la marcha.

Quizá esta separación temporal solo sea una advertencia del destino. Una manera sutil que tiene el universo de recordarme que no debo hacerme ilusiones con nada, que no es el momento adecuado para entusiasmarme con nadie, que debo centrarme en el presente y en este viaje.

Ignoro cuándo regresará Mara. Desconozco qué pasará cuando regrese. Lo único que tengo claro es que su marcha me ha generado una extraña sensación de vacío que me hace sentir vulnerable y eso, me guste o no, es un indicio de que mis barreras emocionales han empezado a resquebrajarse.

Tomo asiento en un banco, cierro los ojos por unos segundos y permito que los rayos del sol me rocen la piel con ternura. Tal vez no esté preparada para vivir un nuevo amor. Tal vez nunca llegue a estarlo del todo. Pero hay conexiones que se dan de un momento a otro, y personas que rompen tu serenidad para hacerte comprender que la vida es una aventura y que hay que vivirla, aunque esta implique riesgos.

Y Mara es una de esas personas.



CAPÍTULO 19

Arrancarla de raíz

Mara

14 de mayo · Florencia

Siena me ha acogido con una serenidad y una calma muy diferente a la de Florencia. Llevo ya dos días en esta ciudad y, como si fuera mi primera vez, he comenzado a familiarizarme con el caprichoso laberinto de sus calles, con esos desniveles que pueden provocar que caigas de manera repentina y esas plazas que se despliegan ante tus ojos como un respiro suave y acogedor en plena primavera.

Pensé en Siena porque ya había estado aquí, y porque además de Pisa, era la ciudad más cercana para huir. Para huir de la presencia de Clara y sorprendentemente, para reflexionar sobre el contrato que Leo me ofreció y la oportunidad de asentarme en Madrid de manera definitiva, con un sitio al que llamar hogar sin que su significado me provoque un rechazo visceral. Madrid es todo lo que, en teoría, anhelo. Pero cada vez que pienso en la estabilidad, Clara cruza por mi mente como una flecha y la imagino ahí, sentada frente a mí con esa expresión que adopta cuando presta atención infinita a todo lo que surge de mi boca.

Me he dado cuenta de que ni siquiera los kilómetros han paralizado su recuerdo y que cada vez que miro sus fotografías, me roba el aire. Esa sensación que se materializó durante nuestra visita a Pisa, y que me ha perseguido hasta aquí.

Alejarme de Clara, de Florencia y de esa conversación con Leo, era algo que me urgía después de darme cuenta que él tenía razón. Le colgué la llamada porque me invadió el miedo a continuar escuchando

verdades que, en lo más profundo de mí, sabía que eran reales. Y admito, mientras camino con la cámara firmemente sujeta entre mis dedos, que no sé si este viaje me servirá de algo.

Hace horas que decidí pasar la tarde capturando imágenes de las fachadas, de los balcones rebosantes de geranios rojos y vibrantes, de las sombras que se estiran con languidez sobre el suelo empedrado. Disparé la cámara casi por instinto, como si mi cuerpo obedeciera a impulsos mecánicos a pesar de que mi mente vagaba por otros derroteros. Clara estuvo presente dentro de mí durante todo el camino, aunque, agradecí que el cielo comenzase a oscurecerse porque eso me permitió pausar todo y guardarlo en algún lugar de mi mente.

Ahora, son las once de la noche y a esta hora, la ciudad ha experimentado una metamorfosis sutil, pero llamativa. Las luces pintan de tonos cálidos y acogedores las calles, las conversaciones de mi alrededor se transforman en murmullos y yo, que he decidido escapar del hostal en el que me hospedo, camino sin rumbo fijo… con la intención de acostarme tarde y librarme de este barullo emocional que cargo dentro.

Entro a un bar diminuto, donde suena una melodía suave y las mesas de madera exhiben marcas del paso del tiempo. Pido una copa y me siento en la barra, contemplando a la gente que me rodea con curiosidad. Me siento a gusto en entornos como este; siempre ha sido así. Aquí nadie te cataloga como nada, puedo asumir cualquier identidad que se me antoje o, simplemente, disolverme en el anonimato.

—¿Me permites acompañarte? —inquiere una voz femenina junto a mí, con un timbre cálido y directo.

Alzo la mirada y la descubro: tiene el pelo corto y oscuro, una mirada intensa que enmarca una sonrisa franca y coqueta. Asiento con un gesto afirmativo y ella se acomoda a mi lado, tan próxima que resulta evidente que no se trata de algo casual. Desprende un aroma dulce, quizás a vainilla mezclada con un toque floral muy sutil.

—Me llamo Laura —se presenta con naturalidad tendiéndome una mano—. Te vi al entrar y me dio la impresión de que eras alguien digno de conocer, con un aura intrigante.

Esbozo una sonrisa, porque he vivido situaciones similares y me resultan hasta reconfortantes. A lo largo de los años, le han dado forma

a mi zona de confort, un terreno donde no se forjan relaciones, solo donde se produce un intercambio tan transparente como intenso.

—Yo soy Mara —contesto—. Agradezco el cumplido, es halagador.

Durante un buen rato, charlamos sobre los encantos de la ciudad, sobre la calidad del vino, sobre tonterías a fin de cuentas. Laura resulta amena, rebosante de humor, y evita indagar en demasía sobre mi vida personal. Me mira como si representase un relato que desea devorar con avidez. Y una faceta mía, la habitual, la que rehúye a las ataduras y disfruta del sexo sin compromiso, comienza a desperezarse con lentitud.

Me convenzo a mí misma de que no hay nada reprochable en esto, de que carece de importancia, de que Clara no es nada mío y que no tengo por qué reservarme para ella. Me repito que soy libre, que siempre lo he sido y que nada ni nadie puede alterar esa condición en mí.

Cuando Laura roza mi mano en medio de una carcajada compartida, no retiro la mía y permito que el contacto se prolongue un instante más. Un gesto que nos lleva a pagar las bebidas y salir del local a toda prisa.

El beso surge mientras nos apoyamos contra un muro de piedra en una callejuela sombría. Es un beso rápido, profundo, insistente, desprovisto de preguntas innecesarias. Su boca es ardiente y demandante, explorando la mía con una pasión que enciende mis sentidos. Mis manos actúan por instinto, trazan caricias por su espalda, presionando su cuerpo contra el mío con una urgencia que acelera mi pulso. Todo mi cuerpo reacciona; lo hace con familiaridad y porque domina el arte de desconectarse del corazón en circunstancias como estas desde hace ya mucho tiempo.

Laura me invita a su apartamento entre susurros —que casualmente no está lejos— y ascendemos a un espacio reducido, iluminado por una luz tenue que acentúa cada curva de su cuerpo. La ropa acaba esparcida por el suelo en un desorden caótico. Hay fuego en nuestros movimientos, un anhelo voraz que nos impulsa, dos cuerpos que se entrelazan con esa clase de intimidad a la que le importan poco las presentaciones. Me abandono al torrente de sensaciones: el roce electrizante de su piel contra la mía, el calor que irradia, los jadeos que

emite con cada caricia más y más osada. Sus dedos recorren mi silueta con determinación, despertando zonas erógenas que responden de inmediato, mientras mis labios exploran su cuello, su clavícula, descendiendo con lentitud para intensificar el placer. Un placer que toma forma en el choque rítmico de nuestros cuerpos que se funden en un baile primitivo y ardiente, donde cada embestida de sus dedos, cada gemido ronco contra mi oído, eleva la intensidad hasta hacernos alcanzar un orgasmo que nos deja exhaustas, temblorosas, envueltas en una capa de sudor compartida que sella el momento con una crudeza visceral.

No ha sido más que un encuentro apasionado, arrebatador, puramente carnal, donde no caben delicadezas ni juramentos eternos, solo ese diálogo mudo que se expresa a través de roces y mordiscos. Por un rato, logro eclipsar todo lo demás, consigo apartar de mi mente a Clara. Pero una vez que concluye, cuando el silencio se adueña del espacio entre nosotras y Laura se incorpora para dirigirse al baño fumándose un cigarrillo, algo toma forma en mi interior.

Permanezco recostada, con la vista fija en el techo agrietado, atendiendo al rumor distante de la ciudad que se filtra por la ventana. Mi cuerpo está saciado, relajado, pero mi corazón alberga un vacío que se expande como una grieta insidiosa a lo largo de una pared de piedra. No es responsabilidad de Laura; la culpa es mía y en cómo he fallado a estas emociones que cargo conmigo.

Porque, sin pretenderlo, pienso en Clara una y otra vez. En lo que diría si supiera lo que acabo de hacer, en esa decepción bañando sus ojos verdes, en su silencio tortuoso e hiriente.

«Menuda estupidez acabo de cometer.»

—Mierda… —susurro, y comprendo que esta dinámica ya no va conmigo, que ahora mismo desearía estar en otra cama: en la de Clara, con su pelo rojizo enredado entre mis dedos y su sabor pegado a mis labios, alterando mis deseos y dando forma a mis sueños.

Cuando Laura regresa y se tumba a mi lado, el beso que deja en mi hombro me incomoda. Yo correspondo con una sonrisa, aunque se trata de un rictus mecánico, desprovisto de cualquier tipo de calidez.

—Ha estado bien, ¿verdad? —comenta, sin mirarme a los ojos. Todavía fumando su cigarrillo.

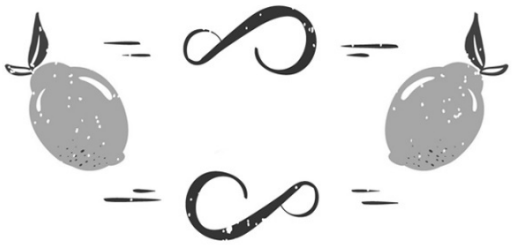
—Sí, sin duda…

Me levando como si me hubiesen clavado una aguja en el trasero, y me visto valiéndome de una justificación absurda y poco convincente. Ella no me presiona para que me quede, acepta mi marcha con madurez. Nos despedimos como dos adultas conscientes de que lo vivido ha sido solo algo casual y regreso caminando hacia el hostal, con las manos hundidas en los bolsillos de mi pantalón y la mente abarrotada de pensamientos, que se arremolinan como las nubes de una tormenta.

Ya no encajo en esa versión de mí misma que iba de una cama a la otra sin que su corazón se resintiera en lo más mínimo. Ya no me proporciona lo mismo que buscaba antaño. Clara, sin apenas tocarme, ha provocado que algo cambie en mí y eso me aterroriza más que cualquier oferta laboral en Madrid, más que la perspectiva de tener un futuro predecible y un hogar estable en el que vivir.

Entro en la habitación, me descalzo y me siento en el borde de la cama soltando un suspiro, con las piernas colgando. Miro el teléfono móvil, tentada de enviarle un mensaje a ese número que me dio la mañana que comimos juntas en su apartamento y compartir cualquier banalidad que sirva de puente para una conversación, pero soy incapaz de hacerlo. Así que me recuesto boca arriba y cierro los ojos.

No he venido a Siena para perderme en caricias ajenas y efímeras. He venido porque estaba huyendo de algo que llevo atado a mí y que esta noche, entre arrebatos de pasión, me ha hecho ver que mis sentimientos por Clara son reales, y qué huir de ello no los atenúa, sino que los intensifica tanto como para volverme loca.



CAPÍTULO 20

Echándola de menos

Clara

15 de mayo · Florencia

Florencia amanece diferente a estos días atrás. La luz limpia del sol, esa que entraba por las ventanas las últimas jornadas, ha desaparecido. Hoy el cielo se ha cubierto con nubes espesas de un tono gris suave, como si la ciudad hubiese decidido replegarse sobre sí misma. Amenaza con llover, aunque no creo que lo haga con furia, sino con esa tristeza callada y elegante que tienen las tormentas tardías en primavera.

Estoy de pie en la cocina, descalza, con una taza de café entre las manos. El aroma es intenso, reconfortante, pero no consigue sacarme de este extraño estado en el que llevo sumergida desde hace unos días.

Miro por la ventana, pero no hacia el cielo encapotado sino hacia la ventana del apartamento de Mara. Está cerrada a cal y canto, con las cortinas echadas. Han pasado cuatro días desde la última vez que nos vimos, desde esa visita a Pisa, desde que me quedé enganchada a su sonrisa… cuatro días desde que se marchó sin dar más explicaciones.

Me pregunto dónde estará ahora mismo. Si ya sabía que se iba a marchar cuando estuvimos allí o simplemente se dejó arrastrar por un impulso repentino. O si, al igual que lo hago yo, piensa en nosotras… en eso que ha empezado a nacer y que me desestabiliza. Lo único que sé es que no se habrá separado de su cámara y que, con su personalidad, habrá conocido personas con las que compartir anécdotas y risas.

Suelto un suspiro largo y apoyo la frente contra el cristal frío, dejando que el contraste con mi piel me devuelva a la realidad. Imaginarla con otras personas me incomoda. Sé que no tengo derecho

alguno a sentir esta extraña punzada en el pecho, que apenas la conozco. Pero su ausencia me resulta pesada e insoportable.

«Y si sigues así, te volverás loca», me advierte mi vocecilla interior.

Exhalo despacio, como si pudiera expulsar mi inquietud junto con el aire que abandona mis pulmones.

—No le des tantas vueltas, Clara —me reprocho en voz baja—. No es muy común en ti.

Pero la verdad es que, desde que Mara entró en mi vida, hay muchas cosas que ya no son «comunes» en mí.

El teléfono vibra sobre la encimera y el sonido repentino me sobresalta.

Miro la pantalla y sonrío cuando veo el nombre de mi hermana en la pantalla:

—Hola —digo, esforzándome por echar a un lado la revolución que llevo dentro.

—Hola, desaparecida —responde ella al otro lado, con su habitual tono cariñoso en la voz—. ¿Sigues viva o ya has sucumbido a los encantos de Florencia como para no hacer ni caso a tu hermanita?

Me río, pero la risa me sale con desgana.

—Cállate anda, estoy bien, aunque hoy no tengo muchas ganas de salir —le digo, caminando por la cocina hasta salir al salón y sentarme en el sofá—. Estoy como el tiempo. Revuelta.

—¿Y desde cuando eso te molesta? —replica ella—. ¿Te pillo en mal momento?

Vuelvo a mirar hacia la ventana del apartamento de Mara, vacío y silencioso.

—No. En realidad… me viene bien hablar con alguien.

Isabel guarda silencio unos segundos y la conozco lo suficiente como para saber que se está preparando para una conversación más tensa.

—¿Qué pasa, Clara? —pregunta sin presionarme. Ya me la imagino poniéndose más cómoda en donde esté sentada.

Me dejo caer contra el respaldo del sofá y cierro los ojos.

—La verdad es que no lo sé —respondo con total sinceridad—. O sí lo sé, pero no encuentro las palabras para describirlo.

—Empieza por el principio —me anima con esa paciencia que siempre ha tenido conmigo—. Siempre funciona.

Respiro hondo, como si necesitara oxígeno extra para lo que viene.

—¿Te acuerdas de la chica de la que te hablé? La fotógrafa.

—Claro que me acuerdo, como para olvidarla… —contesta, hasta casi burlándose por imaginarlo—. Era la que te sacaba de quicio porque te recordaba a Gema. ¿Qué ha pasado ahora con ella?

Aprieto los labios antes de responder.

—Se ha marchado.

—¿Marchado? ¿Cómo que marchado?

—De Florencia. Hace unos días.

—Ah, ¿y por qué eso te debería afectar tanto? —pregunta con cuidado.

Abro los ojos y recorro con la mirada el salón. Todo sigue en el mismo lugar donde estaba cuando llegué: los cuadros, los jarrones, el perchero…

—Porque… bueno… —balbuceo sin atreverme a contarle que no puedo sacármela de la cabeza y que… —suspiro—. No somos nada, pero… la echo de menos.

—Clara —dice exhalando un suspiro—, ¿tú estás bien?

Esa pregunta tan sencilla y directa es lo último que espero escuchar después de mi explicación.

—La verdad es que no lo sé… —respondo con honestidad—. Desde que rompí con Gema me obsesioné con mantener el control y evitar todo lo que pudiera volver a desestabilizarme… y ahora no sé qué hacer con esto que me está pasando.

—¿Qué te está pasando exactamente? —insiste mi hermana.

—Pues…

Hay un silencio largo al otro lado de la línea.

—¿Te gusta? —pregunta finalmente.

Cierro los ojos y me paso una mano por el pelo.

—Sí.

—Pero… ¿te gusta de verdad, de verdad? —insiste ella.

—Más de lo que crees y hasta el punto de… imaginar cosas con ella—confieso—. Mara me hace sentir bien. Tranquila. Curiosamente estable, aunque ella sea tan imprevisible, libre y caótica a ratos.

Mi hermana suelta una pequeña risa.

—Eso suena bastante intenso.

—Lo es —admito—. Sobre todo, porque después de lo que pasó con Gema, no sé qué quiero ni quién soy. No me siento segura con nada, pero con Mara… con ella es todo muy diferente.

Me llevo una mano al pecho, como si pudiera contener ahí la sensación que me recorre.

—Además, cuando estamos juntas no tengo que esforzarme por mostrarme dura, fuerte o capaz —prosigo—. Y eso… eso me da un miedo tremendo, porque quiere decir que es capaz de atravesar todas mis barreras y conocerme de verdad.

—Comprendo…

—No sé si estoy preparada para permitir que alguien conozca todo lo que hay en mí. —Recojo las piernas sobre el sofá y me abrazo a ellas—. Y luego está mi mente, que le encanta inventarse cosas y hacerme creer que Mara se ha marchado porque le está pasando lo mismo que a mí.

—Quizá se fue por algo que no tiene que ver contigo —añade mi hermana con sensatez—. ¿Has pensado en esa posibilidad?

Asiento, aunque ella no puede verme.

—Sí. Pero eso no lo hace más fácil.

—Clara, no tienes que estar segura de todo para permitirte sentir algo por una persona.

Me muerdo el labio inferior.

—Eso suena muy fácil en teoría, pero en la práctica…

—En la práctica se complica, lo sé —admite con una sonrisa que casi puedo imaginar—. Pero tú nunca has sido de las que se esconden.

Sonrío con tristeza.

—No. Pero últimamente me estoy volviendo experta en eso.

—Quizá… —surgiere mi hermana—, …no se trata de esconderse o no, sino de darle permiso a tu corazón por mucho que te de miedo.

Giro mi cabeza y llevo mi atención hacia la ventana de Mara.

—Ojalá vuelva pronto —digo sin pensar, casi en un susurro.

Isabel no se ríe. No hace ningún comentario irónico.

—Volverá cuando tenga que hacerlo —responde con calma—. Y cuando lo haga, al menos serás consciente de todo lo que te pasa.

Trago saliva con dificultad.

—Eso es lo que más miedo me da.

—Bueno, pero también eres una mujer valiente —me recuerda Isabel—. Y estas cosas son las que merecen la pena.

—Supongo que tienes razón.

Colgamos unos minutos después, con la promesa de volver a hablar pronto y me quedo sentada en el salón, permitiendo que el silencio del apartamento y el murmullo de la lluvia que empieza a caer, me envuelva.

Algunas gotas suaves golpean el cristal, dibujando caminos irregulares que se cruzan, se separan y vuelven a unirse. Me quedo observándolas, hipnotizada, como si en ese movimiento caprichoso pudiera encontrar las respuestas que necesito.

No sé dónde está Mara. Pero por primera vez desde que pasó lo de Gema, desde que llegué a Florencia, acepto que su ausencia me duele y que me encantaría que regresara para descubrir si lo que siento por ella es real, o solo fruto de mi desesperada imaginación.

***

Los recuerdos nunca piden permiso para aparecer y mientras dedico unos minutos de mi tiempo a ordenar mi ropa, Gema atraviesa mi mente y me obliga a centrarme en ella. No en la Gema de los últimos meses, la que se marchó dejando atrás una historia destrozada y un corazón agrietado, la del comienzo, la que me hizo creer que el amor podía ser ligero y luminoso.

Ella y yo nos conocimos en Madrid una tarde de finales de septiembre. Yo acababa de entrar en una pequeña librería en el barrio de Malasaña, buscando refugio de la lluvia que nos había sorprendido a todos. Estaba empapada, con el pelo pegado a la cara y las zapatillas encharcadas, y solo necesitaba de un lugar donde secarme un poco antes de volver a casa.

Gema estaba detrás del mostrador, ordenando una pila de libros con una concentración que me pareció casi infantil. Llevaba el pelo corto, teñido de un tono rubio que le iluminaba los ojos, y una camiseta vieja de alguna banda que no reconocí en su momento. Cuando levantó la vista y nuestras miradas se cruzaron, me dedicó una sonrisa ladeada, confiada, como si ya supiera que iba a ser importante en su vida.

—¿Buscas algo en concreto o solo te refugias de la tormenta? —me preguntó con voz grave y un punto de diversión.

—No lo sé —respondí, y me sorprendí a mí misma diciendo la verdad—. Creo que solo quiero que pare de llover.

—Pues siéntate —dijo señalando un taburete al lado del mostrador—. Te invito a un café mientras esperas. No muerdo.

Acepté sin pensarlo demasiado. Me senté, y mientras ella preparaba dos tazas en una cafetera diminuta que había detrás, empezamos a hablar. De libros, al principio. De autores que nos gustaban, de novelas que nos habían marcado. Pero pronto la conversación derivó hacia otros temas: viajes que habíamos hecho, películas que nos hacían llorar, las pequeñas manías que nos avergonzaban y que, sin embargo, compartimos con risas.

Gema tenía la habilidad de escuchar con atención, de hacerte sentir que lo que decías importaba. No te interrumpía, no te juzgaba, solo asentía y hacía preguntas que me obligaban a pensar. Y cuando hablaba ella, lo hacía con una pasión contenida que me atrapó. Me contó que había dejado un trabajo estable en una editorial para dedicarse a ilustrar libros infantiles porque, según decía, «los niños merecen historias que les hagan volar, no que los encajonen».

Me reí con ella, y me di cuenta de que llevaba meses sin reír así.

Pasaron las horas sin que nos diéramos cuenta. La lluvia cesó, pero ninguna de las dos hizo ademán de moverse. Cuando por fin miré el reloj y vi que eran casi las nueve de la noche, me levanté de golpe.

—Tengo que irme —dije, aunque no quería.

—Claro —respondió ella, y me tendió una tarjeta con su nombre y su número escrito a mano—. Por si algún día quieres volver a refugiarte de la lluvia… aunque no llueva.

Salí de la librería con el corazón latiendo más rápido de lo normal y durante los días siguientes no dejé de pensar en ella. En su sonrisa, en cómo olía a vainilla, en la forma en que sus párpados se arrugaban cuando se reía.

Regresé a la librería una semana después con la excusa de buscar un libro que no necesitaba. Ella estaba allí, y cuando me vio entrar su rostro se iluminó haciéndome ver que había estado esperándome.

Empezamos a vernos fuera de la librería. Nuestras salidas se llenaron de paseos por el Retiro al atardecer, de cenas improvisadas en bares pequeños, de noches de cine en su casa. Cada encuentro era una pequeña revelación. Gema me enseñaba a soltar el control que siempre

había llevado como armadura. Me hacía reír hasta que me dolía la tripa, me besaba con una urgencia que me dejaba sin aliento y me miraba como si yo fuera lo más interesante que había visto en su vida.

Me enamoré de ella despacio y a la vez de golpe. De su forma de ver el mundo con ojos nuevos cada día, de cómo convertía lo cotidiano en algo mágico, de la manera en que me hacía sentir. Con ella aprendí que el amor no tenía que ser perfecto ni ordenado; podía ser caótico, intenso y maravillosamente imperfecto.

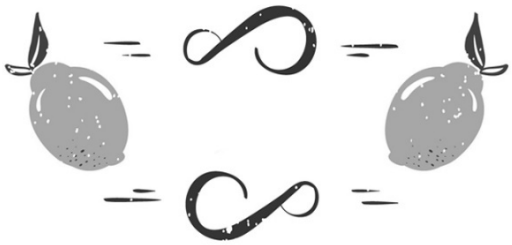
Durante años creí que aquello era para siempre. Que habíamos encontrado algo raro y valioso. Pero el tiempo pasa, las cosas cambian y los sueños rotos acaban resquebrajando el resto. Gema se convirtió en otra persona; empezó a necesitar más de lo que yo le daba, más libertad, más todo. Y yo, que siempre dependí de ella y que no me encontraba en mi mejor momento, supe lo que era ahogarse en la soledad.

Al final, ese matrimonio que una vez resultó ser el mayor de los regalos de la vida, se quedó en nada y lo que más me dolió, fue la frialdad con la que me miró. Como si yo fuese la culpable de que todo terminase como terminó. Cuando yo no pude hacer más de lo que hice en aquel instante.

Ahora, sentada en la cama de mi dormitorio en Florencia mientras la lluvia sigue cayendo, me doy cuenta de que con Mara vuelvo a sentir algo parecido: esa mezcla de vértigo y calma, de miedo y deseo. Sé que no soy la misma que se enamoró de Gema, tampoco la que lo perdió todo y se quedó con las manos vacías; he aprendido a temer menos el descontrol —bueno, qué voy a decir, al menos lo intento—, pero si hay algo cierto es que la incertidumbre y yo no nos llevamos bien.

Cierro los ojos y permito que el sonido de repiqueteo de las gotas contra el cristal me envuelva. Apoyo la cabeza en el respaldo del sofá y me quedo absorta en la imagen de la ciudad al otro lado de la ventana, aunque por más que lo intente, no consigo encontrar la paza.

Me siento inquieta, ansiosa, necesitada… y tengo muy claro que es por las muchas ganas que siento de verla.



CAPÍTULO 21

Cuando el corazón hace 'clic'

Clara

17 de mayo · Florencia

El sol se cuela entre las cortinas con una luz dorada dispuesta a todo. Me despierta antes de que suene la alarma, rozándome los párpados con delicadeza, calentándome la piel de una manera que resulta casi cariñosa. Abro los ojos y, por primera vez en días, no siento ese peso denso y asfixiante en el pecho. Nunca me he llevado bien con los días apagados y lluviosos, y siento alivio al descubrir que las nubes han desaparecido.

El sonido de la lluvia ha sido mi única compañía durante estos días. No ha llovido de manera amable, no, hubo un momento en el que creí que la tormenta iba a partir el cielo y también, los cristales de mi apartamento. Tuve la sensación de que Florencia —y también el destino— había decidido encerrarme a conciencia con mis propios pensamientos para obligarme a enfrentarlos de frente, sin escapatoria. El LemonS se convirtió en una especie de burbuja suspendida en el tiempo, aunque Giulia y los demás hicieron todo lo posible para que la soledad se llenara de risas.

Gracias a todos, mi idea de no salir a la calle y apenas moverme del sofá, fue eso: una idea. Gracias a todos me sentí en compañía, en casa, en familia. El desánimo desapareció durante esos ratos compartidos sin oponer resistencia, siquiera cuando mis sentimientos por Mara parecían hacer acto de presencia.

Mara se me ha pegado a la piel y soy incapaz de arrancarla. Es curioso cómo alguien que apenas te ha rozado, es capaz de instalarse dentro de ti, ocupando un lugar que no sabías ni que existía para ella; colonizando lugares que nadie había descubierto hasta convertirse en la ocupante perfecta de tu corazón.

Me levanto de la cama con lentitud, como si temiera romper la atmósfera que se ha creado. Abro la ventana de par en par y dejo que el aire entre de golpe. Es suave, templado, y trae consigo un olor que me resulta profundamente reconfortante: el de tierra húmeda, el de la vegetación renaciendo con más fuerza tras la lluvia.

Han pasado dos semanas y, sin que me diera cuenta, esta ciudad se ha convertido en lo más parecido a un hogar que he tenido en mucho tiempo. No un hogar estable, eso está claro, sino uno transitorio, intenso, necesario y urgente, como esos refugios que aparecen exactamente cuándo más los necesitas, y que sabes que no durarán para siempre. A estas alturas, ya no necesito ningún mapa para moverme por las calles de Florencia, tampoco una guía. Mis pies ya no dudan, mi cuerpo se mueve con familiaridad. Conozco el ritmo de las calles, el modo en que la luz cambia según la hora del día, el sonido que las llena.

He decidido salir, disfrutar de este día sin más. Quiero hacer algo que nunca se me ha dado bien: fluir; dejarme llevar por los impulsos de mi corazón sin intentar controlarlo todo. Solo disfrutar, sentir, vivir, respirar.

Elijo un vestido ligero de algodón color rojizo, unas zapatillas cómodas y un bolso cruzado al hombro. No me detengo demasiado en el espejo, pero le dedico a mi reflejo una sonrisa en la que me reconozco, por fin, después de tanto tiempo. La razón de este viaje era la de reencontrarme, la de volver a encauzar mi vida y recolocar todas las piezas en su lugar. Y ni siquiera me había dado cuenta de que, después de todo lo que estoy viviendo, esas piezas empiezan a encajar.

Una vez en la calle, el sol me acaricia la piel con suavidad.

Camino sin prisa, dejándome guiar por el instinto hasta alcanzar una de las colinas, donde se respira un aire fresco y limpio cargado de un perfume floral capaz de despertar mis sentidos. Los Giardino delle Rose, era uno de esos lugares que tenía apuntados en mis itinerarios y que dejé para el último momento, y me alegra haberlos visitado ahora

porque siento algo parecido a la libertad absoluta en cuanto los veo desde lo lejos.

Cruzo la entrada y el bullicio de la ciudad se queda atrás. Las voces se diluyen hasta convertirse en un murmullo lejano, los motores de los vehículos desaparecen por completo, y todo queda envuelto en una calma que me afloja los hombros sin que me dé cuenta. Respiro hondo, varias veces, dejando que el aire me llene los pulmones. Huele a naturaleza viva, a flores que acaban de despertar liberando su aroma embriagador.

El perfume de las rosas es exquisito. Se despliegan frente a mí en una variedad de colores que forman un tapiz idílico: blancas como nieve, rojas intensas, rosadas que cambian de tono según la luz. Me acerco a una de color melocotón y paso los dedos por los pétalos sin tocarlos del todo. Pienso en lo engañosa que puede ser la delicadeza, en cómo lo frágil no siempre es débil, en cómo a veces la fragilidad se transforma en resistencia.

Me siento en un muro de piedra desde el que Florencia se extiende ante mis ojos en toda su inmensidad. La cúpula del Duomo brilla bajo el sol, los tejados rojizos se extienden en un mar ondulado, el río Arno serpentea a lo lejos con lentitud. La ciudad ya forma parte de mí y me siento tan bien…

«Tan bien que podría quedarme aquí años y no me importaría», pienso para mí.

Apoyo las manos sobre las rodillas y cierro los ojos un instante, dejando que la brisa me acaricie la cara.

Pienso en Mara y la imagino con su cámara entre las manos, con la atención puesta en el paisaje, capturando esos detalles que solo ella es capaz de captar. No he dejado de pensar en ella estos días, diseccionando cada emoción que siento, tal vez siempre estando ahí. He comprendido que el proceso de negarme a ello, me agota y me desgasta. Así que he decidido permitir que exista, que forme parte de mí y ocupe el espacio que necesite.

Abro los ojos, saco el móvil sin pensar y llevada por la intuición, empiezo a capturar aquello que me llama la atención: una rosa que se inclina hacia la luz, la sombra alargada de una hoja proyectada sobre el muro de piedra caliente, el contraste limpio entre el verde intenso de

las hojas y el azul despejado del cielo. No busco nada perfecto, solo conservar esa magia en algo tan sencillo como una foto.

Decido seguir caminando por los senderos del jardín, dejando que los pies elijan el camino. Veo a una pareja sentada en la hierba, hablando entre cuchicheos. Un anciano avanza con una paciencia infinita, apoyándose en un bastón que golpea la grava. Una mujer sola, como yo, que observa la ciudad con los brazos cruzados y una expresión pensativa.

Levanto el móvil para fotografiar una escultura parcialmente cubierta por enredaderas y flores cuando escucho un sonido que reconozco casi al instante.

El recuerdo atraviesa mi mente y de golpe, viajo a Pisa. Con la luz del sol cayendo sobre mi cara y Mara, capturándome con su cámara. El corazón me da un vuelco y bajo el móvil despacio, girando sobre mis talones.

—¿Mara…?

Ella está apoya sobre la corteza de un árbol, con la cámara colgando de su cuello como si siempre hubiera formado parte de sí misma. Sus labios están curvados en esa sonrisa que me resulta insoportablemente atractiva. El sol le ilumina la cara y, por un segundo, todo lo demás pierde importancia: el jardín, la ciudad, el tiempo que ha pasado.

Y lo más significativo: percibo que algo que sacude mi corazón, como si algo encajara por fin.

—Para no ser fotógrafa… —dice, abandonando la posición en la que está para acercarse a mí—, …esa fotografía que has hecho ahora mismo tiene buena pinta. Se nota que te has dejado llevar por los sentimientos.

Trago saliva antes de responder. Mi mente corre a toda velocidad, buscando las palabras adecuadas, pero antes de dar orden, estas salen solas y sin filtro.

—¿Dónde te habías metido?

Mara sonríe un poco más y se encoge de hombros con naturalidad.

—¿Por qué lo preguntas? —replica con un tono juguetón pero suave—. ¿Acaso me has echado de menos estos días? Porque yo sí que he pensado en ti...

Me quedo mirándola, intentando procesar cada una de sus palabras. No sé por qué me dedico siempre a analizarlo todo cuanto las respuestas me surgen voraces por los labios.

—La verdad es que sí… —admito—. Te he echado de menos. Mucho. Más de lo que imaginaba que sería posible echar de menos a alguien con quien apenas he compartido unos cuantos momentos.

—Vaya…

Mara da un paso más, con las manos medio metidas en los bolsillos.

—Te fuiste porque lo sentiste ¿verdad? —le pregunto—. El tirón, el temblor, las cosquillas. Mira, no sé qué es lo que significa, pero si algo sé de verdad, es que no quiero seguir fingiendo que no me importa.

Ella ladea la cabeza, me mira con intensidad y luego se acerca poco a poco, despacio, como si no quisiera romper la atmósfera que nos envuelve. Desde luego, soy una bocazas de campeonato. Es que no tengo filtro para decir lo que pienso. Aunque por su sonrisa, diría que no le importa mucho.

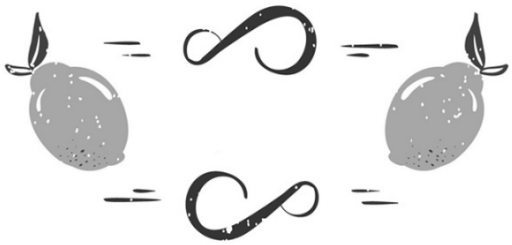
—No hace falta que finjas que no existe o no te importa —murmura—. Yo solo quiero saber si estás dispuesta a dejar que esto siga adelante sin forzarlo y sin ponerle etiquetas todavía. Porque yo sí lo estoy. Y creo que tú también.

Quiero decirle que sí, que estoy dispuesta a todo lo que me pida, pero el miedo me encoje el estómago y mis labios dudan.

—¿Estás segura? Porque ya has huido una vez y no quiero que vuelvas a hacerlo cuando las cosas se vuelvan demasiado…

—Lo que siento ya es demasiado importante, Clara.

Asiento despacio, sintiendo cómo algo dentro de mí se relaja y se altera a la misma vez. El sol sigue brillando, las rosas siguen oliendo, Florencia sigue respirando. Pero lo único que me importa, es seguir respirando el mismo aire que Mara.



CAPÍTULO 22

Mi vecina de al lado

MARA

17 de mayo · Florencia

Hay casualidades que, cuando se repiten con insistencia, dejan de parecer meras casualidades y empiezan a perfilarse como algo distinto, como una serie de acontecimientos que trazan el rumbo hacia una dirección inevitable; unas huellas invisibles que no distingo pero que están dibujadas en el suelo y persigo como si fuese mi destino. A menudo sorprende dónde nos llevan, otras, como es en este caso, me obliga a preguntarme si es que todos los caminos que he recorrido tuvieran la meta de llevarme hasta aquí, hasta Florencia.

Cuando vi a Clara rodeada de rosas, con el móvil entre los dedos y la mirada perdida en algún punto indefinido del horizonte, sentí una sacudida vibrante recorriéndome el corazón. Ni siquiera pensé en lo que significaba, tampoco me sorprendí. Simplemente pensé que no podía cruzarme con otra persona que no fuera ella. Porque estaba escrito —fuera donde fuere— que las dos debíamos encontrarnos aquí.

Florencia tiene la capacidad de absorber tu atención. Te obliga a alzar la vista, a detenerte en sus detalles, a reconocerte y, al mismo tiempo, a saberte presente en cada piedra y rayo de luz que se filtra entre los cipreses. Pero hoy, mientras camino junto a Clara, disimulando las ganas que tengo de tocarla, el paisaje ya no me resulta tan maravilloso como antes. Como si su mera existencia fuese lo más importante, aquello que siempre busqué en mis viajes, aquello que atrapa mis sentidos y los revuelve.

El silencio que se ha instalado entre nosotras desde que comenzamos a andar, no es incómodo; es denso, expectante, cargado de emociones que compartimos y que hemos preferido no frenar. Avanzamos juntas por uno de los senderos del jardín, flanqueadas por rosales que emanan un perfume dulce y persistente. No hablamos, es como si ambas estuviéramos tanteando el terreno con cuidado, probando la solidez del suelo antes de dar un paso más firme y comprobar si es seguro avanzar sin riesgo a caer.

La verdad es que esto es nuevo para mí. Yo, que jamás he sentido que algo tiraba de mí con fuerza, no dejo de mirarla y guardar en mi memoria cada uno de sus detalles. Creo, no, lo sé, he encontrado aquello que debía encontrar para detener mis pasos de una vez y ver la vida desde un lugar más estable. Aunque eso signifique verme envuelta por las dudas, los miedos, la incertidumbre.

Clara parece más relajada que en Pisa. No desvía la mirada cuando nuestros ojos se encuentran y camina a mi lado sin prisa, sin adelantarse o controlar el ritmo. Simplemente me acompaña olvidándose por completo del tiempo, del espacio, de todo lo que no tenga que ver conmigo o con nosotras.

—¿Me vas a contar dónde has estado? —me pregunta con curiosidad, sujetando con una de sus manos la correa de su bolso.

—No muy lejos de aquí —respondo sin especificar demasiado—. Vine a Florencia con la intención de no solo visitar la ciudad, sino recorrer aquellas que la rodean. Empecé por Pisa y… estuve en Siena —le digo al fin—. Pero tiene tanta belleza que me entretuve demasiado.

Mentir nunca ha formado parte de mis planes, pero no podría explicarle la verdad sin confesarle que me marché de aquí porque no supe gestionar mis emociones. Que puse a prueba mis límites con otra mujer para comprobar si todavía era capaz de soltar todo lo que estaba sintiendo y volver a ser esa persona incapaz de atarse a nadie. Que me acosté con alguien para para borrarla de mi memoria fallando estrepitosamente en el intento. Que, una vez que alcancé el orgasmo y fui consciente de todo, solo pensaba en ella. Y que fue justo en ese instante que supe que la necesitaba y la deseaba como se desea lo más prohibido e inalcanzable del mundo.

—¿Hiciste muchas fotos? —señala con la barbilla hacia la cámara —. Sé que es una pregunta obvia, pero…

—He hecho, sí, pero no son tan interesantes y bonitas como las que tomé en Pisa.

Clara me dedica una sonrisa y no pregunta nada más sobre esos días. Y se lo agradezco porque no sabría expresar con palabras por qué hice lo que hice.

La ciudad se abre ante nosotras con generosidad y ella no duda en captar cada pequeño detalle que se muestra ante sus ojos. Percibo lo cómoda que se siente por el modo en que se mueve, cómo se detiene a acariciar los pétalos de las rosas o las paredes de piedra cubiertas de hiedra que trepa hasta perderse en las alturas. Me encanta verla así: presente, ligera, como si algo se hubiera aflojado en su corazón y le permitiera respirar con más amplitud. Sus ojos brillan tanto como su sonrisa.

Cuando el hambre se hace notar, no lo planificamos ni lo discutimos. Simplemente caminamos hasta dar con un restaurante pequeño, escondido en una callejuela apartada del bullicio turístico, con mesas de madera, manteles de lino y un aroma cálido a pan recién horneado, ajo y hierbas que invita a quedarse durante horas.

Nos sentamos frente a frente. Por primera vez desde que nos conocemos, no hay nada que nos invite a salir huyendo, sino todo lo contrario. Lo que más deseo es hacer uso de esta burbuja y disfrutar del tiempo —también de la comida— junto a ella; el carpacho de ternera con virutas de parmesano, una pasta con trufa que huele deliciosa, un vino tinto afrutado que deja un toque dulce en la boca. Todo me sabe a poco teniéndola delante.

Hablamos. De cosas aparentemente simples, pero que, al tratarlas, adquieren una profundidad inesperada. Hablamos de esos viajes que no salieron como esperaba pero que terminaron siendo inolvidables; de decisiones que tomamos a ciegas y que, con el tiempo, se revelaron como las más acertadas o las más equivocadas. De esos giros pequeños, casi imperceptibles, que terminan definiendo una vida entera sin que nos demos cuenta en el momento. Entre palabra y palabra, entre sorbo y sorbo, algo se acomoda entre nosotras. Las barreras que yo misma había levantado se disuelven como nieve bajo un sol tímido de primavera.

La miro a los ojos y reconozco en ella todo lo que siempre he añorado y nunca me he permitido tener. Y cuando ella me sostiene la

mirada —sin bajar la vista, sin recurrir a una sonrisa nerviosa para romper la intensidad, sin buscar una escapatoria—, entiendo que no soy la única que lo siente. Que los latidos de mi corazón también laten en su pecho, que ambas percibimos la química que se tensa a nuestro alrededor.

No hace falta que hablemos de ello. Basta con mirarnos para saber que a partir de este momento nada volverá a ser exactamente igual. Ni la ciudad, ni este viaje, ni nosotras mismas.

***

El sol ya se ha inclinado hacia el oeste cuando dejamos atrás la belleza de las callejuelas empedradas de Florencia. El cielo se tiñe de un naranja suave que se refleja en las fachadas, y el aire ha perdido algo del calor del mediodía, dejando en su lugar una brisa fresca que huele a los últimos jazmines de la temporada. Han pasado horas —horas que parecen haberse reducido a minutos—, y el tiempo parece haberse detenido en algún punto entre el postre y la última mirada por encima de las copas de vino.

Caminamos ahora en dirección al hotel, ese pequeño refugio escondido en una zona tranquila cerca del Arno, con su fachada de tonos crema y las macetas de limones que cuelgan de los balcones como si fueran farolillos. El nombre siempre me pareció encantador —muy pegadizo con los colores—, igual que esta ciudad.

Miro de reojo a Clara. Lleva el pelo algo revuelto por el viento, las mejillas todavía coloreadas por el vino y por la risa que se le escapó hace un rato cuando le conté una anécdota absurda de mi primer viaje sola. Camina con las manos sueltas a los lados de su cuerpo, con los hombros relajados, pero hay algo en su paso que delata que tampoco quiere llegar y que esta cita —porque eso es lo que ha sido— termine.

El silencio ha regresado, pero ahora nos recuerda que, al cruzar la puerta, el día se terminará. Y con él, esta burbuja que hemos construido desde que nos encontramos en el jardín de las rosas.

Llegamos a la entrada. La puerta de madera oscura está entreabierta, y desde dentro se escapa el aroma suave a café. Clara se detiene y se gira hacia mí, y en sus ojos veo el mismo pensamiento que me atraviesa la mente: no quiero entrar.

—¿Subimos o…? —pregunta en voz baja, aunque la pregunta no es realmente una pregunta. Es una invitación disfrazada, un puente que tiende para que yo decida si quiero cruzarlo o no.

Asiento, pero ninguna de las dos se mueve. Nos quedamos ahí, como si el acto de entrar significara admitir que lo que ha pasado hoy no ha sido solo un rato bonito en una ciudad bonita, sino algo que ya ha empezado a cambiarlo todo.

Siento su mano rozar la mía —no la coge, solo la roza, un contacto tan leve que podría pasar por casualidad si no supiera que nada entre nosotras lo es ya—. Ese roce me recorre como una corriente eléctrica, y de pronto entiendo por qué mi cuerpo se resiste a seguir: porque sabe antes que la mente que, una vez dentro, una vez atravesemos la puerta de nuestros apartamentos, el hechizo podría romperse.

—Clara… —empiezo, sin saber muy bien qué quiero decir.

Ella me mira y no dice nada. Solo se acerca un poco más y entrelaza sus dedos con los míos, tirando de mí para atravesar la puerta juntas.

El vestíbulo está en penumbra, iluminado solo por una lámpara de pie y el resplandor anaranjado que entra desde la calle. No hay nadie, y el silencio nos envuelve mientras caminamos hasta el ascensor y entramos dentro. Podría hacer tantas cosas en este instante que apenas soy capaz de moverme, y cuando llegamos al pasillo del cuarto piso, donde se encuentran nuestros apartamentos, nos detenemos de nuevo.

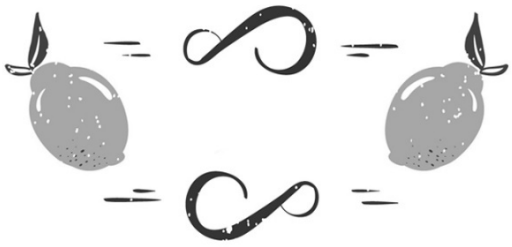
Clara se vuelve hacia mí y acaricia sus dedos con los míos.

—No me apetece pasar el resto del día sola —dice al fin, casi en un susurro.

Y yo, que siempre he huido de esta clase de confesiones, esta vez no lo hago.

—Yo tampoco —respondo.

Nos quedamos así un instante eterno, mirándonos en el pasillo estrecho del hotel, con el corazón latiendo a toda prisa. Hasta que me animo a dejarme llevar y camino con ella hasta la puerta de mi apartamento, dejando Florencia atrás.



CAPÍTULO 23

El aroma a jazmín de su piel

MARA

17 de mayo · Florencia

La puerta se cierra a nuestra espalda y nos quedamos solas las dos, envueltas por esa tensión palpable que nos ha acompañado todo el día y los latidos frenéticos de nuestro corazón.

Clara no se mueve. Está de pie justo detrás de mí, tan cerca que siento el calor de su cuerpo antes de que me toque. Ambas sabemos por qué la he traído aquí, y no hay dudas. El vino de la comida aún nos recorre las venas, convirtiéndose en una corriente que me hace temblar ligeramente las piernas.

Me giro despacio. Nuestras miradas se encuentran y no hay escapatoria posible. Sus ojos están más oscuros, dilatados por la luz tenue que entra por las ventanas y por algo que es mucho más corporal que emocional.

—Clara…

Ella da un paso. Solo uno. Y ya está invadiendo mi espacio sin violencia, como si siempre hubiera pertenecido ahí. Su mano sube hasta mi mejilla y el contraste frío de su piel contrasta con el calor de mi cuerpo.

—No digas nada…—me pide en voz baja—. Solo… déjame mirarte.

Y lo hace, vaya si lo hace. Es como si estuviera memorizando la curva de mis labios, la línea de mi mandíbula, el mechón que se me ha escapado y me cae sobre la frente. Siento que me desnuda con los ojos antes de que sus manos lo hagan. Y no me importa. Quiero que lo vea

todo. Quiero que vea lo que me provoca, lo que llevo cargando desde Pisa, desde antes de Pisa quizá y me concentro en su mirada hasta que se acerca y me besa.

Me besa como si hubiera estado esperando este momento tanto tiempo como yo. Sus labios se abren sobre los míos y su lengua busca la mía sin pedir permiso, solo reclamándola. Sabe a vino y a menta del chicle que se tomó al salir del restaurante. Sabe a ella. Y eso me deshace.

Mis manos encuentran su cintura casi por instinto y la atraigo hacia mí, pegándola contra mi cuerpo. Siento la curva de sus caderas bajo la tela fina de su vestido, la presión de sus pechos contra los míos. Un gemido se me escapa dentro de su boca y ella responde con otro, más bajo, más gutural.

La guío con suavidad a través del apartamento hasta llegar a la cama. No hay brusquedad, pero sí urgencia. En ningún momento se rompe el beso, sus manos suben por mis brazos hasta enredarse en mi pelo. Tira un poco, lo justo para acercarme más a ella y profundizar el beso. Me muerde el labio inferior con cuidado, un mordisco que duele lo suficiente para hacerme jadear.

Caemos sobre el colchón. Ella debajo, yo encima. Nuestros cuerpos encajan de una forma que parece imposible, como si alguien hubiera diseñado nuestras formas solo para este instante. Mis rodillas se apoyan a cada lado de sus caderas, con mis manos apoyadas a ambos lados de su cabeza. La miro desde arriba, con su pelo desparramado sobre la almohada blanca, con los labios hinchados y brillantes por el beso.

—Eres preciosa —le digo, y mi voz sale incluso rota.

Ella sonríe, una sonrisa pequeña y vulnerable que me parte el corazón.

—Tócame, Mara. Por favor.

Su petición me impulsa. Bajo la boca a su cuello, beso la piel suave justo debajo de la oreja. Huele a su perfume —jazmín mezclado con algo dulce, algo suyo— y a la tarde que hemos pasado juntas. Paso la lengua por esa línea delicada y ella se remueve, soltando un gemido largo que vibra contra mis labios.

Mis manos bajan por sus costados, encuentran el bajo de su vestido y empiezan a subirlo despacio. La tela se arruga, se desliza

sobre sus muslos. Ella levanta las caderas para ayudarme y, cuando el vestido llega a su cintura, me detengo un segundo a mirarla. Lleva ropa interior de encaje negro, sencillo pero elegante, como todo en ella. La piel de sus piernas brilla bajo la luz tenue. Toco la cara interna de su muslo con la yema de los dedos y ella tiembla.

—Te deseo tanto… —murmuro contra su clavícula—. Tanto que duele.

Ella me coge la cara con las dos manos y me obliga a mirarla.

—Entonces no pares.

Le quito el vestido por la cabeza. Desabrocho el cierre delantero del sujetador y cuando sus pechos quedan libres, me quedo sin aliento. Son perfectos, llenos, con los pezones oscuros y ya endurecidos. Bajo la boca y cojo uno entre los labios, suave al principio, solo rodeándolo con la lengua. Ella gime y mete los dedos en mi pelo, apretando.

Succiono con más fuerza, alternando entre los dos, dejando besos húmedos por todo su pecho mientras mis manos bajan por su vientre, plano y suave, hasta rozar el encaje de sus bragas. Meto los dedos por debajo de la goma y siento el calor, la humedad que ya la ha empapado. Ella jadea mi nombre.

—Mara…

Bajo más. Beso su ombligo, la línea que baja desde ahí hasta el borde de la tela. Le quito bragas despacio, deslizándolas por sus largas piernas. Cuando se queda desnuda bajo mí, me detengo un instante. Quiero grabarme esta imagen para siempre: Clara denuda, vulnerable, confiando en mí. Sus piernas se abren un poco más y lo tomo como una invitación.

Me quito la camiseta con torpeza, casi con desesperación. El sujetador se va con ella y cae al suelo. Mis pechos rozan los suyos cuando vuelvo a tumbarme sobre ella y ese contacto piel con piel nos arranca un gemido a las dos. Nos besamos de nuevo, besos desordenados que saben a las mil maravillas mientras mis manos recorren su cuerpo.

Bajo por su cuerpo besando cada centímetro y cuando llego a su sexo, me detengo. La miro desde abajo y ella me sostiene la mirada, cargada de deseo.

—Hazlo ya…—me pide.

Y yo obedezco. Primero solo beso la piel suave de la cara interna de sus muslos, acercándome pero sin tocarla aún. Ella se retuerce, impaciente. Cuando por fin paso la lengua por su centro, el sabor salado, dulce, absolutamente suyo, despierta mis sentidos. Gime fuerte y mueve las caderas hacia mi boca. La sujeto por las caderas para mantenerla quieta y empiezo a lamer despacio, explorando cada pliegue, rodeando el clítoris sin tocarlo directamente todavía.

Ella jadea y sus manos aprieta las sábanas.

—Mara… por favor…

Aumento el ritmo en círculos lentos que se hacen más rápidos. Cuando la siento temblar, meto un dedo dentro de ella. Está tan húmeda que entra sin resistencia. Curvo el dedo hacia arriba, buscando ese punto que la hace arquearse, y una vez que lo encuentro y lo presiono, mi lengua sigue trabajando en su clítoris.

—Dios… —gime—. No pares… no pares…

Añado un segundo dedo. Los muevo despacio al principio, luego más rápido, sincronizados con mi boca. Su respiración se vuelve entrecortada, los gemidos más altos. Siento cómo se contrae alrededor de mí, cómo su cuerpo se tensa.

—Voy a… Mara, voy a…

No termina la frase. Su orgasmo la atraviesa como una ola: las piernas le tiemblan, la espalda se le arquea y un grito ahogado que se convierte en mi nombre repetido una y otra vez. La acompaño con la lengua hasta que los temblores disminuyen, hasta que su cuerpo se relaja contra el colchón.

Subo despacio, besando su vientre, sus pechos, su cuello, hasta llegar a su boca. Ella me besa con urgencia, saboreándose en mis labios. Sus manos bajan por mi espalda, desabrochan mis pantalones, los bajan junto con la ropa interior y cuando me toca entre las piernas, gimo contra su boca.

—Estás empapada —susurra, sorprendida y satisfecha.

Sus dedos exploran, resbaladizos, encontrando mi clítoris hinchado. Lo acaricia en círculos lentos, luego más rápidos. Yo me muevo contra su mano, buscando más fricción. Ella mete un dedo dentro de mí y yo jadeo.

—Dame más —le pido.

Añade otro. Los mueve con seguridad como si supiera exactamente lo que necesito. Su pulgar sigue en mi clítoris, presionando con el ritmo perfecto. Siento cómo se acumula todo: el deseo de semanas, el miedo, la certeza de que esto es inevitable.

—Clara… —gimo—. Estoy cerca…

Ella acelera. Me besa el cuello, muerde suavemente el lóbulo de mi oreja.

—Déjate ir. Déjate ir conmigo.

Y lo hago.

El orgasmo me atraviesa como un relámpago. Me tenso alrededor de sus dedos, con mi cuerpo temblando, soltando un grito que sale ronco y roto. Ella no para hasta que termino de estremecerme, hasta que caigo sobre ella, exhausta y temblorosa.

Nos quedamos así un rato largo, con nuestros cuerpos enredados, nuestras respiraciones mezcladas y nuestra piel sudorosa pegada a la de la otra. No hablamos y tampoco hace falta.

Sus dedos recorren mi espalda dibujando círculos lentos. Yo entierro la cara en su cuello e inspiro su olor. El vino, el sexo, el miedo que se disuelve poco a poco.

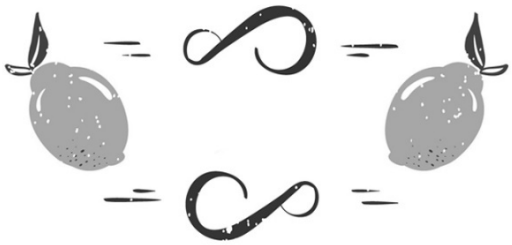
Levanto la cabeza para mirarla y su mirada se mezcla con la mía.

—Quédate conmigo esta noche —le pido—. No quiero despertarme y que no estés.

Ella sonríe, esa sonrisa maravillosa que me deshace por dentro.

—No me voy a ir a ninguna parte.

Nos besamos otra vez, pero ahora es lento, tierno, sin urgencia y con la seguridad de que esto acaba de empezar.



CAPÍTULO 24

Un instalove de manual

Clara

18 de mayo · Florencia

Despierto envuelta en una sensación cálida que además de envolver mi cuerpo, atraviesa mi piel y se instala en mi pecho. Un brazo me rodea la cintura con firmeza, una respiración pausada y profunda me roza la nuca, y un peso suave, protector, se apoya contra mi espalda. Me lleva unos segundos ubicarme del todo, no porque el escenario me resulte ajeno —porque el apartamento es idénticamente al mío—, sino porque la paz que me envuelve es tan absoluta que mi cuerpo se niega a alterarla.

La luz de la mañana se filtra con delicadeza por la ventana, tamizada por las cortinas blancas y livianas del apartamento. No es agresiva, sino amable y pudorosa. Se desliza sobre mi piel desnuda como una caricia lenta y prolongada. Bostezo y el aire lleva consigo el aroma de mi cuerpo y el suyo mezclándose de manera íntima. Y entonces lo recuerdo todo con una nitidez que me sobrecoge.

Mara está detrás de mí, dormida, con el cuerpo completamente relajado y una pierna entrelazada con la mía en una maraña natural y desordenada. Su mano descansa sobre mi abdomen con confianza: como si ese punto concreto de mi cuerpo hubiera sido diseñado desde siempre para acogerla. Su calor se filtra a través de mi piel y se expande hacia dentro, hacia lugares que llevaban meses —quizá años— congelados.

No soy de las que se dejan arrastrar por impulsos repentinos. Jamás lo he sido. No me acuesto con cualquiera, no confundo el deseo con la necesidad, no doy pasos sin calcular antes las consecuencias. O al menos eso creía porque lo que siento en este momento no ha nacido por algo impulsivo o esa urgencia carnal que tarde o temprano te ataca cuando vives en soledad. Es algo distinto, más real, más profundo. Algo que se ha ido construyendo en silencio, entre diferencias y discusiones. Algo que me hace sentir como si conociera a Mara de toda la vida, cuando la verdad objetiva es que apenas han pasado quince días desde aquel encontronazo en el ascensor del hotel. Quince días desde que sus ojos se encontraron con los míos por primera vez y algo, muy profundo, se agitó dentro de mí. Recuerdo aquel instante como si lo hubiese vivido hace segundos: cómo me miró de arriba abajo y puso atención en las cerezas de mi pijama. Desde entonces, cada encuentro ha sumado capas y capas a estas emociones que no sabía ni que existían hasta hace bien poco.

Todo resulta confuso y vertiginoso, sí, pero muy real. Siento una libertad que no recordaba haber experimentado desde hace tiempo. Una ligereza que ha barrido de un plumazo la tristeza pegajosa y persistente, el vacío hueco que Gema dejó tras su marcha. Simplemente ha sucedido. Como si mi corazón hubiera estado aguardando el momento perfecto para volver a latir sin miedo, sin reservas, sin esa coraza que me puse después de la ruptura y que con los meses se convirtió en mi segunda piel.

Y la causante de todo eso duerme plácidamente detrás de mí.

Me giro con lentitud, apenas lo suficiente para poder mirarla sin riesgo de despertarla. Mara tiene el ceño relajado, los labios entreabiertos en una expresión de abandono total, el pelo revuelto cayendo en mechones oscuros. Su piel exhala ese aroma que ya identifico como nuestro, y una ternura repentina e intensa me oprime el pecho hasta casi doler.

Me he enamorado, y la palabra amor se instala en mi mente con una serenidad que me asusta y me reconforta a partes iguales. Me he enamorado en Florencia, durante un viaje que se suponía iba a ser solo una escapada para recomponerme, de una mujer que es todo lo opuesto a mí. Espontánea donde yo soy cautelosa hasta la exasperación. Intuitiva donde yo desmenuzo cada detalle hasta agotarlo. Valiente

donde yo dudo hasta el punto de paralizarme. Pero todo encaja. Sus risas llenan los silencios que a mí me incomodan. Su forma de tomar decisiones rápidas equilibra mi tendencia a analizar cada posibilidad hasta el agotamiento. Su manera de tocarme —sin prisa, sin exigencias — deshace los nudos que yo misma me había atado durante años.

Me quedo varios minutos más así, inmóvil, escuchando el ritmo tranquilo de su respiración, grabando en la memoria la sensación exacta de su cuerpo pegado al mío. Quiero conservar este instante en un lugar blindado, uno al que pueda regresar cuando la vida me imponga su ritmo habitual.

Con cuidado, deslizo el brazo que me envuelve y me incorporo despacio. El suelo de madera está frío, un contraste brusco que me arranca los resquicios de sueño que aún están pegados a mis sentidos. Camino desnuda por el apartamento, consciente de mi cuerpo de una manera distinta, sin pudor ni vergüenza, sino con una aceptación tranquila y casi agradecida. Cada paso me recuerda la noche anterior: los besos, las caricias, los gemidos que se mezclaron con risas y susurros cargados de amor.

El baño permanece en penumbra. Enciendo la luz y el espejo me devuelve una imagen que reconozco y, al mismo tiempo, me resulta ligeramente extraña. Hay algo nuevo en mis ojos, algo que antes no estaba allí. Me inclino sobre el lavabo, abro el grifo y dejo que el agua fría me golpee la cara. El contacto me despeja, me ancla al presente. Suspiro sin poder evitarlo, un sonido largo y profundo que libera parte de la tensión que ni siquiera sabía que cargaba.

Regreso al dormitorio con pasos sigilosos para buscar mi ropa dispersa por el suelo. Mara sigue dormida, con la misma expresión de paz absoluta. Me detengo un instante más a observarla, preguntándome en qué momento concreto mi vida dio este vuelco inesperado. No encuentro una respuesta concreta, pero tampoco siento la necesidad urgente de tenerla. Lo importante es que el vuelco ha sucedido, y que no me arrepiento de nada.

Localizo el teléfono dentro del bolso y lo enciendo con precaución. La pantalla ilumina mis manos en la semioscuridad. Un impulso irrefrenable me empuja a actuar antes de que la razón intervenga, así que le escribo un mensaje a mi hermana sin darme tiempo a dudar:

Clara*: Me he acostado con Mara. ¿Estoy loca del todo o solo un poco?*

Lo envío y dejo el móvil sobre la cama, esperando. La respuesta llega casi de inmediato: una avalancha de gifs exagerados —caras de sorpresa con la boca abierta, ojos desorbitados, corazones explotando, manos tapándose la cara—, que me arrancan una risa silenciosa y contenida. Me llevo la mano a la boca para sofocarla, pero es inútil; la alegría se me escapa por todos los poros.

Luego llega el texto propiamente dicho.

Isabel*: ¡Hermanita! ¡Estás viviendo un instalove de libro! Disfrútalo a tope, que te lo mereces después de todo lo que has pasado. Y quiero los detalles jugosos cuando puedas, ¿eh?*

Niego con la cabeza, entre divertida y abrumada. «Instalove». La palabra me hace sonreír y fruncir el ceño al mismo tiempo. Porque no se siente superficial ni apresurado ni ficticio. Se siente auténtico. Aunque sea reciente. Aunque sea frágil como el cristal. Aunque aún no sepa cómo lo encajaré en mi vida cuando regrese a Madrid.

Vuelvo a reír, esta vez sin tanto control, y ese sonido suave pero sincero rompe el silencio de la habitación.

—Qué risueña te has despertado hoy —murmura una voz ronca a mi espalda, todavía cargada de sueño y de una ternura que me atraviesa de parte a parte.

Me giro despacio. Mara me observa desde la cama, apoyada sobre un codo, con los ojos entrecerrados por la luz y una sonrisa perezosa que ya me vuelve loca. Su mirada recorre mi cuerpo sin prisa, como si estuviera memorizando cada curva, cada detalle, con la misma calma con que uno contempla un paisaje que sabe que va a echar de menos.

Siento un calor inmediato que me sube por el cuello hasta las mejillas.

—Tú tienes toda la culpa —respondo, y la certeza absoluta que contienen esas palabras me sacude con una dulzura casi empalagosa.

Ella estira la mano hacia mí, un gesto simple y natural.

—Ven aquí un momento —dice en voz baja, con esa voz que aún conserva el matiz áspero del sueño—. No me dejes sola todavía.

Me acerco sin dudarlo, me tumbo de nuevo en la cama y dejo que sus dedos se enreden en los míos. Su pulgar acaricia el dorso de mi mano con una lentitud deliberada.

—¿En qué pensabas mientras reías? —pregunta con curiosidad.

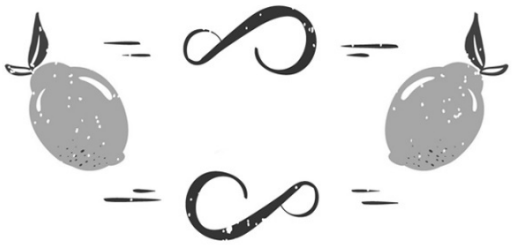
—En que mi hermana me acaba de definir lo nuestro como «instalove» —confieso, y siento que las mejillas me arden—. Y tiene razón, aunque no del todo. Porque esto no se siente como algo que se ha encendido de golpe y ya. Se siente como si hubiera estado esperando a que ambas llegásemos a Florencia para empezar.

Mara me observa en silencio unos segundos, y luego su sonrisa se ensancha, lenta y cálida.

—Me gusta mucho más esa idea…

Me dejo caer junto a ella, y su brazo vuelve a rodearme la cintura con esa naturalidad que ya empieza a parecerme imprescindible. Apoyo la cabeza en su hombro y cierro los ojos un instante, dejando que su calor me envuelva de nuevo.

—Tienes razón —susurro—. Es mucho mejor…



CAPÍTULO 25

Disfrutemos del presente hasta el final

mara

18 de mayo · Florencia

Despertar junto a Clara no se parece a nada que haya experimentado antes en mi vida. No se reduce solo al acto de haber compartido la cama o esa intimidad evidente que surge cuando ya no hay barreras entre dos cuerpos que ya se conocen de palmo a palmo. La sensación va mucho más allá, haciendo evidente algo que hasta el momento ni siquiera me había planteado y que se instala en mi corazón con el mismo arraigo que lo ha hecho su sonrisa o esa risa que es capaz de hacerme suspirar.

Ahora, mientras caminamos por la calle y Florencia nos acoge con ese sol generoso de medio día, no puedo evitar observar cada uno de sus movimientos. Antes, cuando apenas me había percatado de lo bonita que era… me resultaba tan remilgada y estirada que no podía imaginarla de otra manera que no fuera calculando hasta los pasos que debía dar para llegar a un lugar. Pero en este instante, viéndola fluir con libertad, es casi hipnótica y me descubro pensando que no deseo apartarme de su lado ni un instante, que cualquier separación —por pequeña que sea— se me antoja innecesaria y hasta absurda. Y no es que me haya vuelto dependiente, es que lo deseo de manera consciente.

Caminamos sin ninguna prisa, abandonándonos al ritmo pausado de las calles que ya han dejado de parecernos extrañas y distantes. No sé cómo se da, pero nuestras manos se buscan y se encuentran. Ella no la suelta, y yo tampoco. Nuestros dedos se entrelazan con una naturalidad que me descoloca, como si hubiese esperado sentir su tacto

toda una vida. Y en ese gesto tan sencillo y cotidiano siento una corriente cálida que me recorre el cuerpo entero, desde la palma de la mano hasta el fondo del estómago. Avanzamos así, cogidas de la mano, como si siempre hubiéramos caminado de esa forma, como una pareja enamorada que existe en su propia burbuja de complicidad.

La miro de reojo mientras avanzamos y en su rostro se dibuja una ilusión serena, una luz tranquila en los ojos que no existía aquel día en Pisa. Ella nota que la miro y me devuelve una sonrisa suave, y en ese intercambio mudo se condensa todas nuestras emociones. De repente comprendo que Florencia ya no es la misma ciudad cuando ella camina a mi lado; o tal vez sea yo la que ha cambiado, la que ve todo lo que la rodea con otros ojos, mucho más abiertos, más receptivos.

Nos paramos frente a los escaparates, reímos por tonterías que en cualquier otro momento carecerían por completo de gracia. El tiempo, de pronto, se vuelve más benevolente, más lento, como si se hubiese detenido para permitirnos saborearlo. Pero en medio de esa felicidad, hay un pensamiento que se empeña —de manera persistente— en asomar la cabeza una y otra vez, incluso cuando intento apartarlo: «Todo viaje, por maravilloso que resulte, siempre llega a su fin.»

Soy incapaz de mencionarlo, así que lo rumio en silencio mientras avanzamos y su mano permanece firme en la mía. No deseo romper la armonía que hemos construido, pero tampoco puedo fingir que esa realidad no existe. Nuestro tiempo en Florencia no es eterno. Ambas sabemos que en algún punto tendremos que regresar a nuestras vidas.

—¿En qué piensas? —me pregunta Clara de repente, girando apenas la cabeza hacia mí con curiosidad.

La pregunta es simple, casi casual.

—En el tiempo —contesto tras unos segundos de silencio—. En lo rápido que transcurre cuando te sientes realmente bien.

Ella asiente con lentitud, sin forzar una sonrisa ni mostrar tensión alguna. Comprende perfectamente a qué me refiero; no hace falta que lo explique. Seguimos caminando unos metros más y, en ese intervalo de tiempo, siento que, si no lo expreso ahora, esa idea se quedará atrapada en mi interior, enquistándose o creciendo sin control.

—He estado pensando… —prosigo, deteniéndome por fin en medio de la calle—. Que tal vez me quede más tiempo aquí. O al menos, el tiempo que tú te vayas a estar.

Las palabras brotan de mis labios cargadas de una intensidad que percibo de inmediato en el silencio que se instala a continuación. Clara también se detiene. Su mano continúa unida a la mía, pero su cuerpo entero se queda inmóvil, como si algo la hubiera golpeado de frente.

—Pero…

—Lo sé —respondo antes de que ella siga hablando—. Sé que tarde o temprano tendremos que regresar, pero ahora… lo único que quiero es quedarme aquí contigo.

Clara, que siempre lo planifica todo, parece vacilar y tambalearse. En su mirada aparece algo nuevo, algo que reconozco porque también lo estoy experimentando yo: esa sensación de haber encontrado un lugar propio sin haberlo buscado, sin haberlo siquiera imaginado. Florencia, este amor, nunca estuvo en los planes y la mera idea de tener que renunciar a ello, de soltarlo como si nada hubiera ocurrido, resulta profundamente desagradable. Y ella lo siente igual, se advierte en la tensión fugaz de sus labios, en el modo en que aprieta mis dedos con un poco más de fuerza durante un instante. No pronuncia una sola palabra, pero su silencio resulta revelador.

Siento una necesidad imperiosa de protegerla de esa presión invisible que se cierne sobre nosotras, de evitar que lo que estamos viviendo se convierta en una fuente de ansiedad o de culpa. Yo también tengo una vida a la que regresar, aunque siempre he sido más flexible con los límites. Pero en este preciso instante lo único que verdaderamente me importa es preservar este presente, este ahora que compartimos.

Respiro hondo, doy un paso hacia ella para acortar la distancia que nos separa y poder mirarla mucho más de cerca.

—No quiero que esto se transforme en una carga —le digo con ternura—. Ni para ti ni para mí. No deseo que nos pese ni que nos condicione.

Clara alza la vista y pone toda su atención en mí. En sus ojos hay preguntas a las que ni ella ni yo podemos dar respuesta aún, pero también una confianza profunda que me infunde el valor necesario para continuar.

—Hagamos una cosa —propongo—. No hablemos del tiempo que nos queda por delante. Solo lo vamos a disfrutar hasta el último

segundo, sin hacer planes, sin anticipar lo que vendrá después. Vivamos cada día tal como venga, sin cargar con el peso del futuro.

Pronuncio las palabras despacio, midiendo cada una de ellas con cuidado. No se trata de huir ni negarse a la realidad, es una elección deliberada de estar presentes, de permitirnos sentir con intensidad sin adelantar el final, de no estropear lo que está naciendo entre nosotras con miedos que todavía no nos pertenecen del todo.

Clara me mira durante unos segundos que se vuelven densos y cargados de significado. Puedo ver cómo procesa la propuesta en su interior, cómo lucha contra ese impulso arraigado de mantener todo bajo control, de planificar cada detalle para evitar sorpresas desagradables. Pero al final, asiente sin la menor duda o vacilación.

Ese gesto simple, casi imperceptible, me llena de calma y es ahí cuando comprendo que, aunque el viaje tenga fecha de caducidad, lo que hemos construido aquí no desaparecerá tan fácilmente. Quedará grabado en nosotras, en la forma en que nos miramos, en el tacto de nuestras manos, en la certeza silenciosa de que hemos encontrado algo valioso, algo que merece ser cuidado y recordado.

Seguimos caminando después de eso, pero todo parece distinto. El sol sigue calentando nuestra piel, el aire continúa siendo suave y cómplice, las calles de Florencia mantienen su encanto clásico y eterno. Sin embargo, ahora nos acompaña esa libertad que nace precisamente de haber decidido no anticipar el final. Hablamos de cosas pequeñas, de lo que nos apetece comer más tarde, de un museo que quizá visitemos mañana, de una heladería que alguien nos recomendó en una conversación casual. No evitamos el futuro por miedo, sino porque preferimos habitar el presente con toda su intensidad.

Más adelante, mientras cruzamos una de las plazas menos turísticas, Clara se detiene y me acaricia una mejilla con suavidad.

—¿Sabes? —murmura con voz baja—. Nunca había sentido esto antes. No de esta manera.

Yo asiento, porque sé exactamente a qué se refiere. No hace falta que lo explique más; lo percibo en cada gesto, en cada silencio compartido.

—Ni yo —respondo con la misma honestidad—. Pero me alegro de que estemos aquí, de que nos haya pasado a nosotras.

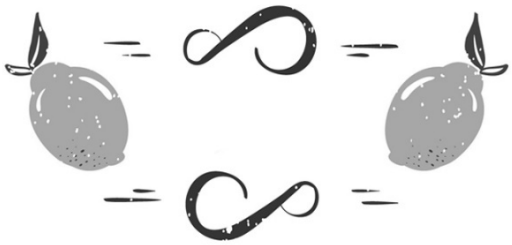
Ella sonríe. Me dedica una sonrisa amplia y genuina que ilumina su rostro entero.

—Entonces sigamos así...

Y seguimos. Caminamos durante horas, deteniéndonos cuando nos apetece, riendo por nimiedades, callando cuando el silencio resulta más elocuente que cualquier palabra. Florencia nos envuelve con su belleza, y nosotras nos dejamos envolver, conscientes de que este tiempo es precioso precisamente porque no es infinito. Pero en lugar de entristecernos, esa conciencia nos impulsa a vivirlo con mayor profundidad, con mayor entrega.

Al caer la tarde, cuando el sol comienza a teñir las fachadas de tonos dorados y anaranjados, nos sentamos en un banco junto al Arno. El río fluye tranquilo bajo nosotras, y el puente Vecchio se recorta a lo lejos como una postal viva. Clara apoya la cabeza en mi hombro, y yo paso el brazo alrededor de ella. No decimos nada durante un rato largo. No hace falta.

Solo estamos. Y eso, en este momento, lo es todo.



CAPÍTULO 26

Excursión a San Gimignano

Clara

21 de mayo · San Gimignano

El tiempo pasa y lo hace corriendo. Han pasado varios días desde que desperté aquella mañana en la cama de Mara y desde entonces, las cosas han cambiado bastante. Ya no somos dos desconocidas, sino una pareja que parece conocerse de toda una vida. «Mara y yo». Pensarlo todavía me resulta extraño, como si algo no encajase y a la misma vez, resultase inevitable, como si siempre hubiésemos estado destinadas a formar parte de este enredo aparentemente perfecto.

En el LemonS todo el mundo lo sabe y ninguno disimula su asombro al vernos. Giulia nos observa con complicidad y curiosidad, como si hubiese imaginado —desde el primer día— que algo pasaría entre nosotras. Francesco es el único que, con su amabilidad, nos hace sentir reales y cómodas, como una pareja más a la que le ha tocado la lotería del amor. Y Tomaso, fiel a su estilo, bromea con nosotras, mientras que Eva, solo nos mira como si fuésemos ese «imposible» que se remarcan como un sueño en los libros.

Aún me asombra sentir tanta comodidad a su lado, que todo, absolutamente todo, fluya con tanta naturalidad. Yo, la metódica empedernida, la que no da un paso sin haber estudiado previamente el mapa completo del recorrido. Ella, la que se lanza a caminar sin echar la vista atrás, confiando ciegamente en que el camino a seguir se irá revelando por sí solo a medida que avanza. Juntas, sí. Diferentes,

también. Pero aquí estamos, unidas de una manera que nadie —ni siquiera yo— habría podido prever con antelación.

Esta mañana hemos acordado todos juntos, hacer una escapada de varios días. El destino elegido es San Gimignano. Era uno de los lugares que tenía anotados en mi agenda de viaje; la sola idea de viajar, de poder visitar esos lugares que llamaron mi atención, de comer en Il Ricordo —un pequeño restaurante que descubrí por las redes sociales —, me emociona. Quiero aprovechar cada minuto al máximo y no desperdiciar esta oportunidad que tal vez, no se repita más.

El trayecto en autobús se me hace sorprendentemente corto. Desde la ventanilla contemplo cómo el paisaje se ondula en suaves colinas cubiertas de tonos verdes intensos y ocres cálidos, cómo la luz matinal envuelve todo con una suavidad casi onírica, como si el mundo entero hubiera sido pintado con delicadeza. Mara viaja a mi lado, distraída, tarareando una canción que no logro identificar, con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento y esa serenidad absoluta que últimamente me contagia. De vez en cuando la miro a hurtadillas, cuando ella no se percata, y me pregunto si alguna vez conseguiré vivir con esa misma soltura, con esa confianza innata en el devenir de las cosas. No dejo de preguntarme si de verdad deseo aprender a hacerlo, o lo estoy intentando porque no quiero que eso suponga un bache en mitad de este camino que empezamos a recorrer juntas.

Al atravesar las antiguas murallas medievales, un leve estremecimiento me recorre la espalda. San Gimignano se presenta ante nosotras como un lugar detenido en el tiempo, una postal viva que se niega a envejecer. Me ajusto la mochila con cuidado y extraigo los planos que he preparado sintiendo una ilusión casi infantil recorriéndome la piel.

—Si comenzamos por la Piazza della Cisterna y después ascendemos hacia la Torre Grossa —propongo con entusiasmo, desplegando el mapa—, podremos aprovechar bien la mañana y evitar aglomeraciones innecesarias más tarde.

—O bien podríamos simplemente caminar sin rumbo fijo — replica Mara, inclinándose sobre mi hombro para echar un vistazo al plano—. Dejar que sea el lugar el que nos guíe.

—Pero de esa forma podríamos pasar por alto detalles importantes —insisto, tratando de mantener la calma.

—¿Importantes para quién exactamente? —pregunta ella con una sonrisa traviesa que ilumina su rostro.

Antes de que alcance a formular una respuesta convincente, Mara me arrebata los planos de las manos con un movimiento rápido y juguetón. Rompe a reír con esa risa suya tan contagiosa, alza el papel como si fuera un trofeo conquistado en batalla y echa a andar hacia la plaza sin mirar atrás ni una sola vez.

—Mara —la llamo, apresurando el paso para alcanzarla—. Esto no es un juego.

Ella se detiene, se gira y camina hacia mí con una ligereza que parece hasta burlarse de la gravedad.

—Precisamente por eso lo hago —contesta más que convencida —. La vida ya es suficientemente seria para que tengamos que añadirle más reglas. Disfruta de este lugar sin ponerte límites.

Siento cómo algo se contrae en mi interior. No se trata únicamente del gesto en sí. Es la percepción dolorosa de que, una vez más, aquello que yo he preparado con tanto cuidado y dedicación se interpreta como una carga, como un lastre del que conviene desprenderse para poder respirar con libertad.

—He invertido horas enteras en organizar esto —confieso, bajando el tono de voz para que solo ella me escuche—. No pretendo controlarlo todo. Solo quiero que salga bien, que aprovechemos de verdad el día.

—Y yo no estoy diciendo que esté mal lo que has hecho — responde ella, ahora con seriedad en la mirada—. Solo digo que a veces las mejores cosas surgen precisamente cuando dejamos espacio para lo imprevisto.

—Para ti resulta sencillo decirlo —replico, incapaz de contener la frustración que empieza a acumularse.

—¿Y por qué no iba a serlo? Míranos, ¿no es prueba suficiente?

Me detengo en seco. La plaza comienza a llenarse de turistas que hablan en distintos idiomas, sus pasos resuenan sobre el empedrado irregular, testigo de innumerables discusiones similares a lo largo de los siglos.

—A ti no te afecta que las cosas no salgan conforme a lo esperado —explico, midiendo cada palabra—. Yo necesito saber dónde me encuentro en cada momento, qué viene a continuación. Me proporciona seguridad.

—Eso no es del todo cierto —contesta ella, frunciendo ligeramente el ceño—. Por supuesto que me afecta cuando algo se tuerce. La diferencia está en que no permito que el miedo me paralice ni me impida avanzar.

Sus palabras, aunque pronunciadas sin dureza, me atraviesan como una corriente fría. Tengo la sensación de estar defendiendo con uñas y dientes algo que para ella carece de importancia. Como si fuera yo la que debe adaptarse constantemente, la que tiene que ceder terreno, la que debe aprender un nuevo lenguaje emocional para poder seguir a su lado.

—No todo el mundo está preparado para vivir improvisando constantemente —murmuro—. No todo el mundo se siente seguro sin un rumbo claro.

—Y no todo el mundo puede vivir atado a un plan rígido —replica ella—. A veces da la impresión de que temes desviarte, aunque sea un centímetro de la línea que has trazado.

Giulia se aproxima con cautela, como si pisara terreno delicado y frágil.

—Tal vez podamos llegar a un acuerdo intermedio —sugiere con voz conciliadora—. Podemos caminar sin rumbo fijo durante un rato, disfrutando de lo que surja, y después comprobamos qué nos hemos perdido y lo incorporamos. ¿Qué os parece?

La miro durante unos segundos y asiento, aunque no esté convencida del todo. Mara exhala un suspiro y me devuelve los planos a sabiendas de lo importantes que son para mí.

Decidimos seguir caminando todos juntos. Yo continúo observando los detalles que me rodean —las fachadas de piedra desgastada por el tiempo, las ventanas pequeñas y enmarcadas con arcos, las sombras alargadas que proyectan las torres sobre el suelo—. Debería sentirme feliz, ilusionada, pero ya no lo hago con la misma alegría despreocupada de antes. Una sensación que reconozco a la perfección comienza a abrirse paso. Es el temor profundo a no ser suficiente tal como soy. A que mi forma de ser, mis manías, mis

necesidades de orden y previsión acaben convirtiéndose en un inconveniente. A que, tarde o temprano, alguien llegue a la conclusión de que quererme supone un esfuerzo excesivo, un gasto de energía que no compensa, tal como le sucedía a Gema.

Recuerdo cómo suspiraba con cansancio cada vez que yo hacía demasiadas preguntas, cómo me repetía con paciencia al principio que debía aprender a relajarme, a fluir con la vida, a dejar de medir y analizar cada detalle. Al comienzo aquellas palabras sonaban como sugerencias cariñosas. Poco a poco se transformaron en reproches velados. Y al final, en una distancia fría e insalvable.

«No puedo seguir viviendo así», me confesó una tarde con voz agotada. «Siempre tengo la sensación de que estoy fallando en algo contigo, de que nunca logro estar a la altura de lo que esperas».

Y ahora, aquí mismo, en pleno corazón de San Gimignano, me asalta el pánico de estar repitiendo el mismo patrón sin darme cuenta, de estar empujando a Mara hacia el mismo abismo de frustración y alejamiento.

Mara se adelanta unos pasos y rompe a reír con Tomaso por alguna tontería absurda que él ha soltado. La observo desde atrás y me pregunto en silencio si algún día se cansará de esperar a que yo consiga alcanzarla, de tener que tirar de mí para que no me quede rezagada en mis propios miedos.

Entramos en el Duomo. El interior nos recibe con una fresca bienvenida y un silencio que impone respeto. Los frescos cubren las paredes con colores apagados pero intensos, narrando historias sagradas que parecen suspendidas en el tiempo eterno. Me detengo frente a uno de ellos sin un motivo concreto, quizá porque necesito aferrarme a algo sólido en medio de la tormenta interior que me sacude.

Mara se aproxima y baja la voz hasta convertirla en un susurro.

—¿Estás molesta conmigo?

—No —respondo automáticamente.

Me mira de reojo, como si pudiera ver las fisuras que intento esconder.

—Clara… —pronuncia mi nombre con ternura.

Respiro hondo. El aire dentro de la catedral huele a incienso, a un silencio cargado de siglos de rezos y súplicas.

—Solo me resulta difícil —confieso, sin poder mirarla a los ojos—. Sentir que soy siempre yo la que debe modificar su forma de ser, la que tiene que ceder terreno.

—No pretendo que cambies quién eres —responde ella con una suavidad que me sorprende—. Lo único que deseo es que estés aquí, conmigo. Que sientas cómo se te acelera el corazón cuando algo te sorprende.

—Yo estoy aquí, Mara —susurro, y hasta me cuesta pronunciar estas palabras—. Pero tengo la impresión de que mi manera de estar no es suficiente.

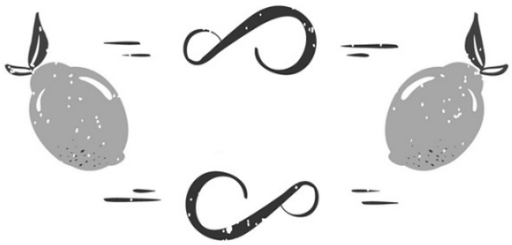
Permanecemos en silencio durante segundos que se alargan demasiado. El murmullo lejano de otros visitantes llena el espacio que nos separa, pero no hay soluciones mágicas que puedan resolverlo nuestras diferencias de golpe. Somos dos personas que intentan, con paciencia y torpeza, encontrar la forma de encajar la una en la otra sin perderse por el camino.

Cuando salimos nuevamente al exterior, el sol cae con más intensidad sobre las piedras. La Piazza della Cisterna nos acoge con su forma irregular y encantadora, con el bullicio vivo que palpita en el centro del pueblo. Me siento agotada, y no física, sino emocionalmente. Y hace muchísimo que arrastro esto.

Mara toma mi mano sin pronunciar una sola palabra y en ese gesto pequeño y aparentemente insignificante me devuelve un poco de calma, como si me recordara que, al menos en este instante, no hace falta más.

Camino a su lado, permitiendo que el sonido de las voces ajenas, el roce suave del aire sobre mi piel, el peso ligero de su mano en la mía me ancle firmemente al presente. No sé si algún día lograré soltar del todo el control que tanto me protege y tanto me limita. No sé si ella llegará a comprender del todo mis ritmos pausados, mis necesidades de seguridad. Pero hoy, en este lugar mágico detenido en el tiempo, seguimos avanzando juntas, paso a paso.

Y aunque el miedo continúe latiendo bajo mi piel, discreto pero persistente, también late algo que, por primera vez en mucho tiempo, se asemeja peligrosamente al amor de verdad. Un amor real, que crece poco a poco entre nosotras como lo hacen las enredaderas que trepan por las torres antiguas de San Gimignano.



CAPÍTULO 27

La noche cálida de la Toscana

Clara

21 de mayo · San Gimignano

La habitación del hotel parece más pequeña ahora que la noche ha caído del todo. La ventana alta, con sus postigos de madera entreabiertos, deja entrar una pequeña brisa que arrastra consigo el aroma de las flores nocturnas del jardín de abajo. La luna ilumina las torres medievales, y dentro, la luz ámbar de la lámpara de la mesita de noche baña todo en un tono cálido, casi dorado. Huele a flores, un perfume que se mezcla con el aroma a la crema solar y el sudor que sigue pegado a nuestra piel tras pasar todo el día al sol, y tras subir y bajar las escaleras de San Gimignano.

Mara cierra la puerta del dormitorio y se queda de pie, con la espalda apoyada en la madera. Lleva el pelo suelto, todavía revuelto por el viento de la tarde, y la camiseta blanca adhiriéndose ligeramente a su cuerpo por el calor acumulado del día. Sus ojos, oscuros y serenos, recorren mi rostro con una lentitud que me hace sentir expuesta y deseada al mismo tiempo.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja, casi susurrándolo.

Asiento despacio. No estoy nerviosa como aquella vez en el LemonS. Esta noche es diferente. El deseo ha crecido despacio durante estos días, alimentado por los pequeños roces que nos hemos ido dedicando a lo largo de las últimas horas: la sensación de tener su mano anclada a mi cintura mientras caminábamos por la Piazza della Cisterna, su aliento cálido acariciando mi cuello cuando me abrazaba

por detrás para señalar algo en el horizonte, la forma en que sus labios rozaban los míos en besos rápidos que nunca llegaban a ser suficientes. Ahora, ese deseo es inevitable.

Me quito las sandalias y dejo que los pies descalzos sientan el frescor de las baldosas de terracota, ásperas y suaves del suelo. Camino hacia ella sin prisa, deteniéndome a un paso de distancia. Levanto la mano y le aparto un mechón de pelo de la frente. Mis dedos se detienen allí, en su sien, sintiendo el pulso acelerado de su corazón bajo la piel. Ella cierra los ojos un instante, como si ese simple contacto le recorriera todo el cuerpo, y suelta un suspiro largo y tembloroso.

—Hoy no he podido dejar de mirarte… —confiesa en voz baja—. En la piazza, cuando te paraste a comprar ese helado de pistacho y reías porque se te derretía en los dedos… En el Duomo, cuando la luz entraba por las vidrieras y te iluminaba la cara…

Abre los ojos y sonríe, esa sonrisa suya que empieza lenta y termina iluminándole la cara entera, como si el sol saliera solo para ella.

—No puedo sacarte la vista de encima, Clara…

Sus palabras me calientan el corazón. Siempre me ha costado aceptar que alguien me mire con esa intensidad, como si yo fuera algo valioso y único. Con Gema, las miradas siempre venían con una sombra de juicio, como si mi forma de ser fuera algo que había que tolerar. Con Mara, no existe eso. Solo aceptación. Solo deseo.

—Y yo a ti —respondo—. Cada vez que te detenías a hacer una foto, a apuntar algo en tu libreta, a observar un detalle que nadie más veía… Pensaba en lo mucho que me gusta verte así, concentrada. Me hace querer acercarme y besarte hasta que se te olvide el mundo.

Me acerco un poco más y la beso. Sus labios son suaves, cálidos, saben a vino tinto y a la miel del postre que compartimos. Cuando abro la boca y permito que mi lengua busque la suya, ella responde al instante, profundizando el beso con una lentitud que me hace suspirar. Sus manos suben por mis brazos, ligeras como plumas, hasta llegar a mis hombros. Me quita la chaqueta fina que llevaba sobre los hombros y la deja caer al suelo sin romper el contacto. Yo hago lo mismo con su camiseta: agarro el bajo y tiro hacia arriba. Ella levanta los brazos para ayudarme, y cuando la prenda cae, me quedo mirando su piel desnuda bajo la luz.

Es hermosa de una forma que me quita el aliento: la curva suave de sus pechos, las pecas dispersas sobre sus hombros como constelaciones diminutas, la línea delicada de su clavícula, el leve temblor que le recorre el abdomen cuando mis dedos lo rozan. Me inclino y beso ese lugar exacto, justo debajo del esternón, donde su corazón late fuerte y rápido. Ella suelta un suspiro largo, entrecortado, y sus manos se enredan en mi pelo, tirando suavemente.

—Clara…

Me incorporo y la empujo con suavidad hacia la cama. Nos movemos juntas, sin prisa, dejando que cada paso sea una caricia más. Cuando sus rodillas tocan el colchón, se sienta y me atrae hacia ella. Me coloco a horcajadas sobre sus piernas, y el contacto de nuestros cuerpos a través de la ropa que aún llevamos me arranca un gemido bajo que no puedo contener. Sus manos suben por mi espalda, desabrochando el sujetador y cuando cae, ella se queda quieta un segundo, mirándome con una intensidad que me hace sentir poderosa y vulnerable a la vez.

No hay palabras. Solo la forma en que sus ojos se oscurecen, la manera en que su respiración se acelera. Luego inclina la cabeza y besa uno de mis pechos con una ternura que se transforma rápidamente en algo más urgente. Su lengua roza el pezón, y yo arqueo la espalda, buscando más. Más calor, más presión, más de ella. Mis manos bajan por sus costados, trazando la curva de su cintura, hasta llegar al botón de sus vaqueros. Lo desabrocho y ella levanta las caderas para ayudarme a bajarlos, y cuando quedan enredados en sus tobillos, se los quita de una patada impaciente.

Se queda solo con la ropa interior de encaje negro, y la visión de su cuerpo así, medio desnudo, medio cubierto por la tela delicada, me hace tragar saliva. Bajo la cabeza y beso su cuello, el hueco donde late su pulso, la línea de su mandíbula. Ella gime suavemente cuando mis dientes rozan la piel sensible bajo su oreja, y sus manos se deslizan por mi cuerpo, se cuelan bajo la cintura de mis pantalones, y los baja hasta dejarme solo en ropa interior.

—Eres preciosa —dice, y lo pronuncia con tal convicción que me cuesta creer que sea verdad. Nadie me había mirado nunca así, como si mi cuerpo fuera un mapa que quiere recorrer una y otra vez.

No respondo con palabras. En vez de eso, bajo la cabeza y la beso de nuevo, esta vez con más hambre. Nuestras lenguas se encuentran, se enredan, se buscan. El beso se vuelve profundo, casi desesperado. Sus manos recorren mi espalda, mis costados, mis caderas, trazando líneas de fuego sobre mi piel. Las mías se deslizan por su abdomen, bajan hasta el borde de su ropa interior y se detienen allí, unos segundos de más.

Deslizo los dedos bajo la tela, despacio, explorando todo lo que encuentro a mi paso. Cuando la toco, ella se estremece entera y suelta un jadeo que se pierde en mi boca. Está húmeda, caliente, lista. El descubrimiento me hace gemir a mí también. Muevo los dedos con suavidad al principio, trazando círculos lentos, aprendiendo qué la hace arquearse, qué la hace suspirar, qué la hace apretar los muslos alrededor de mi mano.

Mara no se queda quieta. Sus manos bajan por mi cuerpo, se cuelan bajo mi ropa interior y encuentran en el mismo lugar. Cuando sus dedos me tocan, siento que el mundo se detiene un segundo. Es como si todo el día de tensiones, de miradas robadas, de roces inocentes, se condensara en ese punto exacto. Me muevo contra su mano, buscando más fricción y presión. Ella responde al instante, acompasando sus movimientos a los míos, como si nuestros cuerpos ya supieran hablar el mismo idioma.

Nos movemos juntas. Nuestras respiraciones se entremezclan, rápidas, entrecortadas. Los gemidos se vuelven más frecuentes, más bajos, más urgentes. Siento cómo el placer crece en mi interior, como una ola que sube despacio hasta dejarme sin aliento. Ella debe sentirlo también, porque su cuerpo se tensa bajo el mío y sus caderas se levantan buscando más contacto y profundidad.

—Clara… —susurra contra mi cuello—. No pares… por favor…

Y no paro, al contrario. Acelero el movimiento de mis dedos, presionando justo donde sé que la voy a hacer temblar. Ella hace lo mismo conmigo, y el placer se vuelve casi insoportable. Nuestros cuerpos se mueven al unísono, sudorosos, calientes, entregados. Siento cómo el orgasmo se acerca, cómo me envuelve. Cuando llega, es intenso, profundo, y me atraviesa de pies a cabeza. Gimo su nombre contra su hombro, con el cuerpo temblando, las piernas flojas y el corazón latiendo tan fuerte que creo que va a salírseme del pecho.

Ella llega segundos después. Su cuerpo se arquea bajo el mío, con un gemido largo y ronco escapándosele de la garganta. Sus dedos se clavan en mi espalda, su respiración se entrecorta, y por un instante todo su cuerpo se tensa antes de relajarse por completo, como si hubiera soltado algo que llevaba días conteniendo.

Nos quedamos así, pegadas, respirando agitadas, con las frentes apoyadas una contra la otra. El silencio regresa, pero esta vez es un silencio cálido, satisfecho. El corazón me late tan fuerte que sé que ella puede sentirlo contra su pecho. Después de unos minutos, Mara me besa la sien.

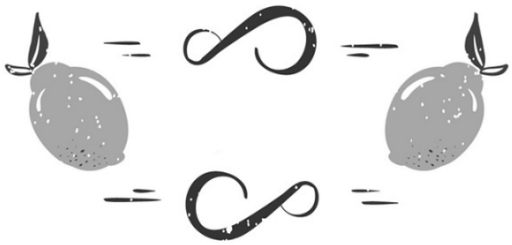
—Te quiero —dice en un susurro, y las palabras me atraviesan hasta quedarse paradas en mi corazón.

Es la primera vez que lo dice y es por ello que me toma unos segundos en responder. No porque no sepa cómo me siento, sino porque ni siquiera yo imaginaba que podría ser tan claro en tan poco tiempo.

—Yo también te quiero —respondo, y me sorprendo de lo fácil que sale, de lo verdadero que suena. No es un amor como esos que salen en una novela romántica, grandioso y perfecto. Es real, con sus grietas y sus dudas, pero es nuestro.

Nos movemos despacio, nos acomodamos bajo las sábanas. Ella me abraza por detrás, con su brazo alrededor de mi cintura, con su aliento cálido en mi nuca. La ventana sigue abierta, y el aire de la noche entra suave, trayendo el murmullo lejano de la plaza, el canto ocasional de algún grillo, el olor a jazmín que se cuela desde el jardín.

Cierro los ojos y dejo que el sueño me alcance envuelta en su calor, en su olor, en la certeza de que esta noche, en esta habitación pequeña de San Gimignano, algo entre nosotras se ha hecho más grande, más profundo y más real.



CAPÍTULO 28

Las fatídicas casualidades

Mara

23 de mayo · San Gimignano

La noche en San Gimignano posee algo distinto al resto de ciudades que he visitado a lo largo de los últimos meses. Es mágica, idílica, como si de pronto hubieses dejado toda la modernidad en el exterior de sus murallas y te hubieses adentrado en el medievo. De noche, las torres, iluminadas con luces cálidas, parecen vigilar cada movimiento y el murmullo de las conversaciones, rebotan entre las fachadas dando la sensación de que aquí nadie duerme sea la hora que sea. El aire, algo más fresco que durante el día, arrastra consigo un aroma a naturaleza que no se parece en nada al que se percibe en Florencia. Aquí los minutos se estiran, se relajan y te permiten respirar sin la necesidad de mirar el reloj constantemente. Y eso te libera de cualquier presión.

Caminamos juntas por una de esas calles estrechas y sinuosas que llenan este lugar. Los faroles de hierro forjado arrojan una luz ámbar que alarga las sombras de nuestros cuerpos sobre los muros irregulares, creando un juego de claroscuros que hace que todo parezca más íntimo, más confidencial. Clara camina a mi lado, muy cerca, con su mano sujetando la mía con la misma suavidad con la que me hizo suya al despertar esta mañana. Yo he aprendido a disfrutar de su contacto constante, de la electricidad sutil que se genera en mi piel cuando traza formas irregulares en ella.

Las cosas entre nosotras han alcanzado una profundidad que antes solo se intuía, pero que, desde que nos confesamos que nos

queríamos, lo ha hecho todo mucho más real. Estamos donde queremos estar, hemos encontrado un lugar en el que nuestro cuerpo y nuestra alma coinciden, en el que cada caricia es más consciente y en el que me he dado cuenta de que soy incapaz de observar lo que me rodea cuando la tengo cerca.

Me dedico a mirarla a escondidas y me sorprendo reparando en detalles que antes habían pasado desapercibidos: la forma en que frunce ligeramente el ceño cuando escucha con atención; cómo su sonrisa comienza en sus labios antes de iluminar sus ojos, un gesto pequeño, pero infinitamente tierno; la manera en que inclina la cabeza cuando algo la intriga, dejando que un mechón de pelo le caiga sobre la mejilla. Antes, poner tanta atención en alguien me asustaba porque significaba vulnerabilidad, dependencia, riesgo. Ahora me gusta sentirlos porque ya no tengo miedo de lo que implican.

Entramos todos juntos en un bar pequeño y acogedor, de esos que parecen haber existido siempre en el mismo sitio. Las paredes conservan la aspereza original, la barra de madera tiene algunos arañazos fruto de las conversaciones que ha presenciado y el aroma de las cocinas nos golpea en la nariz. Hay gente, pero no la suficiente como para que el lugar se sienta abarrotado; la música suena baja y sin imponerse, dejando espacio para las conversaciones. Nos acomodamos alrededor de una mesa redonda situada cerca de una ventana desde la que se divisa una calle casi desierta, iluminada solo por la luna y por el resplandor lejano de otro farol.

Giulia pide una botella de Chianti sin dudar, con esa seguridad suya que siempre me hace sonreír. Tomaso suelta un comentario exagerado y teatral sobre lo romántico del lugar, gesticulando con las manos. Eva observa todo con esa calma que la define, sin prisa por intervenir, absorbiendo cada detalle con una mirada tranquila y atenta. Francesco, siempre dispuesto a moverse, se ofrece a ir a la barra a por algo de picar y desaparece entre las mesas con paso decidido. Yo me recuesto en el respaldo de la silla, relajada, dejando que el murmullo del grupo me envuelva. El vino llega pronto, las copas se llenan, las risas comienzan a fluir con naturalidad, pero la magia del momento se rompe cuando veo la silueta de una mujer.

Laura está en el otro extremo del bar, apoyada sobre la barra con la misma postura erguida y segura que cuando nos conocimos en Siena,

ocupando el espacio como si le perteneciera por derecho. No sé qué hace aquí, aunque supongo que al destino le gusta jugar con fuego.

Levanta la mirada como si algo le hubiese susurrado al oído que lo haga y nuestras miradas se cruzan a través del local. Algo extraño se instala en mi interior; tengo la sensación de que esta casualidad no traerá nada bueno. Ella me reconoce, su sonrisa se ensancha y se acerca con confianza hasta mi posición. Se detiene frente a mí e inclina la cabeza ligeramente para darme dos besos —excesivamente lentos— en las mejillas, un gesto que en cualquier otra persona sería cortés, pero que en ella resulta deliberadamente íntimo.

—Mara —murmura con esa voz que recuerdo demasiado bien, acariciando un mechón de mi pelo con total libertad—. Qué sorpresa tan agradable.

Siento cómo Clara se tensa a mi lado sin necesidad de mirarla. Su cuerpo cambia de postura, su respiración se acorta. Me remuevo ligeramente en la silla, incómoda, atrapada entre dos mundos —y dos versiones de mí— que no deberían haberse cruzado nunca.

—Hola, Laura —contesto con sequedad—. No imaginaba verte por aquí.

—Ni yo a ti —replica ella, recorriéndome de arriba abajo sin disimulo alguno—. Pero ya ves. El mundo es un pañuelo.

Su mirada se detiene en mis labios, en mi cuello, en el escote de la blusa. Es tan descarada y provocadora que me incomoda. Quizás en otro momento no lo habría hecho, pero ahora mismo siento que invade un espacio ocupado por la mujer que tengo a mi lado.

—Estoy con unos amigos —añado rápidamente, señalando con un gesto vago hacia la mesa.

Laura sigue la dirección de mi mano y entonces repara en Clara. Sus ojos se clavan en ella con curiosidad, evaluando el terreno. Clara le sostiene la mirada sin pestañear, pero reconozco su rigidez.

—¿Tu chica? —pregunta Laura poniendo su atención en mí.

Asiento con firmeza.

—Sí.

Se produce un silencio breve. Laura sonríe de nuevo, pero ahora su expresión ha cambiado.

—Vaya —comenta, alargando la última vocal—. No me habría imaginado que tuvieras novia. Sobre todo, después de lo que pasó en

Siena...

Antes de que pueda decir algo más, me levanto de golpe de la silla y la sujeto del antebrazo sin pensarlo.

—Será mejor que hablemos en otra parte —la invito.

—Claro…

No quiero marcharme y cada fibra de mi ser me grita que no lo haga, pero sé que si no corto esto de raíz, la situación puede complicarse y no me apetece. Miro a Clara durante una fracción de segundo. Sus ojos me buscan, llenos de preguntas mudas, de inseguridad y yo me acerco para regalarle un beso en la mejilla.

—Ahora vuelvo, ¿vale?

—¿Quién es y por qué ha dicho todo eso? —me pregunta y yo trago saliva sin saber cómo explicárselo—. ¿Mara?

—Te lo cuento cuando vuelva, ¿vale? Espérame aquí.

Laura y yo nos apartamos del tumulto de gente y caminamos hacia el otro extremo del local, donde el ruido de las conversaciones se atenúa, pero no desaparece del todo. Ella se apoya contra la pared de piedra y una de sus manos deciden tocarme, invadiendo mi espacio personal. Puedo oler su perfume, ese aroma que me resulta familiar de una forma que me desestabiliza.

—Si llego a saber que tenías pareja cuando nos conocimos, no nos habríamos acostado… ¿o quizá sí? —dice, jugueteando con su voz.

—No la tenía, pero las cosas cambian —respondo con calma, aunque por dentro siento que el pulso se me acelera.

—Y a la velocidad de la luz, por lo que veo —concede ella, ladeando la cabeza—. Después de lo que pasó entre las dos, creía que eras de las que disfrutaban de su libertad…

Laura regresa a la carga, y un par de dedos se deslizan por mi antebrazo. Quiere pretender que me conoce, pero es imposible que una noche de sexo te haga conocer bien a una persona.

—Estoy exactamente donde quiero estar —afirmo, mirándola a los ojos sin vacilar, apartando el brazo—. Y con la persona que realmente quiero estar.

Laura me observa con atención, buscando alguna duda o vacilación en mi voz.

—¿Ella sabe lo que pasó entre nosotras? —pregunta sin rodeos, acariciando un mechón de mi pelo con sus dedos.

—No hubo un «entre nosotras» —replico con firmeza—. Fue un polvo de una noche, Laura.

—Aun así —insiste, acercándose un poco más, hasta que siento su aliento en mis labios—, lo disfrutaste mucho como para que crea que ahora, estás hecha para tener una relación estable con… ella.

Su mención va seguida de un gesto hacia mi espalda. Un escalofrío me recorre y algo se activa en mi interior. Pero una parte de mí, la más traicionera, registra el gesto, la cercanía, lo que todavía flota en el aire entre las dos. Me hace sentir deseada, mi cuerpo reacciona a ella y ese reconocimiento me incomoda.

—Estoy enamorada de Clara —declaro sin miedo y sin pestañear —. Completamente.

Laura parpadea, genuinamente sorprendida. Luego suelta una risa, casi incrédula.

—Ahora lo entiendo todo… —repite, como si la palabra le sirviera de escudo—. Supongo que lo que pasó hace… ¿cuánto? ¿Diez días? Fue la forma que tuviste para asegurarte de si lo estabas, ¿o me equivoco?

Su mano se desliza con descaro hacia mi cintura, un movimiento lento y deliberado que no deja lugar a dudas sobre sus intenciones. El contacto me hiela la piel.

—Laura, no —susurro, apartándome.

Ella se inclina aún más y sus labios rozan mi oreja.

—Solo digo que, si alguna vez te cansas de jugar a las parejitas, de fingir que esto es suficiente para ti, ya sabes dónde puedes encontrarme.

Me separo de golpe, y la miro fijamente a los ojos.

—Eso no va a pasar —sentencio—. Nunca.

Vuelve a sonreír, como si lo que acaba de pasar, no hubiera sucedido.

—Es una lástima, porque eres exactamente el prototipo de lo que siempre busco —murmura—. Me gustó mucho como lo pasamos en mi apartamento.

—Y a mí, pero esto es lo que hay ahora. Y es más que suficiente para mí.

Me acerco lo justo para que solo ella pueda oírme.

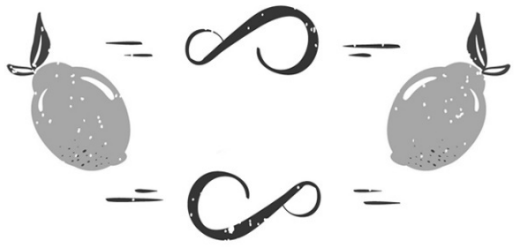
—Y es infinitamente mejor que todo lo que hicimos tú y yo esa noche.

Le dedico una sonrisa breve, cortés, definitiva, y me doy la vuelta antes de que ella pueda añadir nada más. Camino de regreso a la mesa con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. No miro atrás ni una sola vez.

Cuando llego, el ambiente ha cambiado por completo. Clara se levanta de golpe y su silla se desplaza hacia atrás con brusquedad, provocando que las copas de vino se tambaleen en la mesa y una de ellas caiga al suelo, destrozándose. El sonido del cristal rompiéndose resuena en medio del silencio repentino que se hace y algunas miradas curiosas se giran hacia nosotras.

—Clara…

Ella no me mira. No mira a nadie. Se gira sin decir una palabra y se marcha con rapidez, dejando tras de sí el eco del cristal hecho añicos y un silencio que ninguno de los presentes sabe cómo romper ni cómo atravesar.



CAPÍTULO 29

No soy una de tus aventuras

Clara

23 de mayo · San Gimignano

Salgo del bar sin pensarlo dos veces, empujando la puerta con una fuerza que ni yo misma esperaba tener. El aire nocturno me azota el rostro como una bofetada helada y despiadada, pero no consigue que me detenga; al contrario, me empuja a seguir hacia delante con una urgencia que no controlo. Primero camino deprisa, casi a trompicones; después, corro sin rumbo fijo. No tengo la menor idea de adónde me dirijo, solo sé que debo alejarme cuanto antes de ese lugar, de esa escena que se me ha clavado en la retina como una astilla profunda e imposible de extraer con los dedos.

Mis pasos retumban contra el empedrado irregular y antiguo de San Gimignano, torpes y descompasados, como si mis piernas no obedecieran del todo a mi voluntad. Las farolas proyectan sombras que se estiran y se quiebran a mi paso, dibujando un laberinto de oscuridad que parece burlarse de mi desorientación. El pecho me arde, una quemazón que no se limita a la rabia. Es algo que se remueve en mis entrañas, el miedo a no ser suficiente y que me vuelvan a engañar.

Lo he visto todo con tanta claridad, que es imposible fingir que no ha sucedido. La intensidad con la que esa mujer miraba a Mara no dejaba lugar a dudas de que ambas se conocían muy bien; cómo Mara no se apartaba ni un centímetro, cómo se dejaba tocar con tanta naturalidad, me hizo creer que ya habían compartido ese espacio antes. Se movían la una junto a la otra con tanta complicidad que me he

sentido insignificante. No ha sido una escena normal, ni yo tampoco me la he imaginado; ha sido real, tangible y dolorosamente evidente.

Aprieto los puños con tanta fuerza que las uñas se me clavan en las palmas mientras sigo corriendo. El pulso me martillea en las sienes con un ritmo insistente y casi ensordecedor que me recuerda, de forma irónica, que sigo viva, aunque en este instante no sepa muy bien para qué demonios sirve estarlo.

«Apenas lleváis unos días juntas y ella tenía una vida antes de ti», me recuerda la vocecita en mi mente como si eso pudiera amortiguar el golpe. Unos días nada más. Pero el dolor que siento es como si alguien hubiera metido la mano dentro de mí, hubiera agarrado mi corazón con saña y lo hubiera apretado hasta dejarlo sin aire.

Estoy absolutamente segura de lo que siento por Mara; eso no ha cambiado ni un solo segundo desde el momento en que se instaló dentro de mí. Pero saber con absoluta claridad lo que yo siento por ella no me protege en absoluto de la duda sobre lo que ella siente por mí. Nunca lo ha hecho. Esa duda ha estado siempre ahí, agazapada en un rincón de mi mente, esperando el momento propicio para salir y mostrar los dientes.

Mara es esa clase de personas que siempre han huido de la estabilidad. Se mueve por el mundo con la seguridad de quien sabe que nada ni nadie puede retenerla más tiempo del que ella quiere y cuando algo empieza a exigirle compromiso, sale corriendo y se marcha a otra parte. Lo sé porque ella misma me lo contó; siempre lo he sabido. Y, a pesar de todo, me he permitido creer —o más bien, me he empeñado en creer— que conmigo sería diferente, que yo podría ser la excepción a su regla de oro, que por fin alguien la haría detenerse.

Y ni siquiera que ella me dijera que se quedaría aquí hasta que yo me fuera, parece suficiente.

La imagen regresa, insistente y nítida, como si alguien la proyectara en bucle dentro de mi cabeza. Veo a Mara inclinándose hacia esa mujer con una familiaridad que me revuelve el estómago; veo cómo la otra la toca con la seguridad de quien ya ha recorrido su cuerpo antes, como si Mara fuera un territorio que conoce de memoria y al que tiene derecho de acceso ilimitado. Me falta el aire; la opresión en el pecho se convierte en un nudo que no consigo deshacer. Sé que son todos mis miedos agolpados en mi corazón.

Me detengo de golpe en una calle estrecha y casi desierta. Apoyo las manos en mis rodillas y trato de recuperar el aliento, jadeando con fuerza. El silencio que me rodea es casi absoluto, roto únicamente por mis respiración entrecortada y por algún eco lejano de risas que parecen llegar de otro mundo. Las piernas me tiemblan de forma incontrolable, como si el cuerpo entero se revelara contra lo que acaba de suceder.

—Clara.

La voz de Mara me alcanza como un latigazo antes de que haya tenido tiempo de recomponerme. Me enderezo despacio, con los músculos rígidos. Está a unos metros de distancia, ligeramente agitada por la carrera, con el pelo revuelto por el viento y los ojos brillantes, no solo por el esfuerzo físico, sino por algo más intenso. Hay preocupación en su expresión, y eso, en lugar de calmarme, me hiere aún más, porque sé que esa preocupación llega tarde.

—Espera —me pide, acercándose a mí con cautela—. Por favor, Clara, espera un momento.

No me muevo ni un centímetro. Si lo hago, estoy segura de que me romperé en mil pedazos de nuevo.

—No es lo que parece —comienza ella, con la voz temblorosa.

Cierro los ojos durante un segundo eterno y cuando los abro de nuevo, la miro directamente a los suyos, sin pestañear.

—No hagas eso, por favor —le digo con la voz quebrada, casi irreconocible—. No intentes convencerme de que no he visto lo que mis ojos han visto.

Mara se detiene en seco. Su respiración se ralentiza, como si midiera con cuidado cada inhalación y cada exhalación antes de atreverse a hablar.

—No estaba coqueteando con ella si es lo que piensas —afirma con rotundidad—. Te lo juro por lo que más quieras.

—Te estaba tocando —replico sin poder contenerme—. Te estaba comiendo con la mirada y tú estabas cómoda con eso, como si no fuera la primera vez.

El silencio que se instala entre nosotras se espesa hasta volverse casi sólido. Mara pasa una mano por su nuca en ese gesto tan característico suyo que, en este momento, me crispa los nervios hasta el límite.

—Está bien, déjame que te cuente una cosa…

El cambio en su voz me pone en alerta. Suena más grave, más pesada; cargada de algo que provoca que mi estómago se contraiga en un espasmo doloroso incluso antes de que pronuncie las palabras siguientes.

—Ella y yo… nos acostamos una noche mientras yo estaba en Siena —confiesa sin rodeos—. No pasó nada más allá de eso. Fue solo un encuentro sexual, nada profundo, nada que tuviera continuidad.

La confesión cae entre nosotras con un peso brutal, como una losa que aplasta el aire que nos separa. Se me incrusta en el pecho justo donde ya dolía.

Mi mente se pone en marcha sola, como si alguien hubiera accionado un mecanismo imparable. Siena. Las fechas. Los días exactos. Ellas juntas. Nosotras la primera noche que pasamos juntas tras su regreso. Todo se ordena en mi cabeza con una precisión que me marea y me revuelve.

—O sea que… —apenas soy capaz de escucharme a mí misma—. Te acostaste con ella y después te acostaste conmigo, según tú, porque lo estabas deseando.

Mara da un paso hacia mí, instintivo.

—Clara, las cosas no son como las estás pensando —intenta explicar y se acerca un par de pasos.

Levanto la mano con firmeza para detenerla.

—No te acerques más —le ordeno, y mi voz suena muy dura.

Se queda inmóvil. Sus ojos se oscurecen, cargados de una mezcla de dolor y frustración.

—Yo no sabía qué era lo que sentía por ti hasta ese momento —insiste—. No tenía ni idea de que era tan fuerte, de que una vez que te viera fuese a plantearme la posibilidad de cambiar todo mi estilo de vida por ti.

—Pero pasó —respondo con frialdad—. Pasó igualmente, y eso no lo borra nadie.

Siento cómo crece dentro de mí un volcán de emociones que no se limita a los celos. Es la sensación humillante de ser intercambiable, de haber llegado en un momento cualquiera, de ser simplemente una más en una lista que no termina. Es la certeza de que, para ella, yo podría haber sido cualquiera.

—¿Sabes qué es lo que más me duele de todo esto? —le pregunto, mirándola fijamente—. Que no me lo hayas dicho antes. Que haya tenido que descubrirlo de la forma más cruel posible.

—No quería hacerte daño —responde titubeante—. Créeme, Clara, lo último que pretendía era esto.

—Pues lo has hecho.

Mara intenta acercarse de nuevo, esta vez más despacio. Sabe de sobra que en cualquier momento podría salir corriendo y la verdad, es que no sé por qué no lo hago.

—Te quiero —declara con una intensidad que me atraviesa—. Te quiero de verdad, Clara. Y no es una frase que yo suela decir a la ligera.

Esas palabras me atraviesan como flechas, pero no consiguen sostenerme, ni mucho menos contrarrestar el daño que me ha hecho verla con otra persona.

—¿De verdad estás enamorada de mí? —le pregunto sin adornos ni protección—, ¿O solo soy una de tus aventuras más largas y complicadas hasta ahora?

No sé quién escribe esa pregunta en mi boca, pero sale de golpe y sin filtro. Hasta me arde la garganta al pronunciarla. La miro directamente a los ojos, sin intentar ocultar el miedo que me devora por dentro.

Mara abre la boca para responder, pero la cierra de inmediato. Traga saliva con dificultad y su silencio se prolonga varios segundos que bastan para destruirlo todo. Porque no necesito una respuesta perfecta ni un discurso elaborado. No busco promesas ni juramentos eternos. Lo único que necesito es seguridad. Y lo que veo en su rostro está cargado de dudas, de confusión, de culpa.

—Clara… —comienza, con la voz entrecortada.

Niego con la cabeza, tajante.

—No —la interrumpo—. No hace falta que digas nada más. Ya me ha quedado claro que lo nuestro solo está lleno de dudas, de problemas y de confusión. Y si te soy sincera, no puedo con ello.

El vacío se abre paso dentro de mí y de pronto, me doy cuenta que no se pueden encajar dos piezas que no están hechas para encajar. Su forma de vivir, su pasado lleno de encuentros fugaces. Su tendencia a huir de algo cuando empieza a importarle de verdad… todo eso no forma parte de mí, y nunca lo hará.

—Creí que era distinto —añado en un susurro roto—. Creí que por fin… que conmigo… todo sería distinto.

No consigo terminar la frase. La vergüenza me ahoga. Me siento ridícula por haber albergado esa esperanza siquiera.

—Lo es —afirma ella con desesperación—. Lo es, Clara, solo que…

—Ese «solo que» no debería existir —la corto con sequedad—. Si de verdad lo fuera, no necesitaría excusas ni peros.

El silencio regresa y esta vez de forma definitiva, como un telón que cae sin posibilidad de reapertura.

Doy un paso atrás. Luego otro más y mi cuerpo actúa antes de que mi mente pueda detenerlo.

—¡Clara, espera! ¡Por favor! —suplica Mara a gritos—. ¡No te vayas así! ¡Hablemos!

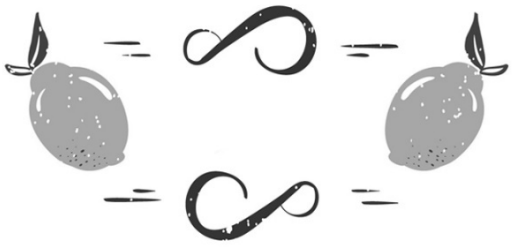
La miro una última vez. Hay dolor auténtico en sus ojos, y sé que es real. Pero también sé que el mío lo es en igual medida. Y en este instante no tengo fuerzas para cargar con el dolor de las dos.

—Necesito irme —declaro sin más.

Me doy la vuelta antes de que pueda añadir algo y camino sin mirar atrás. Dar cada paso me cuesta un mundo y con cada metro que se abre entre nosotras, siento cómo algo se rompe de forma irreparable dentro de mí… y, al mismo tiempo, cómo una parte de mi interior comienza a proteger lo poco que me queda de dignidad y de paz.

El aire frío de la noche toscana me envuelve y me acompaña en este camino que, por primera vez en mucho tiempo, incluso después de lo de Gema, recorro sola y con la cabeza bien alta.

Porque yo no necesito más inseguridad en mi vida. Estoy cansada de sentir que el suelo tiembla bajo mis pies, y si para ser feliz, necesito tener el control sobre mí misma, lo haré.



CAPÍTULO 30

Desconocidas otra vez

MARA

25 de mayo · Florencia

Han pasado dos días que se me han hecho eternos, como si el tiempo se hubiera estirado hasta convertirse en semanas enteras cargadas de una lentitud agobiante.

Afuera, Florencia permanece tal como el primer día, ajena a todo lo que ocurre en mi interior. Las mismas calles empedradas llenas de gente, el mismo murmullo incesante de voces que se cuela por las ventanas, el mismo aroma recorriendo las paredes de mi apartamento. La ciudad sigue su curso sin inmutarse, indiferente a mis tormentas internas.

Dentro del LemonS, algo se ha detenido en seco. O, al menos, eso es lo que percibo yo con tanto dolor. Clara y yo nos hemos transformado en dos extrañas que comparten el mismo techo y el mismo aire, pero que apenas se rozan. No ha habido discusiones, tampoco gritos o reproches; las escenas dramáticas que rompen el aire en las películas son inexistentes. Lo que hace de la situación algo mucho más complejo.

Reconozco perfectamente esta dinámica porque ya la he vivido antes, aunque en otras circunstancias y con otras personas. La distancia calculada al milímetro, los horarios diseñados para evitar cualquier cruce innecesario por los pasillos o las zonas comunes, las miradas que se desvían en un último segundo hacia otra parte, la tensión que se crea cuando el otro aparece. Todo ha vuelto al principio, cuando éramos dos

mujeres desconocidas y tan distintas que chocaban. La diferencia es que ahora ni siquiera chocamos y este silencio, este vacío, duele como un moretón que no se ve pero que palpita con cada movimiento.

Yo he intentado seguir, hacer que nada me importa y darle su espacio, pero cuando la veo moverse por el LemonS, no puedo evitar mirarla a la espera de que ella también lo haga. Me he convertido en una idiota que espera y ruega porque esa barrera que ha construido a su alrededor, desaparezca.

Pero Clara lleva años protegiéndose detrás de una, y está claro que por más que yo lo desee, no cambiará nada.

Camino por el apartamento y me dejo caer sobre la cama sin molestarme en quitarme las zapatillas. El techo me devuelve una quietud insoportable, un blanco absoluto que amplifica cada uno de mis pensamientos. Cierro los ojos con fuerza, pero la imagen regresa una y otra vez, insistente e implacable: su espalda alejándose por la calle bajo la luz mortecina de las farolas, su voz quebrada a causa de la decepción, la forma en que me miró en aquel instante preciso en que dudé. Ese segundo. Ese maldito segundo en el que mi silencio se convirtió en la respuesta que ella esperaba no recibir.

Me incorporo de golpe incapaz de seguir soportando esta quietud que me oprime. No aguanto permanecer más tiempo aquí arriba, atrapada en este silencio. Decido dejar la idea del ascensor y bajar las escaleras con lentitud, arrastrando una pesadez que nace directamente del corazón. Al llegar al salón principal, la luz cálida del sol me recibe abrazado mi cuerpo, arrancándome esta sensación de ahogo que cargo conmigo. Escucho voces, y cuando giro hacia la recepción, me encuentro con Giulia y Eva sentadas, con dos tazas de café entre las manos.

En cuanto me ven aparecer en el umbral, Giulia se pone en pie.

—Ven aquí, cariño —me invita—. Siéntate con nosotras un rato.

Ambas saben que no estoy bien; después de la pelea con Clara, regresé con el grupo y tuve que contarles qué había sucedido. No hay dudas en ellas, tampoco curiosidad. Solo son dos personas que, en cosa de unas semanas, se han transformado en esa familia que nunca he tenido.

Camino hasta donde se encuentran y me dejo caer en el sofá junto a ellas, soltando el peso que he acumulado a lo largo de las últimas

horas. Eva me dedica una sonrisa, me acaricia la espalda y yo suelto un suspiro flojo.

—¿Cómo te encuentras hoy? —me pregunta sin rodeos.

Suelto una risa corta y amarga, sin una pizca de humor.

—No tengo ni idea —contesto con honestidad—. Me siento rara, descolocada. Como si alguien hubiera borrado de un plumazo todo lo que habíamos construido juntas y ahora solo quedara este vacío extraño. Clara ni siquiera me mira a la cara cuando coincidimos, ¿lo habéis visto?

Hablar de ello hace que todo lo que llevo dentro se asiente un poco. Aunque el dolor se agudiza y se hace más nítido. Giulia asiente despacio, con comprensión. Eva baja la mirada un instante, pensativa, como si estuviera ordenando sus ideas antes de hablar.

—Esta mañana se ha pasado por el salón —comenta Giulia en un suspiro—. Francesco le preguntó como estaba, pero… ya sabes.

—Sí, estaba cerrada en banda. Más que de costumbre —responde Eva.

—Lo sé —menciono yo—. De la noche a la mañana ha levantado un muro y nadie puede atravesarlo.

Eva apoya los codos sobre sus rodillas y entrelaza los dedos con naturalidad.

—Creo que Clara ha sufrido mucho en el pasado —afirma con convicción—. Y precisamente por eso se muestra tan insegura ante cualquier cosa que pueda hacerle daño.

Su conclusión no me pilla por sorpresa. Clara me habló de Gema, me contó sobre lo mal que lo había pasado; que estaba en Florencia para recuperarse de todo aquello.

«Y voy yo y lo estropeo…», pienso pasándome las manos por el pelo.

—Ella me habló de su relación anterior —les cuento sin mucho detalle—. Estaba aquí porque su hermana la empujó a hacer este viaje, pero nunca me contó mucho sobre ello. Solo sé que fue doloroso.

Giulia exhala un suspiro largo y cargado, de esos que llevan años de experiencia acumulada.

—Me temo que todo lo que está ocurriendo ahora le remueve esas heridas que aún no han sanado —me explica, intentando buscar una razón lógica a lo que está ocurriendo—. Son sus miedos más profundos,

sus inseguridades enquistadas, los fantasmas que arrastra lo que ha provocado que esta situación sea tan compleja…

—Si no encuentra la forma de sanarlos de verdad, será muy difícil que pueda ser feliz con nadie, sea quien sea esa persona.

Me quedo callada varios segundos.

—Yo tampoco ayudé —confieso—. El día que me fui a Siena, yo ya sabía que sentía algo por ella. Lo sabía y cometí el error de acostarme con Laura. Fui una estúpida.

—No seas tan dura contigo. Tú y Clara no erais nada aún.

—No éramos nada, pero ya sentíamos todo…

—Estoy segura de que hicieras lo que hicieras, tuviste tus motivos —añade Eva buscando mi mirada—. Y estoy segura que hacer daño a Clara no estaba entre ellos.

—Yo lo único que quería era asegurarme de lo que sentía, de que podía darle algo real… que podría entregárselo sin salir huyendo a la primera de cambio —les cuento sin saber muy bien cómo seguir—. También tengo mis problemas. No es que sea incapaz de no tener una relación estable por gusto.

—Eso lo sabemos y estoy segura que ella también.

—Ahora está asustada —añade Giulia—. Pero una vez que se calme, todo mejorará.

Pienso en Clara, en las veces que me dijo que su forma de vivir no era una elección sino una necesidad. Sé que ella se aferra a ese control de sí misma porque teme salir dañada. Pero también sé que su manera de amar, tan pasional y entregada, también estaba plagada de inseguridades.

—Me gustaría poder ayudarla —comento al cabo de un rato, con la voz ronca a causa de las lágrimas que llevo conteniendo desde aquella noche—. Nunca he sido buena dando seguridad a los demás. No sé prometer cosas que no estoy segura de poder cumplir. Me aterra fallar.

Eva me mira con atención.

—No siempre se ayuda haciendo grandes gestos, Mara —me responde sin dudar, apoyándome con una caricia en el brazo—. A veces lo más valioso es entender de verdad lo que la otra persona está pasando. O, como mínimo, no darte por vencida cuando las cosas se ponen difíciles.

Ese «darte por vencida» se me clava como una astilla. Porque sí, eso lo conozco demasiado bien. He huido tantas veces que ya forma parte de mi manera de moverme por el mundo.

—La verdad es que esta vez no quiero huir —le contesto con firmeza—. Pero tampoco quiero convertirme en alguien que no soy solo para encajar en lo que ella necesita.

Giulia me dedica una mirada tierna, casi maternal.

—Quizá no se trate de cambiar quién eres —me dice—. La cuestión es si estás dispuesta a entregarte, con todo lo bueno y lo complicado que eso conlleva.

Me quedo en silencio. No porque no tenga respuesta, sino porque la respuesta que tengo me asusta. Quiero quedarme a su lado. De verdad. Con todas las implicaciones que eso trae consigo: el riesgo de equivocarme, el peso de la responsabilidad, el miedo constante a fallar y a hacer daño. Yo, que siempre he imaginado el amor como algo ligero, casi etéreo, como un vuelo sin ataduras. Yo, que en tantas ocasiones he confundido la libertad con la ausencia total de compromiso. Yo, que he salido corriendo en cuanto el dolor empezaba a hacerse real y tangible.

Clara no me ha exigido nada. No me ha pedido que le prometa nada, solo me hizo una pregunta sencilla, directa, que me dejó sin palabras.

«¿De verdad estás enamorada de mí o soy solo una de tus aventuras más largas y complicadas hasta ahora?», recuerdo.

Pude ver en sus ojos ese miedo a no ser suficiente; su debilidad tomando forma en esas lágrimas que convirtieron su mirada en un espejo de su alma. Y mi silencio, ese silencio interminable que lo dijo todo sin decir nada.

—Es que fui una tonta por no decirle que yo también estaba muerta de miedo… —les digo, notando una presión intensa en el pecho —. Tenéis razón en todo lo que decís —admito poco después—. Y eso es lo que más me duele. Porque no estoy segura de poder ser la persona que ella necesita a su lado.

Eva se inclina ligeramente hacia mí, buscando mi mirada.

—Eso solo lo descubrirás si decides quedarte y enfrentarlo —me dice con calma—. Pero Clara también tendrá que trabajar en sus heridas. Tú no puedes sanarlas por ella, por mucho que lo desees.

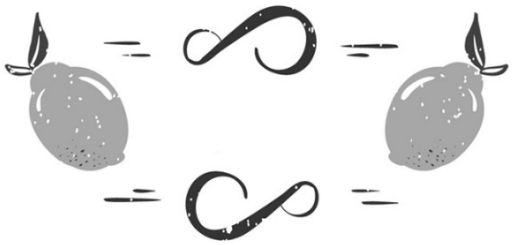
Asiento despacio.

—Lo sé.

Me recuesto en el respaldo del sofá y cierro los ojos un instante. La vida sigue su curso a mi alrededor mientras inspiro y dejo que el aire me llene los pulmones, que me oxigene la cabeza y el corazón.

Nunca he concebido el amor como un refugio seguro y estable. Siempre lo he visto como un salto al vacío, emocionante pero arriesgado. Y quizá Clara no necesite que yo la arrastre a saltar conmigo de cabeza, sino que permanezca a su lado mientras ella decide si puede dar ese paso sin romperse en mil pedazos.

Exhalo un suspiro largo y profundo, uno que me hace un poco más consciente de que esta vez no se trata de elegir huir o quedarme. Se trata de aprender a aceptar que, en el amor, también hay cosas que serán incómodas, difíciles, y que pueden doler de verdad. Y aunque no sé si seré capaz de hacerlo, quiero demostrarle a Clara que estoy dispuesta a quedarme todo el tiempo que me quiera a su lado.



CAPÍTULO 31

Aceptando que yo también he cambiado

MARA

25 de mayo · Florencia

Regreso a mi apartamento con una sensación densa y pesada en el centro de mi pecho. El ascensor, terreno vetado para evitar encontronazos con Clara, se queda atrás y subo las escaleras con lentitud, con los ojos puestos en los escalones y en mis pies, permitiendo que cada peldaño trace una distancia simbólica entre las conversaciones que acabo de dejar atrás y la soledad que me espera arriba, esa soledad que debo afrontar merecidamente. Cuando llego al cuarto piso, el pasillo permanece en silencio y un nudo se me ata en la garganta. Me quedo ahí, con la mirada puesta en la puerta de Clara, rogando porque el destino quiera jugar y volvamos a encontrarnos.

Saco las llaves, abro y cierro la puerta con cuidado, apoyando la espalda contra la madera durante unos minutos, como si necesitara de ese contacto para anclarme al presente. Inspiro y el aire entra con dificultad, estancándose en los pulmones, pidiéndole permiso a mi cuerpo para seguir circulando. Me paso una mano por la cara, arrastrando los dedos desde la frente hasta la barbilla, y camino hasta la ventana de la cocina. Desde ella puedo ver el patio interior del edificio, todas y cada una de las ventanas de mis vecinos.

La de Clara tiene las cortinas echadas. Ignoro si está en su apartamento, si está descansando o si, por el contrario, está tan inquieta como lo estoy yo. No dejo de preguntarme si piensa en mí, si se arrepiente de nuestra última conversación, si extraña mi compañía. La

incertidumbre actúa como una espina que, al respirar, se clava cada vez más, sin herir de gravedad, pero recordando que sigue ahí todo el tiempo.

La conversación que he tenido con Giulia y Eva da vueltas dentro de mí como un disco rayado que no se detiene. Estuvimos hablando de esas heridas que siguen sin cicatrizar, de esos miedos que se enquistan y de fantasmas que regresan cuando todo se revuelve. Me pregunto cuántos de los míos he encerrado por miedo a obligarme a pensar demasiado en ellos. Siempre he destacado por mi capacidad de seguir adelante, por mi habilidad de cambiar de ciudad, de país, incluso de piel si era necesario. He sabido reinventarme una y otra vez, adaptarme a lo nuevo y dejar atrás lo viejo sin mirar atrás. Pero nunca he aprendido a quedarme quieta cuando las cosas se complican, cuando el suelo se vuelve inestable bajo mis pies y huir se presenta como la opción más sencilla y segura por irónico que parezca.

Al final todos tenemos nuestros traumas y los míos llevan clavados en mí desde que mi madre me dejó un día con mi tía para no volver jamás; me pasé años esperando por ella, lo que en un principio fue mi hogar se transformó en una cárcel llena de soledad. La pérdida fue leve en comparación con la espera; mi madre me decepcionó tantas veces y dejó tantas promesas sin cumplir que al final, cuando tuve la oportunidad, me marché sin mirar atrás sabiendo que yo no era importante para nadie y que solo me necesitaba a mí misma para salir adelante.

Abandono la ventana y camino hasta la mesa del salón donde dejo caer las llaves con un golpe seco que resuena en silencio. Me siento en el borde del sofá, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza baja, y permito que el silencio me envuelva. Ya no puedo seguir fingiendo que todo se arreglará por arte de magia, que el tiempo o la distancia, resolverán este miedo al abandono que no he sido capaz de enfrentar todos estos años. No puedo seguir caminando por impulsos, dejándome llevar por una ola que me arrastra aquí y allá sin que yo decida a donde ir de verdad. Necesito tomar una decisión, una de verdad, de esas que marcan un antes y un después, de esas que marquen el inicio de un nuevo capítulo y deje atrás todos estos miedos.

Madrid cruza mi mente como si alguien hubiese iluminado la oferta de trabajo que Leo me ofreció hace cosa de unos meses. Una

oferta con la que puedo echar raíces de verdad y dejar de vivir con las maletas en la puerta lista para salir corriendo. Llevo mucho sin pensar en ello con detenimiento. Olvidándome de que, si quiero construir mi estabilidad, si deseo mejorar mi forma de amar, debo empezar por cambiar mi manera de vivir. No hay atajos posibles.

Sujeto el teléfono y miro la pantalla durante varios segundos antes de buscar el contacto de Leo en la agenda. Mi dedo se detiene sobre el icono de llamada. Dudo. No porque no quiera hablar con él —al contrario, su voz siempre me ha devuelto algo de equilibrio—, sino porque sé que marcar ese número significa dar forma a una decisión que hasta ahora sólo había esbozado en mi mente.

Al final pulso el botón y el tono suena una vez. Dos.

—Oye tú —contesta Leo al otro lado con familiaridad—, ¿qué has estado haciendo que no me has llamado hasta ahora? Pensaba que te había tragado la tierra.

Sonrío, aunque la sonrisa no alcanza a iluminarme los ojos. Su tono desenfadado, tan característico, me recuerda inmediatamente quién soy cuando no me pierdo en mis propias contradicciones, cuando consigo salir del laberinto de mis dudas.

—Respira conmigo un segundo —le pido, mientras me dejo caer contra el respaldo del sofá y cierro los ojos.

—Eso no suena nada bien —replica él, y su voz pierde un poco de ligereza—. ¿Qué ha ocurrido?

Exhalo despacio, con cuidado, como si temiera ahogarme. No sé por dónde empezar. Estos últimos días las palabras se me agolpan en la garganta, formando un nudo que cuesta deshacer.

—Cagándola cada día un poco más —confieso al fin, soltando una risa amarga—. Pero no te llamo por eso. Dime una cosa… ¿sigue en pie lo de ir a trabajar contigo a la revista?

Se produce un breve silencio al otro lado de la línea. Puedo imaginarlo perfectamente: levantando una ceja, inclinando la cabeza con esa expresión de sorpresa contenida que pone cuando algo le pilla desprevenido.

—Claro que sigue en pie —responde con firmeza—. Nunca ha dejado de estarlo. La cuestión es si te has decidido de una vez por todas a aceptarla.

Cierro los ojos con fuerza y pienso en Clara. En cómo aceptó estar conmigo a pesar de morirse de miedo. En mi silencio, en mis temores y en todas las oportunidades que he desperdiciado por ellos.

—Ya va siendo hora de que deje mis miedos a un lado y actúe según lo que me dicta el corazón —contesto, y mi voz suena decidida—. Acepto. Me voy a Madrid. Y espero que sea cierto eso que me decías de tener un piso a un paso del Retiro, porque si no, te mato.

El grito de júbilo de Leo atraviesa el teléfono con tanta intensidad que tengo que apartar el auricular de la oreja. Me río sin poder evitarlo, una risa sincera y liberadora que suena extraña después de tanto peso acumulado en el pecho.

—¡No me lo puedo creer! —exclama él, casi sin aliento—. ¡Sabía que acabarías aceptando! Lo sabía. ¿¡Qué ha pasado!? ¿Qué ha sido lo que te ha hecho dar el paso definitivo?

Vuelvo a acercar el teléfono al oído y camino hasta la ventana. Apoyo la frente contra el cristal y pongo la atención en la ventana de Clara.

—Ya sabes. Llevo tiempo deseando algo de estabilidad —le explico —. Echar raíces, construir algo sólido, vivir sin estar siempre de paso. Y Clara… bueno, ella me ha hecho ver cuánto lo necesito. Me ha mostrado que enfrentarte a los miedos es de valientes, y que no hacer frente a tus miedos te impide disfrutar de cosas que pueden cambiarte la vida.

Mi voz sale más baja, casi en un susurro cargadísimo de sinceridad. Leo guarda silencio, y sé que está asimilando cada palabra.

—Entonces… —dice por fin, con lentitud—. Las cosas van bien con ella, ¿no?

Trago saliva. Mis ojos permanecen fijos en la ventana de Clara, como si pudiera atravesar las cortinas con la mirada y encontrarla allí. Siento una presión incómoda en el pecho, pero esta vez no intento esquivarla ni disimularla.

—No, no van bien —admito sin rodeos—. Pero mejorarán. Estoy convencida de que mejorarán porque voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que así sea. No pienso rendirme esta vez.

Lo digo porque, por primera vez en mi vida, quiero intentarlo de verdad con alguien.

—¿Y cómo lo harás cuando el viaje termine? —pregunta Leo con curiosidad—. Ahora las cosas podrán ir bien, pero el viaje terminará,

ella tendrá que volver a su casa, y tú tendrás que venirte a Madrid. La distancia provoca que todo se enfríe. ¿Cómo vas a evitar que eso pase?

La pregunta cae con rudeza, dureza y realidad. El viaje tocará a su fin, Florencia se quedará atrás como un recuerdo más y la rutina volverá a reclamar su espacio, sí. Pero la distancia, esa vieja aliada que siempre se ha convertido en la excusa perfecta para no comprometerme, ahora ya no me asusta.

Me separo de la ventana y camino por el apartamento, notando el suelo firme bajo mis pies. No dispongo de un plan detallado paso a paso, tampoco tengo respuestas, pero poseo algo mucho más valioso: el amor.

—El amor es capaz de superarlo todo —afirmo sin titubear—. Si es real, si las dos lo queremos de verdad, encontraremos la forma de mantenerlo vivo. Sé que las cosas no serán fáciles, pero habrá momentos en los que el esfuerzo valdrá la pena. No se trata de magia. Se trata de elegirnos día tras día.

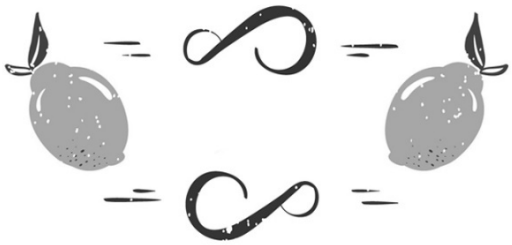
Las palabras brotan de mis labios sin vacilación. No sé si convencerán a Leo. No sé si convencerían a cualquier otra persona que las oiga. Pero me convencen a mí. Y eso es más que suficiente.

Me quedo con el teléfono en la mano, escuchando la respiración calmada de Leo al otro lado de la línea. Esta vez quiero estabilidad y pienso conseguirla. Aunque todavía no sepa exactamente cómo, aunque el camino esté lleno de incógnitas, aunque el miedo siga ahí acechando.

Quiero intentarlo.

Quiero construir algo duradero con Clara.

Y por primera vez, siento que tengo la fuerza necesaria para hacerlo.



CAPÍTULO 32

Silencio

Clara

26 de mayo · Florencia

El día amanece en Florencia con una luz blanca que se cuela con crueldad por la ventana, ignorando por completo que llevo días respirando con dificultad, a trompicones, como si el aire mismo se resistiera a entrar en mis pulmones. El techo blanco de mi dormitorio me mira tan vacío y neutro como todas las cosas inanimadas, mientras yo intento persuadir a mi corazón para que se relaje, para que deje de contraerse con fuerza. Cada inspiración me molesta, como si algo empujase justo detrás del esternón. Permanezco inmóvil, tendida boca arriba en la cama, escuchando el murmullo distante de la calle: el ronroneo de una moto al acelerar, algunas conversaciones que flotan y se dispersan en el aire matutino. La vida allá afuera sigue su ritmo mientras que yo, yo me he quedado atrapada en un punto muerto.

Hace días que Mara y yo no hablamos. Desde aquel episodio en San Gimignano; desde aquella discusión que comenzó cuando apareció aquella mujer que se le insinuó repetidamente delante de mis narices y que acabó con una pregunta mal dicha que me desgarró por dentro; me he replegado sobre mí misma como una casa abandonada que cierra puertas y ventanas para protegerse del vendaval. He pasado estos días evitándola. No he tenido el valor suficiente para mirarlos a los ojos o forzar un encontronazo que me ayude a soltar lo que llevo dentro. El silencio que se ha instalado entre nosotras se ha convertido en una

barrera espesa, incómoda, pero al mismo tiempo extrañamente reconfortante.

Sí, duele, cómo no va a doler, pero se trata de algo que ya conozco y que sé cómo controlar para que no me afecte tanto.

Me incorporo de la cama y tras soltar todo el aire, apoyo mis pies sobre el suelo frío. El contacto despierta de manera brusca todos mis sentidos, notando como se me eriza la piel y se me acelera el corazón. Camino hasta el baño arrastrando los pies y me planto delante del espejo sin el menor entusiasmo. Mis ojos, hinchados y enrojecidos me devuelven una versión de mí misma que conozco de sobra, una imagen que he visto demasiadas veces en los últimos tiempos.

He llorado hasta agotarme, hasta que las lágrimas han dejado de aliviar y se han transformado en algo agotador; un ritual vacío que ya no me libera de nada. Abro el grifo y me echo agua fría en la cara, pero el gesto no borra la sombra que me recorre por dentro, esa oscuridad que se extiende bajo mi piel y que nada puede borrar. Existen heridas que no dejan marcas visibles, pero que se sienten en cada latido, en cada respiración, en cada pestañeo.

Ni siquiera he llamado a mi hermana a pesar de que ella siempre ha sido mi refugio seguro, la persona a la que he recurrido cuando el mundo se me ha hecho grande y amenazante. Esta vez no soy capaz de encontrar las palabras para explicarle lo que me ocurre sin que me invada una vergüenza profunda y paralizante. ¿Cómo voy a contarle que me siento reemplazada cuando, en el fondo, lo mío con Mara apenas había empezado? ¿Cómo voy a confesarle que el miedo ha vencido a la razón y al corazón, que ha tomado el control y me ha impedido actuar con sensatez? Sé perfectamente que me regañaría por ser tan imprudente y visceral, así que prefiero mantenerme en silencio.

Me mojo la cara, me seco las manos y regreso al dormitorio para dejarme caer sobre la cama soltando un suspiro largo. Mi teléfono descansa sobre la mesita de noche, boca arriba, inmóvil como un animal que duerme y que parece esperar el momento exacto para hacerlo. Lo cojo y sé por qué lo hago antes siquiera de decidirme a desbloquear la pantalla y abrir la galería de fotos. Las imágenes desfilan una detrás de otra; recuerdos ordenados que no tienen en cuenta mi estado de ánimo. Deslizo el dedo con lentitud y, de repente, doy con ella, con Gema.

El corazón me da un vuelco y me remuevo por la incomodidad. No es una fotografía reciente; data de hace años, de un viaje que hicimos juntas poco después de casarnos. Gema sonríe hasta achicársele esos ojos color caramelo que al sol me parecían un paraíso. La recuerdo como si fuese ayer la última vez que la vi; puedo percibir el aroma de su perfume, sentir el peso ligero de su mano apoyada en mi espalda baja cuando caminábamos juntas. Teníamos proyectos, ilusiones, sueños y planes que parecían tan sólidos que resultaba inconcebible que algo pudiera destruirlos. E irónicamente fue el sueño de ser madres lo que lo hundió todo.

Ser madres era un sueño que nos unía, o al menos que yo creí que nos unió durante mucho tiempo. Fui yo la que tomó la iniciativa y propuso comenzar el proceso de fertilización. Recuerdo la emoción inicial, la esperanza casi infantil con la que acudí a las primeras consultas médicas convencida de que todo saldría bien porque lo deseábamos con fuerza.

Nadie te advierte del agotamiento físico y emocional que conlleva: las esperas eternas, las inyecciones diarias, la montaña rusa de emociones, la sensación constante de fracaso que se instala dentro antes incluso de que el tratamiento haya dado algún resultado. A mí me resultó extremadamente difícil concebir. Cada ciclo que terminaba en negativo suponía un golpe más, una decepción que se acumulaba sobre la anterior y que iba impregnando nuestra vida de oscuridad.

La frustración fue ganando terreno en espacios que antes estaban llenos de amor. Gema empezó a mostrarse distante, irritable, menos paciente con mis dudas y mis miedos. Yo me sentía culpable por no poder ofrecerle lo que ambas anhelábamos con tanta intensidad. Cuando por fin llegó el positivo, lloré de puro alivio a sabiendas de que el peor tramo había quedado atrás y que el esfuerzo conjunto había merecido la pena. Durante aquellas semanas viví envuelta en una felicidad delicada, casi transparente, consciente en todo momento de que mi embarazo cargaba con demasiadas expectativas.

Pero la pérdida llegó de forma repentina, sin aviso alguno. Perdí al bebé durante el primer trimestre y, junto a él, una parte esencial de mí misma que aún a día de hoy no sé cómo recuperar. El dolor físico fue brutal, pero el sufrimiento que llegó después resultó mucho más destructivo. Gema no estuvo a mi lado. No me abrazó, no lloró conmigo,

no compartió el duelo. Me miró como si yo fuera la culpable, como si yo hubiera cometido una negligencia imperdonable. Me hizo responsable de algo que se escapaba por completo a mi control y su silencio me hizo más daño que cualquier palabra dura que pudiera haber pronunciado.

Meses después, me dio la espalda. Se marchó sin dar muchas explicaciones. Y se involucró con otra mujer casi de inmediato. Me sustituyó con una rapidez que todavía me cuesta asimilar. Esa palabra, «reemplazo», se quedó clavada en mí como una astilla. Era como si yo hubiera sido una pieza defectuosa, algo que se desecha sin remordimientos y se cambia por otra versión mucho más funcional. Aquel abandono dejó una herida abierta que sigue supurando cada vez que algo o alguien me recuerda lo frágil que puede ser vincularse con otra persona.

Cierro los ojos con fuerza y dejo caer el teléfono sobre la colcha. Durante un instante me falta el aire, como si el peso de todos esos recuerdos hubiera aplastado mis pulmones. De pronto comprendo que lo que me hizo daño en San Gimignano no fue Mara o el hecho de que se acostase con otra mujer, fue la sensación de que la historia se repetía; de que el mismo miedo que surgió de lo de Gema volvía a dictar mis reacciones; de que el pasado no me permitía vivir el presente sin contaminarlo.

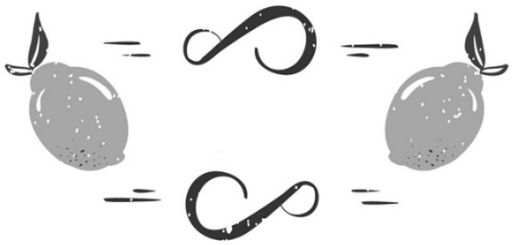
Reconozco que me pasé de la raya. Sé que no tenía ningún derecho a ponerme así cuando apenas estábamos conociéndonos. No existía un compromiso formal, nada definido entre nosotras cuando ella viajó a Siena. Ahora lo entiendo, pero en aquel momento mi cuerpo reaccionó con violencia ante una amenaza.

Me abrazo con fuerza en un intento desesperado de contener el temblor que me recorre de pies a cabeza. Me siento perdida, exhausta de luchar contra fantasmas del pasado. Florencia continúa ahí fuera, pero yo permanezco encerrada aquí dentro, intentando recomponerme pieza a pieza sin tener la menor idea de por dónde empezar a hacerlo.

El silencio que envuelve el apartamento se rompe de golpe con el sonido inesperado del timbre de la puerta. Alguien llama y el corazón se me acelera. Me levanto con cuidado, me paso las manos por el pelo y avanzo hacia la entrada con lentitud. Apoyo la palma de la mano en el picaporte y, tras una pausa breve en la que el pulso me retumba en los oídos, giro y abro.

—Clara, ¿podemos hablar?

Mis ojos y los de Mara se encuentran, y cuando quiero ser consciente de que estoy paralizada, sus brazos me rodean y el peso que cargaba dentro de mí, se derrumba.



CAPÍTULO 33

No podemos seguir así

MARA

26 de mayo · Florencia

Mis dedos presionan el timbre de la puerta de Clara y mientras espero a que ella me abra la puerta, mis emociones empiezan a revolverse dentro de mí. Tengo miedo de descubrirla emocionalmente rota y no ser capaz de tener la fuerza suficiente para apoyarla sin que yo también acabe hecha pedazos en el proceso. Me encantaría decir que soy capaz de hacer frente a cualquier cosa que se me ponga por delante, pero yo guardo también mis dudas, mis miedos, mis fantasmas, y surgen cuando nadie los invita.

Clara aparece delante de mí y sus ojos enrojecidos reflejan tanto agotamiento como en su cuerpo.

—Hola, ¿podemos hablar?

Ella no dice nada y yo decido avanzar para acabar envolviéndola en un abrazo protector antes de que tenga oportunidad de reaccionar o retroceder. En cuanto la estrecho contra mi pecho, su cuerpo se rinde por completo a sus emociones y se derrumba en mis brazos soltando esa carga que ha estado soportando. Clara comienza a sollozar y mi reacción instintiva es cerrar los ojos con fuerza mientras la aprieto aún más contra mí, como si pudiera escudarla de todos los males que la han herido tan profundamente en el alma.

Su frente se apoya con delicadeza en mi clavícula, y noto la calidez húmeda de sus lágrimas rozándome la piel. Le acaricio la espalda, ajustándome al compás entrecortado de su respiración agitada por el

llanto. No le pido que se calme, tampoco le aseguro que todo saldrá bien. He aprendido con el paso del tiempo que el sufrimiento es una emoción que lo único que exige es manifestarse con libertad sin que nadie lo presione.

—Estoy aquí, contigo —susurro con voz queda—. Estoy aquí y no me iré a ninguna parte.

Cerramos la puerta con cuidado y nos adentramos en el interior del apartamento. Clara se desplaza conmigo, dejándose caer en mí. El salón nos acoge con una iluminación tenue y cálida que se cuela a través de las ventanas, extendiéndose sobre los muebles y generando una atmósfera serena que choca frontalmente con la turbulencia emocional que ella arrastra en su interior. La guío hasta el sillón y me siento a su lado sin soltarla en ningún momento, permitiéndole que se acurruque contra mi cuerpo en busca de consuelo. Transcurren los minutos, Clara sigue llorando y aunque se toma algún que otro momento para respirar, las lágrimas continúan fluyendo. Yo me mantengo inamovible, con el brazo envolviendo sus hombros de manera protectora, mientras observo cómo su cuerpo se va relajando de manera progresiva.

En este momento, me doy cuenta de que es aquí donde quiero estar: cuidándola, abrazándola, permaneciendo a su lado por muy complejas que sean las cosas. Esta sensación me aterroriza en cierta medida, pero al mismo tiempo me arraiga con firmeza a la realidad, impidiéndome huir de lo que siento. Me hace reflexionar sobre cómo ha cambiado mi vida desde que la conocí, cómo su presencia ha alterado mis prioridades y mis miedos, obligándome a confrontar emociones que creía enterradas para siempre. Pienso en las veces que he evitado comprometerme en el pasado y en lo extraño que me parece en este momento.

Cuando Clara deja de llorar, se aparta un poco y pone su atención en mis ojos. Los suyos aún brillan enrojecidos a causa de las lágrimas, pero me siguen pareciendo los más bonitos que he visto en mi vida.

Alzo la mano y con suavidad, le seco una lágrima rezagada que se ha detenido en la curva suave de su mejilla, eliminándola.

—¿Cuánto tiempo has estado conteniendo estas lágrimas e intentando fingir que no existían? —inquiero con una sonrisa amable y comprensiva, esforzándome por aligerar la carga emocional sin

minimizar su importancia, porque sé que reconocer el dolor es el primer paso hacia la sanación.

Clara desvía la mirada al instante, y una sombra de vergüenza cruza su expresión. Se frota las manos con nerviosismo, y durante varios segundos parece buscar las palabras adecuadas en un rincón recóndito de su mente.

—Lamento haber actuado como una niña inmadura en todo este asunto —comenta con la voz enronquecida por el esfuerzo del llanto—. No debería haberme dejado llevar de esa manera tan impulsiva. Me arrepiento de todo lo que te dije.

Una de sus manos se apoya sobre mi corazón y de manera instintiva, este responde galopando. Yo me inclino lo suficiente para que nuestras miradas se encuentren y entonces, sonrío.

—No eres una niña inmadura —le digo con seguridad—. Simplemente estabas aterrorizada por lo que sentías, y eso es completamente humano y comprensible. Y en cuanto a mí... reconozco que yo tampoco manejé la situación de la mejor manera. No tenía que haberme ido a ninguna parte después de lo que pasó en Pisa. Tenía que haberme quedado aquí y descubrir lo mucho que quiero estar contigo, y no con nadie más.

Clara me mira sorprendida y yo le acaricio la mejilla. Sé que no esperaba que yo también admitiera parte de la culpa.

—Debería haber respondido cuando me preguntaste —confieso con humildad, reconociendo mi error sin rodeos—. Me tomó por sorpresa, y no solo la pregunta en sí, sino las emociones que se despertaron dentro de mí.

Me detengo un instante, organizando mis ideas con cuidado para no precipitarme. No es fácil poner palabras a los sentimientos que me invaden cuando la tengo delante, pero ha llegado el momento de verbalizar ese amor que llevo en mi interior y del que no pienso huir por temor a las consecuencias.

—Es la primera vez en mi vida que he experimentado todo esto —admito, permitiendo que conozca a la Mara más sensible y vulnerable —. Cuando me di cuenta de que no podía sacarte los ojos de encima, de que había algo que me atraía de ti, entré en pánico y me marché. Me fui a Siena con la tonta esperanza de que allí encontraría la forma de

arrancarte de mí, pero… me fue imposible. Te juro que estuviste aquí y aquí —me señalo el corazón—. Todo el tiempo.

Clara me mira con atención, como si necesitase evaluar mis palabras antes de permitirse creer en ellas y abrir su corazón de nuevo.

—Tú no eres una aventura más, Clara —prosigo, sintiendo cómo mi corazón late con fuerza contra mi pecho—. Eres la mujer que ha logrado que me cuestione todos los aspectos de mi vida hasta ahora, que me ha impulsado a reconsiderar mis decisiones pasadas y futuras. Lo que más deseo en este momento es que me concedas la oportunidad de estar a tu lado; que me concedas la oportunidad de construir una relación sólida y duradera contigo, poco a poco y sin prisas.

Clara inhala con profundidad y asiente con lentitud.

—Es lo que más deseo, pero… creo que yo también quiero pedirte disculpas —responde, tomándose unos segundos antes de retomar la palabra—. Aquella noche en San Gimignano yo actué arrastrada por las emociones que tenía enquistadas por culpa de Gema, y te hice pagar por una historia que no era tuya.

—No te disculpes. A veces solo se necesita de un pequeño impulso para soltarlo todo, ¿no?

Clara empieza a relatarme su historia, evitando entrar en demasiados detalles. Cada explicación que surge de sus labios, lleva consigo el lastre de un sufrimiento que todavía late con intensidad en su corazón. Me describe el amor que las unió, el proyecto común que forjaron con ilusión y dedicación, el anhelo compartido de formar una familia que las completara como pareja. Me habla del proceso de fertilidad que emprendieron juntas, de la ilusión inicial ante la posibilidad de ser madres, y del agotamiento progresivo que se instaló en sus vidas. Y yo la escucho con atención.

Cuando hace alusión a la pérdida que sufrieron, un nudo se forma en mi estómago al empatizar con su dolor, con la soledad que sintió y la falta de respaldo emocional que experimentó en esos momentos tan críticos. En ese instante, muchas piezas del rompecabezas que antes no encajaban se colocan en su sitio: su inclinación por mantener el control en todas las situaciones, su temor irracional a ser sustituida o relegada.

Todos sus comportamientos tienen origen en las experiencias traumáticas que han moldeado su forma de relacionarse con el mundo y con las personas que ama.

—Mi hermana me regalo este viaje no solo para que escapara de mi burbuja —menciona en un susurro—. Quería que aprendiera a desprenderme de las cargas del pasado, que mirara hacia adelante con ilusión. Y la verdad es que es muy fácil decirlo, pero hacerlo… eso es lo más complicado.

La miro con intensidad y, sin pensarlo, le sujeto la cara entre las manos para que ponga atención en mis ojos.

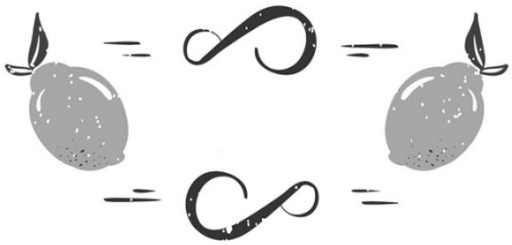
—Todo lo que sientes es normal —le aseguro. Quiero que deje de pensar que sus emociones son irracionales o exageradas, y que piense que son respuestas a ese dolor que cualquiera en su lugar habría experimentado de manera similar—. Tú no hiciste nada mal. Solo sentiste dolor, miedo, y ambas cosas nos llevan a cometer locuras. A mí la primera.

Clara cierra los ojos, y cuando los abre, detecto un cambio sutil en su expresión. Me inclino hacia ella con lentitud, concediéndole todo el espacio para que pueda retirarse y al final, nuestros labios se unen en un beso que guarda todas esas emociones que cargamos dentro la una por la otra.

En ese beso, tan simple como sincero, descubro que optar por quedarse junto a alguien en los momentos difíciles también es una manifestación profunda de amor y eso me llena de paz, porque por primera vez en mucho tiempo siento que estoy en el lugar correcto, con la persona adecuada, dispuesta a navegar juntas por las aguas turbulentas de la vida sin temor a lo que depare el futuro.

Clara responde con dulzura, con sus manos ascendiendo hasta enredarse en mi pelo. No tenemos prisa; es un espacio suspendido en el tiempo donde el pasado se disuelve y el futuro se presenta lleno de cosas maravillosas. Me siento agradecida porque su hermana orquestase este viaje, por haber salido huyendo de la propuesta de Madrid y haberme dado la oportunidad de viajar a Florencia, porque de no haber sido así, jamás nos habríamos conocido.

Y eso sí que hubiese sido una jugarreta egoísta del destino.



CAPÍTULO 34

El amor puede con todo

Clara

27 de mayo · Florencia

El beso de Mara me envuelve calmando esa tormenta emocional que lleva días atormentándome, disipando esas nubes que han oscurecido mi corazón durante tanto tiempo. Sus labios, suaves y firmes, se mueven contra los míos con una ternura que me deshace por dentro. No hay prisa en su contacto, solo una entrega mutua que nace de haber roto las barreras que nos protegían para dejar a la vista todos nuestros miedos y heridas. Mis manos, ascienden hasta enredarse en su pelo, sintiendo la textura sedosa en mis dedos, como si ese gesto me anclara al presente y me impidiera flotar hacia los abismos del pasado.

Me aparto apenas un instante para mirarla, para absorber la intensidad de sus ojos oscuros que me observan con deseo y amor.

—Mara… —susurro, y mi voz sale ronca, cargada de emociones que no sé cómo controlar ya.

Ella me dedica una sonrisa ladeada, la que siempre ha tenido el poder de derretir mis defensas, y me acaricia la mejilla con el dorso de la mano.

—Estoy aquí, Clara. Contigo.

Sus palabras resuenan en mi pecho, avivando un fuego que nació dentro de mí el día que la conocí, ese día que irrumpió en mi vida con su energía arrolladora, llamándome «remilgada» cuando aún le quedaba mucho que conocer de mí.

Nos levantamos del sillón casi sin darnos cuenta, como si un imán invisible nos guiara hacia el dormitorio.

El apartamento parece más pequeño de repente, más íntimo, con la luz del mediodía filtrándose a través de las cortinas, tiñendo todo de un dorado suave que baña nuestra piel. Mara me toma de la mano, entrelazando sus dedos con los míos. Ese contacto simple envía una corriente eléctrica por mi brazo, despertando sensaciones que había olvidado que podía volver a sentir y que aprendí a disfrutar de nuevo con ella.

Caminamos en silencio, dedicándonos besos que me arrancan jadeos y también la noción del tiempo.

Al entrar en la habitación, el aire se espesa. Ella se detiene frente a la cama y se gira hacia mí, atrayéndome de nuevo a sus brazos. Esta vez, el beso es más profundo, más insistente. Sus labios se entreabren, invitándome a explorar su boca, y yo respondo con un suspiro que se pierde en el baile de nuestras lenguas. Siento su lengua rozando la mía, convirtiendo esas caricias en una danza lenta, cargada de anhelo. Mis manos bajan por su espalda, sintiendo sus músculos bajo la tela de su camiseta, y la temperatura comienza a expandirse por mi piel, recordándome lo mucho que la he echado de menos.

No necesito decírselo. Al contrario, lo sabe perfectamente y cuando sus manos me quitan la ropa, exponiendo mi piel ante sus ojos, siento un escalofrío que me recorre entera y se instala a la altura de mi pecho.

Le ayudo a quitarse la camisa, revelando su piel más morena en contraste con la mía. Mis dedos trazan las curvas de sus hombros, bajan por sus brazos memorizando cada línea como si quisiera grabarla en mi mente para siempre. Nos besamos de nuevo mientras nos deshacemos de la ropa restante, un proceso torpe y lleno de risas ahogadas. Pero incluso en esa torpeza existe una naturalidad que me hace sentir viva, presente.

Cuando estamos desnudas la una frente a la otra, el tiempo se detiene. Mara me observa con tanta intensidad que me hace sonrojar, y yo hago lo mismo, admirando las curvas suaves de sus caderas, la forma en que su pecho sube y baja con cada respiración acelerada. Nos acercamos lentamente, como si temiéramos romper el hechizo, y cuando nuestras pieles se tocan, un gemido escapa de mis labios. Su

calor contra el mío es abrumador, borra las fronteras y se ocupa de fusionarnos en una sola. La atraigo hacia la cama, y nos dejamos caer sobre las sábanas revueltas, enredándonos en un abrazo que es a la vez protector y apasionado.

Sus manos exploran mi cuerpo con delicadeza, trazando caminos invisibles sobre mi vientre, mis costados, subiendo hasta rozar mis pechos. Siento un hormigueo en cada punto que toca, un fuego que se enciende y se propaga. Arqueo la espalda cuando sus dedos rodean uno de mis pezones, endureciéndolo. Ella besa mi cuello, dejando un rastro de besos húmedos que bajan hasta mi clavícula. Su boca es cálida, insistente, y cada roce envía ondas de placer a mi centro. Me entrego a las sensaciones, cerrando los ojos para concentrarme en el tacto de su piel contra la mía, en el ritmo de su respiración que se acelera al igual que la mía.

Bajo mis manos por su espalda sintiendo la suavidad de su piel, y las deslizo hasta sus glúteos, apretándola contra mí. Nuestros cuerpos se alinean perfectamente, cadera contra cadera, y el contacto íntimo me hace gemir. Mara levanta la cabeza para mirarme. Sus dedos bajan con lentitud torturadora por mi abdomen, rozando el vello suave de mi pubis antes de llegar al lugar donde más la necesito. Cuando me toca allí, un estallido de placer me recorre, y me arqueo contra su mano, buscando más.

Es suave al principio, explorando con caricias circulares que me hacen perder el aliento. Siento la humedad creciendo entre mis piernas, el deseo acumulándose como una tormenta inminente. Acelera el ritmo presionando justo donde sabe que me hace enloquecer, y yo me aferro a sus hombros, clavando las uñas sin darme cuenta en su piel.

El placer se construye en oleadas, cada una más intensa que la anterior, hasta que exploto en un orgasmo que me deja temblando, gritando su nombre en un susurro ahogado.

Pero no quiero que termine ahí. Quiero darle lo mismo que ella me ha dado, quiero sentirla temblar bajo mis manos. Me giro sobre ella, colocándome encima, y beso su pecho, bajando hasta capturar un pezón entre mis labios. Lo succiono, alternando con lamidas suaves que la hacen arquearse. Sus manos se enredan en mi pelo, guiándome, y yo bajo más, trazando un camino con la lengua por su vientre, hasta llegar a su centro. El aroma de su sexo me envuelve, y cuando la pruebo, un

gemido escapa de sus labios. Mi lengua la explora, lamiendo y succionando con un ritmo que se acelera con sus jadeos. Siento sus caderas moviéndose contra mi boca, buscando más, y yo se lo doy, insertando un dedo en su interior, curvándolo para encontrar ese punto que la hace gritar hasta que el orgasmo la alcanza a ella.

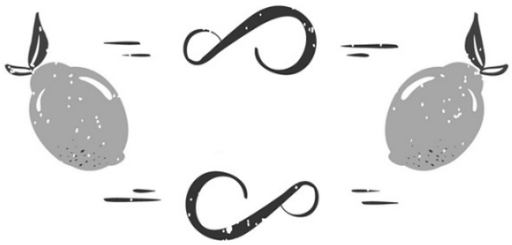
Nos abrazamos después, sudorosas y satisfechas, con los corazones latiendo al unísono.

Y mientras estamos así, con su cabeza apoyada en mi pecho, pienso en todo lo que ha pasado hasta llegar aquí. Hace unas semanas, estaba perdida en el dolor de mi pasado con Gema, en la soledad que me había impuesto como escudo. Mara irrumpió en mi vida como un huracán, desafiando mis barreras, obligándome a sentir de nuevo. Y ahora, en sus brazos, me siento renacida. No es solo el placer físico lo que me llena; es la certeza de que ella me entiende, y que a pesar de nuestras diferencias ha elegido quedarse a mi lado.

Mara levanta la cabeza y me regala un beso dulce que sella nuestra unión.

—Te quiero, Clara.

—Y yo también te quiero a ti…



CAPÍTULO 35

Nunca ha sido fácil quedarse

MARA

27 de mayo · Florencia

Me despierto mucho antes que cualquier persona en el LemonS, cuando Florencia todavía permanece inmersa en un tapiz de luces y colores que se desvanecen lentamente, preparándose sin prisas para dar comienzo a un nuevo día. Tardo apenas unos segundos en orientarme y recordar con exactitud el lugar en el que me encuentro, pero una vez que lo hago, una sonrisa se dibuja en mis labios de manera involuntaria.

Clara descansa plácidamente a mi lado en la cama, tendida boca abajo con el rostro parcialmente oculto por la almohada y su pelo rojizo y revuelto extendiéndose sobre la sábana. Su respiración es profunda y constante, marcada por un ritmo sereno que me llena de calma, una calma desconocida para mí y que es capaz de reorganizar todos esos fragmentos desordenados que habitan en mi interior. Me dedico a mirarla durante un tiempo, consciente de que no existe nada que me empuje a abandonar la cama y que desearía quedarme aquí con ella, hasta volverme a perder en su cuerpo.

Me siento ligera, emocionada. Como si mi mente y mi corazón hubieran decidido por fin avanzar en la misma dirección, sincronizados, entregándome esa estabilidad para la que creía no haber nacido. Decido incorporarme poquito a poco para evitar despertar a Clara, y camino por el dormitorio buscando algo de ropa que ponerme. Cuando me visto, abandono la habitación cerrando tras de mí con una sola intención: ir a buscar el desayuno para las dos.

La mañana se presenta fresca y revitalizante al salir a la calle, con un aire que transporta el aroma irresistible a café recién hecho, un rastro olfativo que sigo de manera instintiva, casi sin reflexionar, hasta llegar a la cafetería ubicada a escasos minutos del hotel. Encargo dos cafés bien cargados, un par de zumos de naranja exprimidos en el momento y unos bollos rellenos de crema que sé que le gustarán. Mientras aguardo a que preparen el pedido, me dedico a mirar con atención a las personas que entran y salen del local, cada una inmersa en su rutina, completamente ajenas a la transformación que estoy sufriendo en mi interior. Me asombra la sensación que me invade, como si este acto —buscar el desayuno para alguien especial— encerrara un significado mucho más trascendental, un símbolo de compromiso y estabilidad que nunca antes había valorado.

Regreso al hotel con una sonrisa tonta y persistente en los labios, de esas que nacen de una alegría incontenible, una expresión que ilumina mi camino mientras me subo en ascensor y espero llegar al apartamento, con el corazón latiéndome a toda prisa.

Al abrir la puerta, me recibe el silencio apacible y familiar del lugar. Clara continúa sumida en un sueño profundo y reparador. Entro en el dormitorio con pasos suaves, deposito la bolsa con el desayuno sobre la cómoda y me aproximo a la cama con lentitud, tomando asiento a su lado. La miro durante un instante, debatiéndome entre permitir que siga descansando un poco más o despertarla. Finalmente, opto por inclinarme hacia ella y susurrarle al oído:

—Bella durmiente, ¿todavía permanece sumida en el reino de los sueños? —pregunto con un tono juguetón.

Clara se remueve ligeramente bajo las sábanas, frunce el ceño y emite un sonido que suena a protesta antes de ocultarse un poco más bajo las sábanas, buscando refugio. No puedo evitar sonreír ante esa reacción.

—Ahora no, por favor... —murmura con la voz aún espesa y entrecortada por el sueño—. ¿Qué haces despierta tan pronto? Apenas asoma el sol…

—Estoy muerta de hambre… —respondo con un tono pícaro y juguetón—, y tú eres la principal culpable. Anoche agotaste todas mis energías, así que necesito comer si pretendo sobrevivir al resto del día.

Abre los ojos y me observa con un gesto pícaro y adormecido.

—Eres una dramática —replica ella, estirándose—. Acércate un poquito más y te devuelvo la energía con un beso.

Me inclino hacia adelante y me regala un beso tierno en los labios, antes de enderezarme de nuevo. Clara se incorpora por fin en la cama, con el pelo completamente desordenado y la sábana envolviéndole la cintura, mientras la luz matutina se filtra a través de la ventana y acaricia su piel desnuda con una delicadeza etérea, iluminándola de tal forma que la escena se graba en mi memoria.

«Qué lástima no tener la cámara a mano.»

Trasladamos el desayuno al salón principal, donde nos acomodamos juntas en el sofá, compartiendo un silencio confortable que surge naturalmente cuando no existe la obligación de llenarlo con palabras, un tipo de quietud que solo se manifiesta entre personas que se sienten en verdadera sintonía. El café caliente disipa los últimos rastros de letargo, mientras Clara sostiene la taza entre sus manos, como si le proporcionara un punto de referencia en medio de la intimidad que compartimos desde que arreglamos las cosas.

—Gracias por esto… —expresa al cabo de un rato, volviendo la mirada hacia mí con una calidez que me envuelve—. Hace mucho que nadie se tomaba la molestia de hacerme pasar una noche tan maravillosa. Y viniendo de ti, que no estás muy acostumbrada a esto… aún tiene más peso.

—Pues espero arrancarte esa sonrisa más veces…

La conversación fluye con naturalidad y sin interrupciones. Mientras conversamos de temas diversos, me doy cuenta de que el peso de las dudas y los miedos que nos rodeaban, ya no existe.

En un determinado instante, Clara deja la taza sobre la mesa baja y me observa con intensidad.

—¿Puedo preguntarte algo? —cuestiona con ciertas dudas, recogiendo las piernas sobre el sofá para pasarse una mano por el cuello—. Si no quieres responder, lo comprenderé.

—Cuéntame.

Clara inspira profundamente y suelta un suspiro.

—¿Por qué te has negado todos estos años a tener una relación estable?

La pregunta me toma desprevenida, obligándome a procesarla con cuidado. Durante varios segundos, guardo silencio, no por reticencia a

contestar, sino porque necesito localizar el punto de partida desde el cual desplegar mi respuesta. Dirijo la vista hacia mis manos entrelazadas, noto una diminuta mancha de café que ha salpicado el mantel, y escucho el eco distante de un automóvil que transita por la calle, elementos que parecen ralentizar el paso del tiempo a mi alrededor, creando una burbuja de introspección.

El silencio se extiende un poco más, pero Clara no me presiona, no añade comentarios ni muestra impaciencia; esa paciencia suya, tan sencilla y generosa, me concede el espacio necesario para ordenar mis recuerdos sin sentirme acorralada.

—No es que me haya negado exactamente —le explico—. Yo me he enamorado muchas veces y he deseado en muchas ocasiones que la relación siguiera adelante, pero… de pronto me daba miedo y huía.

Alzo la mirada y la encuentro completamente atenta, receptiva.

—Mi madre se marchó cuando yo era apenas una niña pequeña —prosigo, desgranando mis traumas poco a poco—. No es que dejase una carta o algo, simplemente un día dejó de formar parte de mi vida. Hasta ese momento teníamos una casa, unas rutinas, me sentía segura… pero esa mañana todo se desvaneció como si nunca hubiera existido, dejando un vacío que tardé años en aprender a manejar.

Trago saliva con dificultad, consciente de que hablar de este tema, de esta manera tan abierta, no es algo que haga muy a menudo.

—Crecí en la caravana de mis tíos, en un constante trasiego de lugares, sin un lugar al que llamar hogar o en el que poder echar raíces —continúo, permitiendo que las palabras fluyan ahora con mayor naturalidad—. Aprendí demasiado pronto que el amor representaba algo efímero, un sentimiento que era capaz de desvanecerse con rapidez. Y me adapté a esa realidad porque era lo único real que yo había vivido. Así que acabé convirtiéndome en una experta en salir huyendo de todo lo que pudiera generar dependencia o dolor.

Hago una pausa breve para respirar, sintiendo un nudo familiar en el estómago, un eco de antiguas inseguridades que resurgen pero que, sorprendentemente, no me abruman como en otras ocasiones; Clara sigue a mi lado y su presencia me infunde coraje.

—La estabilidad nunca formó parte de esa vida que construí; no porque la rechazara de plano o no la anhelara en secreto, sino porque jamás aprendí a confiar en su existencia más allá de las ilusiones —

admito con sinceridad—. Supongo que todo se dio por culpa del dolor que viví con el abandono de mi madre…

—Lamento que sufrieras eso, de verdad. Nadie debería atravesar una infancia con tanta inestabilidad… —comenta con una ternura que me roba una sonrisa—. Siento haber sacado el tema.

Niego con la cabeza en un gesto suave, no queriendo que cargue con una pena que no le corresponde.

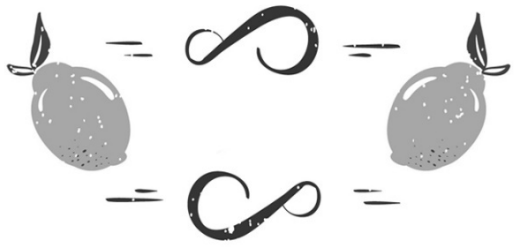
—No te preocupes… —replico con calma, apreciando su empatía, pero deseando redirigir la conversación hacia otra parte—. Simplemente, las cosas sucedieron de esa manera, y he aprendido a navegar por ellas lo mejor que he podido.

Clara entrelaza sus dedos con los míos de forma natural, un contacto cálido y firme que ancla el momento en la realidad presente, recordándome que no estoy sola ahora.

Se aproxima un poco más, y con la mano libre me acaricia el antebrazo, como si a través de ese roce quisiera hacerme llegar su apoyo.

—Me alegra en parte ser la razón por la que has cambiado de inercia —añade con sinceridad—. Que te quedes conmigo y que quieras intentarlo, aunque las cosas no sean del todo fáciles.

Siento un vuelco intenso en el pecho al verme atrapada por ese amor que ha despertado por ella con tanta fuerza y sin responder, me acerco para besarla. Ella tiene razón, podría haber huido, haberme marcho y desaparecido para seguir con mi vida. Pero no lo hice porque, aunque no es sencillo quedarse, en este momento, es lo que deseo.



CAPÍTULO 36

La fecha de vuelta a casa

Clara

29 de mayo · Florencia

El vapor sigue suspendido en el aire del cuarto de baño cuando giro el grifo para cerrar el chorro de la ducha. Ese ambiente cálido y espeso, se impregna no solo del aroma afrutado del gel que he utilizado, sino esa serenidad que me sigue pareciendo irreal.

Me cubro el cuerpo con la toalla y me detengo un breve instante ante el espejo empañado antes de pasarle la palma para despejarlo y poder verme con claridad.

En mi reflejo, percibo un cambio en mí misma; mi gesto ya no está fruncido, apenas hay ojeras, sonrío y también lo hacen mis ojos. Es como si mi cuerpo se hubiese liberado de esa rigidez que me ha acompañado durante tanto tiempo.

Estos días han pasado rápidos, pero cargados de esa dulzura que te agita el corazón. Mara y yo hemos disfrutado de paseos hasta las tantas de la noche, de cafés y cenas improvisadas en rincones que aún no conocía, y de charlas llenas de anécdotas que nos han unido un poquito más. Hemos recorrido Florencia como si el tiempo nos perteneciera por completo, como si no hubiera nada más allá de esta burbuja que hemos creado a partir de cada instante compartido.

Esta tarde ella se ha tomado un momento a solas para capturar algunas instantáneas del atardecer en el Arno y yo he optado por quedarme en el apartamento, rodeándome de un silencio que en

Madrid es imposible disfrutar y que me permite conectar conmigo misma.

Abandono el baño y me dirijo hacia el dormitorio, donde elijo algo liviano que ponerme, permitiendo que mi pelo, aún húmedo, me acaricie los hombros con suavidad.

Al regresar al salón, el teléfono vibra sobre la mesa, y al mirar la pantalla veo el nombre de mi hermana parpadeando, lo que provoca que una sonrisa se dibuje en mis labios de manera espontánea.

Contesto la llamada con la felicidad que siento presente en mi voz, mientras me acomodo en el sofá, hundiendo el cuerpo en los cojines para encontrar una posición relajada.

—Hola.

—Hola, pequeña —replica mi hermana al otro lado de la línea, con esa familiaridad afectuosa que siempre emplea conmigo—. ¿Cómo marchan las cosas por ahí? ¿Han ido mejorando?

Me recuesto un poco más y cierro los ojos durante un par de segundos. No quiero minimizar todo lo que ha pasado, pero tampoco amplificarlo; hemos pasado unos días increíbles, maravillosos, y me he sentido tan bien que no recuerdo cuándo fue la última vez que disfruté de mis días así con Gema.

—La verdad es que sí —respondo al cabo de un momento—. Mara y yo hemos hablado, y… hemos encontrado un equilibrio, como me comentaste.

Isabel se mantiene en silencio mientras hablo, dándome espacio suficiente para explicarme, para hacerme sentir cómoda.

—Me alegra mucho escuchar eso —afirma con un matiz de alivio en su voz—. No me gustaría nada que regresaras a casa con una sensación negativa en el corazón.

Si hay frases que impactan, esta última me atraviesa como una flecha.

Abro los ojos de golpe y mientras coloco la llamada en altavoz, empiezo a toquetear el teléfono en busca del calendario. Ni siquiera me había dado cuenta del día que es, he estado tan ensimismada y en mi mucho que no tomé en cuenta de que en un par de días concluirá este viaje que me ha devuelto la vida.

—A mí tampoco me gustaría eso…

Mi hermana sigue hablando entonces, y lo hace contándome algunas cosas sobre la empresa para la que trabaja. Al parecer, no le han dado las vacaciones de verano que ella quería y está tan molesta que no sabe a qué ciudad viajar. Yo la escucho con atención, respondiendo cuando creo que necesita algún consejo, pero parte de mí sigue atrapada en la incertidumbre que me genera no saber qué pasará.

—Entonces, ¿tú crees que Cádiz estará bien para pasar siete días? —me pregunta interesada por mi opinión.

—Yo creo que sí. Recuerda aquel verano que pasamos con papá y mamá —la insto, pensando en Florencia, en todo lo que aún me queda conocer de ella—. Regresarás con un buen bronceado.

—Mira, solo por eso, ya me ha ganado.

Las dos nos reímos y cuando finalizamos la conversación, cuelgo el teléfono tomando conciencia de lo que está pasando.

«Dos días.»

Esa cifra se asienta en mi pecho de manera incómoda y persistente, alterando ese equilibrio que disfrutaba hasta el momento. Hasta este punto, no me había parado a divagar sobre lo que pasaría una vez que todo esto pasase; me enfoqué en el presente, en saborear cada instante sin anticipar nada que pudiera empañarlo. Pero ahora… ¿Qué pasará una vez que este capítulo se cierre?

Me incorporo del sofá y me acerco a la ventana, donde contemplo el horizonte de la ciudad levantándose, bañada por la preciosa luz del atardecer. Pienso en Mara, en todos esos rasgos suyos que he aprendido a disfrutar desde que nos acostamos la primera vez y en esa conexión que se ha profundizado con el paso de los días a su lado. Estoy enamorada, mucho, y me da miedo pensar en futuro.

Cada una de nosotras volverá a su vida, a su ciudad, a esas rutinas que nos definían antes de este conocernos. Yo regresaré a mis proyectos y ella reanudará su estilo de vida itinerante, esa forma nómada de habitar el mundo que la caracteriza, con sus viajes frecuentes y su adaptabilidad a lo imprevisible. Y en medio de todo eso, ¿dónde quedaremos nosotras? ¿Qué forma adoptará esta relación que hemos cultivado en este oasis temporal?

Siento cómo la ansiedad me cierra el estómago. Me reprocho a mí misma no ser capaz de paralizar mi mente e impedir que anticipe un dolor hipotético que podría no llegar nunca. Pero el destino opta por

recordarme que incluso el presente tiene un límite, que se consume y nos obliga a enfrentar lo inevitable.

Vuelvo al sofá y me siento apoyando los codos sobre las rodillas, mientras me froto la cara con las manos en un esfuerzo por ordenar el remolino de ideas que giran en mi mente. No deseo arruinar lo que me queda en Florencia pensando en cosas que Mara y yo aún no hemos hablado, ni tampoco refugiarme en el silencio como mecanismo de defensa.

El sonido de la llave introduciéndose en la cerradura me arranca de mis cavilaciones, y me pongo en pie casi por instinto. Tan solo necesito unos segundos para recuperar la compostura y acércame a recibirla con la calidez que merece.

Me posiciono junto al marco de la puerta del salón, aún fuera de su vista, y me concedo el lujo de experimentar todas estas emociones: la gratitud por estos días que hemos compartido, el temor palpable a que se desvanezcan, y la incertidumbre que me corroe desde dentro como un ácido. Ninguna se opone a la otra; al contrario, coexisten y se entretejen, formando las diversas capas de la compleja y multifacética mujer que me define en este momento.

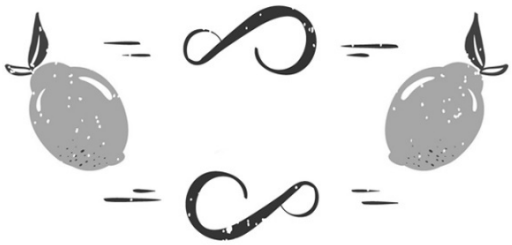
Florencia en sí misma no es lo que me angustia abandonar, es esta versión particular de nosotras dos: la que ha florecido aquí; una versión que aún no ha tenido que lidiar con la distancia, con la monotonía, con la ausencia.

Escucho su voz en el recibidor y mi corazón responde con intensidad, un recordatorio de lo mucho que me gusta tenerla cerca, de lo esencial que se ha vuelto su presencia. La deseo aquí, conmigo, y al mismo tiempo me aterroriza la intensidad de mis deseos. Sobre todo, porque no tengo ni idea de cómo mantener la estabilidad de lo que tenemos cuando en cosa de unos días, se romperá esta burbuja de felicidad y todo saltará por los aires.

Me percato que he regresado a ese terreno familiar donde intento prever cualquier posible impacto, como si pudiera controlar lo incontrolable. La diferencia es que ahora no me enfrento a este futuro sola.

Mara irrumpe por fin en el salón, con la cámara aun colgando de su cuello y el pelo desordenado. Me dirige una sonrisa amplia y genuina, y por un fugaz segundo, todas las preocupaciones se disipan

como la niebla frente al sol. Le correspondo con una sonrisa sincera y mientras se aproxima a mí, pienso que nos quedan solo dos días para dejarnos arrastrar por esta historia, para saborear cada instante, y también para definir qué pasará con nosotras una vez que todo esto se rompa.



CAPÍTULO 37

No me prometas cosas imposibles

Clara

29 de mayo · Florencia

En el hotel LemonS, todos los apartamentos mantienen el mismo estilo, y el de Mara no es muy diferente al mío a pesar de esos pequeños matices en los que su presencia resalta por encima del color de las paredes o la modernidad de los muebles.

Esta noche hemos decidido cenar aquí, sentadas en el balcón, con la imagen de Florencia iluminada a nuestro alrededor. Llevamos dos pizzas entre las manos, y Mara se mueve por el salón hasta buscar dos copas en las que servir un vino barato que hemos comprado en un supermercado cercano.

Nos acomodamos en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared, y las cajas de pizza desplegadas entre ambas dando forma a un banquete que hemos improvisado a toda prisa, mientras ella me mostraba las fotografías que había capturado durante la tarde. Me alegra que también pensara en un plan relajado y hogareño, porque sigo inquieta, dudosa, dándole vueltas a la conversación con mi hermana y a todas esas cosas que se han desatado dentro de mí.

El tiempo que pasamos comiendo y bebiendo se me hace eterno, pero liviano. Me encanta esa faceta de nuestra relación: ser capaces de estirar el tiempo entre sonrisas y miradas.

En un momento dado, y cuando apenas quedan migajas, Mara extiende las piernas con un gesto perezoso y exhala un suspiro de plena satisfacción.

—Estaban deliciosas... —afirma, al tiempo que se limpia los dedos con una de las servilletas restantes, frotándolos para eliminar cualquier rastro de grasa.

—La verdad es que hacía mucho que no comía una pizza tan buena —replico yo, aunque en realidad apenas he prestado atención al sabor de los últimos trozos que he ingerido.

Durante la cena, mi menta ha vagado de un lado a otros a pesar de los esfuerzos que he puesto por centrarme en su voz, en los gestos expresivos que acompañan sus relatos, y en el fulgor vivo que ilumina sus ojos cada vez que una risa brota de sus labios con espontaneidad.

Mara se vuelve ligeramente hacia mí y me estudia con el entrecejo apenas contraído. Y sé en ese instante que ha notado que algo que pasa.

—¿Te encuentras bien? —indaga con curiosidad—. Desde que he vuelto esta tarde, te percibo un tanto distante y ensimismada, como si algo te rondara por la cabeza.

En otro momento me haría la sorprendida, pero con el paso de los días he descubierto que Mara posee esa habilidad innata para saber cuándo estoy inquieta por algo. Podría eludir lo que me ocurre, minimizar lo que siento, pero la verdad es que estoy cansada de ocultar mis sentimientos.

Recojo las rodillas contra mi pecho y las abrazo con los brazos. Tomo una respiración profunda y llevo mi mirada hacia ella.

—¿No te parece que el tiempo avanza a la velocidad de la luz? —inicio, dejando entrever la gravedad de mis sentimientos—. Esta mañana, mientras hablaba con mi hermana por teléfono, me he dado cuenta de que solo me quedan dos días para dar por finalizado este viaje. Y no me lo puedo creer—. Dos —afirmo, fijando mi atención en la luz parpadeante de una farola.

No agrego nada más, considero que no hace falta. Al fin de al cabo, ella ya conoce mi temor a la separación y la incertidumbre, eso es por lo que chocábamos al inicio y también lo que nos unió al final. Mara tampoco responde, solo se acerca un poco más a mí e imita mi postura, apoyando sus brazos en sus rodillas flexionadas. Esa proximidad me proporciona un poco de consuelo, y al mismo tiempo agudiza la ansiedad con la que llevo horas luchando.

—Supongo que te inquieta no saber qué es lo que pasará una vez que nos separemos, ¿no? —pregunta, poniendo atención en mis ojos.

Asiento con lentitud, sin disimular mi preocupación.

—Ya sabes que no me llevo muy bien con la incertidumbre —confieso con sinceridad—. Nunca he sabido manejarla, y siempre me ha generado ansiedad. Supongo que en parte eso también me impide disfrutar del presente, pero ahora... solo son cuarenta y ocho horas... y cada minuto que pasa, resta.

Mara me mira con ternura y rompe su postura para acercarse más a mí, quedando frente con frente. Sus manos ascienden hasta mi rostro y me acunan las mejillas con una delicadeza que me conmueve, obligándome a sostener su mirada sin evasivas.

—No deberías angustiarte por eso —comenta con firmeza, desmontando mis defensas una a una—. Todo saldrá bien. Solo tendremos que adaptarnos a una nueva rutina. Poner todo nuestro esfuerzo en mantener esto vivo y atesorar esos instantes que logremos compartir a pesar de las circunstancias. No nos ocurrirá nada, te lo aseguro.

Sus palabras son cálidas y protectoras, y durante unos segundos me regalan una seguridad a la que quiero aferrarme con desesperación. Pero existe una parte de mí que se rebela contra ese optimismo y se niega a aceptar promesas que ella y yo sabemos que son muy complicadas de cumplir.

—No me prometas nada, Mara —replico con dulzura, con la nostalgia pegada a la voz y la tristeza al corazón—. Tú misma sabes que las relaciones no solo se basan en el amor. Son muchas las cosas que pueden pasar. En cualquier momento todo esto podría desmoronarse delante de nuestros ojos.

Cuando la respuesta atraviesa mis labios, noto como algo se tensa entre las dos. Mara retira las manos de mis mejillas y desvía la vista hacia un punto indefinido en el suelo, quizá para procesar el impacto de mis palabras o para contener una respuesta impulsiva.

Me invade el arrepentimiento por haber sacado a relucir este tema y el miedo por parecer demasiado cautelosa; por pensar que nuestra relación se puede hundir a causa de la distancia continuada. Pero no puedo dejarlo pasar, y tampoco estoy dispuesta a permitir que nuestra relación se mantenga de ilusiones o compromisos que el tiempo podría erosionar. Eso nos haría daño y bastante hemos aguantado ya como para destrozarnos un poco más.

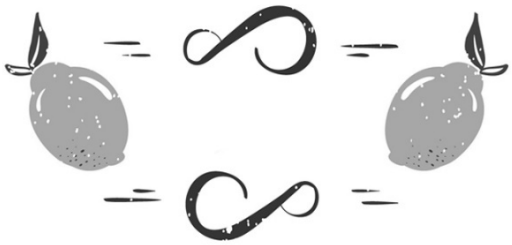
La observo mientras se aparta un mechón rebelde de su frente y exhala con lentitud, como si estuviera recomponiendo sus pensamientos antes de continuar. Cuando por fin pone su mirada en mí, detecto algo que no había visto antes en sus ojos: melancolía, irritación, y también aceptación. Ella sabe tan bien como yo que estas cosas no son fáciles y que solo los locos podrían seguir adelante.

—Entonces —propone, con complicidad—, dejemos de pensar en el futuro y concentrémonos en vivir estos momentos juntas con intensidad. Y hagámoslo de esa manera siempre, independientemente del lugar en el que nos encontremos o de la distancia que nos separen. Así, ocurra lo que ocurra, al menos nos quedará saber que lo hemos disfrutado al máximo.

Sus palabras no buscan persuadirme como hacían las de Gema en el pasado, reconocen la validez de mis miedos y no niegan la posibilidad de que todo pueda salir mal. Simplemente, reorientan la atención hacia el presente inmediato, hacia nosotras dos en este preciso instante, priorizando lo tangible sobre lo hipotético.

Mara se aproxima una vez más y se instala a mi lado, con el hombro rozando el mío en un contacto casual pero significativo que me ancla al aquí y ahora. Apoyo la cabeza sobre este con confianza y cierro los ojos, dándome la oportunidad de disfrutar de la calidez de su cuerpo junto al mío, de la solidez de su presencia que contrarresta la volatilidad de mis pensamientos.

Tal vez no posea certezas sobre lo que acontecerá en apenas dos días, cuando el avión me lleve de vuelta a Madrid y la distancia física se interponga entre nosotras. Quizás carezca de respuestas. Pero sé que ahora, en este apartamento, con el suelo refrescando mis pies descalzos y el rumor distante de Florencia a nuestro alrededor, Mara sigue a mi lado, y no puedo permitir que los miedos me arrebaten estos segundos a su lado.



CAPÍTULO 38

Las últimas horas a tu lado

Mara

31 de mayo · Florencia

Las despedidas comienzan mucho antes de que alguien cierre una puerta y desaparezca, y esa es la realidad que estamos viviendo en este momento, con las emociones agitándose en el aire y la sensación de vacío apretándose en nuestro corazón.

Este viaje ha acabado y se hace dolorosamente más claro cuando observo el billete de avión brillando en la pantalla de mi teléfono. He tenido mucha suerte de haber encontrado un asiento disponible en el primer vuelo hacia Madrid que sale mañana por la mañana. No tenía previsto regresar tan pronto, pero ya no hay nadie que me ate a Florencia y prefiero seguir con los planes cuanto antes.

Hace apenas un rato le he enviado un mensaje a Leo para informarle de mi regreso. Más adelante le contaré los detalles con tranquilidad. Bloqueo la pantalla y lo dejo sobre la mesa del salón, llena de cosas que he ido ordenado para meter en la maleta. El apartamento se encuentra sumido en un silencio profundo, un silencio que difiere al ruido que ha reinado estos últimos días. Es un silencio pesado, denso, como si el aire fuera consciente que se aproxima el fin…

«El fin», repito mentalmente, llenando dos copas de vino.

Salgo al balcón, y el cristal de las copas refleja los últimos matices del atardecer, una fusión perfecta de colores y sombras que se extienden sobre los tejados de Florencia, tiñéndolos con una belleza que resulta perfecta. Clara se encuentra apoyada en la barandilla, con

los codos descansando firmemente sobre el hierro forjado, y su mirada perdida en el horizonte, como si intentara grabar en su memoria cada detalle del paisaje antes de que la oscuridad lo engulla por completo y lo convierta en un recuerdo efímero más.

El viento suave mueve ligeramente su pelo, creando un movimiento sutil que me atrapa y me obliga a detenerme un instante, permitiéndome absorber la escena en su totalidad. Hay algo en su postura que me resulta profundamente familiar, esa manera inconsciente de abrazarse a sí misma como si buscara protección contra lo inevitable, un gesto que carga demasiadas expectativas y temores entremezclados. Le extiendo una de las copas y me posiciono a su lado, apoyándome también en la barandilla de manera que nuestros cuerpos quedan alineados en paralelo, compartiendo el mismo espacio físico y emocional.

—¿En qué piensas? —le pregunto en apenas un hilo de voz.

Clara gira la cabeza hacia mí y me observa con una intensidad que parece destinada a confirmar que existo de verdad, como si temiera que en cualquier segundo pudiera disiparme junto con los últimos vestigios de luz del día.

—En que en este preciso momento me encantaría quedarme en Florencia para siempre y no tener que regresar jamás —contesta con una voz cargada de anhelo y resignación.

No necesita dar más detalles, porque solo necesito mirarla para notar la tensión reflejada en su mandíbula, en la postura que han optado sus dedos alrededor del tallo de la copa, ese brillo algo apagado de su mirada.

—Me dijiste que no te prometiera nada que no pudiera cumplir —le respondo después de unos segundos, manteniendo la vista clavada en el horizonte—, pero no puedo evitar prometerte que no va a cambiar nada y que haré todo lo que esté en mis manos para que nuestra relación dure.

Las promesas siempre han sido terreno minado para mí, pero con el tiempo he desarrollado la capacidad de reconocer esas situaciones en las que vale la pena arriesgarse, y esta es una de ellas. Estoy enamorada de Clara, es algo que quiero seguir sintiendo y que quiero proteger.

Clara desvía la mirada hacia el contenido de su copa, haciendo que el vino gire con un movimiento circular suave dentro del cristal, como si

buscara algo en ese remolino líquido.

—Yo también estoy dispuesta a esforzarme por ello —afirma al cabo de un rato—. Pero no logro evitar tener miedo, o, mejor dicho, frenar esta ansiedad que me oprime el pecho. Enamorarme en Florencia no formaba parte de mis planes y ahora no deseo de ninguna manera que esta historia llegue a su fin.

Me giro hacia ella para enfrentarla directamente a los ojos, y permito que mi mirada se encuentre con la suya.

—Créeme, yo tampoco lo había previsto —le confieso, permitiendo que la honestidad fluya libremente entre nosotras—. Pero ha sido todo lo que necesitaba en mi vida, lo que anhelaba.

Mientras hablo, tomo conciencia plena de la verdad que encierran mis palabras. Yo no llegué a esta ciudad con la intención de encontrar estabilidad emocional o una relación que me obligase a cuestionar todos mis patrones sociales hasta el momento. Vine porque necesitaba buscar respuestas a todas esas preguntas que me hacía entonces, pero en cuanto conocí a Clara, me atrapó y se metió en mi corazón.

El sol desciende un poco más en el horizonte, y la luz ambiental se transforma en algo más cálido e íntimo, envolviéndonos en un resplandor diseñado para acentuar la conexión entre nosotras. Florencia, parece contener la respiración al igual que nosotras. Clara deposita su copa sobre la pequeña mesa de hierro que adorna el balcón, y da un paso adelante, reduciendo la distancia entre nuestros cuerpos hasta que casi se elimina por completo, permitiendo que perciba con claridad el aroma suave de su perfume, que se entremezcla con la brisa fresca de la tarde y crea una atmósfera sensorial inolvidable.

—No deseo que lo nuestro se convierta en un recuerdo —murmura con temor, un temor que me toca el corazón sin caer en la exageración.

En su tono percibo el deseo real de que todo esto continúe, de darle un sentido real a lo que hemos vivido y sentido en estos días. Dejo mi copa junto a la suya en la mesa, y llevo una mano a su mejilla para acariciarla con los dedos en un gesto suave

—No lo será, te lo garantizo —le afirmo con convicción—. No lo será mientras ambas deseemos preservarlo y seamos capaces de nutrirlo día a día a pesar de los obstáculos que puedan aparecer en el camino.

No le ofrezco una promesa de eternidad absoluta, pero sí le hago saber que estoy dispuesta a todo por ella. Clara cierra los ojos mientras mi pulgar recorre con ternura la línea de su pómulo, y noto cómo su respiración se vuelve más calmada.

—Me asusta la idea de volver a casa —admite con una franqueza que aprecio enormemente, abriendo los ojos para mirarme directamente—. Me asusta que la rutina diaria nos arrastre, que la distancia física y las demandas del día a día desgasten poco a poco todo esto que sentimos.

—La rutina no es algo que debamos temer —le contesto infundiendo cierto optimismo a mis palabras—. Piensa que tendremos la oportunidad de reforzar todo lo que ha nacido aquí.

Clara me observa con atención, como si evaluara la solidez de mi afirmación. Siempre ha necesitado certezas tangibles que le proporcionen seguridad y control en su vida, mientras que yo he aprendido a navegar en la inestabilidad, adaptándome a los cambios con una flexibilidad que a veces rozaba la improvisación. Tal vez sea precisamente esa diferencia la que nos complementa y nos hace más fuertes en momentos complicados como estos.

El sol roza ya el horizonte, y la luz se torna más oblicua y dorada, envolviéndonos en una claridad suave que transforma el momento en algo casi irreal, como sacado de un cuadro impresionista donde los colores se funden en armonía.

La atraigo un poco más hacia mí, aferrándome a su cintura.

—Hagamos todo lo posible para no perder esta conexión, para cultivarla con dedicación y paciencia —le propongo, y mis palabras salen de mi corazón.

Clara apoya su frente contra la mía en un gesto de intimidad compartida, y siento cómo su respiración se entremezcla con la mía, cómo el calor de nuestros cuerpos se fusiona en uno solo, y cómo nuestros latidos comienzan a sincronizarse gradualmente hasta que mis labios buscan los suyos con lentitud.

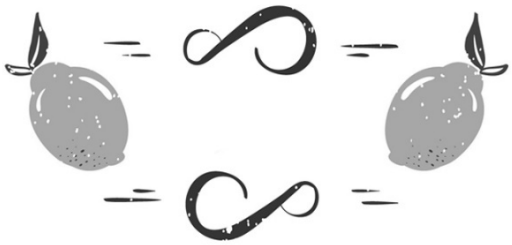
El beso inicia de forma suave, como si estuviéramos estableciendo un nuevo punto de partida en lugar de marcar un cierre definitivo, permitiendo que las emociones fluyan de nosotras sin prisa. La luz del atardecer nos acaricia con gentileza, tiñendo su piel de tonos cálidos que realzan su belleza y convierten el momento en algo poético. Existe

un simbolismo inherente en besarnos de esta manera, bajo los últimos rayos del día que se despiden del cielo.

Profundizo el beso con moderación, lo justo para que ella responda con una intensidad similar, sin caer en la urgencia ni en la desesperación, solo demostrándonos la una a la otra que aquí estamos y que estaremos siempre.

Cuando nos separamos, Clara me mira con los ojos brillantes de emoción y en ese silencio, comprendo que lo que hemos edificado en este lugar no depende exclusivamente de Florencia ni de su magia, sino de nosotras mismas y todo eso que hemos ido superando desde que nos conocimos.

Porque el amor a veces no solo llega para hacerte soñar, aparece para hacerte más fuerte y superar esos obstáculos que eras incapaz de saltar por ti misma.



EPÍLOGO

Madrid, el destino de las dos

Clara

31 de mayo · Florencia

El taxi se mueve por las calles de Florencia con una lentitud que me resulta insoportable y necesaria a la vez. Insoportable porque me encantaría cerrar los ojos y al abrirlos tras haber llegado ya a Madrid. Necesaria porque me permite absorber esos pequeñitos detalles que, hasta el momento, no había percibido. Apoyo la frente contra el cristal frío de la ventanilla y dejo que esa sensación me devuelva algo de lucidez. Apenas he podido descansar esta noche y se nota en el agotamiento reflejado en mis ojos.

Frente a mí, el cielo empieza a teñirse de los preciosos colores del amanecer, iluminando las fachadas de luz, convirtiendo Florencia en algo real.

Mara está sentada a mi lado, en silencio. Su mano acaricia la mía con ternura, entrelazando sus dedos con los míos, demostrándome ese amor que ambas compartimos. Yo me aferro a su contacto con desesperación, como si fuera lo único capaz de mantenerme a flote cuando ni yo misma sé si seré capaz de confiar en que todo saldrá bien por mucho que nos separemos o por mucho que Giulia —con su don de bruja— me haya hecho creer que todo lo que nos espera en el futuro será maravilloso.

Ella también tiene la visión perdida más allá de la ventana, y aprovecho que no me ve, para mirarla. No sé qué reinará en su mente, pero cabe la posibilidad de que esté pensando exactamente lo mismo

que yo; que esto será una locura, que una vez que se rompa la magia todo se irá por la borda. Me gustaría ser valiente y decirle que tengo miedo, pero prefiero mantenerme en silencio y disfrutar de detalles como el calor de su piel, el ritmo pausado de su respiración, la curva preciosa de sus labios cuando sonríe o ese aroma a miel y canela que desprende de su ropa. Recuerdos que llevaré conmigo cada día que no esté conmigo y que evocaré cada vez que la eche de menos.

El trayecto, que deseaba eterno, se ha acortado más de lo que tenía previsto. Siempre sucede que, cuantas menos ganas tienes de marcharte de un sitio, más rápido avanza. Parece que fue cosa de unos minutos cuando nos despedimos de todos y prometimos regresar al LemonS pronto.

El taxi toma una curva cerrada y, de repente, el aeropuerto se planta frente a nosotras. Las dos exhalamos al unísono un suspiro largo, cargado de todo aquello que hemos callado durante el recorrido. Mara paga el viaje y mientras lo hace, yo salgo primero; el aire de primera hora del día me envuelve, algo más frío, carente de esa calidez que a lo largo de este mes me ha hecho sentir cómo en casa.

Abrimos el maletero entre las dos. Sacamos el equipaje con cuidado y caminamos juntas hacia las puertas automáticas de la terminal. Cuando estas se abren, una oleada de luz blanca artificial y un coro de voces entremezcladas nos golpea de lleno. El bullicio del aeropuerto choca frontalmente con la intimidad silenciosa que hemos disfrutado durante todo el camino; me siento perdida, expuesta, desnuda, como si nuestra burbuja se hubiese roto al cruzar el umbral.

Nos dirigimos directamente hacia las pantallas de información de salidas. Alzo la vista y localizo mi vuelo casi de inmediato: Madrid, 9:30, puerta todavía por asignar. Trago saliva con dificultad. Hasta ese instante había evitado imaginar el momento exacto en que nuestros caminos se bifurcarían dentro de este edificio inmenso, pero ahora el tiempo me resulta amenazante.

—¿Facturamos primero? —me pregunta Mara en voz baja.

Asiento sin abrir la boca; temo que, si hablo, acabe rompiendo a llorar. Porque sí, Mara me prometió que nada pasaría, que todo estaría bien, que seríamos capaces de hacerlo bien juntas, pero yo sé que solo un milagro podrá hacer que esa promesa se cumpla.

Nos acercamos a los mostradores de facturación. La cola avanza con parsimonia. Delante de nosotras, una familia conversa en susurros, como si también intentaran preservar un último reducto de calma, mientras una pareja de ancianos revisa con minuciosidad sus documentos, concentrados y pacientes. Yo fijo la vista en la pantalla del móvil sin leer realmente nada; es solo una excusa para mantener a raya esos pensamientos que amenazan con desbordarse.

Cuando por fin nos toca el turno, deposito mi maleta sobre la cinta transportadora con cuidado. La empleada examina mi pasaporte y mi tarjeta de embarque. Todo transcurre con una normalidad tan absoluta que me desconcierta. ¿Cómo es posible que el mundo continúe girando cuando, en mi interior, todo parece suspendido de un hilo tan fino que podría romperse en cualquier momento?

Recogemos las tarjetas de embarque recién impresas. Mara guarda la suya en el bolsillo interior de la sudadera que lleva puesta y me dedica una sonrisa breve, contenida, casi frágil, como si las dos comprendiéramos que cualquier comentario podría romper este delicado equilibrio que hemos conseguido mantener a raya hasta ahora.

Avanzamos hacia el control de seguridad. El rumor del aeropuerto se intensifica a cada paso que damos: anuncios por megafonía, pasos apresurados de viajeros, el constante traqueteo de las bandejas de plástico sobre las cintas. Deposito mi bolso en una de ellas, me quito el reloj, los pendientes. Mara imita mis movimientos. Nos miramos mientras cruzamos el arco detector de metales, y por un instante absurdo me asalta el temor infantil de que algo suene.

Pero no sucede nada. Recogemos nuestras pertenencias al otro lado de la barrera. Me cuelgo el bolso de nuevo y Mara me acompaña mientras me coloco los pendientes y el reloj. Ella parece calmada, relajada, y esa tranquilidad, en momentos como estos, es de agradecer.

Recorremos el largo pasillo que conduce a la zona de embarque. Las tiendas brillan, el aroma intenso del café impregna el ambiente, el suelo pulido refleja cada paso como un espejo. Todo parece cuidadosamente diseñado para distraer, para transformar la espera en una oportunidad de consumo compulsivo. Sin embargo, yo solo percibo el tiempo que se me escurre entre los dedos.

Nos sentamos en un par de asientos frente a los grandes ventanales que dan a la pista. Permanecemos varios minutos sin

pronunciar palabra. Solo intercambiamos miradas fugaces cargadas de todo lo que llevamos dentro. Nuestras manos se buscan de nuevo sobre el asiento que compartimos. Bajo mis dedos siento el pulso de Mara: firme, tranquilo, constante. Me pregunto si el mío transmite la misma seguridad o si, por el contrario, delata el remolino de emociones que me sacude.

De pronto, el panel informativo se actualiza. La puerta de embarque de mi vuelo aparece por fin asignada. Aún me queda algo de margen, pero el simple hecho de que el dato sea oficial convierte todo en más tangible, más doloroso.

Me vuelvo hacia ella con el corazón acelerado.

—¿A qué hora sale tu avión? —pregunto, esforzándome por sonar tranquila y despreocupada, aunque en realidad temo echarme a llorar en cualquier momento.

—A las nueve y media. Es el primero que sale rumbo a Madrid.

Por un segundo las palabras flotan entre nosotras sin que mi mente logre captarlas. La revelación me golpea y me sorprende a la misma vez.

—¿A Madrid? —repito, abriendo mucho los ojos, incrédula—. ¿Cómo que a Madrid? ¿No vivías en Roma?

—Hace varios meses, mi mejor amigo, Leo, me propuso un trabajo fijo en España y, de paso, una casa donde instalarme —explica con esa calma que la caracteriza—. Llevaba tiempo dándole vueltas, dudando si dar el paso o no. Pero entonces pensé: «¿Por qué no voy a intentarlo si es exactamente lo que más deseo en este momento?». Así que hablé con él, acepté y… en fin, aquí estoy, lanzándome de cabeza.

La escucho atentamente mientras habla. Cada frase que pronuncia cae dentro de mí como una pieza de puzle que encaja en un hueco que yo ni siquiera sabía que existía. Mi cabeza intenta asimilarlo todo al mismo tiempo: Madrid. Un empleo estable. Una vivienda. Un futuro que, de repente, deja de bifurcarse.

—Yo vivo en Madrid, Mara —confieso, y noto cómo mi voz se tiñe de una incredulidad casi infantil—. Es mi ciudad, allí está mi casa, mi trabajo, mi vida entera.

El silencio que se instala ahora entre nosotras es completamente distinto al de antes. Ya no es el silencio resignado de quien se prepara para una despedida; es el silencio vibrante de una revelación que lo

cambia todo. Sus ojos se abren despacio, muy despacio. Me observa como si estuviese alucinando y entonces estalla en carcajadas.

Es una risa cristalina, liberadora, que nace desde algún lugar muy hondo donde había permanecido acumulada toda la tensión de las últimas horas. La contemplo mientras expulsa el aire que parecía haber estado conteniendo desde que subimos al taxi y su rostro se ilumina por completo.

—O sea que, Madrid, es el destino de las dos —concluye, todavía sonriendo de oreja a oreja, con los ojos brillantes a causa de la emoción.

Algo cálido y luminoso comienza a expandirse dentro de mi pecho. Asombroso, cálido, cargado de gratitud y esperanza. Esa certeza repentina de que el adiós al que tanto temía quizá nunca llegó a ser real.

Sin pensarlo dos veces me inclino hacia ella, coloco una mano en su mejilla y la beso con una intensidad distinta a todas las anteriores. Este beso no lleva el regusto amargo de la despedida; sabe a posibilidad, a comienzo, a promesas.

Cuando separo apenas unos centímetros mis labios de los suyos, la miro directamente a los ojos.

—No —susurro con una convicción que me sorprende incluso a mí misma—. Madrid no es nuestro destino final. Madrid es el punto de partida de nuestra historia y hoy empezamos a escribirla juntas, juntas de verdad.

Todo el miedo que me había acompañado desde el momento en que el taxi arrancó en la puerta del LemonS se disuelve como la niebla ante el sol. No tenemos ni idea de cómo será la vida una vez que compartamos cada uno de nuestros días. Pero estaremos la una junto a la otra, y la cercanía lo hace todo mucho más fácil.

Florencia no estaba en los planes, pero sin duda ha sido un viaje que lo ha cambiado todo, que nos ha dado la oportunidad de sanar y, sobre todo, de empezar de cero escribiendo un futuro mucho más brillante.

DEDICATORIA

Estoy segura que en algún momento de tu vida creíste que estar enamorada era lo peor que te podía pasar; que era mejor estar soltera, disfrutar de tu libertad sin entregarle tu corazón a nadie; que la vida sin esas complicaciones era mucho mejor. Yo también lo creí. Sufrí tanto que aún a día de hoy, me pregunto si tuve que padecer todo aquello para llegar a alcanzar la felicidad que hoy acaricio con la yema de los dedos.

Sé que es complejo pensar que allá afuera, sea donde sea, en el lugar del mundo que sea, un gran amor te espera. Pero es así. Porque el amor no siempre tiene que ser romántico. Puede simplemente ser esa familia que nunca tuviste y encontraste a través de tus amigos. Puede ser el amor de tu mascota, el reencuentro con una ex que nunca olvidaste o los abrazos cálidos de los miembros de tu familia. La cuestión es que el amor está ahí afuera, y provenga de donde provenga, es maravilloso.

No temas porque… sí, el amor duele, pero te hace vibra con una intensad capaz de hacerte volar.

Esta novela te la dedico a ti y espero que todo ese amor que se entreteje entre los capítulos de mi novela, te haya hecho disfrutar y soñar.

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
EPÍLOGO
DEDICATORIA